HQN™

AUTORA SUPERVENTAS DE *THE NEW YORK TIMES*

brenda novak

una librería en la playa

brenda
novak

una librería en la playa

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Brenda Novak, Inc.
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una librería en la playa, n.º 256 - mayo 2022
Título original: The Bookstore on the Beach
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Candadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1105-481-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Para Emily. Eres una mujer bella por dentro y por fuera. Para una autora, es difícil cambiar de editor después de sesenta libros, pero tú me lo has puesto muy fácil. Te agradezco tu bondad, tu prudencia a la hora de aproximarte a la vida, el grado de empatía que tienes con los demás y tu enorme capacidad de trabajo, en esta novela en concreto. Nadie es capaz de recortar lo superfluo como tú. Gracias.

Porque a cambio de aquello que perdemos
(como un tú o un yo), es siempre a nosotros
mismos a quienes encontramos en el mar.
e.e. Cummings.

Capítulo 1

Martes, 8 de junio

Aquel día, su hija volvía para el verano. Mary Langford observó ansiosamente la calle frente a su pequeña librería, a la espera de ver llegar el coche de Autumn. No vio nada, salvo a una familia numerosa entrando en la heladería del final de la manzana. Miró el reloj: las tres y media. Autumn la había llamado a la hora de comer para decirle que los niños y ella iban a muy buen ritmo y que, seguramente, no tardarían mucho más.

–Hoy has estado muy callada –dijo Laurie, desde detrás del mostrador, donde estaba ordenando bolígrafos, rollos de celo, grapadoras y marcadores de páginas.

Mary, que estaba junto al escaparate que había decorado recientemente con las novedades y con carteles, se giró hacia ella.

–Me preocupo cuando pasa tanto tiempo en la carretera.

–Va a llegar pronto, y va a ser genial volver a verla a ella y a los niños. No venían desde Navidades, ¿no?

–Sí, desde Navidades.

Tomó el plumero y empezó a limpiar estanterías, una tarea interminable en Beach Front Books, la librería de la que era propietaria al cincuenta por ciento con su socia Laurie. Autumn vivía en Tampa, en Florida. Debido a la distancia, no era fácil reunirse durante el curso escolar de Caden y Taylor.

–Y dudo que vuelvan para las fiestas este año.

Por suerte, siempre iban a visitarla en verano, salvo el verano anterior, por supuesto, lo cual era comprensible. Mary esperaba que esa costumbre persistiera, pero los niños se estaban haciendo mayores, así que no había nada seguro. A Taylor ya solo le quedaba un año de instituto y, después, iría a la escuela preuniversitaria. A Caden, solo dos. Mary temía que aquella fuese la última ocasión, durante una buena temporada, que estuvieran juntos en Sable Beach.

–Podrías ir a verlos tú –dijo Laurie.

Autumn la había invitado muchas veces. Al recordar las discusiones que habían originado sus negativas, a Mary se le encogió el estómago.

Ella quería ir a Tampa, quería hacerlo para que su hija no tuviera que pasar tantas horas al volante. Autumn había sufrido mucho últimamente. Sin embargo, con solo pensar en que tenía que aventurarse por un terreno desconocido, sentía terror. Aparte de ir a Richmond de vez en cuando, no había salido de aquella playa de Virginia desde hacía treinta y cinco años.

–Sí, pero ya me conoces. Este es el único sitio en el que me siento segura.

Laurie, que estaba sentada en un taburete alto, se echó un poco hacia atrás.

–Bueno, si todavía no has conseguido superar el miedo, me imagino que no lo vas a superar nunca.

–No. Ya no hablo de eso, pero para mí, el pasado es ahora tan real como lo fue siempre.

Un poco antes había bastante gente en la tienda, pero, en aquel momento, estaba vacía. En esos momentos, hablaban más que trabajaban. Beach Front Books no era la única fuente de ingresos de Laurie. Su marido, Christopher Conklin, era un artista con mucho talento. Pintaba marinas y, aunque no estaba presente en ninguna galería prestigiosa, vendía los cuadros en una sección que tenían reservada para él en la librería y, también, por internet.

Sin embargo, Mary nunca había estado casada, y no tenía otros ingresos. Aunque no ganara mucho en la librería, adoraba la vía de escape que le proporcionaban los libros, y la tienda le daba para vivir. Eso era lo más importante para ella.

–Autumn se enfada mucho porque no quiero salir a ver el mundo. No quiero ir de visita, ni viajar, ese tipo de cosas –murmuró.

Ojalá no tuviera las cicatrices y las limitaciones que padecía y que, a veces, causaban tensión en las relaciones con su hija.

–No deja de decirme que soy demasiado joven para vivir como una anciana.

–Y tiene razón.

Mary suspiró.

–Ya no soy tan joven.

–Pero ¿qué dices? Tienes nueve años menos que yo. Cincuenta y cuatro años no es ser vieja.

Cierto, pero había tenido que crecer mucho antes que la mayoría de la gente.

–Me siento como una anciana.

–Si te lo piden, el año que viene deberías ir a Tampa.

Ella cabeceó.

–No puedo.

–Tal vez demuestres que sí puedes.

Mary se irritó sin poder evitarlo. No le gustaba que Laurie la

presionara.

–No.

–Autumn no lo entiende, Mary. Eso es lo que provoca todas las peleas que tienes con ella.

–Ya lo sé, y me siento mal por eso, pero no puedo hacer nada.

Laurie bajó la voz.

–Podrías decirle la verdad…

–Por supuesto que no –le espetó Mary–. ¿Cómo voy a hacer algo así?

–Hay motivos, y lo sabes. Ya hemos hablado de ello –le dijo Laurie, manteniendo la calma, como siempre.

Aquella era una de las muchas cosas que le gustaban de su amiga: era firme y paciente, y esa firmeza la ayudaba a ella a sobrellevar los momentos en que los viejos recuerdos y sentimientos salían a la superficie. En aquella ocasión, era posible que Laurie también estuviese en lo cierto. Ella sentía que el pasado estaba despertando de su letargo y, tal vez, había llegado el momento de contárselo todo a Autumn. Sin embargo, había tantas razones para no hacerlo… La idea de revelar el pasado y verlo todo a través de los ojos de su hija la puso enferma.

–No puedo abordar ese asunto en este momento, después de lo que le ha pasado este último año y medio. Además, hace tanto, que es como si le hubiera ocurrido a otra persona –dijo, apartándose aquel asunto de la mente–. Quiero estar tan lejos de todo eso como sea posible.

Laurie no le hizo ningún comentario sobre lo contradictorio de su respuesta. Y Mary se alegró. No era capaz de explicar que podía ser real y terrorífico, y estar siempre presente y, al mismo tiempo, ella podía sentirse lejana a lo que había ocurrido. Era muy extraño.

–Pero no le pasó a ninguna otra persona. Te ocurrió a ti –dijo Laurie, con tristeza.

Fue el olor del mar, más que ninguna otra cosa, lo que le dijo a Autumn que ya estaba en casa. Bajó la ventanilla en cuanto entró en el pueblo y respiró profundamente, llenándose los pulmones de aire salado.

–¿Qué haces? –le preguntó Taylor, mientras le sujetaba la larga melena castaña a su madre, para evitar que le golpeara la cara.

Autumn sonrió. Sabía que sus hijos no la habían visto hacerlo mucho últimamente.

–Solo quiero tomar un poco de aire fresco.

–Pero si tú odias que bajemos la ventanilla –refunfuñó Caden, desde el asiento de atrás.

–Espero no volver a estar tan irritable –respondió ella.

Durante los pasados dieciocho meses, había estado sumida en una pesadilla. Casi no había ido a Sable Beach por esa razón. Sin embargo, cuando sus hijos le preguntaron, por separado, si no podían volver a pasar el verano con Mimi, como de costumbre, se dio cuenta de que necesitaban algo de normalidad en su vida. Necesitaban tener, al menos, a uno de sus padres. Seguramente, el dolor y la preocupación que le había causado la desaparición de su marido había hecho que los niños se sintieran como si ella también se hubiera desvanecido. O, por lo menos, que se había desvanecido la madre que conocían.

Esperaba que al regresar a aquel lugar del que todos tenían recuerdos maravillosos podrían curarse y volver a conectar.

Además, ya no podía hacer nada más por Nick. Esa era la horrible realidad. Había seguido todas las pistas posibles y no tenía ni idea de dónde podía estar. Si había muerto, tendría que encontrar la forma de seguir adelante sin él por el bien de Caden y Taylor.

En cuanto vio la librería, sintió tanta nostalgia que casi se echó a llorar. Tuvo muchos recuerdos de una época más sencilla, más fácil. Cuando era pequeña, había pasado muchas horas siguiendo a su madre por los pasillos del pintoresco local, que parecía sacado de una calle estrecha del Londres victoriano, o quitando el polvo de las estanterías, o leyendo en un rincón que su madre había preparado para ella.

Y, de adolescente, también había pasado mucho tiempo en Beach Front Books, pero reponiendo los libros de las estanterías, ordenando el inventario, atendiendo la caja registradora y, de nuevo, leyendo, aunque sentada detrás del mostrador mientras esperaba a que llegara el próximo cliente.

Dios, qué bien se sentía por estar allí de nuevo. Aunque fuera muy dura con su madre por sus miedos y su forma de ser, tan poco racional, estaba deseando verla. La había echado muchísimo de menos. No importaba que se negara de manera tajante a alejarse de su casita a orillas del mar. Su madre siempre estaba allí, esperándola para darle la bienvenida con un abrazo. Aunque no hubiera tenido padre, ni los hermanos que siempre había deseado en secreto, era muy afortunada, porque había tenido una madre buena y cariñosa.

–Ya hemos llegado –dijo, señalando la librería mientras frenaba y buscaba un sitio para aparcar.

–¿No vamos a la casa? –preguntó Caden, apartando la vista de su teléfono móvil.

–Primero vamos a ver a Mimi y a la tía Laurie. Después, llevamos las cosas a casa.

–Espero que no sea demasiado tarde para ir a la playa.

–Estoy segura de que podremos llegar antes de que anochezca –dijo

ella, mientras metía su todoterreno Volvo de color blanco entre un descapotable rojo y un sedán gris.

Tomó su bolso para salir, pero Taylor le dijo algo que hizo que se detuviera antes de abrir la puerta.

–Ya pareces diferente.

–¿En qué sentido? –preguntó ella.

–Menos tensa. Y menos triste.

–Venir aquí me hace feliz.

–Entonces, ¿por qué íbamos a dejar de hacerlo, una vez más? –preguntó Caden.

Autumn se giró para mirar a su hijo.

–Ya sabes por qué.

En el semblante de su hija apareció una expresión de dolor.

–¿Significa que lo estás olvidando?

–¿A papá? Por supuesto –dijo Caden, en un tono de voz duro que sugería que aquella pregunta era una estupidez–. Papá ha muerto.

–¡No digas eso! –exclamó Taylor–. No lo sabemos. Puede que vuelva.

–Hace dieciocho meses, Tay –respondió Caden–. Si hubiera podido, ya habría vuelto.

–Ya está bien –les dijo Autumn.

No quería que tuvieran una discusión justo antes de ver a su madre. Últimamente discutían mucho, y ella tenía que hacer de árbitro. Sin embargo, no podía culparles. Habían perdido a su padre, y no sabían cómo ni por qué.

–La vida ya ha sido lo bastante dura para nosotros estos últimos meses. No lo hagamos más difícil.

–Pues díselo –insistió Caden–. Papá está muerto, y tenemos que seguir adelante. ¿No es eso? Vamos, adelante, di la verdad. Te has rendido.

¿Era cierto? ¿Era eso lo que significaba aquel viaje? Si no, ¿cuánto tiempo más debía aguantar? Y ¿sería bueno para ellos que aguantara? No podía imaginarse que sus hijos quisieran pasar otros dieciocho meses sumidos en la tristeza y angustiados buscando respuestas que, tal vez, nunca encontraran. Taylor tenía diecisiete años y estaba empezando a reunir información sobre escuelas preuniversitarias. Caden tenía dieciséis. Seguramente, preferían mirar hacia delante, no hacia atrás.

Por otro lado, ella no estaba segura de si podía seguir con la búsqueda, porque estaba agotada mental y físicamente después de haber dado todo lo que tenía durante aquellos meses. No había conseguido nada, y esa era la parte más desalentadora.

–Yo no pierdo la esperanza –les dijo, a pesar de que todas las personas con las que había hablado, incluido el FBI, habían insistido

en que su marido estaba muerto.

Era difícil ver que la crianza compartida de sus hijos, tan idílica como había sido, se hubiera desmoronado tan rápida y fácilmente. Y era muy difícil soportar la caída en espiral que había supuesto para ella aquella búsqueda infructuosa, que solo le había infligido soledad, dolor y frustración. Sabía que para sus hijos, aquello había sido igual de doloroso. Ese era el motivo por el que, tal vez, debiera rendirse y aceptar las cosas tal y como eran: para darles la mejor calidad de vida posible.

–¿Qué significa eso? ¿Vas a seguir buscándolo? –le preguntó Caden–. ¿Es así como vas a pasar el verano?

Caden se daba cuenta de que se había producido un cambio, y quería llegar al fondo de la cuestión. Sin embargo, ella no quería admitir que había fracasado, después de haberles prometido tantas veces, para consolarlos, que iba a conseguir respuestas.

Abrió la boca para intentar explicar lo que estaba pensando, con la mayor delicadeza posible, pero vio a su madre. Mary había salido de la librería y los estaba saludando.

–Ahí está vuestra abuela –dijo.

Por suerte, sus hijos permitieron que la conversación se interrumpiera y salieron del coche.

–¡Hola, abuela! –exclamó Caden y, a largas zancadas, se acercó a ella. Aunque todavía no había alcanzado la estatura definitiva, su hijo ya medía un metro ochenta y tres centímetros. Y Taylor medía un metro setenta y cinco. Los dos eran muy altos, como su padre.

Mary abrazó a los niños y les dijo que habían crecido mucho, y que estaba muy contenta de verlos. Después, se volvió hacia ella.

–Has adelgazado –le dijo, con suavidad, y con una sonrisa de preocupación, antes de abrazarla.

–No te preocupes, mamá, estoy bien –respondió ella.

Percibió el olor de la librería en la ropa de su madre, y se dio cuenta de que aquel era otro detalle que no iba a olvidar nunca. Representaba su infancia. Representaba todas las grandes historias que había leído mientras crecía. Una vez, había querido leer todos los libros que había en la librería. No lo había conseguido del todo, puesto que siempre se estaban publicando novedades, pero había leído más que la mayoría de la gente. Y los libros todavía eran una gran parte de su vida.

–Cuánto me alegro de estar en casa.

–Laurie está deseando verte. Vamos a entrar a saludar –dijo Mary, y abrió la puerta.

En cuanto sonó la campana, Laurie salió de detrás de la caja registradora.

–¡Aquí estáis! Me alegro mucho de que hayáis llegado. Tu madre estaba impaciente. Bueno, las dos lo estábamos.

Taylor permitió que su tía le diera un buen abrazo.

–Me alegro de haber podido venir este año –dijo–. ¿Dónde está el tío Chris?

–Seguramente, en la playa, pintando. Ya sabes cómo se vuelve en cuanto empieza a hacer bueno. Es como un niño, solo quiere estar al aire libre.

Fueron unos minutos a ver la pequeña parte de la tienda que estaba reservada al trabajo de Christopher para admirar sus últimos cuadros. Autumn estaba enamorada de uno que había pintado de la librería, en el que aparecía una niña delante del local, tomado de la mano de su madre y con el otro brazo lleno de libros. Aquella niña podría haber sido ella. Casi se preguntó si Chris se había inspirado en su recuerdo, y decidió que, si no se había vendido aquel cuadro antes de que ella se marchara, iba a comprarlo y a llevárselo a Tampa.

Por suerte, tenía el dinero. Nick era abogado de empresa y siempre le había ido bien económicamente. Después de los primeros años de matrimonio, que él pasó terminando la carrera, casi nunca habían tenido que escatimar. Sin embargo, fue lo que su padre le dejó al morir lo que realmente les había proporcionado una buena situación económica. Después de la muerte de Sergey, ella había dejado su puesto en el banco en el que trabajaba y había podido centrarse en su familia, su hogar, la jardinería, la cocina.

Su situación financiera era otro de los motivos por los que no creía que Nick se hubiera marchado con otra mujer, algo que le habían sugerido en muchas ocasiones. ¿Por qué iba a dejar también a sus hijos y a marcharse sin un céntimo? Ciertamente, habían tenido sus diferencias, sobre todo, en aquellos últimos años, cuando parecía que el trabajo acaparaba cada vez más la atención de Nick, pero ninguno de los dos había mencionado la posibilidad de separarse.

–Es increíble –dijo, mientras observaba de cerca a la niña del cuadro–. Me encanta la obra de Chris.

–El último original que donó a una organización sin ánimo de lucro se vendió por seis mil dólares –dijo Laurie, con orgullo.

–¿Quién lo compró? –preguntó Autumn.

–Mike Vanderbilt, del The Daily Catch. Estaba borracho cuando se metió en la puja por el cuadro, y ahora lo tiene colgado en su restaurante. Creo que se alegra de tenerlo, pero me imagino que también lo considera un recordatorio de que no debe hacer pujas cuando ha bebido.

Todos se echaron a reír al pensar en el fornido y afable Mike, dejando que el alcohol exacerbara su competitividad.

–Entonces, su mujer debe de estar bien –dijo Autumn–. ¿Sigue curada del cáncer?

Laurie miró a Mary con sorpresa, y fue Mary quien respondió:

–Me temo que no. Lo estaba cuando compraron el cuadro, pero, después de dos meses, les dieron la noticia de que Beth había sufrido una recaída.

–Oh, no… –dijo Autumn. Todo el mundo conocía a los dueños de The Daily Catch. Hacían muchas cosas por la comunidad. Y tenían el restaurante favorito de Autumn. Cuando estaba en casa, iba a comer allí constantemente–. ¿Cuál es el diagnóstico?

–No es bueno. Por eso, Quinn se ha venido a vivir aquí desde Nueva York. Está ayudando a su padre con el restaurante. Seguro que también ha venido para estar con su madre antes de que… Bueno, antes de tener que despedirse de ella para siempre.

–¿Quinn ha vuelto a casa? –preguntó Autumn.

No se lo esperaba, y al oír su nombre, se quedó asombrada. Cuando él estaba en último curso del instituto y ella, en el tercero, Quinn era el primer chico con quien se había acostado en su vida, aunque él no estaba tan interesado en ella como ella en él. Y, después, él le había roto el corazón, porque había vuelto con su novia, la mujer con la que se había casado cinco años después.

–Entonces, ¿su mujer y sus hijos también están aquí?

–No, no tiene hijos –dijo Laurie–. Y Sarah y él… ¿cómo se apellidaba ella de soltera?

–Vizii –dijo Autumn.

–Sí, Vizii. Se divorciaron hace dos años. ¿No lo sabías?

–No, ¿cómo iba a saberlo?

No había visto nada en las redes sociales, pero Quinn nunca había estado en las redes, y ella tampoco había podido encontrar a Sarah. Bueno, en realidad, no la había buscado últimamente.

–No he vuelto a verlo desde que trabajó de socorrista en la playa, después de su primer año de escuela preuniversitaria, cuando me salvó de que me ahogara.

Autumn no añadió que lo había fingido todo solo para llamar la atención de Quinn. En aquel momento, se sintió mortificada por lo evidente que debió de resultar para él.

–Me extraña que no te llegara el cotilleo –dijo Laurie–. Hubo una temporada que aquí no se hablaba de otra cosa.

Pero ¿quién iba a decírselo a ella? Su madre no era aficionada a los chismorreos, lo cual era irónico, teniendo en cuenta que había vivido tanto tiempo en Sable Beach, donde hablar de sus amigos y vecinos era el deporte local.

–¿Y por qué fue tan sonado su divorcio? –preguntó.

Además de ser uno de los chicos más célebres del instituto, Quinn era guapo, atlético y estudioso, el primero de su clase y, sin duda, uno de los mejores de Sable Beach. Sin embargo, el divorcio era algo común, y ya no llamaba tanto la atención. Y Quinn tenía treinta y

nueve años. Llevaba viviendo lejos de allí veintiún años. ¿Por qué era tan interesante lo que había ocurrido en su vida?

Laurie señaló disimuladamente, con un gesto de la cabeza, a Taylor y a Caden. Autumn entendió que no quería hablar de aquel tema delante de los niños.

–Hubo algunas cosas… Que tu madre te lo cuente después.

–Yo quiero enterarme –protestó Caden.

–¿Por qué? Ni siquiera sabemos quién es –dijo Taylor, antes de que Autumn pudiera responder, y los hermanos se pusieron a discutir otra vez.

–No hagáis que Mimi se arrepienta de invitarnos –dijo Autumn, poniendo los ojos en blanco, para demostrar que estaba harta de aquel comportamiento.

–¿Por qué no vamos a casa para que os instaléis? –sugirió Mary–. Laurie se ha ofrecido a cerrar la tienda esta noche, así que yo puedo empezar a preparar la cena mientras deshacéis las maletas.

–Claro –dijo Autumn.

Cuando Caden y Taylor fueran a la playa, tal vez se relajaran y recuperaran la buena relación que tenían siempre en Sable Beach.

La casa de su madre estaba igual, salvo porque el panelado exterior era blanco, en lugar de verde. Le habían dado una mano de pintura y la casa tenía un aspecto limpio, estaba como nueva. Sin embargo, por mucho que le gustara aquella renovación, se sintió aliviada al ver que lo demás no había cambiado. Ir a ver a su madre era como volver atrás en el tiempo, y no mucha gente podía sentir eso después de veinte años.

Como era una casa pequeña, Caden tenía que dormir en el sofá, y Taylor ocupó la antigua habitación de su madre, que estaba al lado de la de Mary. Los tres iban a compartir el mismo baño al final del pasillo.

Autumn dormiría en un estudio separado que estaba encima del garaje, que tenía una habitación y un baño, gracias a Nick. Como él casi siempre tenía que trabajar cuando ella llevaba a los niños, solo podía quedarse unos días en Sable Beach. Por ese motivo habían tenido algunas discusiones, así que ella había accedido a que tuvieran un espacio propio cuando él fuera a casa de su madre. Había pensado que, de ese modo, Nick accedería a acompañarlos más a menudo, o que se quedaría más tiempo. Al final, no había habido ninguna diferencia, pero él había sido quien había contratado a un arquitecto para que terminara la parte superior del garaje. Ella se había encargado de elegir los acabados y los colores.

Después de dejar a los niños con su madre en la casa, subió las escaleras del apartamento y sintió una gran melancolía. Era extraño saber que Nick no iba a ir de visita durante aquellos meses. Algunas

veces, se sentía perdida sin él.

–¿Dónde estás? –susurró, mientras recorría la habitación, tocando las cosas que él había tocado.

Había ido a pasar allí las Navidades, sin él, pero Taylor y ella habían compartido la habitación de la casa. Eso podían hacerlo durante una semana, pero no durante tres meses. Se detuvo delante de la cómoda, donde su madre había puesto una foto de su familia.

Ella sabía que su marido estaba involucrándose en algo secreto, que un amigo suyo que trabajaba en el FBI lo había reclutado por sus conocimientos sobre Ucrania. Nick era hijo de inmigrantes ucranianos y hablaba el idioma, conocía las costumbres y aún tenía algunos familiares en aquel país. Por eso, era una persona muy útil en una región del mundo cada vez más convulsa.

Aunque él no había podido decirle exactamente qué estaba haciendo para el gobierno, ella supuso que estaba trabajando en la lucha contra el terrorismo, seguramente, intentando infiltrarse en grupos radicales. Ella había leído que, algunas veces, el FBI contrataba a civiles que tenían una especial habilidad con los ordenadores o algún conocimiento específico. Tal vez Nick se hubiera convertido en espía en toda regla y quien estuviese al otro lado hubiera descubierto su misión.

El FBI aseguraba que no lo habían enviado a Ucrania, pero ella había descubierto que Nick se había ido a Kiev justo antes de desaparecer, y no sabía por qué habría ido hasta allí de no ser por petición de la agencia. Si solo hubiera querido ir a ver a sus tíos y primos, se lo habría contado a ella. Además, su familia ucraniana decía que no había tenido ninguna noticia suya. Ella había atravesado el mundo para entrevistarse con ellos cara a cara, aunque no había conseguido nada con aquel viaje.

Puso la maleta sobre la cama. Estaba sacando la ropa cuando llegó su madre.

–A los niños les gustaría ir a la playa antes de cenar, pero les he dicho que preferiría que no fueran solos.

–Mamá, tienen dieciséis y diecisiete años. Los niños van solos a la playa todo el tiempo.

–De todos modos, a mí no me importa ir con ellos.

Aquella era la forma de su madre de decirle que tenía miedo, que no iban a estar seguros y que sentía la necesidad de vigilarlos. Su madre siempre había sido excesivamente protectora.

Sin embargo, ella no le dijo nada. ¿Qué daño podía hacer que Mimi acompañara a los niños a la playa?

–De acuerdo –dijo.

–¿Quieres que te esperemos para ir?

–No, os alcanzo dentro de unos minutos.

Su madre asintió y se dio la vuelta para irse, pero se detuvo antes de comenzar a bajar los escalones.

–No puede ser fácil para ti quedarte aquí, sabiendo que Nick no va a venir. ¿No preferirías quedarte con nosotros en casa, como hicimos en Navidad?

A no ser que Nick apareciera, tendría que enfrentarse a ello en algún momento, ¿no? Así que podía ser ahora.

–No. Taylor y yo necesitamos nuestro espacio.

–Si estás segura…

–¿Mamá?

–¿Sí?

–Antes de irte, cuéntame a qué se refería Laurie en la librería.

–¿Sobre qué?

–Sobre Quinn y Sarah.

–Ah. Bueno, nadie sabe qué ocurrió exactamente –dijo su madre.

–Debe de haber habido una historia circulando –respondió Autumn.

Y ella estaba deseando concentrarse en otra cosa, aparte de pensar en sus problemas, para variar. Estaba viendo las botas de agua de Nick en un rincón del dormitorio, y sabía que llegaría un momento, en un futuro no muy lejano, en que tendría que tomar la difícil decisión de qué hacer con ellas. Ni siquiera podía imaginárselo. Además, tenía toda una casa de Tampa llena de pertenencias de Nick y, si él no volvía, también tendría que decidir qué hacer con todo aquello. ¿Debería meterlo en cajas y guardarlo, o seguir esperando obstinadamente? Y, de ser así, ¿cuánto tiempo?

Parecía que su madre era tan reacia como siempre a repetir chismes, pero debió de entender que lo que le había pasado a Quinn podía ser una buena distracción, porque, finalmente, cedió.

–Sarah decía que él tenía una aventura, y eso le provocó un ataque de celos. Lo apuñaló.

Eso no era lo que se esperaba Autumn.

–¿Has dicho que lo apuñaló?

–Sí, eso me temo.

–Pero… no murió, ¿no? Laurie ha dicho que está aquí, ayudando a su padre en el restaurante.

–No le dañó ningún órgano vital, gracias a Dios. Pero me enteré de que se había pasado bastantes días en el hospital, porque las heridas tampoco eran superficiales.

Autumn dio un pequeño silbido al imaginarse en lo terrible que debía de haber sido su matrimonio para que sucediera algo así.

–Yo pensaba que eran felices. Salieron juntos durante mucho tiempo antes de casarse, así que debían de conocerse bien –dijo, y se sentó en la cama, al lado de su maleta–. ¿Reconoció Quinn que había sido infiel?

–No, que yo sepa.

–¿Y tú crees que lo fue?

–No me sorprendería. Si ella reaccionó tan violentamente, debía de tener un motivo.

Mary nunca le concedía el beneficio de la duda a ningún hombre. Autumn ya se había dado cuenta de eso, y suponía que la culpa era de su padre. Aunque Mary se negaba a hablar del pasado y se ponía rígida en cuanto ella mencionaba a su padre, había ocasiones, cada vez con más frecuencia, en las que se preguntaba quién era y cómo era. Antes de que Nick despareciera, le había dicho a su madre que tenía la tentación de buscarlo, pero Mary se había quedado tan horrorizada, que había descartado la idea.

Sin embargo, volvía a pensarlo. Hoy día, con solo hacerse un análisis de ADN podía conseguir mucha información. Y tenía la sensación de que debería llenar esos espacios en blanco.

Pero no le gustaba nada proceder a espaldas de su madre. Le debía a Mary un grado de lealtad por haber sido la madre que siempre había estado a su lado.

Cuando terminó de deshacer la maleta, la guardó en el armario, tratando de no fijarse en el equipo de buceo de Nick, que también estaba allí. Se puso un bañador, un vestido y unas sandalias, tomó la bolsa de la playa y comenzó a bajar las escaleras. Entonces, tuvo una llamada de teléfono. Miró la pantalla del móvil y comprobó, con sorpresa, que se trataba de Lyaksandro Olynyk, el detective privado ucraniano a quien había contratado para que buscara a Nick.

En aquella otra parte del mundo había siete horas menos. ¿Por qué iba a llamarla en mitad de la noche?

Capítulo 2

Taylor se tumbó sobre la toalla. Era tarde, así que en la playa no hacía tanto calor como le hubiera gustado, pero estaba feliz de haber salido de Florida, de tener un respiro de su vida normal. Estaba cansada de ser la chica cuyo padre había desaparecido. De cómo se comportaba todo el mundo por ello. De ver a su madre aparecer en uno de los partidos de voleibol del instituto con unas ojeras profundas y con la mente a miles de kilómetros de allí. Cansada de las discusiones constantes con su hermano, porque, de repente, ya no se llevaban bien. Cansada de todo. Haber perdido a su padre ya era lo suficientemente malo.

Lo único que quería era escapar, ser otra persona durante un tiempo. Gracias a Dios, su madre había accedido a ir pasar el verano a Sable Beach, a casa de Mimi. Sable Beach era mejor que Tampa. Para empezar, allí podía respirar. El pueblo no era tan pequeño como para ser totalmente invisible, pero la mayor parte de la gente la conocía solo como la hija de Autumn o la nieta de Mary, así que podía ocultarse tras ellas casi todo el tiempo. Y, si ellas no estaban presentes, podía soportar un poco de interacción social de vez en cuando. Le costaba mucho sonreír, levantarse e ir al colegio todos los días. Fingir que le interesaban las conversaciones y lo que ocurría en el instituto.

Ahora, podía ahorrar todas sus energías para fingir delante de la familia.

Antes de marcharse, sus amigos le habían dicho que seguramente iba a aburrirse y a pedir que la dejaran volver a casa. Lo decían en broma, pero ella esperaba que tuvieran razón. A lo mejor si se aburría de verdad, sería capaz de volver a Florida a finales de verano. De lo contrario, iba a decirle a su madre que quería quedarse a terminar el instituto en Sable Beach, con Mimi. No quería hacerle daño a su madre, pero parecía que ya no podía relacionarse con nadie. Tenía que escapar de aquellos últimos dieciocho meses.

Sonó su teléfono, pero no contestó a la llamada. No quería saber nada de sus amigas, que se preocupaban de cosas que a ella le parecían tonterías. Había desaparecido un hombre, marido, padre y buen abogado. ¿Era posible que la vida continuara como si no hubiera

pasado nada? ¿Acaso no veían que su padre se había llevado una parte enorme de ella consigo?

Caden se inclinó hacia ella desde el otro lado de Mimi, que estaba sentada entre los dos.

–¿No lo oyes? –le preguntó, con una evidente irritación.

En vez de reconocer que había oído la llamada de teléfono, porque, en ese caso, le preguntarían por qué no había respondido, se limitó a tomar el móvil y a mirar la pantalla.

Era de Danielle Kent, su mejor amiga. La llamada fue seguida de un mensaje de texto.

¡Responde al teléfono! No te vas a creer a quién acabo de ver en el centro comercial. A Oliver Hancock.

No quería hablar sobre Oliver. Danielle, y sus otras amigas, también, suponían que a ella le gustaba. Y, seguramente, Oliver también lo pensaba, porque se había acostado con él en una fiesta, hacía dos semanas. Sin embargo, para ella no tenía ningún significado. Solo lo había hecho para tratar de sentir algo.

Pero aquella noche no había servido de nada. No había sentido nada ni siquiera cuando estaba con él. Se había quedado entumecida, mirando al techo, deseando que él se diera prisa y terminara. Aunque se había dado cuenta, vagamente, de que no usaban preservativo, tampoco había hecho nada al respecto, porque no conseguía que le importara. Ahora, sin embargo, se preocupaba por las posibles consecuencias.

Ahora no puedo hablar. ¿Qué te ha dicho?, respondió, tan solo porque sabía que Danielle esperaba que lo hiciera.

¡Quería que le diera tu número!

Taylor se encogió.

¿Y se lo has dado?

Sí.

–Mierda –murmuró.

–¿Ocurre algo, cariño?

Mimi llevaba un vestido de playa largo, de color turquesa, y unas sandalias. A Taylor, su abuela siempre le había parecido bella, etérea, casi intocable. Tenía el pelo plateado, los ojos azul claro y ligeramente inclinados hacia arriba, los pómulos altos… podría haber sido modelo. Era la más guapa de las abuelas de todos sus amigos, aunque también era la más joven. Había tenido a su madre con solo dieciséis años.

Taylor no quería pensar que pudiera seguir los pasos de su abuela y tener un bebé tan joven. Debería haber tenido más cuidado.

–No, nada.

¿Para qué iba a decir que sí? ¿Por dónde podía empezar a explicarse?

Ahí era donde tenía que empezar a fingir.

Caden se puso en pie, la miró y señaló al agua con la cabeza.

–¿Vienes a bañarte?

Ella sabía que, en parte, el motivo de que su hermano y ella estuvieran discutiendo tan a menudo era que ella se había alejado de él. Pero no podía evitarlo. Estaba sufriendo demasiado como para esforzarse más.

–No.

Se dio cuenta de que se quedaba decepcionado. Incluso Mimi la miró como si quisiera que cambiase de opinión. Así que cedió.

–Está bien. Ve tú, ahora mismo te sigo.

Mientras Caden iba corriendo hacia la orilla y se tiraba al agua, Mimi y ella lo observaron.

–¿Estás emocionada por tu último año de instituto? –le preguntó su abuela.

Taylor apagó el teléfono y lo metió en su bolsa. No quería que lo tocaran su madre ni su abuela y, menos, Caden, si por algún motivo salía antes que ella del agua. Si se enterara de lo que había hecho con Oliver, que había sido su mejor amigo, se disgustaría. Ella estaba disgustada consigo misma, puesto que no sentía atracción por él.

–Sí –le respondió a su abuela, aunque era mentira–. Estoy deseando empezar.

–¿A qué universidad te gustaría ir?

Sus notas habían bajado tanto que no estaba segura de si iba a conseguir plaza en alguna escuela preuniversitaria, aunque había sacado muy buenas notas en el examen de selectividad, y eso podía salvarla. Siempre y cuando, claro, que no surgiera otro obstáculo como, por ejemplo, un embarazo. Ojalá supiera cuándo debía tener la menstruación, pero no había prestado mucha atención a las fechas. Desde que había roto con su novio, justo antes de Navidad, y había dejado de tomar la píldora, no había tenido motivos para hacerlo.

–Mamá me ha dicho que Old Dominion está solo a dos horas y media de aquí. Si voy a estudiar allí, podré venir en coche a verte cuando tenga tiempo.

–Me encantaría –dijo Mimi–. Sería genial que Caden también eligiera Old Dominion.

Taylor se puso en pie y se sacudió la arena de las piernas.

–Él espera conseguir una beca de waterpolo, así que no creo que vayamos a la misma universidad.

Ese era otro motivo por el que se estaba distanciando de su hermano.

Iban a separarse pronto, y no podía enfrentarse a otra pérdida, necesitaba estar más preparada para la siguiente.

–Ah –dijo Mimi, y las pulseras que llevaba tintinearon cuando alzó la mano para protegerse los ojos del sol–. ¿Cómo está tu madre?

Por el tono de voz de su abuela, se dio cuenta de que no era una pregunta despreocupada.

–No sé qué decirte. No nos dice cómo se siente.

–Porque no quiere haceros sufrir más –dijo Mimi, que siempre defendía a su hija.

Caden salió a la superficie, se echó el pelo hacia atrás y volvió a sumergirse.

–Creo que mamá ha decidido que papá no va a volver –reconoció.

Mary pestañeó varias veces antes de responder.

–¿Y tú? ¿Crees que podría volver?

De repente, ella sintió una opresión muy fuerte en el pecho.

–No –respondió, y salió corriendo hacia el agua.

El señor Olynyk tenía un acento muy fuerte, y a Autumn le costaba entenderlo. Había hablado muchas veces con él desde que lo había contratado, hacía un año, antes de ir a Ucrania, pero hacía muchos meses que él no le daba ninguna información significativa. Aunque él decía que trabajaba con varios contactos dentro del Servicio de Seguridad de Ucrania, ella sospechaba que ya había hecho todo lo que podía hacer. Mucha gente, tanto de agencias gubernamentales como de foros de internet que había visitado para buscar ayuda, le había advertido que era muy vulnerable en aquellos momentos, y que para una persona sin escrúpulos sería muy fácil aprovecharse de ella. Ahora que ya no estaba en aquel país, se sentía muy desconectada, muy indefensa. Pero no era capaz de volver. Había sido muy difícil separarse de los niños, que habían tenido que quedarse cada uno en casa de un amigo para poder seguir con el colegio. Habían sido tres semanas interminables y no había conseguido nada. Solo había conseguido conocer al señor Olynyk y pasar algo de tiempo con él. Sin embargo, eso no la había librado del insomnio. Pasaba las noches en vela, imaginándose que el detective había descubierto que Nick había muerto hacía meses, pero había decidido no decirle nada.

Mientras, no podía decirles a sus hijos lo que le había ocurrido a su padre, ni podía repatriar el cuerpo de Nick para enterrarlo y saber que había hecho todo lo posible. Aunque esperaba que siguiera vivo y volviera a su lado, si lo hallaban muerto, al menos podría liberarse de todas aquellas preguntas que la estaban volviendo loca. El hecho de no saber cuándo podía dejarlo, cuando había cumplido con su deber, era una de las peores cosas por las que estaba pasando.

–¿Podría repetírmelo, por favor? –le pidió a Olynyk, cuando él mencionó algo sobre la región de Donetsk, que estaba dominada por los separatistas.

–Un amigo del hombre de quien le hablé la última vez, Ananiy

Jushnir, reconoció la fotografía de su esposo. Cree que lo vio.

–¿Cuándo?

–Hace muchos meses. Nick estaba en compañía de los rebeldes.

–Cree usted que fue a su país para infiltrarse entre los separatistas.

Era una teoría que habían mencionado más veces, pero nunca habían encontrado ninguna prueba.

–Posiblemente.

¿Y la había llamado a medianoche solo para decirle eso?

–¿Quiere que continúe?

Lo que le estaba preguntando era si iba a seguir pagándole. ¿Debería continuar?, se preguntó ella. ¿Estaría tras una pista verdadera, o le estaba hablando de un amigo ficticio?

–¿Qué puede haberle ocurrido? –preguntó, por enésima vez.

–Puede que esté trabajando en algún sitio. Estoy buscando, pero es muy peligroso. El gobierno ruso envía muchos grupos de sabotaje. Lo entiende, ¿verdad? ¿Se dice «sabotaje»?

–Sí, sí. Entiendo lo que dice.

–Estos grupos trabajan de forma… independiente. Son muy peligrosos. Tal vez… a ellos no les gustara su marido.

–¿Me está sugiriendo que tal vez Nick se convirtiese en objetivo de alguno de esos grupos rusos?

–Podría ser. Si lo catalogaron como enemigo, pudieron hacer cualquier cosa.

–¿Puedo preguntarle una cosa? –dijo ella, agarrando con fuerza el teléfono.

–Por supuesto.

–En su opinión… ¿cree que Nick está muerto?

Él vaciló, pero dijo:

–Creo que… sí. De lo contrario, lo habría encontrado hacía mucho tiempo.

Una cosa era que ella dijera que, seguramente, Nick estaba muerto. Otra cosa muy distinta era escucharlo de una persona que conocía mucho mejor que ella la zona y la situación. Aquella respuesta le pareció completamente sincera, tanto, que se sintió culpable por haber desconfiado de Olynyk. Tal vez, ella no le había hecho las preguntas adecuadas.

–¿Dónde puede estar su cadáver?

–En cualquier parte. Pero ¿quiere que siga buscando?

Ella cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás. ¿Ahora iban a buscar un cuerpo?

Dios… ¿qué debía hacer?

Mientras trataba de decidirlo, se le caían las lágrimas por las mejillas hasta el pelo. Había llegado al final del camino. Era el momento de abandonar, por muy difícil que le resultara renunciar a la

búsqueda de Nick.

Pensó en las botas de lluvia que había en el armario. Al pensar que él no iba a volver a ponérselas, le resultó muy difícil hablar.

–Voy a enviarle dos mil dólares más. Con eso, debería usted poder seguir investigando hasta junio. Pero si entonces no puede darme pistas más concretas, algo que me demuestre que está en el buen camino, habremos terminado. ¿Lo entiende?

–*Tak*.

Después de dieciocho meses, había aprendido algo de ucraniano, lo suficiente como para saber que significaba «sí». También sabía dar las gracias:

–*Dyakuyu tobi*.

–*Nemae problem*.

Después de colgar, Autumn cabeceó, pero alguien llamó de nuevo, antes de que pudiera bajar las escaleras. Era su madre.

–¿Vas a venir? –le preguntó Mary.

–Sí. Ahora mismo voy.

Después de hablar con su hija, Mary se inclinó hacia atrás y sintió que la arena cedía suavemente bajo las palmas de sus manos mientras observaba a sus nietos, que estaban bañándose entre las olas. Adoraba aquella pequeña parte del mundo. Sable Beach le había proporcionado paz y seguridad. Casi todas las noches daba un paseo para ver el mar y se sentía reconfortada con su belleza y su constancia. Era como una madre para ella, más de lo que nunca hubiera sido su verdadera madre.

Le encantaba ver a las gaviotas, que descendían en picado y aterrizaban en la playa, y la observaban con tanta curiosidad como la que ella sentía. Había una gaviota a la que le faltaba un ojo, que visitaba con frecuencia la playa, ladeaba la cabeza y la miraba fijamente, pero nunca se acercaba tanto como las demás. Se sentía extrañamente unida a ella. Aunque sus cicatrices eran menos visibles, también las tenía. Ambas se aferraban al refugio que les ofrecía Sable Beach, y ninguna de las dos estaba dispuesta a confiar demasiado.

¿Duraría la paz que había encontrado allí, o estaba a punto de cambiar todo?

Se había sentido segura con su secreto durante mucho tiempo. Sin embargo, Autumn había demostrado interés por encontrar a su padre, justo antes de que Nick desapareciera y, con los avances tecnológicos, las pruebas de ADN eran muy fáciles de realizar. Eso la ponía nerviosa. Sentía la misma angustia que al principio, cuando siempre se preguntaba qué podría alcanzarla sigilosamente por la espalda.

Hacía dos semanas, Taylor había mencionado algo que le daba a

entender que Autumn había hablado otra vez de su padre. Ella recordaba perfectamente las palabras y el tono de voz de su nieta:

–Creo que a mamá le molesta no saber más sobre la familia de su padre.

Ella había respondido que tampoco sabía nada, pero sentía que aquello era un mal presagio. El tema volvería a surgir, seguramente, aquel mismo verano. Quería seguir con su historia, pero sabía que no iba a conseguirlo si Autumn pedía una prueba de ADN, seguía el rastro de su padre y demostraba que ella era una mentirosa.

¿Y si le decía la verdad? ¿Qué haría Autumn con aquella información? Ella temía que su hija llegara a personas con las que no quería que tuviera ningún contacto y que, además, no quería que volvieran a formar parte de su vida bajo ningún concepto. Con solo pensarlo, estuvo a punto de alzar el puño hacia el cielo y gritar: «¡Sobre mi cadáver!». Lo que le había permitido superar aquellos horribles años había sido su carácter luchador.

Sin embargo, a pesar de todo lo que había hecho para proteger a Autumn y crear una vida nueva para ellas dos, y a pesar de todo lo que pudiera hacer para evitar que el pasado las alcanzara, al final, tal vez no estuviera en su mano evitarlo. Los secretos siempre salían a la luz.

–¡Aquí estás!

Mary se volvió y vio a su hija acercándose.

–Taylor y Caden se lo están pasando bien –le dijo, cuando Autumn dejó la bolsa en la arena.

Algunas veces, se maravillaba de las cosas sin importancia que salían de su boca, con todo lo que en realidad tenía en la cabeza.

Autumn se ajustó las gafas de sol en la nariz y se giró para mirar a sus hijos.

–Vaya, por una vez no están discutiendo –dijo.

Colocó la toalla en la arena y se sentó.

–Siento haber tardado tanto en venir. Me ha llamado el detective privado de Ucrania.

–¿Tenía alguna novedad?

–En realidad, no. Más de lo mismo. Ha dado con alguien que tal vez vio a Nick hace unos meses. Quiere más fotos para enseñárselas a un contacto u otro. A un amigo del gobierno, que tal vez pueda ayudar. Ha conseguido ponerse en contacto con una persona de la que me habló la última vez, así que, por lo menos, podemos tachar otra pista de la lista. Es lo de siempre.

Mary se dio cuenta de que estaba muy desanimada.

–Bueno, supongo que tiene que ser muy metódico.

–Sí, es cierto, pero ha pasado mucho tiempo. No sé si este detective está consiguiendo algo, en realidad.

–¿Y quién puede saberlo? –preguntó ella.

Le resultaba muy difícil ver sufrir a su hija. Autumn llevaba tanto tiempo intentando encontrar a Nick, que a ella le resultaba difícil alcanzarla. Siempre estaba despierta, noche y día, navegando por internet o hablando por teléfono, intentando conseguir más información y presionando al gobierno para que la ayudara, hablando con gente que tuviera poder, haciendo circular la fotografía de Nick en diferentes grupos de Ucrania, tratando de encontrar a alguien en aquel país que fuera capaz de investigar su desaparición y estuviera dispuesto a hacerlo. A ella le aterrorizaba que aquellos esfuerzos de Autumn llamaran la atención de personas peligrosas. ¿Y si Nick se había infiltrado en un grupo terrorista y ellos decidían acabar con Autumn para que no siguiera buscándolo y les creara problemas?

Cuando Mary le habló a Laurie de aquello, Laurie le dijo que no debía dar rienda suelta a su imaginación. La posibilidad de que ocurriera algo tan terrible era una entre un millón.

Pero a Mary no le importaba que las posibilidades fueran remotas. También era muy improbable que sucediera lo que le había ocurrido a ella, y le había ocurrido.

–¿Confías en él? –le preguntó a su hija.

–Al principio, sí. Él fue quien me dio aquella fotografía borrosa que había hecho una cámara de seguridad del aeropuerto de Kiev, ¿te acuerdas? Por eso sé que Nick tomó un avión y aterrizó en Ucrania.

Sí, se acordaba. Autumn le había dado mucha importancia a aquella imagen, había exigido explicaciones al FBI en las redes sociales, había declarado que estaban intentando ocultar la desaparición de su marido. Al final, el contacto de su marido en el buró había reconocido que Nick estaba haciendo trabajos de poca importancia para ellos, pero solo *online*. Querían que aceptara que se había ido a Ucrania *motu proprio* y que se callara, pero ella seguía diciendo que no podía creer que su marido hubiera salido del país sin decírselo.

–¿No se puede hacer nada más para seguir el rastro del teléfono de Autumn? –le preguntó a su hija–. Sé que ya te lo he preguntado, pero ahora pueden hacer muchas más cosas que hace un año. Lo veo todo el tiempo en los programas de investigación de la televisión.

–Deberían haber obtenido más información de su móvil. Si hubiera sido un modelo más antiguo, habrían podido sacar los mensajes de texto, porque habría tenido un chip que se habría activado cada diez minutos para recuperar la información de texto, aunque no las llamadas. Y yo habría tenido alguna oportunidad.

–Pero él no tenía un modelo más antiguo.

–No. Siempre tenía el último modelo, el mejor. Le encanta… Le encantaba la tecnología.

–Pero la mayoría de la gente tiene nueva tecnología en estos

tiempos. Y he leído que la Agencia de Seguridad Nacional puede seguir el rastro de un móvil incluso cuando está apagado.

–Los teléfonos nuevos tienen una carcasa de cuerpo hermético de los que no se puede sacar la batería. Y, si tiene batería, se puede seguir el rastro de un móvil incluso si está apagado –dijo Autumn–. Pero solo si está infectado con troyanos. Según toda la información que he encontrado, así es como lo hace la Agencia de Seguridad Nacional. De todos modos, yo lo he intentado. No puedo hacer nada más con respecto a su móvil. Y Olynyk me dio la última información relevante hace un año. De todos modos, sigo pagándole.

–Porque tienes la esperanza de que encuentre un hilo que te permita desentrañar todo el misterio.

Autumn se mordió un labio.

Sí. Pero… ¿no debería dedicar a los niños toda mi atención? ¿Y no estaré gastando el dinero en un sueño que nunca se hará realidad? Necesito saber si debo seguir buscando.

Mary percibió su tono de angustia.

–Ojalá pudiera responderte a eso, pero solo lo puedes decidir tú.

Autumn se ajustó las gafas. Aunque el sol ya no brillaba tanto a aquellas horas de la tarde, su hija debía de sentirse más segura detrás de las lentes.

–Le he dicho a Olynyk que siguiera investigando durante este mes. Después, lo dejo. No puedo permitir que la desaparición de Nick siga destruyendo a mi familia.

–Has hecho todo lo que podías. Has trabajado noche y día, has seguido todas las pistas y te has gastado una fortuna.

–Sí, pero ¿ha sido suficiente? Siempre hay algo más que podría hacer, pero no creo que merezca la pena la inversión de tiempo, ira y dinero. Y mis hijos se merecen tener, por lo menos, la presencia de uno de sus padres. En este punto, me parece que continuar con la búsqueda es casi algo… egoísta. Es como si solo estuviera intentando consolarme y paliar mi necesidad de obtener respuestas, por encima de la obligación de hacer lo mejor para ellos.

Mary observó a su hija. Tenía los ojos castaños, dorados, y el pelo largo y oscuro, herencia de su padre. La forma ovalada de su rostro y sus pómulos altos eran herencia de ella, como su complexión delgada. Era más delicada que sus hijos; Taylor y Caden tenían el mismo color de ojos y de pelo que su madre, pero, también la misma expresión seria y la complexión fuerte de su padre.

–¿Qué crees que querría Nick que hicieras tú?

Autumn flexionó las rodillas y se las abrazó, y apoyó la barbilla en ellas. Se quedó mirando a sus hijos, que seguían en el agua.

–Querría que cuidara de los niños. En eso era muy generoso.

–¿Pero?

–Pero… ¿y si sigue vivo? ¿Y si me estoy rindiendo solo unas semanas antes de lo que debiera? ¿Y si sigo buscando y lo encuentro? Esas posibilidades me vuelven loca.

Mary se alisó el vestido para ganar un momento y poder pensar cuál era la mejor forma de decir lo que quería decir.

–No puedo decirte qué sentiría Nick –reconoció–, pero puedo decirte lo que sentiría yo si fuera él.

–¿Cómo?

–No querría que estuvieras triste, que te sintieras sola ni arrepentida. Querría que te levantaras y recuperaras tu vida, que disfrutaras cada momento. Y quería que estuvieras siempre disponible para Taylor y Caden.

A Autumn se le cayó una lágrima que se deslizó por debajo de sus gafas. Se la enjugó con impaciencia y dijo:

–Gracias, mamá. Me alegro de haber venido.

Mary sonrió a la persona que había sido, una vez, su único motivo para seguir viviendo.

–Y yo.

Capítulo 3

¿Va todo bien?

¿Nick? ¿Estás ahí? ¿Puedes contestarme?

Por favor, cariño. Me voy a volver loca. Contéstame.

¿En serio? ¿Ni siquiera puedes decirme que estás bien?

¿Qué ocurre?

¿Qué les digo a los niños? Me están preguntando por ti, ellos tampoco dan contigo.

¡Esto no puede ser verdad! ¿Dónde estás?

Autumn no podía dormir. Se había sentado en el alféizar de la ventana del estudio y estaba revisando los mensajes que le había enviado a Nick hacía seis meses. Habían empezado amistosamente, se habían convertido en algo frenético, después, lleno de enfado y, al final, desesperado. El último mensaje había sido:

¡Por favor, cariño! No puedo vivir sin ti.

Pero sí que estaba viviendo sin él. No le quedaba más remedio.

Suspiró. No importaba qué mensajes enviara. Ninguno había obtenido respuesta, y habían sido cientos de ellos.

«Cabrón», le escribió al contacto del FBI. Esperaba que Richard Jenkins se despertara en medio de la noche al ver encenderse el teléfono. Se lo merecía. Sabía más de lo que le había dicho a ella, estaba segura. El FBI le había pedido a su marido que hiciera algo y la misión había fracasado terriblemente, y aquellos que habían enviado a Nick a Ucrania temían las responsabilidades. No creía que supieran exactamente dónde estaba él, pero creía que podrían haberle dado información, al menos, al principio, que la habría ayudado en la búsqueda, y el resultado podía haber sido muy distinto.

Como no vio ninguna señal de que hubieran recibido su mensaje, pensó que Richard estaba dormido, tan despreocupado como siempre.

–Psicópata –murmuró, y tiró el teléfono al cojín que tenía al lado.

Ni siquiera por la mañana iba a recibir una contestación suya. Había cortado la comunicación con ella hacía varios meses.

Para dejar de pensar en Nick, tomó su ordenador portátil. Tenía curiosidad por Quinn y Sarah Vanderbilt, y quería investigar. Le había sorprendido mucho que él hubiera tenido aquel tipo de problema y,

aunque fuera algo mezquino, al pensar en los problemas de otros se sentía menos sola con su sufrimiento.

Quinn y Sarah vivían en el estado de Nueva York, y él era ingeniero de caminos. Como algunas zonas de la parte norte del estado de Nueva York eran rurales, tal vez el apuñalamiento había sido un suceso digno de ser publicado en la prensa local.

A los pocos minutos de empezar a buscar, encontró un artículo corto en *The Villager*, el periódico oficial de Ellicottville, con fecha de dos años antes.

Apuñala a su marido por una supuesta infidelidad.

Anoche, la policía acudió al domicilio de Quinn y Sarah Vanderbilt, en Longwood Drive, donde encontraron a Quinn Vanderbilt, un varón de treinta años, con múltiples heridas de arma blanca. Fue trasladado en ambulancia al Hospital General de Olean, donde fue atendido de urgencia.

La portavoz del hospital informó de que se encuentra estable y se espera su recuperación. La señora Vanderbilt no estaba ya en la escena cuando llegó la policía, pero uno de los agentes la encontró en casa de unos vecinos. Al preguntarle por qué había apuñalado a su marido, ella respondió que él mantenía una aventura con otra mujer.

La señora Vanderbilt deberá comparecer el viernes ante el juez. Su abogado no estaba disponible para hacer declaraciones a este periódico a la hora del cierre.

Autumn consultó algunos resultados más y encontró otro artículo, más corto y de tres días después, en el mismo periódico.

La mujer que apuñaló a su esposo comparece ante el juez.

Sarah Vanderbilt va a ser acusada de intento de asesinato por el apuñalamiento de su marido, Quinn Vanderbilt, que fue ingresado en el Hospital General Olean hace tres días. El señor Vanderbilt fue dado de alta, pero aún no ha realizado ninguna declaración.

Katherine Wilson, una vecina, ha declarado que la señora Vanderbilt apareció en su casa con un cuchillo de cocina lleno de sangre, gritando que su marido ya no la quería. «Dijo que prefería verlo muerto a perderlo por otra mujer», ha declarado la señora Wilson.

Se espera que la señora Vanderbilt se declare no culpable. Si el veredicto es de culpabilidad, puede ser condenada a veinte años de cárcel.

–¿Veinte años? Vaya –murmuró Autumn, y suspiró. Siguió buscando y encontró otro artículo, escrito un año más tarde.

Vanderbilt, condenada a diez años de cárcel.

Sarah Vanderbilt ha recibido hoy una condena de diez años de cárcel

por el intento de asesinato de su marido, Quinn Vanderbilt. La defensa pidió que fuera declarada no culpable debido a una situación de locura transitoria, pero la fiscalía contaba con varios testigos que declararon que era perfectamente consciente de sus actos.

El jurado tardó solo tres horas en declararla culpable.

Quinn Vanderbilt asistió al juicio, pero se negó a testificar contra su exesposa. Le pidió al juez que fuera benevolente con su mujer a la hora de dictar sentencia, puesto que Sarah necesitaba ayuda psicológica.

Sarah Vanderbilt lloró mientras su exesposo leía la declaración que llevaba preparada. Dijo, en voz alta: «Siempre te querré», mientras él abandonaba la sala.

El juez la condenó a diez años de cárcel.

Autumn dejó el ordenador en la mesilla de noche, se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero. ¿Los actos de Quinn eran una indicación de que había tenido alguna culpa de lo ocurrido? Tal vez fuera cierto que había sido infiel. Era ilegal apuñalar a un marido infiel, pero, si Quinn había mantenido una aventura con otra mujer y había traicionado la confianza de Sarah, podía argumentarse que era él quien había provocado el primer perjuicio en la pareja.

Se metió bajo la manta. Cuando estaban en el instituto, ella lo deseaba tanto que se preguntó, sin poder evitarlo, hasta qué punto habrían sido diferentes las cosas si él hubiera correspondido a sus sentimientos.

Tal vez, ahora, estuvieran viviendo vidas muy diferentes.

Mary se despertó sobresaltada, con el corazón acelerado.

Había tenido una pesadilla como las que tenía a menudo, pero hacía mucho tiempo que no recordaba los detalles con tanta claridad.

Miró a su alrededor para ver si percibía algún movimiento o algo fuera de lugar. No vio nada alarmante, pero se levantó y comprobó que las ventanas y las puertas estuvieran bien cerradas.

El viento hizo tintinear el carillón de viento del porche, y la pantalla de la puerta crujió. Eran sonidos familiares de una tormenta, pero, aquella noche, le pusieron la carne de gallina. Abrió las cortinas para mirar al jardín. Un rayo iluminó el cielo y, pocos segundos después, se oyó un trueno.

No vio a nadie. Pero, de vez en cuando, en noches como aquella, veía su cara en el cristal de la ventana…

–¿Mimi?

Ella dio un respingo y soltó la cortina. Taylor había salido.

–¿Sí, cariño?

–Perdona, no quería asustarte. Solo quería saber si estás bien.

–Claro que estoy bien –dijo, suavemente, para no despertar a Caden, que estaba durmiendo en el sofá del salón. Se agarró las manos para disimular el temblor–. Solo es un poco de mal tiempo.

–Ya lo sé. Me ha parecido oír…

–¿Que alguien intentaba entrar?

Taylor frunció el ceño.

–No, no. Me ha parecido que estabas pidiendo ayuda a gritos. He pensado que te estaba pasando algo.

Nadie le había dicho nunca que gritara en sueños, ni siquiera cuando Autumn vivía con ella. Sin embargo, su hija tenía el sueño muy profundo. Mary siempre lo había agradecido. De lo contrario, las cosas habrían sido mucho peores.

Mary señaló la ventana.

–¿Estás segura de que no eran los truenos?

–Sí, seguro. Estaba despierta, viendo la tormenta. También he oído los truenos.

Ya que no podía convencer a Taylor de que no había sido ella, intentaría restarle importancia a la verdad.

–Bueno, pues entonces, debía de tener una pesadilla. Porque estoy bien.

–¿Pensabas que estaba intentando entrar alguien en casa?

–No, no. Tal vez estuviera soñando con eso. No me hagas caso. Todavía estoy un poco grogui.

–Ah.

Mary volvió a mirar por la ventana, en aquella ocasión, hacia el garaje.

–Ojalá hubiera sitio para que vuestra madre se quedara aquí también.

–Sí, ojalá. Pero ella está bien allí, así que no te preocupes. Acabo de enviarle un mensaje para preguntarle qué hacía, y me ha dicho que me levantara para ver qué tal estabas.

–¿Está despierta? Son más de las dos. No sé si descansa lo suficiente. Pero ahora es de día en Ucrania, así que supongo que tiene sentido, después de todas las noches que ha pasado en vela durante los últimos dieciocho meses.

–¿Quieres decir que sigue buscando? ¿No ha renunciado a la idea de que mi padre aparezca de nuevo?

A Mary le dolió ver el sufrimiento reflejado en los ojos de su nieta.

–No, solo digo que su reloj interno debe de estar un poco enredado. Nada más.

–Entonces, lo va a dejar.

–Es que no puede hacer mucho. No tiene información nueva ni ninguna pista. Y está debatiéndose. Todavía quiere mucho a tu padre, pero siente que Caden y tú habéis perdido dos cosas: a Nick, y la vida

normal que teníais antes de que él desapareciera. Puede devolveros una de esas cosas si renuncia a la otra.

Taylor se acercó a ella y estuvo mirando por la ventana mucho tiempo.

–¿Alguna vez te has sentido tan impotente que has tenido ganas de gritar y patalear, y romper todo lo que está a tu alrededor?

–Por supuesto que sí –dijo Mary, pensando en la pesadilla, no la que la había despertado aquella noche, sino la que había vivido a los doce años. Entonces, se giró y abrazó a su nieta.

–¿Y cómo lo superaste?

–Tomé la determinación de no permitir que nada me destruyera.

Taylor se apartó un poco para mirarla.

–¿Y eso te sirvió?

Mary le tomó una mejilla.

–Algunas veces, lo único que tenemos es la determinación.

Autumn durmió por primera vez desde hacía siglos. Con los exámenes finales de los niños y los eventos que se celebraban para cerrar el curso, habían estado muy ocupados. Había tenido que madrugar bastante después de las noches de insomnio, así que, en aquella ocasión, a pesar de dormir hasta las diez de la mañana, seguía demasiado cansada como para levantarse de la cama.

Era un alivio saber que sus hijos estaban con su madre. Aunque ella no entrara inmediatamente en casa, los niños serían recibidos con una sonrisa y el desayuno. Ir a casa significaba que tenía el apoyo de su madre. Siempre había podido contar con ella, y le estaba eternamente agradecida por eso.

Iría a la casa dentro de unos minutos. Quería estar en la cama, sin oír nada, sin sentir presión, solo un poco más. Pero se quedó dormida de nuevo y, cuando se despertó, era ya mediodía. Podría haber seguido durmiendo todo el día, pero oyó que alguien subía a su habitación.

–¿Hola? –preguntó.

Colocó dos almohadones detrás de su espalda para incorporarse y apoyarse en el cabecero, y vio que su madre aparecía con una bandeja de comida.

–¿Todavía estás en la cama? –le preguntó, con sorpresa–. ¿Quieres que vuelva más tarde? Es que creía que tendrías hambre.

–No, no te vayas. Sí que tengo mucha hambre. Pero si me hubieras llamado, habría bajado yo. No tienes por qué traerme el desayuno a la cama.

–No me importa. Así estreno esta bandeja. La compré en un anticuario hace poco y quería usarla. ¿A que es bonita?

La bandeja era de mimbre blanco, y en ella había una tetera y una taza de porcelana y una fuente con tapa.

–Es muy elegante –dijo.

Incluso había un jarrón con unas rosas y un ejemplar del periódico local.

Mary dejó la bandeja sobre las rodillas de su hija y fue a abrir las cortinas. La luz del sol inundó la habitación, y Autumn cerró los ojos y volvió la cara hacia la ventana. Era como si estuviera volviendo de entre los muertos, saliendo a la claridad después de un periodo largo y oscuro durante el que ni siquiera se había dado cuenta de si hacía mal o buen tiempo.

–Hace un día espléndido –comentó su madre.

–Me encantan los veranos aquí.

Autumn abrió los ojos y tomó la servilleta bordada. Mary siempre le ponía un toque agradable a todo. Ella era mucho más práctica y solo se preocupaba de hacer las cosas. Sin embargo, admiraba la atención que ponía su madre hacia la belleza y los detalles.

Era maravilloso ser hija de Mary.

–¿Por qué no estás en la librería? –le preguntó–. No estaré interfiriendo en tu trabajo, ¿no?

–No. Laurie me dijo que me tomara el día libre para poder pasarlo con vosotros.

–¿Dónde están los niños?

–Taylor está leyendo en el sofá, y Caden está en la playa.

–Ah. ¿Y tú no has ido para salvarlo de ahogarse? –le preguntó Autumn, con ironía.

Su madre frunció el ceño, como si no le hubiera hecho gracia el comentario.

–Me ofrecí para acompañarlo, pero se rio de mí. Me dijo que no podía llevarme con él cada vez que va a la playa, o que no habrá ninguna chica a cien kilómetros a la redonda que lo mire dos veces.

Autumn levantó la tapa de la pequeña fuente de la bandeja y vio unos gofres cubiertos de fresas con nata.

–Entonces, ¿le has permitido que se arriesgue con tal de salvar su vida amorosa?

–Hay prioridades –respondió Mary, siguiendo la broma. Autumn se echó a reír.

–Es muy buen nadador, mamá. No te preocupes, va a estar perfectamente –dijo. Aunque hubiera algún problema, su madre no podría sacar a un adolescente de la talla de un hombre adulto de entre las olas, de todos modos–. Esto tiene un aspecto delicioso. Seguro que los niños estaban emocionados.

–Por suerte, me dio la sensación de que iban a querer gofres, así que ya lo tenía todo preparado.

Mary se sentó al borde de la cama mientras Autumn comía.

–Anoche encontré un artículo sobre lo que le ocurrió a Quinn –comentó Autumn, después de haber tomado unos cuantos bocados.

–¿Buscaste más información?

–Sí. Así me distraje y conseguí no pensar en otras cosas.

–Entonces, me alegro de habértelo contado. ¿Qué averiguaste?

–Bueno, no me dijiste que condenaron a Sarah a diez años de cárcel.

–Sabía que la condenaron, sí, pero no recuerdo haberme enterado de la duración de la condena. Parece un poco excesiva, ¿no?

–Según lo que encontré en internet, podían haber sido veinte años o, incluso, cadena perpetua. Es la pena que se impone en el estado de Nueva York para los intentos de asesinato. Los motivos por los que fue más corta es que parece que fue algo espontáneo, y que Quinn le pidió benevolencia al juez.

Mary alisó una arruga de la colcha.

–Me siento tan mal por los padres de Sarah…

–¿Siguen viviendo en Sable Beach?

–Sí. Su madre es una gran lectora, viene muy a menudo por la librería.

–¿Y ha mencionado a su hija?

–Desde lo sucedido, no. Pero me imagino que para ellos no es fácil hablar de Sarah.

–Y tú prefieres ocuparte de tus propios asuntos.

–Yo no quiero hacer que se sienta peor. Me imagino que, además, se sienten muy incómodos ahora que Quinn ha vuelto al pueblo.

–¿Lo culpan por lo que ocurrió?

–Quién sabe. Tal vez. Para una madre es difícil aceptar que su hija pueda tener la culpa.

–Sí, siempre es más fácil culpar a su cónyuge. A mí me ocurrió eso con la madre de Nick. Como le daba tanto miedo perder el primer lugar en el corazón de su hijo, hizo todo lo posible por crear diferencias entre Nick y yo, y se quejaba de mí constantemente.

–Eso podría haber sido un problema grave, de haber vivido más tiempo del que vivió.

–Fue difícil aguantarla durante los cinco primeros años de matrimonio. Estuvo a punto de conseguir que nos separáramos. Me enfurecía ver que Nick le permitía que lo manipulara.

–Él solo estaba intentando ser un buen hijo –dijo su madre, con suavidad.

–Era algo más. La defendía y se ponía en contra de mí, porque no se daba cuenta de que todo era intencionado –dijo, y se metió otro pedazo de gofre en la boca–. Algunas personas también son ciegas en lo referente a sus madres.

–No necesariamente.

A Autumn le sorprendió que su madre disintiera.

–Laurie y tú siempre os habéis llevado muy bien con Nana, ¿no? Tú nunca dijiste una palabra negativa sobre ella, y te encantaba que Poppy y ella vinieran desde Montana todos los años para Acción de Gracias.

Mary se puso de pie y se acercó a la ventana.

–¿Mamá? ¿Ha pasado algo entre vosotras?

Cuando Mary se dio la vuelta, tenía cara de cansancio, a pesar de su belleza.

–No, claro que no.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Anoche no dormí bien por culpa de la tormenta, y me he despertado con dolor de cabeza.

–Entonces, tú deberías ser la que está en la cama, y yo debería ser la que te lleve el desayuno.

–Bueno, no me duele tanto. Pero será mejor que me tome un analgésico antes de que empeore.

–Está bien. Llevo la bandeja cuando termine.

–De acuerdo.

Mary empezó a bajar las escaleras, pero Autumn la llamó.

–Si hubiera algún problema, me lo dirás, ¿no?

El sonido de los pasos de su madre se detuvo, y Autumn se la imaginó girándose para responder en voz alta hacia arriba.

–Por supuesto que sí. No te preocupes, cariño. Todo va bien.

Capítulo 4

Mary se concedió unos segundos para recuperar la compostura antes de abrir la puerta trasera de su casa. Aquella había sido una buena oportunidad para explicar cómo era realmente su madre y por qué no tenía contacto con ella, y por qué Laurie y Jacob, su hijo, que tenía diez años más que Autumn, y la mujer que Autumn pensaba que era su Nana se habían convertido en su verdadera familia.

Sin embargo, a Autumn no le haría ningún bien saber toda la verdad en aquel momento. Estaba pálida, había adelgazado y estaba agotada. Lo que necesitaba era paz, amor, apoyo y descanso para poder curarse. Así pues, ella había decidido mantener la boca cerrada una vez más.

Pero ¿y si a Autumn se le ocurría hacerse una prueba de ADN para satisfacer su curiosidad sobre su padre?

Estaba a punto de volver cuando se abrió la puerta y salió su nieta, con una visera, gafas de sol y un pareo naranja encima del bikini.

–Aquí estás –dijo Taylor, cuando estuvieron a punto de chocarse–. ¿Se ha levantado ya mamá?

–Está desayunando –dijo Mary.

–Qué raro que se haya quedado en la cama hasta tan tarde. ¿Está enferma?

–No. Lo que ocurre es que apenas ha dormido durante los últimos meses, y se está poniendo al día.

–Ah. De acuerdo. Caden me acaba de enviar un mensaje. Dice que acaba de conocer a un grupo de chicos de nuestra edad en la playa, y quiere que vaya.

–Parece divertido.

–Ya veremos –respondió Taylor, sin mucho convencimiento–. Me necesitan para completar los equipos de voleibol.

–Siempre es agradable conocer gente nueva.

–Bueno, no he venido a hacer amigos. Solo quiero que me dejen en paz.

Estaba claro que Autumn no era la única que necesitaba curarse.

–Es comprensible. El duelo hace que relacionarse sea difícil. Pero, a veces, un buen amigo puede ayudarte en un mal momento.

Hablaba por experiencia. No sabía qué habría sido de ella si no hubiera conocido a Laurie.

–Es difícil de creer –dijo Taylor–. Estoy cansada de los amigos que tengo.

–Los conoces desde hace mucho tiempo. ¿Qué es lo que no te gusta de ellos?

–Todo lo que dicen y hacen parece superficial.

–No han experimentado lo mismo que tú.

–Supongo que no. Bueno, ¿le dices tú a mamá que me he ido a la playa?

–Claro. Vendrá enseguida.

–Gracias.

Cuando Taylor se dio la vuelta, su cola de caballo se balanceó. Agarró la bolsa de la playa para marcharse. Mary se preguntó cómo podrían afectar a los niños los secretos que ella había estado guardando durante tanto tiempo. Tenía el convencimiento de que todos estaban mejor sin saberlo, por eso no se lo había dicho.

Con suerte, por lo menos tendrían un verano más tal y como eran. Después de todo lo que había sucedido en su vida, pensó que se lo merecían.

El grupo al que había conocido Caden estaba formado por tres chicas y tres chicos. Taylor los vio descansando en la arena, cerca de las redes de voleibol que había en aquella parte de la playa. El balón estaba junto a un chico alto y delgado, pelirrojo y con rizos, que llevaba un bañador azul turquesa.

Caden era mucho más extrovertido que ella, así que, normalmente, era él quien conocía a amigos nuevos y luego se los presentaba. Aunque nunca se lo había dicho, agradecía tener a alguien que le facilitara aquel proceso, porque al principio se sentía cohibida.

Al ver que iba a conocer a más gente de la que había pensado, quiso darse la vuelta, pero su hermano la vio y se acercó corriendo.

–Son unos chicos geniales –le dijo, al alcanzarla, mientras tomaba su bolsa.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó ella, mirándolos con recelo–. No los conoces.

–Ya hemos jugado un partido.

–¿De verdad? ¿Uno entero?

–Nunca conoces a alguien hasta que haces algo por conocerlos. Dales una oportunidad, ¿de acuerdo? –le dijo Caden, y bajó la voz–. Además, las chicas son muy guapas. Me vendría bien que me sirvieras de ayuda. Las chicas siempre se sienten más cómodas cuando un chico tiene cerca a su hermana.

–Recuerda que me debes un favor la próxima vez que discutamos sobre quién va delante en el coche.

–Puedes ir delante todo el verano –dijo él, con magnanimidad.

Le habría tomado el pelo por el hecho de que ni siquiera se había molestado en negociar, cuando ella se habría conformado con dos semanas, pero los demás se estaban acercando, y tuvo miedo de que la oyeran.

–Hola –dijo, con azoramiento.

–Te presento a Penn –dijo Caden, refiriéndose al chico del pelo rizado. Después, señaló a otro mucho más fornido, tan alto como ella, con el pelo rubio y los ojos azules–. Shawn… y Chester.

Chester tenía la piel oscura, los ojos marrones y una sonrisa contagiosa. Eso la ayudó a sentirse menos nerviosa.

–Me alegro de conoceros –dijo, mientras Caden se volvía hacia las chicas.

–Esta es Adrienne, la hermana melliza de Shawn. No te dejes engañar por su estatura. Tiene un saque increíble, así que prepárate. He estado alardeando de lo buena que eres. No puedes dejarme mal –le dijo su hermano, en broma.

Adrienne era rubia como su hermano, medía un metro cincuenta y cinco y pesaba menos de cincuenta kilos. A Caden siempre le había gustado aquel tipo de chica, menuda y delgada. Ella, que medía un metro setenta y cinco, se sintió como una gigante. Así pues, supuso que su hermano quería impresionar a Adrienne. Hasta que vio la cara de la siguiente chica, que se llamaba Jasmine. Jazmín; el nombre encajaba a la perfección con ella. Parecía de origen mediterráneo y tenía el pelo largo, negro, la piel morena y los ojos marrones, como si fueran líquidos. Era tan guapa, que Taylor pensó que no podía ser también agradable, aunque se arrepintió enseguida de sacar tal conclusión, porque la chica sonrió y le dijo hola.

–Soy Sierra Lambert –dijo la última de las chicas, presentándose antes de que Caden tuviera la oportunidad de hacerlo. Sierra también era guapa, pero muy distinta a Jasmine. Tenía el pelo rubio, corto, en punta, con las raíces negras, y llevaba varios pendientes en cada oreja. Tenía un aro en la nariz y un tatuaje grande de un árbol que le subía por el brazo. No era demasiado alta, medía un metro sesenta, más o menos, pero era delgada y atlética. Le recordaba a la imagen que se había formado de Lisbeth Salander cuando había leído *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Atrevida. Inteligente, decidida.

–Me gusta tu tatuaje –dijo Taylor, con sinceridad. El tatuador había hecho un espléndido trabajo.

–¿De verdad? Pues casi me echan de casa –respondió la chica, riéndose.

–¿Por qué? ¿Tuviste que mentir sobre tu edad para conseguir que te

lo hicieran?

–Sí. Pero tengo diecisiete años, así que tampoco es que lo haya hecho cuando tenía doce años, o algo así. No creo que por esperar cinco meses hubiera cambiado de opinión.

–¿Es nuevo?

–Lo tengo desde hace una temporada, pero mi cumpleaños es en agosto.

–¿Y qué dijeron tus padres al verlo?

–Solo estamos mi padre y yo. ¡Y deberías ver todos los tatuajes que tiene él! Pero con él, la cosa es «haz lo que digo, no lo que yo hago». A él le parece que los tatuajes no son algo femenino. Dice que nunca voy a conseguir marido.

–¿Y qué le dices tú?

–La verdad: que no creo que quiera tener marido. ¿Tú quieres?

–Eh… no lo sé.

Todos se echaron a reír por su respuesta, pero ella nunca había pensado en un futuro distinto al de su madre. Pensaba que iría a la universidad, que conocería a alguien, que se casaría y formaría una familia. ¿Qué planes tendría Sierra?

–Bueno, vamos a jugar otro partido –dijo Penn. Lanzó la pelota al aire y la atrapó de nuevo.

Taylor estaba deseando hacerlo. Prefería jugar que estar hablando con gente a la que no conocía. Los deportes creaban un sentido de camaradería con los compañeros de equipo, algo que facilitaba las cosas.

Se quitó el pareo mientras Caden dejaba su bolsa de la playa junto a los de las demás.

–Vas conmigo, Jasmine y Chester –dijo su hermano, mientras los demás se agachaban para pasar a la otra parte del campo por debajo de la red.

Como ella no había calentado, no contribuyó demasiado a la primera parte, pero mejoró mucho en la segunda. Le encantaba el voleibol, pero no era ese el único motivo por el que se estaba divirtiendo. Cuanto más jugaba con los nuevos amigos de Caden, más le parecía que su hermano tenía razón: eran muy agradables. Solo tenía dudas en cuanto a Sierra. Era muy distinta, no solo por sus *piercings*, el tatuaje y su actitud atrevida, sino por cómo la miraba a ella. Cada vez que alzaba la vista, se encontraba con que Sierra la estaba observando con una actitud inescrutable. ¿Qué estaba pensando? ¿Por qué le interesaba tanto?

Cuando, por fin, se dejaron caer en la arena, junto a las toallas, sudorosos y agotados por el partido, se sintió aliviada al ver que Sierra no se quedaba con ellos. Echó a correr por la playa y se metió en el agua y, al final, Penn y Adrienne fueron con ella.

Taylor se dijo que era su oportunidad de relajarse y conocer a los demás. Sin embargo, cada poco tiempo miraba hacia el mar, buscando a una persona en particular.

A Autumn le gustaba especialmente estar a solas en la librería. Su segundo día en el pueblo, Laurie y su madre fueron al banco a solicitar un préstamo para poner una cafetería en el piso superior, y ella se puso detrás del mostrador y sonrió. Estar allí, mirando por el ventanal del escaparate delantero, hacia el pueblo en el que se había criado, le recordaba al instituto. Por las tardes llegaba en el coche de su madre, extendía los deberes por el mostrador y alternaba los estudios con la tarea de atender a los clientes.

A veces, tanto su madre como Laurie habían tenido que salir a ocuparse de algún recado, pero la mayor parte de las veces, una de las dos estaba allí con ella. A ella le gustaban las dos cosas. Le gustaba el ambiente y los clientes que acudían a la librería, y siempre estaba encantada cuando terminaba los deberes, porque podía dedicarse a leer por placer. Nunca olvidaría el placer de vagar por los pasillos, acariciando el lomo de los libros que ya había leído. Al ser hija única, los personajes de ficción habían sido sus primeros amigos y, aunque también tenía muchos amigos en la vida real, siempre estaba dispuesta a retirarse al mundo imaginario que creaban los buenos autores. Le encantaba pensar cuál iba a ser la próxima novela y, cada vez que llegaba un envío nuevo, se apresuraba a deshacer las cajas si alguno de sus escritores favoritos había estrenado libro.

Quizá debiera volver a vivir a Sable Beach. No se había dado cuenta de lo asfixiante que había sido Tampa para ella, últimamente, pero la libertad y la felicidad que sentía allí eran todo un contraste con la triste experiencia por la que había pasado. Quería dejar atrás la negatividad y el malestar, y comenzar de nuevo. Y, tal vez, la única manera de dejar marchar a Nick era abandonar la casa que habían compartido y cambiar de vida.

Estaba segura de que Laurie y su madre le agradecerían que las ayudara en la tienda. Como ellas ya tenían bastantes ocupaciones, ella podría llevar la cafetería, cuando la hubieran montado. Así, no tendrían que contratar a otra persona. Y, de todos modos, siempre había tenido pensado volver. Siempre había sabido que Nick no sería feliz renunciando a la gran ciudad y, a veces, le molestaba la idea de que él no pudiera ceder. Después de todo, ella había ido con él a Florida y había vivido allí dieciséis años.

Su sitio estaba en Sable Beach.

Lo único que le impedía vender la casa de inmediato eran los niños. No sería beneficioso desarraigarlos antes de que terminaran el

instituto. Le daba la sensación de que a Taylor no le importaría. Desde que Nick había desaparecido, su hija estaba apática, un poco a la deriva. Le preocupaba. Pero, aunque Taylor estuviera dispuesta a mudarse, Caden estaba muy unido a sus amigos, y le iba muy bien en el waterpolo. No podía quitarle eso. «Solo dos años más», se dijo.

Si Nick no había vuelto para entonces, vendería la casa y se iría a Sable Beach en cuanto Caden se graduara.

Estaba acercando el taburete al mostrador para sentarse y empezar a leer, a la espera de su primer cliente, cuando sonó la campana de la puerta. Alzó la vista y vio que se trataba de la señora Vizii, la madre de Sarah. Desde la última vez que la había visto, había envejecido y había engordado bastante, pero el lunar que tenía en la mejilla era inconfundible.

–¡Oh! –exclamó la señora Vizii con sorpresa, al verla detrás del mostrador–. ¿No está Mary?

–No, Laurie y ella han ido a un recado, así que las estoy sustituyendo. ¿En qué puedo ayudarla?

Sonó el timbre y entraron dos mujeres más, hablando de tiburones y de si era seguro bañarse mientras estaban conociendo la costa. La señora Vizii se quedó tan azorada al verlas como se había quedado al encontrarse con ella, pero, en cuanto se dio cuenta de que solo eran turistas, se relajó.

–Tu madre me dijo que iban a llegar más ejemplares del libro nuevo de Neil Gaiman.

No se había quitado las gafas de sol, como si se estuviera escondiendo tras ellas. Después de todo, a su hija la habían acusado de apuñalar a su marido hacía menos de un año, y el escándalo aún estaba fresco. Y, más aún, ahora que Quinn había vuelto al pueblo.

–Voy a ver –dijo Autumn, y consultó en el ordenador–. Sí, ha llegado.

Se acercó a la letra ge y sacó un volumen de la estantería.

–Aquí tiene.

–Gracias.

Volvieron a la caja registradora, y Autumn comenzó a teclear.

–¿Dónde has estado viviendo? –le preguntó la señora Vizii.

Autumn le indicó con un gesto que insertara la tarjeta de crédito en el datáfono.

–En Tampa.

–Ah, sí. Creo que tu madre me lo dijo alguna vez. ¿Encontraste a tu marido?

–No.

–¿Qué le ocurrió?

–Ojalá pudiera decírselo –respondió Autumn, y le indicó que podía sacar la tarjeta.

La señora Vizii se quitó las gafas y bajó la voz.

–¿Crees que se ha ido con otra mujer?

Autumn se puso rígida. Detestaba a los que sacaban aquella conclusión.

–No. Si lo hubiera hecho, me imagino que querría la mitad de nuestro patrimonio, ¿no? Sin dinero, tendría que trabajar en algún sitio, y si lo hiciera, yo habría podido encontrarlo.

–¿Has contratado a un detective privado?

–Sí. A uno aquí, y a otro, en Ucrania, que es el último lugar donde vieron a Nick.

La señora Vizii se puso las gafas de sol.

–De todos modos –dijo, sin convencimiento–, he oído cosas mucho más descabelladas. Tu madre te habrá contado lo que le ocurrió a mi hija, ¿no? –le preguntó a Autumn, como si su hija fuera la víctima.

–Por encima –respondió ella, para que la señora Vizii no pensara que habían estado chismorreando sobre lo ocurrido.

–Bueno, pues ten cuidado. Si tu marido sigue desaparecido, tú querrás empezar a tener citas de nuevo, y no hay muchos hombres solteros en un pueblo pequeño.

Autumn metió el libro de Gaiman en una bolsa, con el recibo, y se lo entregó a la señora Vizii sobre el mostrador.

–Soy consciente, pero no tengo ganas de salir con nadie por el momento. Ni siquiera sé si… si puedo empezar a salir con algún hombre, o si todavía estoy casada.

–¿Por si vuelve? –preguntó la señora Vizii.

A Autumn se le formó un nudo en la garganta. Pensaba que ya no podía llorar más, pero volver a casa y enfrentarse a la pérdida definitiva de su marido estaba acumulando todo el dolor y la incertidumbre que había sentido durante aquellos dieciocho meses.

–Sí.

–Bueno, pues si vuelves a tener citas, ten cuidado. Después de lo que le pasó a mi hija, no quiero que caigas en las garras de cierto caballero que vive aquí.

Las dos turistas que habían entrado en la tienda se fueron sin comprar nada.

–¿Quinn ha vuelto? –preguntó, como si no lo supiera.

–Sí. Y, como es tan guapo, todas las mujeres solteras andan revoloteando a su alrededor. Pero el cebo también les parece muy atractivo a los peces que lo muerden –dijo la señora Vizii, y salió de allí con su compra.

Autumn suspiró y se sentó en el taburete. ¿Qué pensaría Quinn de que su exsuegra fuera por el pueblo diciendo unas cosas tan horribles sobre él? Seguro que deseaba marcharse de allí, pero, si su madre estaba enferma de cáncer y su padre necesitaba ayuda en el

restaurante, seguramente, no podría hacerlo.

Capítulo 5

–¿Qué ocurre? ¿Hola? Eh, estoy hablando contigo.

Por fin, Mary oyó a Laurie por encima de los latidos de su corazón, y alzó los ojos del artículo que estaba leyendo. Al salir del banco, Laurie se había ido a la farmacia a comprar un medicamento para la alergia de Chris, y ella había visto el titular en uno de los periódicos que había en el quiosco.

–¿Qué? Oh, no, no pasa nada –dijo, y se metió el periódico bajo el barco.

Laurie la siguió hacia el coche.

–Es evidente que sí pasa algo. Estás angustiada, aunque la reunión haya ido bien. Van a prestarnos el dinero. ¿No estás contenta?

–Es solo que estaba leyendo un artículo que… Bah, no importa. No es para tanto.

Laurie no le permitió que se saliera con la suya.

–¿De qué trata? –le preguntó, cuando se sentaron en los asientos de su Honda Accord y estaban abrochándose el cinturón de seguridad.

–¿El qué?

–¡El artículo! –respondió Laurie, con exasperación.

Mary le entregó el periódico de mala gana, y Laurie leyó el titular que había captado su atención: *El ADN revela que una hija única no tiene relación alguna con su padre.*

–¿Puedes creerlo? –preguntó Mary–. Una pobre mujer se hizo una prueba de ADN porque quería saber más sobre su madre, a la que no conoció, y averiguó que el padre que la había criado ni siquiera era su padre. Ahora, él ha muerto, así que no puede preguntarle lo que ocurrió, y ella no tiene ni idea de cómo acabó en su custodia.

–Pobrecilla. Qué misterio, ¿verdad?

–A mí no me parece que las pruebas de ADN sean una buena cosa.

Laurie frunció el ceño.

–No sé por qué no.

Mary se frotó la frente.

–Este tipo de historias no dejan de aparecer.

–Por eso creo que deberías adelantarte al problema. Si Autumn se hace la prueba de ADN, ¿cómo vas a explicarle los resultados?

–No va a ser fácil. Pero no sé si quiero que lo averigüe por mí, tampoco. La verdad no va a tener impacto en su vida, ni en la mía, ni en la tuya. Va a tener impacto en la de Taylor y Caden. Y no creo que ella quiera eso.

–Deja que ella decida lo que quiere contarles a sus nietos.

–No sé. ¿De verdad debería ponerla en la misma situación en la que yo estoy ahora, intentando decidir si es mejor dejar el pasado atrás o traerlo al presente?

Laurie plegó el periódico, lo puso sobre el salpicadero y arrancó el motor.

–No hay preguntas fáciles, Mary. Puede que tengas razón. Esta mañana he hablado con mi madre, y ella cree que sería una locura contarlo todo. A lo mejor yo debería dejar de decirte que lo hagas.

–Sé que solo quieres ayudarme –dijo Mary. Saludó a Joann Hunter, que acababa de salir del supermercado. Joann llevaba a su nieta a la librería dos o tres veces al mes. A Mary le caía bien, pero se alegró de que no se detuviera para que ella bajara la ventanilla y poder charlar–. ¿Qué te dijo Nana, exactamente?

–Que es algo que has dejado atrás, y que deberías dejarlo así. No tiene ninguna relevancia en el presente. También dijo que Autumn ya ha pasado por suficientes cosas y que decir la verdad no servirá de nada bueno. No hay motivo para mirar atrás.

–¿Le dijiste que para Autumn sería muy fácil averiguar la verdad aunque yo no se la cuente?

–Claro. Me dijo que, si Autumn lo averigua, entonces tendrás que abordar el tema.

Mary trató de imaginarse cómo reaccionaría su hija al saber la noticia.

–Ella es lo que más me importa del mundo, Laurie. Siempre lo ha sido.

Laurie metió la marcha atrás, pero vaciló antes de comenzar a sacar el coche de su sitio.

–Eso lo has demostrado una y otra vez. Has hecho un trabajo increíble como madre, siempre has intentado protegerla.

–Tal vez ahora, lo que tengo que proteger es nuestra relación. Eso es lo que me asusta.

–¿Significa eso que se lo vas a contar?

–Sí. Pero antes… quiero disfrutar de un verano con ella y los niños, del último verano en que todo será igual. ¿Crees que es mucho pedir?

Laurie miró el periódico como si fuera una bomba de relojería.

–Espero que no.

* * *

Cuando sonó el teléfono de Taylor, todos sus nuevos amigos, salvo

Sierra, estaban bañándose con su hermano. Sierra había salido del agua y estaba tendida en una toalla, a su lado. Debió de oír el zumbido del teléfono, porque abrió los ojos, se incorporó, se apoyó en los codos y miró al mar. Taylor sacó el teléfono de la bolsa.

La llamada era de Tampa, pero el número era desconocido para ella. Tal vez fuera Oliver; Danielle le había dicho que podía llamarla, pero tal vez fuera alguien de su instituto. Hubiera preferido esperar a ver si le dejaban algún mensaje, pero Sierra la miró, como si le sorprendiera que no respondiese al teléfono. Entonces, ella apretó el botón de descolgar.

En cuanto oyó la voz de Oliver, se arrepintió.

–Hola.

Era consciente de que Sierra seguía mirándola, y trató de disimular su pánico.

–Hola.

–¿Qué tal? ¿Qué haces?

–No mucho. Estoy en la playa, con unos amigos.

–¿Ha ido Danielle a Virginia contigo?

–No. Es gente que he conocido aquí.

–¿Por primera vez?

–Sí. Hay dos mellizos. Ellos viven aquí todo el año.

–Yo también vivo aquí todo el año –dijo Sierra–. Mi padre y yo nos mudamos justo después de Navidad.

Taylor la miró.

–Tres de ellos viven aquí todo el año. Los demás están de veraneo, como yo.

–¿Y cómo los has conocido?

–Estaban en la playa cuando llegamos Caden y yo.

–Ah.

Él no dijo nada más, así que ella trató de llenar el silencio.

–¿Qué estás haciendo?

–Cuidar de mi hermano pequeño. Es una pesadez –añadió Oliver, entre dientes.

–¿Cuántos años tiene?

–Once.

–Mi hermano es mayor, pero también puede ser muy pesado –dijo ella, impulsivamente, y se echó a reír. Sin embargo, se arrepintió rápidamente. Oliver conocía a Caden, porque habían sido amigos, así que tal vez tuviera algo negativo que decir, y ella no iba a tolerarlo.

Por suerte, Oliver no dijo nada acerca de Caden y, con eso, se ganó algo de su respeto.

–¿Cuándo vuelves?

–No volvemos hasta que empiecen las clases –dijo ella.

Se alegraba de que quedaran casi tres meses antes de tener la

posibilidad de encontrárselo. Salvo que, si estaba embarazada, casi se le notaría para entonces.

Hizo un gesto de angustia al pensar en que, tal vez, tuviera que estudiar su último curso de instituto estando embarazada.

–De acuerdo. Bueno, llámame si te aburres –le dijo él.

–Lo haré.

–Eh… ¿Taylor?

A ella se le cortó la respiración al oír el tono sombrío de su voz.

–¿Sí?

–La noche de la fiesta…

–¿Sí?

–No puedo dejar de pensar si…

Ella esperó.

–No utilizamos preservativo, ¿verdad?

–No –dijo ella, y suspiró.

–Me parecía que no.

Los dos estaban un poco borrachos.

–¿Va a ser un problema? –le preguntó él, con ansiedad.

–Espero que no.

Hubo un largo silencio.

–¿Significa que no lo sabes?

Ella miró a Sierra, que se estaba colocando los tirantes del bañador.

–Eso es exactamente lo que significa.

Él no dijo nada durante un momento. Quería que la consolara, que le dijera que no iba a estar sola en esto. Sin embargo, sabía que era pedir demasiado. Él no iba a estar a su lado. Ni siquiera estaban juntos.

–¿Me avisarás cuando sepas algo?

–Sí.

–Siento que estés asustada –le dijo él–. Si llega el caso… lo resolveremos de alguna manera, ¿de acuerdo?

Aquellas palabras la dejaron sorprendida y, además, le parecieron sinceras. Eso mitigó algo del miedo, de la tensión y la ira que ella había estado sintiendo.

–De acuerdo. Gracias.

–De nada –dijo él, y colgó.

–¿Quién era? –le preguntó Sierra, mientras ella metía el teléfono en la bolsa.

–Un chico de Tampa.

–¿Tu novio?

Taylor vio que Caden se acercaba a ellas, y no quería que su hermano oyera algo sobre Oliver y comenzara a hacer preguntas.

–Te lo cuento luego –murmuró.

Sierra miró a Taylor y a Caden. Después, volvió a mirar a Taylor.

–Tu secreto está a salvo conmigo –dijo.

* * *

–Vamos a The Daily Catch a cenar.

Desde que su madre y su tía habían vuelto del banco, Autumn había estado acurrucada en el sofá de terciopelo rojo de la esquina, leyendo el último libro de Kristin Hannah. Hacía mucho tiempo que no estaba lo suficientemente relajada como para leer por placer, así que le resultó tan familiar y catártico como haber vuelto a casa.

–¿Esta noche? –le preguntó a Laurie, que era quien lo había sugerido.

–¿Por qué no? –dijo Laurie–. Chris tiene muchas ganas de verte, y a él también le encanta ese restaurante.

Autumn recordó lo que le había dicho sobre Quinn la madre de Sarah, la señora Vizii.

–Estoy deseando ver al tío Chris.

Sin embargo, estuvo a punto de sugerir que fueran a otro restaurante. No quería encontrarse con Quinn, teniendo en cuenta su vergonzoso comportamiento cuando eran más jóvenes, y la difícil situación en la que él se encontraba ahora.

Sin embargo, cuando abrió la boca para continuar, Laurie volvió a hablar.

–Yo intento ayudarlos a ganarse la vida siempre que puedo. He oído que una de las medicinas contra el cáncer que toma Beth vale ocho mil dólares al mes. ¿Lo puedes creer?

–¡No puede ser! Es indignante. ¿Cómo puede costar tanto una medicina?

Laurie cabeceó.

–No lo sé, pero es una vergüenza. Y parece que no solo necesita esa, así que tienen muchas facturas que pagar.

Mary acababa de llevarse a la trastienda una caja de libros que no habían vendido para poder hacerles sitio a las novedades.

–Se habló de hacer una campaña para recaudar fondos y ayudar a pagar el tratamiento –dijo, al volver, manteniendo la conversación mientras trabajaba–. Pero Quinn y Mike no quisieron saber nada del asunto.

–¿Por qué no? –preguntó Autumn.

–No quieren aceptar ayudas –dijo Mary–. No se sienten bien pidiéndoles a los demás que se sacrifiquen por ellos.

–Dicen que ellos van a cubrir todos los gastos –dijo Laurie.

Con tanta gente pidiendo dinero por internet, Autumn se admiró de aquella decisión de ser independientes. No era algo muy común hoy día. Sin embargo, si ya estaban teniendo dificultades, ¿cómo iban a

seguir adelante? El restaurante debía de dar beneficios, puesto que estaba muy concurrido, pero a los Vanderbilt nunca se les había considerado ricos.

–Es admirable –dijo.

Cambió de opinión. No podía pedir que fueran a otro sitio si los Vanderbilt necesitaban dinero para el tratamiento de Beth.

–Son buena gente –dijo Laurie.

Autumn se preguntó si aquella afirmación incluía a Quinn. Sus padres eran respetados en la zona, pero si la señora Vizii se dedicaba a hacer aquellas afirmaciones insidiosas sobre él, su reputación no podía ser tan buena como la de sus padres.

–Siempre me han caído bien –dijo.

–Estupendo. Voy a llamar a Chris y le diré que quedamos allí cuando cerremos la tienda.

–¿Llamo a los niños? Podríamos pasar por casa y recogerlos al salir.

–Claro. A ellos también les gusta The Daily Catch, ¿no? –preguntó Mary.

–A Taylor no le gusta tanto el marisco, pero puede que se tome unas gambas. Y Caden se come cualquier cosa.

Autumn llamó al teléfono de su hija, pero Taylor no contestó. Estaba a punto de llamar a Caden, pero la cara de Taylor apareció en su pantalla.

–Por fin –dijo Autumn–. Creía que ibais a venir a la librería esta tarde, cuando llegarais a casa. No me digas que todavía estáis en la playa.

–No, ahora estamos en casa, pero nos estamos arreglando para ir a casa de una amiga. No te importa, ¿no?

–¿Qué amiga? –preguntó Autumn, sorprendida.

–Hemos conocido a un grupo muy agradable jugando al voleibol en la playa.

Autumn pidió más detalles y, por suerte, Laurie conocía a algunos de los padres de los chicos, así que ella se sintió cómoda dándoles permiso para ir.

–Creo que está bien –le dijo a Taylor–, siempre que tú pienses que será un buen ambiente.

–Te preocupas demasiado –dijo su hija.

–Soy madre. Mi trabajo es preocuparme.

–Pues no te preocupes. Sus padres van a estar en casa. Solo vamos a comer pizza y a jugar a videojuegos.

–Muy bien. Eso es lo que necesitaba oír. Te quiero. Toma buenas decisiones –le dijo, y colgó–. Bueno, pues parece que vamos a ir solas las tres –les dijo a su madre y a su tía.

–Voy a reservar una mesa para cuatro –respondió Mary.

«Toma buenas decisiones».

Tuvo la sensación de que aquellas palabras de su madre eran casi una burla, mientras examinaba su cuerpo desnudo ante el espejo. ¿Había algún cambio en su estómago? ¿Se le estaban agrandando los pechos?

No tenía náuseas. O, quizá, sí. Un poco. Era difícil de saber. Cuando pensó que tal vez hubiera destruido su propia vida, se sentía muy mal. ¿Era pesar y miedo, o náuseas matutinas debidas a un embarazo?

Nunca había tenido una relación cercana con nadie que fuese a tener un bebé, así que no sabía cómo iba a ser, si habría señales obvias antes de que le faltara el periodo o si los cambios de su cuerpo serían demasiado sutiles como para notarse.

Su hermano llamó a la puerta, y ella se sobresaltó.

–¿Por qué tardas tanto? –le preguntó, a través de la puerta.

–Ha llamado mamá cuando estaba saliendo de la ducha.

–¿Y qué ha dicho?

–Que podemos ir.

Oyó que su hermano se alejaba de la puerta, pero sabía que iba a volver si ella no salía a los pocos minutos. Nunca se ponía maquillaje, así que él no estaba acostumbrado a que tardara en arreglarse. Sin embargo, por algún motivo, quería tener buen aspecto aquella noche.

Un cuarto de hora después, Caden la llamó desde el salón.

–¡Eh! ¿Qué haces?

–Ya casi estoy.

Se puso rimel y se alejó del espejo para observarse. Después, se aplicó brillo labial y se echó perfume.

–¡Taylor! ¿Qué pasa? ¡Vamos a perdernos la comida!

–¡Ya voy!

Se metió veinte dólares en el bolsillo del pantalón vaquero y tomó el teléfono móvil.

Cuando llegó a la puerta del salón, él la miró con asombro.

–¿Qué pasa?

–Tú nunca te maquillas.

–Algunas veces, sí.

–¿Y por qué esta noche sí?

–Porque sí.

–Ni siquiera querías conocerlos, y ahora quieres impresionar a alguno de ellos. ¿A cuál?

Ella no respondió, así que él apagó la televisión, dejó el mando a distancia en el sofá y se le acercó.

–¿A Shawn?

–No, no a Shawn.

Él entrecerró los ojos.

–No me digas que es a Chester. Es muy majo, pero dijo que tiene novia en casa.

–¡No quiero nada con Chester!

–Entonces, tiene que ser Penn. Pero cuando intentó hablar contigo, le pegaste un corte tan rápidamente que me dio pena, el pobre.

–No le pegué un corte –replicó ella–. Ese chico no sabía de lo que estaba hablando, así que le dije que no me creía lo que me estaba diciendo. Nada más.

–¿Es que no podemos mencionar el cambio climático? ¿Ni a Greta Thunberg, ni nada de eso, cuando lleguemos allí esta noche?

–Yo no saqué el tema. Fue él –respondió Taylor, mientras buscaba la llave de la casa que le había dejado Mimi un poco antes.

–No importa. La próxima vez, sonríe y asiente, ¿de acuerdo? ¿No puedes dejar que alguien se crea que es el más listo del grupo, por una vez?

–Si es el más listo, sí. Pero me dijo que los seres humanos no son los culpables del cambio climático, lo que me parece una tontería. Es obvio que no ha estudiado las pruebas.

–¿Y qué? Seguramente, su padre tiene acciones de ExxonMobil, o algo por el estilo.

–Sí tiene importancia. Si no hacemos algo para parar el calentamiento global, nuestro planeta tendrá la misma temperatura que Venus muy pronto.

–¿Qué temperatura hay en Venus?

Taylor se fue de la mesa a la encimera de la cocina para seguir buscando la llave.

–La suficiente como para fundir el plomo.

–Bueno. Entonces, no te acerques a Penn esta noche –dijo él con exasperación–. No quiero que nos estropees el verano.

–Haré lo que pueda, pero si empieza otra vez con ese tema, no voy a poder contenerme.

–Que le responda Sierra, entonces. Ella es incluso peor que tú. Me dijo que la industria de la carne es la culpable del calentamiento global.

Al final, encontró la llave. Se había caído de la encimera al suelo.

–Es cierto –dijo.

–No me importa. No quiero hablar de eso –dijo él, y salió por delante de ella.

Sabía que su hermano estaba frustrado, pero ella se sentía aliviada. Por lo menos, había dejado de presionarla para que le dijera a quién quería impresionar.

No podía decírselo.

No podía decírselo a nadie.

Capítulo 6

Autumn miró a su alrededor mientras se sentaban en el restaurante. El tío Chris se había reunido con ellas en la puerta y le había dado un gran abrazo. En aquel momento le estaba hablando sobre una tortuga que había encontrado en la playa, temprano, aquella misma mañana, y que había dibujado rápidamente, y los planes que tenía para pintarla. Ella estaba escuchando atentamente. Pero también se estaba preguntando si conseguiría que aquella cena transcurriese sin que ella tuviera que ver a Quinn. Tal vez solo estuviera haciendo la contabilidad del restaurante, o tratando con los proveedores, o cocinando; algo que no requiriese el contacto directo con los comensales. Tal vez, incluso, tuviera la noche libre.

Exhaló un suspiro de alivio al ver que se acercaba una mujer joven y les decía que se llamaba Erin y que sería su camarera de aquella noche. Por lo menos, no iba a ser Quinn.

–Gracias –murmuró, cuando Erin le entregó a cada uno una carta y empezó a recitar los platos fuera de carta de aquella noche.

–Oh, las vieiras me suenan divinas –dijo Laurie–. Creo que quiero una ración.

Mary bajó la carta.

–¿No vas a tomar el cangrejo azul?

–Esta vez, no. Preparan maravillosamente el cangrejo, sobre todo, en ensalada. Pero me apetecen las vieiras.

–A mí me apetece salmón –dijo el tío Chris–. ¿Y tú?

–Umm… probablemente, tomaré la ensalada de cangrejo. Llevaba meses con ganas.

Alguien que no era Erin les llevó el agua, pero su camarera volvió a los pocos minutos.

–¿Ya saben lo que van a pedir?

Todos pidieron lo que habían pensado, pero la tía Laurie detuvo a Erin antes de que se marchara.

–¿Está Mike?

–Sí, esta noche está en la cocina.

–¿Y Quinn?

Autumn se puso tensa.

–Sí, también está –respondió Erin–. Está ayudando en la parte de atrás.

–¿Podrías decirle que Autumn está en el pueblo y que le gustaría decirle hola?

¡No! A Autumn se le encogió el estómago. ¡Demonios! Su tía solo quería ser agradable. Seguramente, no se acordaba de que Quinn y ella tenían una pequeña historia. Ojalá se metiera en sus asuntos…

–Por supuesto –dijo Erin–. Seguro que sale dentro de unos minutos.

–¡Quinn está aquí! –exclamó Laurie, como si Autumn no hubiera oído toda la conversación, y fuera a ser estupendo verlo.

Autumn sonrió forzadamente.

–Esta noche hay mucha gente. Preferiría no verlo.

–Seguro que no le importa venir a la mesa unos segundos. Vosotros fuisteis juntos al instituto, ¿no?

Su madre le lanzó una mirada de disculpa. Estaba claro que se daba cuenta de que no estaba muy contenta con lo que acababa de hacer Laurie. Mary nunca habría cometido el mismo error. Escuchaba con atención las conversaciones y observaba a quienes estaban hablando. Sabía lo que tenía que hacer y lo que no, mientras que su hermana, que era mucho menos intuitiva, seguía adelante.

No obstante, sabía que Laurie tenía buenas intenciones, y le respondió que sí, que Quinn y ella habían ido al mismo instituto, con un curso de diferencia.

Cuando estaba tomándose el segundo bocado de la ensalada, Quinn apareció en su mesa, tal y como habían pedido.

–Hola, me alegro de veros –dijo, saludándolos a todos, antes de fijarse en ella–. Vaya, ¡cuánto tiempo, Autumn! ¿Cómo estás?

A ella se le formó un nudo en el estómago. Quinn no había envejecido en absoluto. Tenía el pelo tan moreno y espeso como siempre, con el mismo aspecto sedoso y con el mismo remolino en la frente. Seguían formándosele hoyuelos al sonreír y tenía los dientes rectos y blancos. Se parecía a JFK Jr., tanto que ella pensó que debería haber nacido entre los Kennedy. Salvo que tenía los ojos azules, y no marrones.

–Estoy muy bien, ¿y tú?

–Tirando. ¿Has venido a pasar el verano, o…?

–Sí, solo a pasar el verano.

¿Se habría enterado él de que su marido había desaparecido? Para demostrar su preocupación, mucha gente le preguntaba si sabía algo nuevo, y ella tenía que explicar, una y otra vez, que no, que no tenía noticias. Pero, si Quinn sacaba aquel tema, sería natural que ella le preguntara por su esposa y, seguramente, él querría evitarlo.

En vez de eso, le preguntó por sus hijos.

–¿Has traído a los niños? ¿O ya tienen edad de quedarse trabajando

en casa?

–Todavía están en el instituto, y han venido conmigo. Esta noche han ido a casa de unos amigos.

–Debe de encantarles venir a la playa.

–Sí, y este año lo estaban deseando. Seguro que van a ir a bañarse todos los días.

–¿Y tú vas a ir a la playa con ellos?

–Algunas veces. Cuando no esté ayudando en la librería.

Él sonrió.

–Siempre tenías un libro entre las manos.

La noche que se había acostado con él por primera vez en su vida, se había dejado la novela que estaba leyendo en la casa del árbol de su parcela. Recordó que lo había hecho a propósito, para que él tuviera que devolvérselo, y ahora también le daba vergüenza aquello. Se acordaba del título: *Verano pródigo*, de Barbara Kingsolver.

–Me encanta leer.

–Como tu madre. Debe de estar muy contenta de tenerte aquí.

–Sí –dijo Mary.

–¿Cómo se encuentra tu madre? –preguntó Laurie.

–Algunos días son mejores que otros –dijo él.

Laurie bajó la voz para darle mayor reverencia a su siguiente pregunta:

–¿Están funcionando los tratamientos?

–No lo vamos a saber hasta su próximo análisis de sangre, dentro de dos semanas.

–Dile que estoy rezando por ella –dijo Laurie–. Todos lo hacemos.

Mary dejó a un lado el tenedor.

–¿Y cómo está tu padre?

–Por supuesto, para él es muy duro que mamá esté enferma, pero nunca se queja. Le ayuda mantenerse ocupado. Por suerte, estamos en temporada alta, con muchos turistas.

Autumn sabía que debían de estar muy ocupados, y lamentaba que Laurie lo hubiera acaparado en su nombre.

–Siento que te hayamos interrumpido. La cocina debe de estar a pleno gas en este momento.

–No pasa nada. Me alegro de haber podido verte. Pero, sí, será mejor que vuelva ya –dijo Quinn. Miró a sus tíos y a su madre, y añadió–: Gracias por haber venido.

–A Autumn siempre le ha encantado este restaurante –dijo Mary–. Sobre todo, la tarta de zanahoria que tenéis en los postres.

–Es una receta especial de mi madre –dijo Quinn.

–Me alegro de que sigáis teniéndola en la carta –dijo Autumn–. Si me queda hueco, voy a pedirla de postre.

–Espero que esté tan rica como recuerdas –dijo Quinn, y sonrió. Al

ver sus hoyuelos, a ella le pareció tan atractivo como en el instituto, y se sintió culpable–. Espero volver a veros pronto.

Quinn se alejó. Autumn dudaba de que él quisiera volver a verla. Seguramente, le había parecido tan incómodo como a ella que lo llamaran a su mesa. Pero, como él, ella había seguido el juego y había fingido lo contrario.

–Me siento mal por él y por su padre –dijo Laurie, cuando él se había marchado–. Están pasando por algo terrible.

Autumn miró a su madre. Ella también sentía mucha simpatía por los Vanderbilt, pero el hecho de alejarlo de la cocina no podía haberle puesto más fáciles las cosas aquella noche. Tenía que estar harto de responder a los buenos deseos de todo el pueblo.

–No me gusta preguntarte esto –dijo Laurie–, pero ¿crees que vas a volver a salir con algún hombre otra vez?

–¡Laurie! –exclamó el tío Chris, en tono de reprimenda.

Laurie se encogió.

–Lo siento. Pero supongo que debes haber pensado en lo que sucederá si… ya sabes, si no vuelve Nick.

–Probablemente, Nick no va a volver, pero yo todavía no me he hecho a la idea. Así que no creo que vaya a salir con nadie en un futuro próximo.

–Cuando llegue el momento, lo sabrás.

Autumn esperaba que el hecho de que Quinn fuera un hombre soltero en aquel momento no fuera lo que había provocado aquella conversación, pero lo parecía.

–Ojalá.

Taylor se daba cuenta de que le gustaba a Penn. La seguía por la fiesta, intentando hablar con ella para negar el cambio climático y despreciar el veganismo, dos cosas que a ella le molestaban. No era vegana, pero respetaba a aquellos que tenían la fuerza de carácter suficiente como para respetar a los animales y al planeta. Además, no veía bien que estuviera desdeñando a Sierra, que sí era vegana.

Por suerte, Sierra estaba más que dispuesta a enfrentarse a él. Penn argumentaba que los veganos no obtenían suficiente vitamina B-12 de su alimentación, y ella le respondió que la vitamina B-12 no provenía de los animales, sino del suelo adherido a la hierba y a otra vegetación que consumían los herbívoros, y que las personas que comían carne tenían deficiencias de vitamina B-12, además de que la grasa y el colesterol que aportaban los productos animales estaban vinculados a las enfermedades coronarias y a algunas formas de cáncer.

Taylor había aprendido mucho solo escuchando su conversación.

–Siento que no haya más cosas aquí que puedas comer –le dijo a

Sierra, cuando Penn se marchó por fin a jugar al billar. Sierra solo estaba comiendo nachos de maíz y salsa de tomate picante.

–Estoy acostumbrada –dijo Sierra, encogiéndose de hombros.

–¿Nunca tienes la tentación de dejarlo?

–No. Me siento mejor comiendo lo que como. Cuando hago ejercicio, soy más fuerte y me recupero más rápidamente.

–¿Cada cuánto tiempo haces ejercicio?

–Siempre que puedo. Me gusta hacer yoga en la playa mientras sale el sol.

–Pareces…

Sierra se puso tensa y entrecerró los ojos.

–¿Qué?

–Mayor que el resto de nosotros –dijo Autumn, y la tensión desapareció del semblante de Sierra.

–Me lo dicen bastante. Me han dicho que tengo el alma del pasado. Incluso la música que escucho es antigua.

–¿Cuál es tu grupo favorito?

–Me gustan Bob Seger and the Silver Bullet Band. Bread. The Beatles. Pink Floyd. Queen. Bruce Springsteen. The Eagles. The Doors. Casi todos los grupos que me gustan son de los setenta. Y prefiero el vinilo.

Taylor había oído pocas de aquellas bandas.

–¿Y cómo empezaste a escucharlos?

–Me los enseñó mi padre.

–¿Te gusta el rap?

–No.

Taylor le dio un sorbito a su Coca-Cola, y se dio cuenta de que Sierra solo bebía agua en un vaso. Seguramente, no aceptaría una botella de plástico, porque el plástico era parte del problema.

–¿Cuánto tiempo llevas siendo vegana?

–Un año.

–¿Y por qué decidiste dejar de comer carne?

–Vi *The Game Changers*. ¿La has visto?

–No.

–Está en Netflix. Deberías verla.

–Sí, voy a buscarla.

Penn había terminado su partida de billar, y se acercó a ellas.

–Eh, ¿queréis jugar la próxima ronda?

Taylor contuvo la respiración. Tenía miedo de que Sierra aceptara y la conversación acabase, pero Sierra dijo:

–En este momento, no.

–A mí tampoco me apetece.

Sierra se metió unos cuantos cacahuetes en la boca, y preguntó:

–Bueno, y ¿qué tipo de cosas haces en Florida?

–Salgo con amigos. Voy de compras. Lo normal.

–¿Echas de menos Tampa?

–No. En realidad, me alegro de haberme ido de allí. Estos dos últimos años, las cosas no han sido fáciles.

–¿En qué sentido?

Se había prometido a sí misma que no iba a contarle a nadie de Sable Beach lo que había ocurrido con su padre para no soportar el hecho de tener que responder a las preguntas de la gente. No quería empezar con eso de nuevo. Sin embargo, en aquel momento, tuvo ganas de compartir su dolor con aquella chica tan peculiar. Sierra veía la vida de una forma muy distinta al resto de sus amigos y, tal vez, ella tuviera alguna respuesta que darle, conociera algún modo de enfrentarse a la situación que ella no conocía. Parecía que Sierra también tenía sus propios problemas; no tenía madre y estaba intentando llevarse bien con un padre al que describía como difícil y exigente.

–Mi padre desapareció hace dieciocho meses.

Sierra abrió mucho los ojos.

–¿En serio? ¿Cómo que desapareció?

–Fue a Ucrania, y allí desapareció, creemos.

–¿No lo sabéis con seguridad?

Taylor hizo un gesto negativo.

–¿Tus padres están casados?

–Sí. Un día, mi padre se fue a un viaje de trabajo y no volvió más. Mi madre lleva buscándolo desde entonces.

–¿Y para qué se fue a Ucrania? ¿Trabaja allí?

–No. Creemos que fue allí porque estaba haciendo algo para el FBI, pero no sabemos qué, y nadie nos lo dice.

Sierra la observó pensativamente.

–Entonces, desapareció como por arte de magia.

–Sí, más o menos.

–Es horrible. Lo siento.

Aquella muestra de empatía reconfortó a Taylor.

–Gracias. Mi madre está a punto de rendirse. Ha empezado a hablar como si fuera hora de que siguiéramos adelante sin él.

Sierra tomó más cacahuetes.

–¿Y tú todavía tienes la esperanza de que vuelva?

–Yo siempre tendré esa esperanza. Pero no sé si ella va a continuar. Ha dedicado dieciocho meses de su vida a buscarlo. ¿Cuándo termina algo así?

–Deberías hacerte un tatuaje. Con el nombre de tu padre, o la fecha en que desapareció. Un símbolo o un dicho que a él le gustara. Algo que sea importante para ti.

Aunque ella nunca había pensado en hacerse un tatuaje, aquella

idea le pareció buena. Sin embargo, sabía que su madre nunca se lo iba a permitir.

–No puedo –le dijo a Sierra–. Todavía, no. Solo tengo diecisiete años.

Sierra terminó su vaso de agua y miró a los que todavía estaban jugando al billar.

–Conozco a alguien que te lo haría –dijo, en voz baja.

–¿Sí?

–Sí, si estás segura de que lo quieres. No quiero que luego te arrepientas y me culpes a mí.

–Yo no te culparía ni aunque me arrepintiera. Pero… mi madre se enfadaría.

–Háztelo en un sitio que tu madre no vaya a ver. En la cadera, por ejemplo. Se puede esconder muy bien.

–Sí, es cierto.

–Piénsatelo y avísame. No es una decisión que debas tomar a la ligera –dijo Sierra. Se metió un último puñado de cacahuetes en la boca y fue hacia la mesa de billar.

Taylor la habría seguido, porque se sentía fascinada por aquella chica que parecía mucho mayor de lo que era, fuerte, y sabia, que estaba dispuesta a seguir su camino en la vida a pesar de las críticas o los juicios de los demás.

La mayoría de los chicos querían encajar en su entorno. Sierra destacaba con valentía. Taylor recordó un dicho que había escrito uno de sus profesores en la pizarra, y que había permanecido allí durante todo el semestre: «El valor es tan contagioso como el miedo».

Ahora lo creía.

Autumn recibió un mensaje de texto mientras subía las escaleras de su apartamento.

Siento que Laurie te haya avergonzado en el restaurante. Seguramente no se acuerda de que tú hablabas muy a menudo de Quinn.

Su madre no había vuelto a mencionar a Quinn desde que él se había marchado de su mesa, ni siquiera cuando habían vuelto a casa y Laurie y Chris ya no estaban con ellas. Pero sabía lo que ella había sentido por Quinn, porque para ella había sido imposible disimularlo. Durante el instituto, estaba tan enamorada de él, que escribía su nombre en los cuadernos, cortaba sus fotos de los anuarios y las ponía por su habitación, se quedaba en el campo de béisbol cuando él tenía entrenamiento para poder verlo jugar y que, después, él pasara cerca de ella de camino a los vestuarios. Si Laurie no se acordaba de todas aquellas tonterías era porque su madre la había protegido para que no quedara como una boba. Como Quinn salía con otra chica, salvo por

un breve periodo durante el que ella le había entregado su virginidad en la casa del árbol, seguramente Mary no había querido que aquello fuera vergonzoso para ninguno de ellos.

Ahora, Autumn se alegraba de que su madre siempre hubiese sido tan reservada. Si Mary hablara tanto como la tía Laurie, todo el pueblo sabría que ella había estado enamorada de Quinn.

Gracias por no recordárselo, respondió.

Hoy estaba muy guapo.

Siempre había sido muy guapo. Seguramente, el hombre más guapo a quien había conocido. Aquel pelo negro y espeso en contraste con los ojos azul claro resultaba muy llamativo. Sin embargo, se daba cuenta de que su madre había hecho un sutil intento para averiguar cuál era su reacción, y ella no estaba dispuesta a reconocer que ver a Quinn la había afectado más de lo que imaginaba. Seguramente, era normal quedarse sin aliento al ver a alguien a quien se había deseado tanto.

Me siento muy mal por lo que les está pasando a sus padres, respondió.

Buen quiebro, respondió su madre, con un emoticono que guiñaba un ojo.

A Autumn le sorprendió que su madre le hubiera reprochado la respuesta. Por lo general, se permitían eludir los golpes cuando era necesario.

Estoy casada, escribió, como si no debieran estar hablando de otro hombre. Sin embargo… ¿estaba casada todavía, o se había quedado viuda?

No te estoy presionando, respondió su madre. *Buenas noches*.

Autumn le envió a su madre el emoticono del beso, pero suspiró mientras ponía a cargar el teléfono en la mesilla de noche. ¿Cuánto tiempo seguiría siendo así su vida? Estaba suspendida en el tiempo. No podía recuperar a su marido y reunir a su familia, y no podía seguir adelante sin él.

Se acostó con el ordenador. Después de dieciocho meses, se había convertido en una costumbre buscar el nombre de Nick. Si había muerto y habían encontrado su cadáver, tal vez encontrara un artículo al respecto antes de que las autoridades se pusieran en contacto con ella.

Hizo clic en un par de resultados, pero la persona a la que se mencionaba no era su marido, sino alguien que se llamaba igual. Después, leyó todo lo que encontró sobre la situación en Ucrania. Una ucraniana a la que había conocido por internet y hablaba inglés le había traducido varios artículos de los periódicos para que pudiera tener una información más detallada. Se llamaba Yana y se los enviaba por WhatsApp. Sin embargo, hacía más de una semana que no le enviaba nada. Durante los últimos meses, cada vez le había

traducido menos y menos artículos. Llevaba tanto tiempo haciéndolo, sin resultados, que seguramente estaba perdiendo el interés.

Se puso a mirar su página de Facebook. Tenía la esperanza de que, si Nick no disponía de un teléfono móvil, al menos pudiera ponerse en contacto con ella por las redes sociales.

Pero allí tampoco había nada.

Estaba a punto de cerrar el portátil cuando recibió una solicitud de amistad… de Quinn Vanderbilt.

Se quedó boquiabierta. Él nunca había estado en Facebook, así que… ¿por qué ahora? ¿Y qué quería? Ella solo iba a estar tres meses en el pueblo y tenía dos hijos adolescentes. Su marido había desaparecido. Él tenía a una exmujer en la cárcel, unos exsuegros furiosos que eran de Sable Beach y una madre que estaba luchando contra el cáncer. Los dos estaban en una situación enrevesada, cuando parecía que toda la gente de su edad iba arreglándoselas.

A ella le vendría bien tener un amigo y, probablemente, a él también. Sin embargo, en el restaurante había sentido atracción por él, y eso hacía que se sintiera culpable a causa de su amor por Nick. Estaba asustada. Lo que menos necesitaba en aquel momento era complicarse aún más la vida encaprichándose de Quinn otra vez.

Pensó en aquel encuentro en la casa del árbol cuando estaban en el instituto, y cabeceó. Él la había tratado con amabilidad, había sido bueno con ella. Recordó que había estado a punto de derretirse cuando él la había besado. Pero, también, Quinn había tratado de convencerla de que no se quitara la ropa. Ella era la que se había empeñado en que llegaran tan lejos. Al final, él había cedido y le había hecho caso.

Se encogió al pensar en todo ello. Dios, ella era tan joven y tan ingenua… Ojalá pudiera volver atrás y borrar lo sucedido. Esperaba que él lo hubiese olvidado. Si no había significado nada para él, ¿por qué iba a tener motivos para recordarlo?

Aunque… pensándolo bien, que una chica lo siguiera hasta su casa y se comportara como ella se había comportado no debía de ser algo que sucediera todos los días. Ningún chico olvidaría algo así.

Se pasó los dedos por el pelo mientras seguía mirando su petición de amistad. Demonios… Aunque Quinn no pudiera olvidarlo, ella deseó con todas sus fuerzas que lo hiciera. Las relaciones sexuales con Quinn Vanderbilt ya no significaban nada para ella, después de Nick. Y, sin embargo, en aquel momento, allí tendida en la cama a solas, le pareció que hacía una eternidad que no estaba entre los brazos de un hombre y, al pensar en hacer el amor con Quinn, sintió un deseo repentino e intenso.

–Ni hablar –murmuró, con horror debido a su propia reacción, y cerró el ordenador portátil sin aceptar su solicitud.

Capítulo 7

Las dos semanas siguientes transcurrieron tan plácidamente que Mary pensó que había acertado al no abordar el tema del pasado. Taylor y Caden habían hecho amigos nuevos y estaban pasándoselo bien, y parecía que Autumn estaba descansando y amoldándose a una sana rutina. Sonreía con más frecuencia y había dejado de hablar de Nick todo el tiempo. Todavía no había empaquetado las pertenencias de su marido, y ella estaba esperando que lo hiciera. Pero, si le hubiera hecho caso a Laurie, su familia no habría tenido aquella oportunidad para recuperarse.

Aunque Autumn pasaba las mañanas con sus hijos, desayunando, haciendo yoga en la playa por petición de Taylor y atendiendo el huerto que ella había plantado antes de que llegaran, normalmente iba a la tienda después de comer.

Contar con su ayuda era algo agradable, sobre todo, porque el hecho de tener a una tercera persona en la tienda permitía que Laurie y ella pudieran salir juntas si era necesario. Se reunieron con el arquitecto al que habían elegido para explicarle cómo querían que fuera la cafetería y comenzaron a pedir presupuestos a diferentes empresas constructoras.

A ella le preocupaban las deudas que iban a contraer. Siempre había sido muy conservadora y cautelosa, porque tenía miedo de perder todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo en Sable Beach. Laurie era mucho más valiente. Decía que estaban haciendo lo mejor, que tener una cafetería haría que siguiesen siendo relevantes, pero ella tenía un marido y una familia en los que podría apoyarse si, al final, resultaba una mala decisión. Aunque Laurie y su familia habían hecho mucho por ella, no tenían un verdadero parentesco, y sabía que no podía apoyarse del mismo modo en ellos.

En cualquier caso, durante aquella época dorada en la que el verano estaba llegando a su auge, era fácil creer que todo iba a salir bien. Incluso había estado durmiendo profundamente, descansando. No había vuelto a tener una pesadilla desde la primera noche que Autumn, Caden y Taylor habían pasado allí.

Se sentía tan bien, que se dio cuenta de que estaba canturreando las

canciones del hilo musical de Mabel's Food and Drug, la tienda en la que estaba haciendo cola para pagar. Miró las filas de paquetes de chicles y caramelos que había junto a la caja, mientras el hombre que estaba delante de ella hablaba con la cajera, Lenore Graybel. Solo estaba comprando un refresco, pero estaba tardando mucho. Ella no tenía prisa. Autumn estaba en la librería con Laurie, así que Laurie podía salir, si quería.

Echó un par de paquetes de caramelos en su cesta, pensando que a Taylor y a Caden les gustarían, y el hombre, que llevaba unos pantalones de lona y un polo de color rojo, tomó por fin la lata de refresco y salió de la tienda con paso decidido.

Lenore siempre la saludaba con una sonrisa. Se conocían desde hacía años, desde antes de que muriera la madre de Lenore, Mabel, y la hija se hiciera cargo de la tienda. Sin embargo, en aquel momento, mientras Mary sacaba sus compras de la cesta y las ponía en el mostrador, Lenore se mostró preocupada.

–Qué raro –murmuró, mirando la tarjeta de visita que tenía en la mano.

Mary sacó la cartera de su bolso.

–¿El qué?

–Ese hombre –dijo Lenore, y señaló hacia la puerta con la cabeza.

Mary atisbó por última vez al hombre que estaba delante de ella en la fila, antes de que desapareciera. Medía un metro ochenta, tenía el pelo oscuro, con canas, y lo llevaba corto, y llevaba gafas. Parecía de su edad, pero no tenía nada de especial.

–¿Quién era?

–Un detective privado de Atlanta, según lo que pone aquí –dijo Lenore, y le entregó la tarjeta a Mary. Mary leyó el nombre que había impreso: *Drake D. Owens. Detective privado*.

–¿Qué quería?

–Está buscando a alguien. Quería saber si yo la conocía.

Mary tuvo un escalofrío.

–¿A quién?

–A una mujer llamada Bailey North –respondió Lenore, encogiéndose de hombros.

A Mary se le cayó la cartera, y el dinero suelto se esparció por el suelo. Sin soltar la tarjeta del señor Owens, se agachó para recoger las monedas.

Lenore se inclinó por encima del mostrador.

–¿Te ayudo?

–No, no… solo son unos céntimos –dijo, a pesar de que casi no podía respirar. Hacía treinta y cinco años que no oía aquel nombre–. ¿Qué quiere de ella? –le preguntó a Lenore, mientras se erguía.

–¿De Bailey North? Ni idea. Ha dicho que fue secuestrada por un

hombre y por su mujer y que la mantuvieron encerrada durante años. Yo no me acuerdo de haber oído nada de eso en las noticias. ¿Y tú?

–No –dijo Mary.

Se metió la tarjeta del señor Owens en el bolso, pensando en que iba a dar la excusa de que no se había dado cuenta si Lenore se la pedía, pero a Lenore no le importó nada. Empezó a pasar por caja las compras de Mary.

–Hay gente muy enferma por ahí suelta –dijo, cabeceando, como si nunca hubiera entendido por qué cierta gente hacía lo que hacía.

Mary recordó el día en que Nora Skinner paró para preguntarle por una dirección. Ella volvía a casa desde el colegio, dándole patadas a una piedrecita.

También se acordó de que estaba deseando ayudar. Una mujer sola no le parecía alguien peligroso, y así fue como cayó en la trampa.

Autumn miró el reloj y, después, se volvió hacia la puerta trasera. No sabía que su madre iba a estar fuera tanto tiempo. ¿Dónde estaría? Generalmente, no le importaba que su madre tardara, porque se las arreglaba perfectamente en la librería, pero, como pensaban que Mary volvería enseguida, Laurie se había ido al dentista, y ella tenía una cita para la pedicura. Se había enterado de que una antigua amiga había vuelto a vivir al pueblo y que había abierto un salón de manicura y pedicura, y quería verla. Además, hacía mucho tiempo que no se cuidaba a sí misma, excepto por el hecho de dormir, cosa que había estado haciendo mucho desde que había llegado a Sable Beach.

Cuando estaba hablando con Melissa Cunningham para decirle que no iba a llegar a tiempo a la pedicura, sonó la campanilla de la puerta. Se despidió de su amiga y oyó que un hombre carraspeaba en la entrada. Se giró y vio a… Quinn.

–Hola –dijo él, con su sonrisa de estrella de cine.

Autumn se quedó sin respiración. ¿Qué hacía allí?

–Hola.

Él se giró y observó la tienda.

–Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Está precioso.

–Sí. Mi madre y mi tía invierten todo lo que tienen en esta tienda. Mi madre la quiere tanto como a mí.

Él se giró de nuevo hacia ella.

–Lo dudo. Tu madre te adora. ¿Has estado mucho tiempo aquí desde que has vuelto al pueblo?

–Sí, bastante. Ayudo la mayoría de las tardes, después de haber estado con mis hijos y haber arreglado el huerto y el jardín.

Él tenía una bolsa en una mano. Apoyó el codo del brazo opuesto en el mostrador, relajadamente.

–No sabía que eras jardinera.

–Lo plantó mi madre. Yo solo lo he terminado. Así tengo algo que hacer mientras estoy aquí, aparte de ayudar en la tienda, y me gusta sentir la tierra entre los dedos y comer las verduras que cultivamos.

–Vaya, consigues que la jardinería parezca divertida –dijo él, con ironía–. Nunca hubiera pensado que alguien consiguiera eso, aparte de lo que se puede comer, claro.

Ella se echó a reír.

–¿A ti no te gusta ensuciarte las manos de tierra?

–Eso no me importa, pero nunca he tenido el irresistible deseo de plantar cosas. ¿Qué verduras cultiváis?

–Melones. Boniatos. Calabacines, tomates.

–Reconozco que no hay nada mejor que los tomates del huerto de uno. Si alguna vez tuviera la tentación de cultivar algo, serían tomates.

–Yo hago salsa de tomate siempre en otoño y hago conservas para el invierno. Le dejo a mi madre una parte y el resto me lo llevo. Así que plantamos mucho tomate. También estoy cultivando albahaca y otras hierbas aromáticas.

Como él ya había pasado un rato razonable charlando con ella, seguramente, por el hecho de que habían ido juntos al instituto, ella supuso que él le diría que se alegraba de verla y le preguntaría por un buen libro de cocina, o de la gestión de un restaurante, o de cómo sobrevivir a un divorcio. Se estaba preguntando si tendrían lo que andaba buscando, cuando él le dijo:

–Te envié una solicitud de amistad por Facebook hace unos días, pero yo no entro mucho ahí, y ahora me imagino que tú, tampoco.

Ella entraba en Facebook todas las noches, con la esperanza de que hubiera alguna noticia de su marido, o de alguien que pudiera darle noticias de Nick. Sin embargo, no había aceptado la solicitud de Quinn.

–No he vuelto a entrar desde que llegué aquí –dijo, mintiendo.

–Bueno, como dijiste que te gusta mucho la tarta de zanahoria, te he traído un pedazo –dijo él, y alzó la bolsa que llevaba en la mano. La puso en el mostrador–. Espero que la disfrutes.

Ella se quedó asombrada y miró el logotipo del restaurante antes de volver a mirarlo a él.

–Gracias. Es muy… es todo un detalle.

–De nada –dijo él. Le guiñó un ojo e hizo ademán de marcharse.

¿No necesitaba ningún libro? ¿Había ido solo para darle la tarta?

Por suerte, no había nadie más en la tienda en aquel momento. Por eso, lo llamó.

–¿Quinn?

Él tenía la mano en el pomo de la puerta cuando se dio la vuelta.

–Siento muchísimo lo de tu madre.

–Gracias. Te lo agradezco.

–Y…

Él esperó pacientemente mientras ella tomaba aire y reunía valor.

–Y también siento mucho cómo me comporté cuando estábamos en el instituto.

Lo dijo tan apresuradamente, que pensó que tal vez iba a tener que repetírselo. Sin embargo, Quinn respondió, con generosidad:

–No hiciste nada malo.

–Sí.

–¿Cuándo?

Ella tuvo la tentación de decirle que lo olvidara, pero había sacado a relucir el tema, y le debía una respuesta.

–Bueno, ya sabes… cuando… hice lo que hice en la casa del árbol, aquel día.

–¿Qué hiciste tú? Estoy bastante seguro de que participamos los dos.

–Pero yo fui muy insistente, aunque tú intentaste decirme que no estabas interesado.

Por cómo le brillaron los ojos, Autumn tuvo la sensación de que le habían entrado ganas de reírse.

–No recuerdo haber dicho eso –respondió Quinn.

–Dijeras lo que dijeras, tenías razón. Me pasé, y te pido disculpas.

Él sonrió de una manera muy sexi.

–¿Es ese el motivo por el que no has aceptado mi solicitud de amistad?

Demonios… Él sabía que la había visto, y estaba en lo cierto, así que ella no siguió mintiendo.

–En parte, sí.

–Te prometo que no tienes por qué preocuparte de eso –respondió él, y se marchó.

–He decidido lo que quiero –le dijo Taylor a Sierra.

Estaban en casa de Sierra, viendo *El cuento de la criada*. Caden y los demás no tenían interés en la serie, así que se habían ido a jugar al billar a casa de los mellizos, seguramente. Ella no sabía exactamente dónde estaban, y no le importaba. Aunque los demás le caían bien, Sierra era la única que le importaba. Nunca se había sentido tan fascinado por nadie. Siempre tenía respuestas inesperadas y poco corrientes. Algunas veces era algo inspirador, o ingenioso, o sabio, además de reconfortante y agradable.

–¿El qué? –preguntó Sierra, mientras daba al botón de *stop* del mando a distancia para poder escuchar lo que le estaba diciendo Taylor.

–Para el tatuaje.

–Ah. ¿Qué has pensado?

–La preferida de papá.

Solo con decir aquellas palabras, Taylor sonrió. Le parecía bien hacerse aquel tatuaje, era como si calmara aquella terrible angustia que sentía.

–¿En inglés?

Ella enarcó las cejas.

–Estaba pensando en inglés, sí, pero ahora que lo dices, tal vez lo busque en ucraniano. Es su legado, lo que asocio con él, y desapareció en Ucrania, así que pienso que debe de estar allí, en alguna parte.

–Lo entiendo. ¿Y dónde te lo vas a hacer?

–Voy a hacérmelo aquí, en letras muy pequeñas –dijo ella, señalando el interior de su muñeca.

Sierra se irguió.

–¿Qué dices? Tu madre lo verá seguro. Lo verá todo el mundo.

Taylor ya lo sabía.

–He decidido que no me importa.

–Entonces, ¿vas a pedir permiso?

Taylor se mordió el labio inferior. Teniendo en cuenta cuál era el motivo por el que quería hacerse el tatuaje, tenía la sensación de que podría convencer a su madre. Pero tenía miedo de equivocarse y correr el riesgo de no conseguirlo.

–No –dijo.

–Pero… ¿no te meterás en un lío?

–Es difícil de saber. Puede que sí. Lo que mi madre me permite hacer a mí sienta un precedente para Caden, y él también quiere hacerse un tatuaje, así que ella tiene que pensar en más cosas que en el hecho de que yo esté a punto de cumplir dieciocho años.

–Tu situación y la de Caden es distinta.

–Él solo tiene un año menos que yo.

–Un año es un año. Es que yo… no quiero que te castiguen para el resto del verano, o algo parecido. Tu madre no haría algo así, ¿no? Porque no me gustaría no poder verte en todo el verano. Si existe esa posibilidad, creo que deberías esperar. En realidad, nueve meses no son muchos.

Era la primera vez que Sierra daba señales de que ella fuese especial en algún sentido, y Taylor se sintió tan bien, que no pudo evitar tomar a su nueva amiga del brazo.

–Me escaparía, si fuera necesario.

Sierra miró la mano de Taylor.

–No lo dices en serio.

–Sí –respondió Taylor.

–No me lo creo –dijo Sierra, y se apartó–. Lo dices solo porque

todavía no me conoces bien.

–¡Llevamos dos semanas siendo amigas! Eso es mucho tiempo.

Taylor tuvo la sensación de que Sierra quería decir algo importante, pero la puerta se abrió en aquel momento, y el padre de Sierra entró en casa llamando a su hija a gritos.

A Sierra se le cayeron las palomitas de maíz, porque se puso en pie de un salto.

–¿Qué ocurre?

Dennis Lambert miró a su hija y a Taylor.

–Que se marche de aquí –dijo, de malas formas.

Sierra se puso muy roja.

–Pero… si estamos viendo una serie.

Él tenía los ojos inyectados en sangre y la ropa arrugada, y apestaba a alcohol.

–No me importa. Obedece.

Sierra apretó la mandíbula.

–Has bebido otra vez. Vete a tu habitación. No vamos a molestarte.

Él se movió con tanta rapidez, que Taylor tuvo que retroceder para que no la pisara. Él apretó el puño y lo movió delante de la nariz de su hija.

–¿Ah, sí? ¿Vas a contestarme? Ya sabes lo que pasa cuando haces eso.

Taylor se levantó rápidamente del suelo para marcharse. No quería que Sierra siguiera discutiendo con su padre y se metiera en un buen lío.

–Me voy, Sierra. No te preocupes. Llámame después, ¿de acuerdo?

Sierra no estaba asustada, como lo habría estado cualquier otra chica. Estaba enfadada y miraba fijamente a su padre.

–No, por favor –susurró Taylor, pero no sirvió de nada.

–Eres un borracho –le dijo Sierra–. Un padre patético.

El señor Lambert entrecerró los ojos y miró a Taylor.

–¿A qué estás esperando? –le dijo.

Pero ella tenía miedo de irse. Temía que Sierra provocara demasiado a su padre.

–Yo… yo… lo si… siento –dijo, para intentar arreglarlo–. Sierra no quería decir eso. Yo sé que no quería. ¿Qué le parece si hago algo de cenar? ¿No tiene hambre? Porque hago los mejores espaguetis del mundo. Mi… mi madre hace una salsa de tomate buenísima. Yo siempre le digo que se haría millonaria si la vendiera.

–¡Fuera de aquí ahora mismo! –gritó él.

–Vete –le dijo Sierra, sin mirarla–. Luego te llamo.

Taylor no podía moverse. Si no se iba, tal vez empeorase mucho las cosas. Pero, si se iba, a su nueva amiga podía ocurrirle algo terrible, y ella no estaría allí para ayudar.

–No debería haberme quedado tanto tiempo. Es culpa mía. Por favor, no se enfade con Sierra –le dijo al señor Lambert, pero él la ignoró, y Sierra, también.

–No puedo creer que me hayas avergonzado así delante de mi amiga –le espetó Sierra a su padre.

–¿Tu amiga? ¿Sabe ella lo que eres tú?

–¡Cállate, papá!

Taylor tenía miedo de que él pegara a Sierra, pero él tomó del brazo a su hija y empezó a llevarla hacia el fregadero de la cocina, mientras le decía:

–¿Tú crees que puedes hablarme así? A lo mejor aprendes la lección si te lavo la boca con jabón.

–Sierra… –dijo Taylor, pero Sierra la empujó al pasar y le gritó:

–¡Vete!

Taylor salió corriendo hacia la puerta.

¿Qué querría el detective?

Mary estaba sentada en su coche, en el aparcamiento que había detrás de la librería, observando la tarjeta del señor Owens. Tenía que entrar a cerrar. Laurie estaba en el dentista y, en aquel momento, Autumn estaba sola en la librería. Sin embargo, aquella súbita intromisión en su pasado, sobre todo de una manera tan cercana y tan física, la había dejado demasiado aturdida. No se atrevía a salir del coche.

Hacía tanto tiempo que había estado secuestrada en la mansión de Jeff y Nora Skinner, los millonarios de Atlanta… Parecía que hasta los medios de comunicación habían olvidado aquella triste historia que, en el pasado, solo había generado un interés morboso. Si salía a relucir que la habían encontrado, sin duda aparecería un enjambre de reporteros aporreando su puerta otra vez, intentando conseguir más información sobre su historia. Después de que consiguiera escapar, habían estado persiguiéndola durante meses, motivo por el que se había cambiado el nombre de Bailey a Mary.

Sin embargo, no creía que ningún reportero se hubiese gastado el dinero en contratar a un detective para encontrarla treinta y cinco años después de lo ocurrido. Eso solo podía haberlo hecho alguien con un interés más específico.

¿Sería su madre? Después de lo negligente que había sido en su cuidado antes del secuestro, ¿querría de repente recuperar el contacto con ella? ¿Y tendría RaeLynn los medios para contratar a un detective? Su madre nunca había tenido mucho dinero, por lo menos, cuando todavía mantenían el contacto.

Tal vez no fuera RaeLynn. Tal vez fuera otro pariente. Pero ¿quién,

y por qué? ¿Y por qué ahora?

Abrió un navegador de internet en su teléfono móvil y buscó a Jeff y Nora Skinner. A Jeff le habían impuesto una condena tan larga que, seguramente, moriría en la cárcel. A Nora solo la habían condenado a treinta y ocho años de cárcel, así que era posible que ya hubiera salido. La mayoría de los presos no cumplían las condenas completas porque obtenían beneficios penitenciarios, por ejemplo, por buen comportamiento. ¿Sería Nora la persona que la estaba buscando?

A Mary se le puso la carne de gallina. Nora tendría en aquel momento sesenta y ocho años, ya no era la mujer joven que había ayudado a su marido a secuestrar a una niña. Pero solo imaginarse que aquella persona pudiera estar libre para hacer lo que quisiera era lo suficientemente terrorífico para ella. Los recuerdos que tenía de Nora eran espantosos.

No podía ser ella la que había contratado a Drake D. Owens…

¿O acaso tenía algún objetivo y lo había hecho? ¿Acaso la culpaba a ella de su larga estancia en la cárcel y quería vengarse? ¿Estaba todavía furiosa por el hecho de que ella los hubiera desafiado después de, según Nora, haber formado parte de su familia durante siete años? Aquella era su retorcida forma de ver el secuestro. Jeff provenía de una familia muy rica, y eso era lo que les había permitido hacer muchas de las cosas que hacían. Tal vez no hubieran utilizado todo su dinero en su defensa.

Mary se enjugó el sudor del labio superior. Estaba muy acalorada, pese a que tenía encendido el aire acondicionado. Siguió mirando los resultados de la búsqueda.

No encontró ninguna mención a Jeff o a Nora, al menos, reciente. Como la mayoría de la gente pensaba que el artífice del secuestro había sido Jeff, y Mary y él habían tenido una hija cuando ella solo tenía dieciséis años, él había recibido casi toda la atención. Teniendo en cuenta todo eso, cabía la posibilidad de que Nora hubiera salido de la cárcel sin llamar la atención.

Mary cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento mientras recordaba la mirada de frialdad que le había clavado Nora al conocer su condena. No se había arrepentido ni siquiera al final. Era casi peor que Jeff, porque, al menos, él había fingido que sentía cierto remordimiento.

Recibió un mensaje de texto y lo miró. Era Autumn otra vez. Ella se había sentido demasiado alterada como para responder a las llamadas y mensajes anteriores de su hija. No podía decirle que estaba sentada fuera de la tienda, en el coche; todavía no había decidido qué iba a hacer con respecto a Drake Owens.

Lenore nunca había oído hablar de Bailey North. Era demasiado joven. Pero, si Owens seguía investigando por Sable Beach, al final

daría con alguien que sí conociera aquel nombre. El hecho de que se recordara la historia no significaba que se supiera, necesariamente, que Bailey North se había convertido en Mary Langford, pero si el señor Owens suscitaba la curiosidad de la gente, y todos empezaban a pensar y a atar cabos, ella podía verse en una lista de posibilidades muy corta. Y, cuando ocurriera eso, no sería demasiado difícil llegar a la verdad.

Después de dirigir el aire acondicionado hacia sí misma, ocultó su número y llamó al detective. Tenía que conseguir que dejara de remover las cosas.

Y, para conseguirlo, tenía que saber qué quería el señor Owens.

Capítulo 8

Mary esperó, con un nudo en el estómago, a que el detective respondiera. No sabía si estaba cometiendo un error al abordar aquello directamente. Tal vez.

–¿Sí?

Justo cuando pensaba que él no iba a responder, lo hizo.

–¿Señor Owens?

–¿Sí?

–Soy… soy Bailey North.

Aquellas palabras fueron muy difíciles de pronunciar. No había vuelto a decirlas desde hacía casi treinta y cinco años.

Él se quedó en silencio, y ella se dio cuenta de que lo había tomado por sorpresa.

Entonces, el detective dijo:

–¿Cómo sé que es usted de verdad?

–¿Es que le llama mucha gente haciéndose pasar por mí?

–La gente está dispuesta a cualquier cosa si hay algo que ganar.

Ella apretó con fuerza el teléfono.

–¿Y qué hay que ganar en esta situación?

–Me gustaría contárselo. ¿Podemos vernos?

Ella sintió pánico.

–No.

–¿Está aquí, en Sable Beach?

–Preferiría no responder a esa pregunta.

–Entonces, sí vive aquí. ¿Trabaja también en el pueblo?

Era directo. Así que ella iba a serlo también.

–Esa pregunta también prefiero no responderla.

–Yo no soy de la prensa, Bailey.

Al oír su nombre de pila, se estremeció. Esperaba no volver a oírlo nunca. No quería ser la persona que había sido. Para ella, aquella persona había muerto. Además de quitarle todo lo que le habían quitado, Nora y Jeff habían asesinado a la joven que fue una vez.

–Eso ya lo sé. Pero no sé quién es usted, ni por qué está aquí.

–Se lo explicaré encantado, pero no puedo hacerlo por teléfono.

Ella se frotó la frente y miró por el parabrisas del coche.

–¿Tiene que ver algo con mi madre?

–No.

No supo si se sentía aliviada o dolida. Su madre nunca había intentado rectificar, nunca le había pedido perdón por lo que había hecho, y eso seguía hiriéndola. Había soportado el rechazo de la manera más cruel. Sin embargo, no tenía contacto con RaeLynn, y eso le facilitaba esconderse, así que debería sentirse agradecida de que su madre hubiera estado tan dispuesta a perder el contacto con ella.

–¿Con la gente que me secuestró?

–Sí.

–No me diga que han salido de la cárcel.

–De eso ya hablaremos. Por favor, concédame unos minutos de su tiempo.

–¿Dónde?

–Usted elige el sitio.

Estaba intentando pensar en un lugar donde pudieran quedar, cuando vio a Laurie entrar en el aparcamiento.

–Tengo que colgar –dijo–. Lo llamaré mañana y quizá podamos organizar algo.

Él empezó a hablar, pero ella colgó.

Laurie la saludó con la mano, y ella sonrió forzadamente al salir del coche. Ojalá le hubiera dicho a Owens que dejara de repartir su tarjeta por el pueblo, que solo se reuniría con él si era discreto.

Pero eso solo serviría para confirmar que estaba, verdaderamente, muy cerca de encontrarla.

Taylor estaba paseándose por la casa de su abuela. Estaba demasiado alterada como para sentarse. No sabía qué hacer, ni si debía hacer algo. ¿Debía pedir ayuda a su madre? ¿Llamar a la policía? ¿Qué?

No creía que fuese ilegal que un padre le lavara la boca a su hija con jabón, siempre y cuando la adolescente no resultara herida. En realidad, Sierra había contestado a su padre. Pero ¿y si el castigo del señor Lambert no terminaba ahí? Su expresión y la ira que despedían sus ojos la habían asustado de verdad.

Al oír la puerta, se sintió aliviada.

–Aquí estás –dijo Caden, al entrar en casa–. ¿Qué tal *El cuento de la criada*?

–Bah, bien –respondió Taylor, que estaba demasiado disgustada como para hablar de la serie.

Al mirarla bien, su hermano se paró en seco.

–¿Qué ocurre?

Ella se acercó a la ventana a mirar. No quería que la oyeran ni su

madre ni su abuela.

–Es por Sierra.

–¿Qué le pasa?

–Su padre llegó borracho a casa y empezó una pelea y… no sé si ella va a estar bien.

Él frunció el ceño.

–¿A qué te refieres? No le pegó, ¿no?

–Delante de mí, no, pero no sé qué ocurrió después de que me marchara. ¿Crees que debería llamar a mamá?

–Si no lo sabes con seguridad, no.

Ella empezó a morderse las cutículas de las uñas, algo que hacía a menudo cuando estaba nerviosa.

–Me pareció que la cosa iba en esa dirección.

–Pero, si estás equivocada, puede que mamá se meta en sus asuntos innecesariamente, y empezaría una enemistad en Sable Beach. Y, si pasa eso, seguramente nos llevaría a Florida otra vez, y yo me lo estoy pasando bien. Quiero quedarme todo el verano, ¿tú, no?

Ella sí quería quedarse. No quería perder a sus nuevas amistades, especialmente, a Sierra.

–Pero no puedo… abandonarla si está pasando algo.

Él se metió las manos en los bolsillos.

–¿Pidió ayuda?

–No. Me dijo que me marchara. Pero una buena amiga intentaría ayudar de todos modos, ¿no?

Él se frotó la barbilla mientras pensaba en la respuesta.

–No, si solo va a conseguir empeorar las cosas.

Ese era, exactamente, su dilema.

–¿Y la policía? Si llamo a la policía, mamá no tendría por qué involucrarse.

–Pero te sentirás como una boba si les mandas a la policía y solo era una discusión. ¿El padre de Sierra le ha pegado alguna vez?

–Ella no me ha dicho eso.

–Tiene casi dieciocho años, Tay.

–¿Y qué?

–Lleva mucho tiempo viviendo con él, y debe de saber cómo arreglárselas. Y solo le queda un año de colegio. Yo no quiero empeorar la situación para ella. ¿Y si la echa de casa, o algo por el estilo? ¿Dónde va a ir? ¿Cómo va a conseguir graduarse?

–No tengo ni idea, pero el señor Jamison, el de inglés, dijo que podían evitarse muchas cosas malas solo con decir algo, con dar la cara. Y yo no puedo ignorar lo que vi.

Él sacó su teléfono móvil y se acercó a ella.

–Tengo una idea. Voy a ocultar mi número y a llamar a la policía para que vaya a echar un vistazo.

–No serviría de nada que ocultaras tu número. Sierra y su padre sabrán que soy yo. ¿Quién iba a ser, si no?

–¿Y qué pasa porque sepan que eres tú? Es una respuesta razonable, después de lo que viste. Yo lo haría.

Taylor quería hablar con su madre sobre ello, pero no quería meter a Autumn en algo de lo que después pudieran arrepentirse todos. Como Caden, ella tampoco quería irse de Sable Beach antes de que acabara el verano. Y tampoco quería empeorar la situación de Sierra. Al intentar ayudarla, cabía la posibilidad de que la perdiera.

Al final, sin embargo, no pudo soportar la sospecha de lo que podía estar sucediendo en casa de Sierra.

–De acuerdo –dijo–. Vamos a llamar.

Laurie la estaba observando atentamente. Mary se daba cuenta. Por mucho que tratara de fingir que todo iba a las mil maravillas, su amiga siempre sabía cuándo era cierto y cuándo no.

–¿Qué ocurre? –le preguntó, con cara de preocupación.

Autumn, que había tomado su bolso y estaba buscando las llaves para ir a casa y empezar a hacer la cena, alzó la vista con sorpresa, y Mary estuvo a punto de soltar un gruñido. ¿Acaso no podía Laurie esperar cinco minutos para preguntar?

–¿Qué quieres decir?

–Llevas callada desde que has vuelto de la tienda –dijo Laurie–. ¿Ocurre algo?

Mary pasaba mucho tiempo con su mejor amiga. Era de esperar que Laurie se diera cuenta de que no estaba bien. Debería haberla avisado de que había ocurrido algo y haberle pedido que no dijera nada delante de Autumn. Sin embargo, aún estaba pensándolo todo, no había decidido cómo podía controlar la situación. Y no quería que Laurie la presionara para que se lo contara todo a Autumn.

–No, nada –dijo.

–¿Tuviste alguna pesadilla anoche? –preguntó Autumn, con preocupación.

–No. Últimamente duermo bien. Lo único que pasa es que me duele un poco la cabeza, nada más.

–A lo mejor te viene bien comer algo –le sugirió Laurie–. Vete a casa con Autumn. Yo cierro la tienda.

–No es necesario.

–No me importa. Vamos, cuídate un poco.

–De verdad, no es para tanto. Yo termino.

En aquel momento, vio la bolsa que acababa de tomar Autumn, y se fijó en el logotipo.

–¿Cuándo has vuelto a The Daily Catch?

–No he vuelto. Yo… –Autumn balbuceó y se ruborizó, algo que también llamó la atención de Laurie.

–¿Qué? –insistió su amiga.

–Quinn ha venido por aquí –dijo Autumn.

–¿Ah, sí? –preguntó Laurie, sonriendo–. ¿Qué puede significar eso?

Autumn movió una mano.

–Pues nada.

–Tiene que ser por algo –dijo Laurie–. A mí también me encanta la tarta, pero a mí no me ha traído ningún pedazo.

–Ni a mí –dijo Mary, agradeciendo que Laurie dejara de cuestionarla a ella.

Autumn respondió, con exasperación:

–¡Seguramente, piensa que estoy interesada en él, después de que tú le hicieras venir a nuestra mesa cuando estuvimos en el restaurante hace dos semanas!

–¿Y eso estaría tan mal? –preguntó Laurie.

–No –dijo Autumn, pero, después, se corrigió–: ¡Sí, por supuesto! No estoy abierta a tener ninguna relación.

Mary se fijó en que no había dicho que estuviera casada, y se preguntó si eso significaba que su hija estaba aceptando que había perdido a su marido.

En cuanto Autumn salió por la puerta trasera, Laurie puso cara de arrepentimiento.

–¿Crees que la he disgustado? Creo que no debería haberle tomado el pelo.

–Si conozco a Autumn, no está disgustada, está avergonzada.

–Pues, entonces, es que él le debe de gustar. Si no es así, ¿por qué iba a sentir vergüenza?

–No le digas que te lo he contado, pero creo que él le gusta, sí. Cuando estaban en el instituto estaba loca por él, ¿no te acuerdas?

–Sí, me acuerdo. Por eso pensé que le estaba haciendo un favor a Autumn llamándolo para que se acercara a la mesa. Quería que él viera que estaba en el pueblo, y lo guapísima que es.

Mary terminó de meter los recibos de aquel día en la bolsa del banco y cerró la caja registradora.

–Eso fue todo un detalle.

–Pero, quizá, fui insensible al no tener en cuenta lo que ha pasado con Nick.

–Hace casi diecinueve meses que Nick desapareció. Si no va a volver, tal vez sea más fácil para Autumn aceptar la realidad si hay alguien en su vida.

–Eso espero.

–Yo, también –dijo Mary, y metió el dinero en su bolso–. Yo hago el depósito de camino a casa.

–Espera un segundo. No te vas a zafar de esto tan fácilmente. ¿De verdad te duele la cabeza, o se trata de otra cosa?

Mary suspiró.

–Hay un detective privado en el pueblo. Ha venido buscando a Bailey North. Y no sé por qué.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Lo he visto en la droguería –respondió Mary, y le contó la conversación telefónica que había tenido con él.

–¿Puede que lo haya contratado tu madre?

–Él dijo que no.

–Pero a lo mejor no es cierto. ¿Tu madre seguirá viva?

–Debe de tener unos setenta y cuatro años.

–Pero me dijiste que no se cuidaba nada.

–No lo sé. Intento no recordarlo.

–¿Vas a quedar con el detective?

–¿Crees que debería hacerlo?

Laurie se apoyó en el mostrador y se cruzó de brazos.

–Ahora que está tan cerca, creo que sí, deberías hacerlo para ponerle fin a sus preguntas antes de que involucre a otras personas.

–Yo también lo creo.

–Pero es mejor que no te vean con él por aquí. ¿Dónde vais a ir?

Mary lo había estado pensando.

–Supongo que a Richmond, aunque está un poco lejos.

–Llámalo ahora mismo y queda con él. Sea cuando sea, yo te sustituyo en la tienda.

–Voy a intentar que nos veamos mañana a primera hora. Pero ¿qué le digo a Autumn si no he vuelto para cuando llegue ella?

–Yo le digo que has ido a ver a una librera de Richmond que tiene una cafetería y que ha accedido a darnos los contactos de sus proveedores.

–Sí, eso creo que servirá.

Se sintió aliviada por el hecho de tener un plan, pero todavía estaba nerviosa por lo que tuviera que decirle el señor Drake D. Owens, y por si iba a cambiar el mundo tal y como ella lo conocía.

Capítulo 9

Cuando Autumn entró en internet aquella noche, no tenía ningún mensaje de Nick. No había noticias de Yana, ni del señor Olynyk, ni del FBI, ni de nadie con quien ella se hubiera puesto en contacto durante su búsqueda. No se sorprendió, ni sintió una punzada de angustia en el estómago. Tampoco lloró. No iba a discutir con desconocidos sobre lo que había podido suceder, ni a presionar a nadie de los que podían ayudarla para que hicieran más.

Ya había pasado por todo aquello. Ya no podía recurrir a nadie más. Lo único que podía hacer era adaptarse a las circunstancias. Eso era un descanso, pero, también, le provocaba un terrible sentimiento de culpabilidad. Podía ser que Nick estuviera en una situación desesperada mientras ella disfrutaba de un trozo de tarta de zanahoria de The Daily Catch y miraba la invitación de amistad que le había hecho Quinn por Facebook.

–¿Cómo puedo ser tan desleal? ¿Y si Nick está vivo? –murmuró.

Sin embargo, tampoco podía quedarse así para siempre. No había ni una sola prueba de que su marido siguiera con vida.

De repente, recibió un mensaje. Al oír la señal, tomó el teléfono móvil de la mesilla de noche.

¿Qué estás haciendo?

Era de Taylor, que había cenado y se había ido directamente a su habitación porque no se encontraba bien.

¿Cómo sabes que estoy haciendo algo?

Autumn añadió a su respuesta el emoticono de la cara sonriente. Algunas veces, su hija y ella intercambiaban emoticono tras emoticono, solo para divertirse, pero Taylor no reaccionó así en aquella ocasión.

Autumn: ¿Te encuentras mejor? ¿Por qué no estás acostada?

Taylor: No estaba enferma. Es que estoy preocupada por mi amiga.

¿Taylor había mentido? ¿Por qué?

Autumn: ¿Qué amiga?

Taylor: Sierra. Contestó a su padre y él se puso furioso.

Autumn: ¿Y su madre no estaba?

Taylor: Su madre debió de marcharse cuando ella era un bebé. No habla

de ella. Su padre y ella viven solos desde que tenía ocho años.

Autumn: ¿Crees que la ha maltratado?

Taylor: No lo sé. Caden y yo llamamos a la policía y les pedimos que fueran a su casa, pero no nos han devuelto la llamada. No creo que vayan. Y no he tenido noticias de Sierra.

A Autumn le sorprendió aquello, y llamó a su hija.

–¿Habéis mandado allí a la policía? –preguntó.

–Tenía que asegurarme de que estaba bien.

–¿Y por qué no me lo habéis preguntado a mí?

–Tenía miedo de equivocarme, y no quería que tú te vieras involucrada si no era nada.

–Ah –dijo Autumn–. Bueno, si te has asustado tanto, quizá debiéramos ir allí en coche.

–Acabo de ir.

–¿Has salido tan tarde sin decírmelo?

–Lo siento, tenía que ver si estaba bien.

–Ya veo. Bueno, ya hablaremos de eso. ¿Qué has averiguado?

–Nada. La casa estaba a oscuras, y no me atreví a acercarme a la puerta.

–¿Quién es el padre de Sierra? ¿Lo conoceré yo?

–No creo. Han venido a vivir aquí este año. Se llama Dennis Lambert.

–¿Y en qué trabaja?

–Creo que en una aseguradora.

Autumn apoyó la frente en el cristal de la ventana. Era casi medianoche, y no se imaginaba llamando a la puerta del señor Lambert a aquellas horas por si le causaba más problemas a su hija.

–Estoy segura de que si has llamado a la policía, habrán ido a hacer comprobaciones. Me temo que es lo único que podemos hacer, por lo menos, hasta mañana. Yo tengo que ir a la librería después de comer, así que puedes llevarte el coche a primera hora e invitar a Sierra a un café, después de que él se haya ido a trabajar, y cerciorarte de que tu amiga está bien.

–Entonces, ¿me olvido del asunto y me acuesto?

–Es lo único que podemos hacer, cariño. Sé que es difícil, pero intenta dormir un poco.

–Sí –dijo Taylor. Parecía que estaba resignada, pero no contenta.

–¿Quieres venir a dormir conmigo? –le preguntó Autumn.

–No, voy a convencerme de que todo va bien y ya veremos mañana por la mañana.

Claramente, su hija estaba creciendo.

–Buena idea. Te quiero.

Taylor dijo lo mismo y colgó, y ella volvió a la cama. Pero dejó el teléfono a un lado y se puso el ordenador en el regazo. La petición de

amistad de Quinn seguía abierta, y captó su atención.

–Bah, al cuerno –murmuró, y apretó el botón de Aceptar. Pensó que Quinn estaría durmiendo, así que no vio ningún peligro en enviarle un mensaje.

La tarta estaba deliciosa. Gracias.

Aún no tenía sueño, así que navegó un poco por internet. Cuando se cansó, volvió a entrar en Facebook para ver si encontraba el perfil de Sierra Lambert. Tal vez la niña hubiera publicado que había tenido una pelea con su padre, o que la policía había parecido en su casa. Era mucho pedir y, seguramente, Taylor ya había buscado en Instagram, pero tenía tiempo para investigar. En el peor de los casos, no encontraría nada. En el mejor, podría encontrar alguna noticia que tranquilizara a Taylor.

Sin embargo, no encontró a Sierra Lambert, ni a nadie cercano a su edad que tuviera relación con Sable Beach.

Estaba a punto de cerrar el ordenador cuando recibió un mensaje.

Es muy tarde y sigues despierta.

¡Era de Quinn! Por algún motivo inexplicable, se le aceleró el corazón. Vaciló un momento antes de responder.

Las noches se hacen largas, tecleó.

Quinn: Pues a la mayoría de la gente le parecen cortas.

Autumn: Esa es la gente que puede dormir.

Quinn: ¿Tú no puedes?

Autumn: No suelo dormirme hasta las tres o cuatro de la mañana.

Quinn: Vaya, y ¿qué haces durante esas horas?

Autumn: Durante estos últimos diecinueve meses, he estado buscando a mi marido.

Quinn: Me enteré de que había desaparecido. Lo siento mucho.

A Autumn no le sorprendió que Quinn lo supiera. Seguramente, lo sabía la mayoría de la gente de Sable Beach. Sin embargo, le molestó que él también estuviera al corriente, porque iba a pensar, como muchos otros, que Nick la había abandonado.

Tal vez vuelva algún día, escribió, aunque no sabía por qué tenía la necesidad de decirlo. Ya había aceptado que no iba a suceder, ¿no? ¿No era ese el motivo por el que había ido a Sable Beach? Quería comenzar la difícil tarea de dejar todo aquello atrás.

Quinn: ¿No tienes ni la menor idea de lo que le ha pasado?

Autumn: No. Se marchó a un viaje de trabajo, supuestamente, a Nueva York, y ya no volvió. Y, por favor, no me sugieras que a lo mejor se marchó con otra mujer. Eso ya me lo han dicho muchas veces. Sé que es una posibilidad, porque no soy una ingenua, pero tengo bastantes motivos para que me resulte increíble.

Quinn: Como, por ejemplo…

Autumn: Para empezar, Nick adoraba a sus hijos. Y no creo que se

marchara sin pedir la mitad de nuestro patrimonio. Pero no se llevó ni un céntimo. Todo lo que poseía, incluso lo más preciado, sigue donde siempre estuvo. No ha aparecido nadie diciendo que tuviera deudas de juego o cualquier cosa que hubiera podido empujarle a huir. Y podría seguir.

Quinn: Tu madre habla muy bien de él.

Ella pestañeó al leer su respuesta.

Autumn: ¿Qué significa eso?

Quinn: Me parece que tu madre sabe juzgar a la gente. Dudo que tu marido le hubiera caído bien si fuera la clase de hombre capaz de abandonarte.

Si había aprendido algo en la vida, era que cualquiera podía ser «de esa clase de persona» si se daba la situación o la tentación era demasiado grande. Sin embargo, no creía que Nick le hubiera sido infiel. Su matrimonio era sólido, y parecía que él se sentía realizado en su trabajo.

Pero sí le había ocultado cosas. Ella pensaba que todo estaba relacionado con los servicios que le había prestado al gobierno. Y quizá hubiera más.

Autumn: Parecía sincero.

Quinn: Yo no tengo duda de que lo era. Supongo que habrás oído lo que me pasó a mí…

¿Debería mentir? ¿Debería dejar que él pensara que el escándalo había ido difuminándose y había desaparecido? Tuvo ese impulso para que él pudiera calmarse, pero Quinn sabía cómo era la gente de Sable Beach, así que dudaba de que la creyera, de todos modos.

Autumn: Sí.

Quinn: Yo no era infiel a Sarah, Autumn. Nunca lo fui. Lo que sucedió, sucedió por sus propias inseguridades y por sus miedos.

Ella enarcó las cejas.

Autumn: No he preguntado nada. No es asunto mío.

Quinn: Esperaba que tuvieras interés.

Autumn: ¿En qué sentido?

Quinn: Me gustaría pedirte que saliéramos juntos, así que he pensado que debías saberlo.

Ella dejó el ordenador sobre la cama, se levantó y se acercó a la ventana. ¿De verdad acababa de decirle Quinn aquello? No podía salir con él. No podía salir con nadie, pero, menos, con él. Una vez, lo había deseado con todas sus fuerzas, y temía que todo su deseo y su admiración resurgieran con fuerza y la atraparan en algo incontrolable para ella.

Además, no estaba preparada para salir con otros hombres. ¡Las botas de agua de Nick estaban en un rincón del dormitorio!

Respiró profundamente para calmarse. Cuando lo consiguió, volvió al ordenador, y él ya había escrito de nuevo.

Quinn: ¿He sido demasiado directo? ¿Te he asustado?

¡Sí! Él le daba miedo. O, más bien, él era la causa de que ella se temiera a sí misma. Con solo verlo en la librería, había recordado todo lo ocurrido en la casa del árbol. Después de tantos años, se acordaba de su olor increíble, de cómo besaba, del calor de sus manos, del contacto con su cuerpo.

Era la primera vez que hacía el amor, así que era lógico que recordara todas aquellas cosas. Siempre había oído decir que la primera vez era una experiencia dolorosa y terrible, pero, para ella, todo había sido maravilloso. Por fin había podido acariciar al objeto de su deseo, al chico a quien había anhelado durante muchos meses.

Lo extraño era que hubiera empezado a desearlo de nuevo. Era evidente que llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre, pero no podía salir con alguien que la había atraído sexualmente desde el primer momento, porque ya no era una adolescente. No sabía lo que iban a opinar Caden y Tay si ella empezaba a salir con alguien. No había pensado en comenzar a salir con nadie, pero, si lo hacía alguna vez, al menos debería esperar a que los dos empezaran la universidad.

Autumn: No estoy disponible, pero gracias por el ofrecimiento.

Quinn: Si alguna vez te he hecho daño, lo siento, Autumn. Me siento mal por el hecho de que tú hayas sentido la necesidad de pedirme disculpas, cuando, para empezar, yo no debería haber permitido que las cosas fueran tan lejos.

Autumn: Decir eso es muy generoso por tu parte, pero no recuerdo que te diera demasiadas opciones, respondió ella, y acompañó el texto con el emoticono de la cara riéndose.

Quinn: Si hubiera querido, podía haber parado. Sabía que tu primera vez debería haber sido diferente, mejor. Pero no quería parar. Fue egoísta por mi parte.

Ella no lo culpaba de nada. Nunca lo había hecho.

Autumn: Éramos niños. Creo que deberíamos perdonar y olvidar. Los dos tenemos muchas cosas de las que preocuparnos en el presente, mucho más importantes que lo que ocurrió aquel día.

Quinn: Es verdad, pero…

Autumn: ¿Qué?

Quinn: ¿Y si yo no puedo olvidarlo?

Aunque a ella se le puso el corazón en la garganta, inmediatamente empezó a restarle importancia a lo que le decía Quinn. Tenía que sentirse muy solo. Ese era el único motivo por el que le había dicho algo así. Debía de ser muy duro para cualquier persona ser apuñalado por su cónyuge y, después, saber que su madre padecía un cáncer.

Seguramente, Quinn estaba buscando algún tipo de distracción, algo que le hiciera sentirse mejor, aunque fuera temporal. A ella se le pasó por la cabeza que podrían utilizarse el uno al otro; verdaderamente,

echaba de menos las relaciones sexuales. Sin embargo, mantener una aventura con Quinn solo iba a causarle complicaciones. Tener una relación que le sirviera de vía de escape no iba a facilitarle olvidar a Nick.

Autumn: Has pasado por una situación muy dura, pero las cosas van a mejorar con el tiempo. ¿Sabes que Melissa Cunningham ha venido a vivir al pueblo?

Quinn: Sí. Ha abierto un salón de manicura. Me la he encontrado por la calle.

Autumn: Creo que se ha divorciado. Solo quería decirte que hay más opciones.

Quinn: ¿Crees que te he pedido que saliéramos porque no sé que hay más mujeres en el mundo?

Lo había ofendido sin querer. Solo pretendía ofrecerle una buena sustituta para que él pudiera seguir adelante y ella no sintiera una tentación tan fuerte.

Autumn: No quería ser maleducada, pero, seguramente, tú sabes que eres muy guapo. Un hombre como tú podría conseguir a cualquiera. No tengo por qué ser yo.

Quinn: Has dicho que tu marido desapareció hace diecinueve meses.

Autumn: ¿Y…?

Quinn: Un año y medio es mucho tiempo, Autumn.

Autumn: Pero puede que vuelva, repitió ella, aunque ya hubiera decidido que eso no iba a suceder.

Quinn: Mientras, podemos ser amigos. ¿Por qué no salimos a cenar un día, para divertirnos un poco y olvidarnos de nuestros problemas? No tiene por qué salir nada más serio de una cita.

Autumn: No puedo. Creo que no estoy preparada todavía, ni siquiera para eso.

Quinn: Lo entiendo. No te preocupes. Que pases una buena noche.

A ella se le formó un nudo en la garganta al ver que Quinn se retiraba de la conversación. Se dijo que había hecho lo mejor y que debía sentirse orgullosa, pero en el fondo, no se sentía bien. Estaba tan cansada del sufrimiento y de la soledad que tenía ganas de consolarse de cualquier modo.

–Ni se te ocurra –murmuró, mientras apartaba el ordenador.

Se tendió en la cama, se tapó con la manta y trató de conciliar el sueño.

Taylor apenas pudo dormir. Pasó toda la noche dando vueltas y soñó con la pelea que había presenciado entre Sierra y su padre. Cuando amaneció, sintió un gran alivio.

Se quedó en la cama hasta que oyó a Mimi en la cocina. Entonces,

se levantó y fue a darse una ducha.

–Te has levantado muy pronto –dijo su abuela, al verla salir del baño envuelta en una toalla.

–Le prometí a mi amiga que iba a ir a verla en cuanto su padre se marchara a trabajar.

–¿A qué amiga?

–A Sierra Lambert.

–Deberías llevarla alguna vez a la librería. Me encantaría conocerla.

–De acuerdo –dijo ella.

En realidad, no tenía intención de hacerlo. No sabía lo que iban a pensar su madre y su abuela de los tatuajes y los *piercings* de Sierra, y no quería que sacaran conclusiones equivocadas basándose en el aspecto de su amiga.

De camino a casa de Sierra, pasó por The Coffee Bean y compró dos cafés con leche de soja. Había ganado un poco de dinero trabajando en la librería el sábado anterior, y quería llevar algo que sabía que le iba a gustar de verdad.

Le había enviado varios mensajes pero no había recibido respuesta, así que no sabía lo que iba a encontrarse al llegar a su casa.

Por suerte, parecía que el padre de Sierra se había marchado, porque no vio su coche aparcado en la calle de entrada de la casa. Aunque tenían garaje, estaba lleno; había una moto, varias piezas de coches, herramientas y cajas de almacenaje.

Llamó al timbre, pero nadie salió a abrir.

Con el estómago encogido, retrocedió unos cuantos pasos para mirar la casa y averiguar cuál era la ventana de la habitación de Sierra. Sin embargo, por fin se abrió la puerta, y Sierra se asomó con cara de adormilada.

–Eh, ¿qué tal?

–Hola, ¿estás bien? Estaba muy preocupada por ti.

Sierra se encogió de hombros, y Taylor se dio cuenta de que estaba avergonzada por lo que había ocurrido el día anterior.

–Sí, estoy bien.

–Pero, anoche…

–Bah. Fue otro día más viviendo con mi padre.

Taylor hizo un gesto de pesar.

–¿Siempre es así?

–Solo cuando bebe.

Pero bebía mucho. Taylor lo sabía porque Sierra se lo había contado. Taylor, con los dos cafés en las manos, dijo:

–He traído esto.

–Gracias –dijo Sierra, y abrió la puerta. Tomó uno de los cafés, y añadió–: Vamos, pasa.

Cuando entró, Taylor pudo ver a su amiga, y constató que no tenía

moratones ni heridas.

–Entonces, no te pegó, ni nada por el estilo, ¿no?

–No. Solo intentó lavarme la boca con jabón, pero me zafé y me encerré en mi habitación. Te prometo que a veces se cree que tengo diez años.

Taylor le dio un sorbo al café, casi sin notar el sabor.

–¿Y qué hizo él cuando te encerraste?

–¿Qué iba a hacer? Pasearse de un lado a otro a zancadas, gritándome que soy una hija desagradecida y vaga que no sirve para nada. Se quedó con mi teléfono, porque, al salir corriendo de la cocina, me lo dejé allí.

Eso explicaba por qué no había respondido a sus mensajes.

–¿Y dónde está ahora?

–¿El teléfono? Tengo que buscar en el sofá. Creo que ayer durmió ahí. Tal vez se haya acordado de llevárselo, lo cual sería un asco, porque puede que tarde una temporada en devolvérmelo.

Taylor no quería que se quedara sin el teléfono, porque no iba a poder ponerse en contacto con ella. Se acercó al sofá y lo buscó.

–No lo veo –dijo.

–Bueno, ya lo buscaré yo cuando él se acueste esta noche. Puede que lo tenga en el coche.

Taylor no creía que Sierra debiera enfadar otra vez a su padre.

–Yo no haría nada que pudiera cabrearlo –le dijo.

–Habla mucho –dijo Sierra–, y lo mejor es pasar de él cuando se pone así. Solo me queda un año en casa, y me marcharé.

Taylor no se imaginaba cómo era posible vivir con alguien así y tener que soportarlo durante trescientos sesenta y cinco días más. De repente, se sintió como un bebé por lamentarse tanto de la desaparición de su padre. Ella todavía tenía a su madre, que era muy buena. Por lo menos, no vivía con alguien que se emborrachaba y se ponía furioso.

–Vine anoche –dijo–, pero la casa estaba a oscuras, así que no me atreví a llamar.

Sierra ajustó la tapa del vaso de plástico, que se estaba saliendo.

–¿Fuiste tú la que llamó a la policía?

–Sí. ¿Hablaron contigo, o con tu padre?

–Se empeñaron en verme, así que mi padre me obligó a salir.

–Y ¿qué les dijiste?

–Que estaba bien.

–¿No les contaste lo que había pasado?

–No. ¿Para qué? No pueden hacer nada, salvo llevarme a otro sitio, y eso sería peor aún. ¿Crees que quiero que me metan en una casa de acogida? –preguntó, y puso los ojos en blanco–. ¡No! En realidad, mi padre no me pega.

–Yo creía que iba a hacerlo.

–Lo único que pasa es que está solo y triste, por eso bebe. Y, cuando bebe, se convierte en la peor versión de sí mismo. No siempre es tan malo.

–Pero… ¿y si algún día te pega de verdad?

–No lo va a hacer. Casi siempre sé quitarme de en medio. Llevo mucho tiempo haciéndolo.

Taylor no creía que su amiga debiera estar tan despreocupada, pero no podía hacer otra cosa que creer lo que le estaba diciendo.

–¿Y cómo reaccionó cuando tú hablaste con la policía?

–Se calmó. Creo que se dio cuenta de que yo podía haber dicho algo que nos hubiera causado muchos problemas, pero no soy tan tonta. Después de que yo volviera a mi habitación, se quedó callado y, al poco tiempo, oí que encendía la tele. Entonces fue cuando supe que se había terminado.

Taylor no podía creer que hubiera sido tan fácil.

–Yo tenía miedo de que te hiciera daño –dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se avergonzó de su reacción y giró la cabeza, pero Sierra la tomó de la mano.

–Estoy bien, de verdad –dijo. Puso su café en la mesa, hizo lo mismo con el de Taylor y le dio un abrazo.

A Taylor le gustó cómo era el olor de aquella persona nueva para ella, tan extraña y atrayente. Le gustó notar la mano de Sierra en la espalda, acariciándola de un modo que la reconfortó.

No se apartó de ella rápidamente, como hubiera hecho con cualquiera de sus otras amigas. No quería. Y le sorprendió que Sierra tampoco interrumpiera el abrazo. Estuvieron así más de un minuto.

Cuando Sierra se apartó, Taylor se sentía rara. Le faltaba el aliento, y tenía el corazón acelerado.

–Gracias por preocuparte –le dijo su amiga.

Ella se sintió aliviada por el hecho de que todo hubiera terminado bien, y sonrió.

–Pues claro que me preocupo –respondió–. Somos amigas, ¿no?

Sierra la miró como si estuviera buscando algo en su rostro.

–Si eso es lo que quieres ser…

En aquel momento, Taylor recordó algo que había dicho el señor Lambert la noche anterior. Cuando Sierra había dicho que ella era su amiga, él se había burlado y había contestado: «¿Sabe ella lo que eres?».

Taylor no lo sabía en aquel momento, pero, ahora, estaba muy segura de que sí.

Capítulo 10

Mary llegó con una hora de antelación al Starbucks que había elegido. Aparcó unas calles más allá e hizo el resto del camino andando para que Drake Owens no viera su coche ni apuntara su número de matrícula, aunque estaba segura de que para él sería muy fácil encontrarla en el pueblo.

Se sentó junto al escaparate y se puso a mirar el teléfono móvil mientras observaba todos los coches que iban y venían. Al menos, sabía cómo era el señor Owens, porque lo había visto en la droguería.

Él también llegó antes de la hora; entró en la cafetería a las diez menos cuarto, vestido con unos pantalones de pinzas y una camisa azul claro. Se puso a la cola para pedir un café. Mientras esperaba, se dio la vuelta y miró por el local, que estaba lleno de *millennials* absortos con sus ordenadores. Sus miradas se cruzaron y, entonces, él se quedó inmóvil. Inclinó la cabeza a modo de saludo. Ella hizo lo mismo, y se agarró las manos para que no le temblaran mientras él pedía su café. Aquella era la primera vez que tenía relación con su pasado desde hacía treinta y cinco años. Autumn solo tenía tres años cuando ella se había cambiado de hombre y se había ido a vivir a Sable Beach.

Él no se acercó hasta que tuvo el café. A pesar de que trataba de comportarse como si fuera un día más de trabajo, su mirada estaba llena de curiosidad e interés.

–Hola, Bailey.

A ella le molestó oír su antiguo nombre, pero no lo corrigió. Estaba allí para obtener información, no para darla.

–Hola, señor Owens.

–Puedes llamarme Drake, si quieres.

No tenía intención de familiarizarse con él, pero no se lo dijo.

–Tienes muy buen aspecto –le dijo Owens.

–Gracias –respondió ella.

–Te agradezco que te hayas tomado el tiempo de conocerme.

–¿Cómo me ha encontrado después de tanto tiempo? –le preguntó.

–Tú me llamaste.

Ella no se rio, aunque él estuviera intentando ser gracioso.

–¿Qué le ha traído a Sable Beach?

–La recepcionista del psicólogo al que ibas después de escapar me dijo que le hablaste de este sitio, que incluso le enseñaste la fotografía de una revista una vez. Me dijo que siempre te imaginó viviendo aquí, siendo feliz, por fin.

–¿Y eso es todo?

–Sí. No era demasiado, pero me costó mucho encontrarla a ella, y era la única pista que tenía. Me imaginé que no ibas a quedarte cerca de Nashville, donde naciste, porque allí fue también donde te secuestraron. Seguro que querías escaparte de los recuerdos, y esta playa parecía un sitio muy agradable.

Por eso, él no sabía que tenía un nombre diferente y había estado buscando a una tal Bailey.

Owens señaló la barra con un movimiento de la cabeza.

–¿Puedo invitarte a algo?

A ella le había hecho un agujero en el estómago el café que se había tomado aquella mañana.

–No. No quiero ser grosera, señor Owens, pero no quiero estar aquí demasiado tiempo. Por favor, dígame lo que tenga que decirme para que yo pueda marcharme.

Él bajó la voz.

–Es poco corriente…

Ella apretó los puños, y dijo:

–Le escucho.

–Nora Skinner ha salido de la cárcel.

Ella se frotó las sienes y miró al suelo. Se lo esperaba y, sin embargo, la noticia fue como un puñetazo. Muchas veces, después de despertarse de una de sus pesadillas, se había consolado pensando que Jeff y Nora seguían en la cárcel, y que nunca podrían volver a acercarse a ella.

Ahora ya sabía que eso no era cierto.

Alzó la vista.

–¿Y su marido?

–Sigue dentro.

–Se merece pudrirse allí.

–Estoy de acuerdo. Y creo que eso es lo que va a suceder.

–¿Hace cuánto tiempo salió ella?

–Fue en noviembre, así que… ¿siete meses?

–¿Y dónde está ahora?

–No lo sé, pero sé que ha cambiado su nombre por el de Lynette Workman.

–Entonces, ¿ha cambiado de orden su segundo nombre y su apellido?

–Me sorprende que recuerdes esos detalles.

Aunque hacía treinta y cinco años que había sido prisionera de los Skinner, algunas cosas no eran fáciles de olvidar. Una visión o un olor en particular, incluso un sonido específico, podían despertar aquellos recuerdos terribles.

–Tenga en cuenta que viví con ellos un tercio de mi infancia. Los conozco bien, y hay muchas cosas que no soy capaz de olvidar ni aunque quiera.

Él se quitó las gafas y las limpió con el bajo de la camisa.

–Siento mucho lo que te ocurrió, de veras.

–Entonces, ¿por qué ha venido? ¿Por qué trabaja para Nora?

–Al principio, no quería aceptar el trabajo. Pensaba que te merecías que te dejaran en paz. Pero no trabajo para Nora, sino para Tammy.

Mary se irguió como si alguien le hubiera dado una patada en la espalda. Tammy… Otro nombre que ella intentaba no recordar nunca, aunque por motivos muy diferentes. El hecho de acordarse de la hija de Jeff y Nora la afectaba de un modo peor que acordarse de ellos, porque la llevaba directamente a aquel sótano cerrado. Había sido muy difícil cuidar de Autumn en aquellas circunstancias, sobre todo, cuando la niña había crecido lo suficiente como para saber que la puerta que había al final de las escaleras conducía a la libertad. Autumn subía las escaleras y golpeaba la puerta para que alguien las dejara salir, o para que Tammy bajara a jugar.

Sin embargo, algunas veces no era Tammy quien abría la puerta, sino Nora. Y Nora tenía tantos celos de Autumn y de ella, aunque el egoísta de su marido las ignorara por completo, que intentaba tirar a la niña escaleras abajo de una patada, o gritarles que iba a imponerles un castigo si no se callaban. Después, cerraba de un portazo sin preocuparse de si le pillaba la mano a Autumn o no.

Ella se pasaba el día tratando de que la niña no se acercara a la puerta y estuviera callada para no enfurecer a Nora, cuando no estaba en el piso de arriba, cocinando, limpiando o cuidando de Tammy. Eso era, incluso más que las violaciones, lo que le ponía los nervios de punta, porque temía que Nora le hiciera daño a la niña.

Mary estaba muy agradecida de haber podido escapar antes de que Autumn pudiera formar recuerdos de aquella época. Parecía que su hija no se acordaba de nada del tiempo que habían pasado en casa de los Skinner.

–No quiero hablar de Tammy.

Se levantó y tomó su bolso. Cuando estaba a punto de alejarse, él le dijo:

–Si quieres, le digo que no he sido capaz de encontrarte. Pero creo que deberías escucharme, por lo menos.

Entonces, se detuvo. No quería escuchar nada de lo que él tuviera que decirle, pero se preguntó si Tammy la necesitaba. No podía volver

a abandonarla. Ya había sido lo suficientemente desgarrador tener que alejarse de ella la primera vez.

–¿De verdad es Tammy la que me está buscando?

–Sí.

–¿Por qué?

–Ella tiene el control del dinero de sus padres.

–¿Todavía tienen dinero? –preguntó Mary, con escepticismo.

Cuando ella los había conocido, los Skinner eran muy ricos. Jeff había heredado una fortuna, no tenía el dinero por su trabajo. Su dinero, y su posición en la sociedad, eran parte del motivo por el que ella había tardado tanto en poder escapar. Pero, cuando lo había conseguido, los dos habían tenido que pagar abogados defensores muy caros, y ella pensaba que debían de haber gastado la mayor parte de su dinero.

Podría haber presentado una demanda por lo civil y haberles exigido el resto. Varios abogados se habían ofrecido para llevar su caso. Sin embargo, ella había preferido no hacerlo, dejárselo a su hija, que solo tenía trece años cuando se había celebrado el juicio. Tammy no había hecho nada malo. Se merecía recibir algo de sus odiosos padres.

–Sí, bastante –respondió él–. Y Tammy quiere que tú tengas una parte.

–No.

–Te lo mereces –dijo Owens–. El dinero no puede arreglar lo que te pasó, pero tal vez te facilite la vida al envejecer.

–No lo quiero. No quiero tener nada que ver con los Skinner, ni con Tammy. Dígale que… que lo siento. Que siempre he querido que ella tuviera una vida plena y feliz, pero que no puedo formar parte de esa vida.

Estaba ansiosa por alejarse del detective cuanto antes, así que se dio la vuelta para marcharse, pero él la tomó del brazo.

–Está bien. Ella me pidió que te diera esto –le dijo, y le puso una carta en las manos.

–¿Dónde dices que ha ido mamá? –preguntó Autumn, cuando llegó a la librería, poco después de comer, y se encontró con que su madre no estaba.

Laurie estaba sentada delante del ordenador, en la trastienda.

–A Richmond.

Aquello fue una sorpresa.

–Pero… si a ella no le gusta viajar. Ni siquiera consigo que venga a Tampa.

–Va a Richmond de vez en cuando. Está cerca, y puede conducir

hasta allí. Solo se tarda dos horas.

–¿Y qué ha ido a hacer allí?

–Conoció a una librera que tiene una cafetería, y quería hablar con ella. Ya sabes que está muy preocupada con el préstamo que hemos pedido, y quiere prepararlo todo muy bien.

–Me alegro de que sea tan cautelosa. Pero me sorprende que no me contara que se iba a Richmond. Habría venido antes para que pudierais ir las dos juntas.

Laurie no alzó la vista. Autumn tuvo la sensación de que estaba evitando mirarla directamente.

–Yo tenía demasiado que hacer aquí.

¿Tanto como para no poder tomarse una mañana libre?

–Entonces, podía haberla llevado yo.

Laurie hizo una ligera pausa y respondió:

–Bueno, seguramente no quería molestarte.

Autumn se rascó la cabeza. Ella era la hija de Mary, no una socia, ni una amiga, así que… ¿era necesaria tanta cortesía?

Tal vez estuviera demasiado alerta. No había dormido bien después de su conversación con Quinn, que le había despertado demasiados recuerdos: su encuentro en la casa del árbol y el terrible dolor que había sentido al verlo, poco después, con Sarah, y cómo él desviaba la mirada cada vez que se cruzaban a partir de aquel momento.

Aquellos recuerdos, además del deseo que había revivido en ella, le habían provocado sueños extraños. En uno de ellos, estaba haciendo el amor con Nick y, al mirarlo bien, había resultado ser Quinn, en realidad.

Cuando, por fin, había amanecido y ella se había levantado, había sentido la preocupación de que el padre de la amiga de Taylor le hubiera hecho daño a la muchacha. Por suerte, aquel drama se había resuelto rápidamente, porque su hija le había dicho, al volver, que Sierra se encontraba bien.

Sin embargo, ella hubiera preferido llevar a su madre a Richmond, si se lo hubieran pedido. Era extraño que Mary no le hubiese contado que iba a salir del pueblo.

–No me habría importado nada –le dijo a Laurie.

La campanilla de la puerta tintineó en aquel momento. Como Laurie estaba ocupada, Autumn fue a ver quién había entrado, pero volvió después de que Devlin Riggs, el farmacéutico del pueblo, se comprara el último *thriller* del mundo jurídico y se marchara.

–¿Laurie? –dijo, al entrar en la trastienda y ver que su tía no la miraba.

–¿Sí?

–¿Ocurre algo?

De repente, su tía sonrió.

–No, cariño. No ocurre nada. ¿Por qué?

–Hoy estás muy callada.

–No, solo estoy ocupada. Tengo que poner al día la página web y estoy intentando enviarle los cambios a Caden.

Caden se había ofrecido voluntario para actualizar la página web de la librería, porque sabía mucho de informática y podía hacer casi cualquier cosa. Sin embargo, Autumn no recordaba que ni Laurie ni su madre hubieran quedado en un momento concreto con él. Caden ya se había marchado con sus amigos, y, seguramente, no vería los cambios hasta aquella noche, así que Autumn no entendía por qué Laurie se había quedado en la tienda para prepararlos.

–Ah. ¿Caden te ha dicho que los necesitara enseguida?

–No, pero yo he pensado en mandarle el mensaje ahora que tengo tiempo –respondió Laurie, mientras seguía tecleando.

–Ah. Tía Laurie… ¿te importaría tomarte un minuto para responderme a unas preguntas?

–¿Sobre qué?

–Sobre mi padre.

Laurie se quedó inmóvil.

–No sé nada de él, me temo. No llegué a conocerlo.

Aunque ella había tenido muchas veces la tentación de preguntarle a Laurie por su padre, sabía que a su madre no le gustaría que removiera el pasado. No quería abordar nada que su madre prefiriera olvidar, pero tenía derecho a saber algo sobre su progenitor, ¿no? Y, tal vez, su tía pudiera darle algún detalle.

–Pero… mi madre y tú siempre habéis estado muy unidas, así que ha tenido que contarte algo alguna vez.

–No, no me ha hablado de él –dijo Laurie–. Yo soy mucho mayor que tu madre y… ya estaba casada y criando a Jacob cuando ella se quedó embarazada. Entonces no estábamos tan unidas como ahora. Sé que heredaste el color de pelo y ojos de tu padre, eso sí. Ella misma lo ha contado.

–¿Y eso es todo?

Laurie carraspeó.

–No hay mucho más que pueda contarte.

–Pero… ¿era un hombre casado? ¿Un profesor del colegio que abusó de ella? ¿Un primo, o un tío? Tiene que ser algo tan terrible como eso, ¿no?

–A ella no le gusta hablar de ello, así que yo no lo menciono.

–Me da la impresión de que a ti tampoco te gusta –dijo Autumn, con decepción.

–No es eso –dijo Laurie–. Es que, como te he dicho, no sé mucho. Lo único que sé es que tu madre se alegró de tenerte y siempre te ha querido más que a su propia vida. Eso es lo que importa.

Por muy agradable que fuera oír aquello, a Autumn le costaba renunciar al resto. Había otras cosas que también tenían importancia.

–Pero… me extraña que tú no estés más enfadada con mi padre por no contribuir en nada, ni económicamente ni en ningún otro aspecto.

–Oh, créeme –dijo su tía, en un repentino tono de amargura–, lo odio. Pero, como ya he dicho, tú saliste de todo aquello, y estamos muy agradecidas por tenerte con nosotras.

«Odiar» era una palabra muy fuerte. Era obvio que Laurie tenía una opinión al respecto, y eso significaba que sabía más de lo que podía decir. Ella tuvo la tentación de seguir indagando, pero la puerta se abrió en aquel momento y su madre entró en la librería.

–Hola –dijo Mary, mirándolas a las dos.

Autumn se sintió culpable, como si la hubiera sorprendido haciendo algo malo. Tal vez debiera dejar aquel asunto. Su madre había luchado por criarla, y ella le debía mucho. Además, si su padre quisiera formar parte de su vida, habría hecho un esfuerzo por buscarla, ¿no? Eso era lo que opinaba su madre.

Pero… ¿y si lo había intentado y no lo había conseguido?

Con respecto a su padre, estaba debatiéndose constantemente desde niña. Intentaba reprimir la curiosidad, pero se obsesionaba más y más a medida que cumplía años. Y parecía que, ahora que tenía que estar en casa sin Nick, aquella obsesión se acrecentaba. No sabía dónde estaba su marido y no podía encontrarlo, pero, tal vez, las cosas fueran distintas con su padre. No podía soportar tener tantos interrogantes en su vida.

–¿Qué estáis haciendo? –les preguntó Mary.

–Nada –dijo Laurie, y volvió a teclear–. Yo estoy preparando los cambios para la página web para enviárselos a Caden.

Autumn se asomó al local para asegurarse de que no estuvieran desatendiendo a ningún cliente. No había oído entrar a nadie, pero estaba tan concentrada en la conversación, que no había prestado demasiada atención.

–¿Qué tal en Richmond? –le preguntó a su madre, cuando se cercioró de que la tienda estaba vacía.

Su madre dejó el bolso en la estantería que había al lado de Autumn.

–Bien.

–¿Solo bien? ¿Qué has averiguado allí?

–Creo que abrir la cafetería es una buena idea.

–Eso no es muy concreto.

–Es un riesgo, claro –prosiguió su madre–. Cualquier inversión es un riesgo.

Pero su madre no iba a irse hasta Richmond solo para cerciorarse de que pedir un préstamo al banco para abrir una cafetería era un riesgo.

Ya lo sabía.

–Me he encontrado con Chris en la gasolinera –le dijo Mary a Laurie.

–¿Qué hacía?

–Me dijo que iba a comprar un cuadro especial que le estaban enmarcando. Ha hablado con Mike para recaudar fondos para Beth, y Mike ha accedido, así que va a subastar ese cuadro.

Autumn se interesó por la conversación al oír mencionar a los padres de Quinn.

–¿Ha conseguido convencer a Mike? –preguntó Laurie, sorprendida–. Ni siquiera me lo había contado.

–Es que acababa de salir de The Daily Catch. Estoy segura de que te lo contará en cuanto llegues a casa.

–¿Y te ha dicho quién va a presidir la subasta?

Mary la miró con cautela.

–Supongo que espera que lo hagas tú.

–Pues va a necesitar más ayuda de la que yo puedo prestarle. Necesitaremos un sitio en el que celebrar la subasta y alguien que reúna otros objetos para subastar. Alguien que organice la sala. Alguien que se encargue de la comida y la bebida. Alguien que haga de maestro de ceremonias y que subaste los objetos. En otras palabras, para organizar algo así hace falta un ejército. Estas cosas no se preparan de la noche a la mañana.

–Casi todo el mundo del pueblo conoce a Beth –dijo Mary–. No creo que sea difícil encontrar a gente que se ofrezca.

–¿Y han fijado una fecha Mike y él?

–Creo que querían que fuera más pronto que tarde, porque los Vanderbilt tienen más dificultades económicas de las que quisieran admitir. Mencionaron una semana…

–¡Es una locura! –exclamó Laurie–. No lo vamos a conseguir. Además… ¡eso es el tres de julio! ¿No se habrá marchado toda la gente del pueblo de vacaciones?

–Él dijo que habrá mucha gente que se quede para celebrar el Cuatro de Julio en la playa. Y tal vez, con el ambiente festivo, estén más dispuestos a ayudar.

–Yo puedo ayudar –dijo Autumn, sin poder contenerse. Se sorprendió a sí misma, porque se había jurado que iba a mantenerse alejada de Quinn. Sin embargo, aquello no era para él. Era para su madre, que estaba muriéndose de cáncer. Así pues… ¿cómo no iba a ofrecerse, teniendo tiempo y, después de haber dirigido varios eventos de recaudación de fondos durante aquellos años, la experiencia necesaria?

Mary le acarició el brazo.

–Eres muy buena, hija. Los Vanderbilt te lo agradecerán.

–Me vendrá bien ayudar a otras personas –dijo. Después de todo, no iba a ser para tanto. Ya pasaba las tardes trabajando para su tía y para su madre sin cobrar un sueldo, así que podía organizar aquella subasta antes de ir a la tienda o por las noches.

–Va a ser mucho trabajo –añadió–, pero creo que será un evento muy agradable si arrimamos el hombro.

–Entonces, ¿vamos a hacerlo entre las tres? –preguntó Laurie, con incertidumbre.

–Y con quien quiera ayudar –dijo Mary.

–Aunque nadie nos ayude, nosotras podemos hacerlo –dijo Autumn, que cada vez se sentía más comprometida con el evento. En parte, por el desafío que representaba y, en parte, porque sería bueno volver a hacer algo productivo.

–De acuerdo. Voy a empezar a buscar un local esta misma noche –dijo Laurie, y comenzó a navegar por internet.

Autumn oyó la campana de la puerta y salió al local para atender al cliente. La librería estuvo muy concurrida el resto de la tarde, pero, cada vez que tuvo un minuto libre, lo dedicó a hacer la lista de todo lo necesario para la subasta.

–He alquilado la sala del Club Rotario –dijo Laurie, un par de horas después. Normalmente cobran doscientos dólares, pero han accedido a no cobrarnos por esto.

–Eso es estupendo –dijo Mary–. Es un buen comienzo. Podemos hacerlo.

Autumn esperaba que su madre tuviera razón.

También esperaba que dedicando su tiempo y su energía a aquella subasta pudiera dejar de obsesionarse con otras cosas que era mejor olvidar.

Capítulo 11

Mary tenía demasiado miedo a lo que pudiera encontrar en la carta de Tammy y, por ese motivo, aún no la había leído. Cuando el señor Owens se la entregó, la metió en su bolso y no volvió a sacarla. Había estado trabajando todo el día como una autómata, tratando de asimilar que Nora hubiese salido de la cárcel y que Tammy tuviera algo que decirle, algo tan importante como para contratar a un detective privado que la buscara después de tantos años.

Aquella noche, cuando todo el mundo se había acostado, se encerró en el baño, se sentó sobre la tapa del inodoro y miró la letra de Tammy en el sobre. Según lo que tuviera que decirle la hija de los Skinner, aquella carta podía hacerle mucho daño.

Cuando estaba prisionera en casa de los Skinner, Tammy solo tenía seis años, así que Jeff y Nora la dejaban en el sótano, encerrada con ella, cada vez que necesitaban una niñera. No podían permitir que nadie más entrara con libertad en la casa, teniendo en cuenta lo que ocultaban, así que Tammy y ella pasaban mucho tiempo juntas.

Y Tammy, que era una niña inocente, le había dado un amor que la había ayudado a soportar el capítulo más oscuro de su vida. Por ese motivo, Mary solo sentía culpabilidad por haber tenido que dejarla atrás.

Al recordar el primer año de cautiverio, hizo una mueca de tristeza. Cada vez que hacía algo que desagradaba a Jeff o a Nora, recibía un castigo; en una ocasión, la habían tenido sin comer dos días seguidos y, si quería agua, tenía que beber del inodoro al que la habían encadenado.

Sin duda, aquel había sido el peor momento de su vida; tan malo, que había querido morirse.

Pero, a menudo, Tammy se escabullía y le metía una hoja por debajo de la puerta, con algún dibujo de estrellas o corazones, o flores, y con las palabras «Te quiero». Aquellos regalos eran muy importantes para ella. Tammy también le había metido un trozo de pan, y ella nunca había vuelto a comer nada que le supiera tan bien.

Se le cayeron las lágrimas. No se había dado cuenta de que estaba llorando, pero no se molestó en contenerse. No podía parar.

Cierto, Tammy era hija de Nora y Jeff, y ella no quería tener nada que ver con aquella gente. Sin embargo, Tammy no había recibido mucho mejor trato que ella. Y, después, a los trece años, sus dos progenitores habían ido a la cárcel y la niña había ido a una casa de acogida.

Mary se flagelaba a sí misma por no habérsela llevado, pero solo tenía diecinueve años al escapar, y no había podido terminar el instituto, así que no tenía educación. No sabía cómo iba a cuidar de su propia hija y, mucho menos, de dos niñas.

Además, sabía que nunca conseguiría librarse por completo de los Skinner si se quedaba con su hija. Al salir de la cárcel, seguramente, ellos querrían ponerse en contacto con ella. Y eso era algo que no podía asumir, así que se alejó de Tammy, se cambió el nombre, se marchó y no miró atrás. Creía que esa era la única forma de recuperarse y de poder darle una vida digna a su hija.

Pero… ¿qué coste habría tenido eso para Tammy?

No estaba segura de que pudiera soportar lo que iba a averiguar. Sin embargo, debía ser valiente para leer lo que le había escrito en aquella carta, ya que Tammy se había tomado tantas molestias en hacérsela llegar.

Además, tal vez solo quisiera advertirle que Nora había salido de la cárcel y que se había cambiado de nombre. O, tal vez, quisiera hacerle aquella oferta de dinero de la que le había hablado el señor Owens. Quizá fuera algo tan inocuo como aquello.

O, quizá, fuera algo completamente distinto.

En realidad, no tenía ni idea de cómo había resultado ser Tammy. ¿Y si era tan mala como sus padres? O ¿y si Nora la estaba usando para encontrarla a ella? Nora estaba tan loca, que siempre había dicho que quería a Bailey.

Por otro lado, no era capaz de volver a darle la espalda a Tammy. ¿Y si la necesitaba de verdad? Aquella podía ser su única oportunidad de remediar el pasado.

Se preparó para lo que pudiera decir aquella carta y abrió el sobre.

Querida Bailey:

A menudo me he preguntado qué te diría si tenía la oportunidad de hablar contigo. Este es mi intento de averiguarlo.

En primer lugar, lamento mucho lo que te hicieron mis padres. Sé que pueden parecer palabras vacías y muy fáciles de decir cuando, en realidad, no hay nada que pueda cambiar lo que sufriste. Pero son sinceras. He pasado la mayor parte de mi vida intentando contestar una pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué eran mis padres tan malos, cuando casi todo el mundo tiene unos padres cariñosos y buenos? ¿Y por qué nos sucedió a ti y a mí algo tan horrible, y no a otros?

Por desgracia, no tengo la respuesta. Mi psicólogo me ha ayudado a entender que, algunas veces, la gente toma malas decisiones, o es mala, directamente, y eso hiere a los demás. Yo nací de unas personas sin conciencia, y tengo que aprender a vivir con eso. Pero algunos días lo llevo mejor que otros.

Lo que recuerdo del tiempo en que viviste en la casa, algo que en aquel momento me parecía normal, ahora me parece una pesadilla desgarradora. Intento evitar pensar en ello, pero, cuando invade mi pensamiento, no puedo hacer nada por impedirlo.

Mi vida no ha sido fácil, pero estoy segura de que no ha sido tan dura como la tuya, y por eso nunca me he sentido bien sabiendo que tu hija y tú estabais en algún sitio, luchando por mantenernos a flote, mientras que, cuando cumplí dieciocho años, yo tenía los suficientes recursos económicos para ayudaros.

Debería haber intentado encontrarte hace muchos años, pero no creía que quisieras saber nada de mí. Espero que esta carta no sea demasiado ingrata para ti.

Sea como sea, siempre te consideraré mi hermana.

Un abrazo,

Tammy King.

Mary cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. No parecía que Tammy la culpara. Además, parecía que estaba bien, como si hubiera sobrellevado el resto de su infancia, a pesar de las dificultades.

Leyó la carta varias veces más, hasta que pudo buscar lo que no estaba escrito allí, aparte de lo que sí figuraba en el papel. ¿Estaba casada Tammy? Por su apellido, King, podía deducirse que sí, pero tal vez se lo hubiera cambiado para escapar del estigma de sus padres y evitar a los medios de comunicación, como había hecho ella misma. Y ¿tendría hijos? ¿Qué tipo de relación tendría con sus padres? ¿Habría mantenido el contacto con ellos? ¿Habría visto a Nora después de que saliera de la cárcel?

No podía dejar de hacerse preguntas, pero, al final, tenía que enfrentarse a la misma decisión del pasado: ¿seguía manteniendo la absoluta distancia de los Skinner, o permitía que el pasado regresara a su vida?

No tenía la respuesta, y no podía decidirlo en aquel momento, con Autumn, Caden y Taylor en casa durante todo el verano.

Arrancó el pedazo de papel en el que Tammy había anotado su número de teléfono y su dirección y arrojó el resto al inodoro.

–Tú también serás siempre una hermana para mí –murmuró.

Eran hermanas de corazón, pero Autumn y Tammy eran hermanas de sangre; esa era otra de las facetas de la experiencia dolorosa por la que había pasado de niña, y le planteaba otras dos preguntas muy

importantes. ¿Merecían Taylor y Autumn la oportunidad de conocerse? ¿Se estaba equivocando al mantenerlas separadas?

No lo sabía, pero, con solo leer aquella carta, se había abierto la puerta a una relación nueva, motivo por el que había sido tan reticente a hacerlo.

Hola, ¿qué tal? ¿Te lo estás pasando bien?

A Taylor se le puso el corazón en la garganta al ver el mensaje de Oliver. Él había mantenido cierto contacto con ella en las redes sociales, dándole *likes* a las publicaciones que ella subía a Instagram. Muchas de las fotos eran de la playa; en aquel momento, había subido una en la que aparecían Sierra y ella, con cara de duras, en la moto del padre de Sierra. Pero hacía dos semanas que Oliver no la llamaba ni le escribía ningún mensaje directamente. Ella tenía la impresión de que estaba a la espera de sus noticias y se le había acabado la paciencia. Estaba ansioso por saber si podía relajarse.

Y ella lo entendía. También había estado muy nerviosa desde que había salido de Tampa. Pero no tenía nada que decirle. No había tenido el periodo, pero no sabía si estaba embarazada, porque ella no solía ser tan regular como otras chicas y, tal vez, solo fueran unos días de retraso.

Sierra había oído sonar el teléfono. Alzó la cabeza y miró a Taylor con curiosidad.

–¿Quién es?

–Oliver.

Habían estado bañándose en bragas y sujetador, porque no se les había ocurrido llevar el bañador al salir en la moto. En aquel momento, se habían tumbado en una zona escondida de la playa a la que iban muchos adolescente durante los fines de semana, a hacer hogueras y fiestas. Se estaban secando y disfrutando del sol entre la ropa que se habían quitado, trozos de madera arrastrados por la marea, algas y algún ave marina que se posaba en el suelo para echarles un vistazo.

–¿Oliver es ese chico de Tampa? –le preguntó Sierra–. ¿El que dijiste que no era tu novio?

Taylor metió el teléfono en el bolsillo de sus pantalones. Tenía que encontrar el modo de comprar un test de embarazo sin que su abuela ni su madre lo supieran. ¿Dónde podía ir a comprar uno? ¿Y si alguien la veía en la tienda y se lo contaba?

–No, no es mi novio.

–Pues debe de querer serlo –respondió Sierra–. Porque se pone en contacto contigo a menudo.

¿El tono de celos de Sierra significaba que no quería que estuviera

con nadie más?

–Puede que sí, pero no importa. A mí no me gusta.

Sierra se incorporó y se apoyó en un codo, con una completa despreocupación por el hecho de estar en bragas y sujetador. No tenía miedo a nada, y eso era una de las cosas más embriagadoras para Taylor: que su amiga estuviera dispuesta a correr riesgos. Se había empeñado en llevar la moto hasta allí, con el argumento de que podían meterse por caminos escondidos para que no las viera casi nadie. Y, aunque ella había intentado quitarle la idea de la cabeza, tenía que reconocer que había sido emocionante.

–Entonces, ¿qué pasa? –preguntó Sierra.

Taylor tenía miedo de decirlo. No podía predecir la reacción de Sierra.

–Nada.

–Es obvio que pasa algo. Parece que estás a punto de vomitar. ¿Qué te ha dicho?

Taylor tuvo que tragar saliva, porque se le había formado un nudo en la garganta.

–¿Tay? –insistió Sierra–. Si te ha dicho algo que te haya disgustado, yo le mando a la mierda. Dame tu teléfono.

Taylor hizo un gesto negativo mientras intentaba contener las lágrimas. No podía permitir que Sierra gritara a Oliver. El embarazo no era culpa suya; por lo menos, no todo era culpa suya.

–Eh –dijo Sierra, suavizando la voz, al ver que Taylor se levantaba y empezaba a vestirse–. ¿Qué te pasa? No te había visto así nunca.

–No quiero contártelo.

–¿Por qué no?

–Porque no te va a gustar.

Sierra se quedó preocupada en serio, por primera vez.

–¿Qué sucede?

Taylor se metió la camiseta de tirantes por la cabeza.

–No puedo decírtelo.

–Claro que sí. Puedes decirme cualquier cosa.

–¿De verdad? ¿Estás segura de que no me vas a dar la espalda, sea lo que sea?

Sierra se puso de pie y empezó a sacudirse la arena de las piernas. Sus movimientos eran normales, los habituales, pero su mirada no lo era.

–De eso va el amor, ¿no?

Amor. Taylor no estaba vestida del todo, pero estaba demasiado disgustada como para sentirse incómoda. Volvió a sentarse en la arena. En parte, tenía ganas de preguntarle a Sierra a qué amor se refería. ¿Al amor de dos buenas amigas? ¿O al amor de…?

No se atrevió a ponerle nombre al otro tipo de amor.

–Creo que estoy embarazada –soltó, de repente.

A Sierra se le escapó un jadeo. Se sentó a su lado.

–¿Qué has dicho?

Taylor se mordió el labio con nerviosismo y miró hacia el mar.

–Ya me has oído.

Sierra no dijo nada. Flexionó una rodilla y se la rodeó con ambos brazos, y siguió la mirada de Taylor hacia la orilla.

–¿Y qué? –inquirió Taylor, atreviéndose a mirarla por fin–. ¿No me vas a decir que soy tonta por haberme metido en este lío?

–Parece que tú ya estás siendo bastante dura contigo misma. No es necesario que yo contribuya.

–No puedo creer que haya hecho algo así –dijo Taylor, con un gruñido.

–¿Oliver es el padre? –preguntó Sierra.

Taylor asintió.

–¿Cuántos años tiene?

–Es de la edad de Caden.

Sierra empezó a alisar la arena que había a su lado.

–¿Y de cuánto estás?

–No sé, ¿de un mes?

–¿Cuándo se lo vas a decir a tu madre?

Taylor se estremeció al pensar en cuánto iba a decepcionar a su madre. Tenía muchas expectativas para Caden y para ella, quería que fueran a la universidad y tuvieran una buena carrera profesional.

–Hasta que tengamos que irnos, no.

–¿Y se va a enfadar? ¿Qué crees que te va a decir?

–No tengo ni idea. Mi abuela se quedó embarazada a los dieciséis años y no pudo terminar los estudios. Se sacó el graduado a los veinte años, pero mi madre y ella siempre han dicho que ese es el ejemplo perfecto de lo que no hay que hacer.

–Pero… todavía puedes construirte una buena vida –le dijo Sierra–. Tu abuela lo ha conseguido. Tiene la librería del pueblo, ¿no?

–Pero eso es porque trabajó muchos años de empleada y, cuando el dueño anterior se jubiló, llegó a un acuerdo con mi tía y mi abuela para que pudieran quedársela. Sin su bondad y su confianza, tal vez no hubiera sucedido nunca. No fue fácil.

–Nada que merezca la pena suele ser fácil.

Taylor no supo qué responder. Algunas veces, Sierra parecía una persona mucho mayor que ella, como si fuera una madre.

–¿Por qué ha sucedido? –le preguntó su amiga–. ¿No utilizasteis anticonceptivos?

–No tengo una buena respuesta.

–Pues dime la verdad.

–Nunca me interesó Oliver. Solo quería hacerle daño a Caden.

–¿Y por qué?

–Oliver es un examigo de mi hermano. A Caden le molestaría mucho saber que he estado así con él.

–Entonces, ¿lo hiciste para herir a tu hermano?

–No solo por eso… Me acosté con Oliver porque quería sentir algo, quería que me importara algo. Quería volver a ser la chica de antes. Después de que desapareciera mi padre, todo se paró. Y, entonces, a medida que pasaban los días y no sucedía nada, empecé a sentirme entumecida por la decepción, y ya no me importaba nada. Mi madre estaba trabajando sin descanso, intentando encontrarlo y traerlo a casa. A mí ya no me veía. Nadie me veía. Era como si me hubiera convertido en un fantasma. Creía que podía desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Bueno, eso es lo que ocurrió con mi padre.

–Tú sí te diste cuenta –dijo Sierra.

–Pero mi madre y yo somos las únicas. El resto del mundo, incluido Caden, ha seguido como si nada. La noche en que me acosté con Oliver… creo que estaba intentando conseguir despertarme de golpe, obligarme a mí misma a volver a mi vida anterior, ver si podía interesarme por algo como el resto de las chicas de mi edad… por algún chico.

–Yo he visto cómo eres con tu hermano.

–¿Y qué quiere decir eso?

–Parece que estás… enfadada con él.

Taylor no se molestó en negarlo.

–Como te he dicho, él ha podido seguir con su vida como si nada, como si nunca hubiéramos tenido padre.

–¿Y qué otra elección tenía? –preguntó Sierra.

Mirándolo así, Taylor se sintió infantil. En realidad, nunca había querido hacerle daño a su hermano, así que lo que había hecho era una completa estupidez.

–Supongo que ninguna. A lo mejor es que estoy celosa porque yo no he podido gestionarlo de la misma manera. Y, ahora, aquí estoy, sin el periodo.

Sierra tomó un palo y se puso a empujar un trozo de alga seca.

–¿Qué va a decir Caden cuando sepa que estás embarazada?

Taylor respiró profundamente. Se llenó los pulmones de aire salado.

–No lo sé, pero me da terror que no vuelva a mirarme igual nunca más.

–¿Fue Oliver el primer chico con el que has estado?

–No. Tuve un novio durante un año y medio. Él fue el primero –dijo Taylor, y le dio un golpecito a Sierra en el pie, con su pie descalzo–. ¿Y tú?

–Yo nunca he estado con nadie.

–¿De verdad? –preguntó Taylor, sin poder disimular su sorpresa–.

¿A qué estás esperando?

–A una persona especial, supongo –dijo Sierra, y tiró un pedazo de alga hacia una duna que había tras ellas–. Bueno, y…

–¿Y qué?

–¿Vas a quedarte con el bebé?

Ojalá lo supiera.

–¿Crees que debería darlo en adopción?

–Tú eres la única que puedes responder a esa pregunta –dijo Sierra. Después, suspiró, tiró el palo y se puso de pie. Le tendió la mano a Taylor–. Vamos. Vamos a vestirnos para poder marcharnos.

–¿A casa?

–No, a comprar un test de embarazo. Por lo que has dicho, parece que no te lo has hecho, en realidad.

–No.

–Bueno, pues no hay necesidad de pasar por esto, de tomar las decisiones necesarias, hasta que no lo sepamos con seguridad.

Taylor aceptó su mano tendida.

–Ahora me odias, ¿verdad?

–¿Odiarte? –preguntó Sierra, en un tono que sugería que Taylor no comprendía nada–. Estoy bastante segura de que lo que siento es bastante diferente a eso.

Capítulo 12

El tío Chris había conseguido el permiso de su pastor para celebrar una reunión en la iglesia baptista del pueblo y comenzar la planificación de la subasta, así que Autumn había diseñado unos folletos y se había pasado toda la mañana con Caden, puesto que Taylor estaba con su amiga, repartiéndolos por los negocios y las tiendas de la zona, para conseguir que asistiera, tanto a la reunión como a la subasta, la mayor cantidad de gente posible.

También pasó por la redacción del periódico del pueblo y habló con John Karpinski, su director, para pedirle ayuda en la difusión. Él dijo que por supuesto publicarían la noticia, pero que la próxima tirada no saldría hasta cuatro días después. Publicó el aviso en la página web del periódico en aquel mismo momento, pero Autumn no creía que lo viera mucha gente, al menos, a tiempo para asistir a la reunión.

Por otro lado, su madre llamó al presidente de la Cámara de Comercio y le pidió que enviara un correo electrónico a todos sus miembros, y Laurie se puso en contacto con las demás iglesias y les pidió que se lo comunicaran a sus fieles.

El sábado por la tarde, a las cuatro menos cuarto, Laurie y ella dejaron a Mary en la librería y se fueron a la Iglesia Baptista de Seabrezze y Main, con la esperanza de que hubiera mucha gente. Su madre y sus tíos, que nunca habían hecho nada parecido, iban a necesitar todo el apoyo.

–Gracias a Dios –le dijo a Laurie, al ver el aparcamiento lleno de coches.

Aunque tenía la esperanza de poder trabajar entre bambalinas y dejar que Laurie llevara la iniciativa, en cuanto su tía tomó el micrófono, anunció que era Autumn la que estaría a cargo de todo, y fue a sentarse en la primera fila, donde ya estaba su marido.

Autumn respiró profundamente al notar el peso de toda aquella responsabilidad sobre los hombros. Aunque era esperanzador y reconfortante contar con la presencia de todas aquellas personas, algo que demostraba que los ciudadanos de Sable Beach se unían cuando era necesario, no estaba preparada para presidir toda aquella empresa, sobre todo, porque no había tenido tiempo para pensarlo.

Sin embargo, en cuanto abrió la boca para protestar, volvió a cerrarla. Qué demonios; era más fácil decirlo todo ella misma que presionar a la tía Laurie. Así pues, respiró profundamente, se levantó y caminó hacia el púlpito.

Cuando llamó a la sala al orden y comenzó a repasar todos los detalles de lo que pretendían hacer, fue sintiéndose más cómoda, capacitada y segura. Reconoció muchas de las caras. Eran personas con las que había crecido, y habían ido allí a ayudar. Sin duda, entre todos podrían llevar a cabo una sustanciosa recaudación para los Vanderbilt.

Michelle Salls, que dirigía la Asociación de Padres y Profesores de la escuela primaria, fue una de las primeras en acercársele cuando terminó el discurso. Michelle le dijo que la señora Vanderbilt y ella estaban en el mismo coro de la iglesia y que quería hacer todo lo posible. Se ofreció como voluntaria para la venta de entradas y propuso a su marido, que estaba esperando amablemente a su lado, como subastador.

–¡Pero si yo no sé hablar tan rápido! –exclamó su marido, en cuanto lo oyó.

–Pues habla más despacio –le dijo ella–. No tiene importancia, siempre y cuando consigas que la gente haga pujas.

Él abrió los ojos como platos.

–¿Y cómo voy a conseguirlo?

–Ya lo resolverás –respondió ella, con confianza.

Él se volvió hacia Autumn con cara de angustia.

–Nunca he hecho nada parecido –le dijo, obviamente, con la esperanza de que ella hiciera entrar en razón a su mujer.

Sin embargo, hasta que no tuviera alguien que lo reemplazara, no iba a soltarlo. Aquel era el trabajo que más temía, y no quería hacerlo ella misma.

–Seguro que te irá muy bien –le dijo, al tiempo que le daba una palmadita de ánimo, y se alejó con un sentimiento de culpabilidad por no hacer caso a su agobio.

Se movió entre el gentío y reclutó a Lisa y Anthony Hamill, que tenían un restaurante italiano a las afueras del pueblo, para presidir el comité de la comida. Lynn Hill, que trabajaba en una agencia de viajes, se ofreció voluntaria para reunir a un grupo de gente que consiguiera más objetos para subastar. Y Barbara Stamper, una fiscalista que presentaba casi todos los impuestos del pueblo, aceptó encargarse del papeleo y la contabilidad. Por experiencias anteriores, Autumn sabía que en casi todos los eventos para recaudar fondos se formaba un cuello de botella al final de la jornada, cuando todos tenían que pagar y salir, así que quería agilizar aquel proceso al máximo.

Sin embargo, no podía hablar con Barbara de ello en aquel momento. Lynn tenía una cola de gente delante, así que se acercó a ayudarla mientras Laurie y Chris se reunían con los Hamill para hablar del menú. Autumn estaba tan ocupada que no se dio cuenta de que Quinn había entrado en el edificio hasta que la reunión terminó y casi todos se hubieron ido. Laurie se había marchado a cenar con Chris, y ella estaba hablando con algunos rezagados que le estaban ofreciendo más ayuda si la necesitaba, cuando lo vio, de pie, al fondo de la sala.

En cuanto sus miradas se encontraron, él se alejó de la pared y se encaminó hacia ella, pero esperó pacientemente hasta que los demás se percataron de su presencia. Entonces, lo saludaron y mostraron su preocupación por su madre, al tiempo que le daban ánimos. Cuando se alejaron los últimos, él se giró hacia Autumn.

–Gracias por hacer esto –le dijo–. Me sorprendió que fueras tú, pero, después de oírte hablar, sé que tienes mucha experiencia y que estamos en buenas manos.

Ella no quiso pensar en lo bien que olía, ni en lo bien que le quedaba la camiseta del cangrejo en el pecho de The Daily Catch.

–De nada –respondió–. Tú deberías haber hablado también.

–No quería decir nada. Solo he venido para que mi padre no se sintiera obligado. Él está muy agradecido, no me malinterpretes, pero pedir que todos donen en nuestro nombre…

Se metió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza.

–Bueno, para ser sincero, es un poco humillante.

–¿Para él, o para ti?

–Para los dos –reconoció Quinn–. Ojalá no lo necesitáramos. Pero, si uno de los dos tiene que pasar este trago, prefiero ser yo.

Era evidente que quería y respetaba mucho a su padre.

–Te admiro por intentar facilitarles tanto las cosas a tus padres. Sé que es el motivo por el que has vuelto a Sable Beach, y puede que sea el único motivo por el que te estás quedando. Pero la recaudación de fondos va a terminar antes de que te des cuenta, y no será tan dolorosa como crees. Ya lo verás. Tu padre y tú no tenéis por qué asistir a la subasta, si no queréis. Puedo inventarme una excusa… Diré que estáis muy ocupados en el restaurante o algo por el estilo.

–¿Me estás sugiriendo que sea un cobarde? –preguntó él, con una media sonrisa.

–Solo te estoy dando la opción.

Él se puso serio.

–No, nunca nos lo saltaríamos. Dejaremos el restaurante en manos de los empleados para poder venir los dos. Mamá también vendrá, si tiene fuerzas. Como mínimo, les debemos eso a la gente que se está sacrificando por nosotros. Lo único que pasa es que aceptar dinero de

los demás es embarazoso. Lo detesto.

Ella le apretó el brazo, en un intento de darle más fuerza a sus palabras.

–Está bien aceptar ayuda de vez en cuando, Quinn.

Cuando él bajó la mirada hacia su mano, ella se sintió tonta por haberlo tocado. Quinn tenía una piel tan cálida y tan suave… Ella siempre había estado enamorada de su marido, y todavía lo quería, pero nunca había experimentado tanta atracción sexual por alguien como la que había sentido por Quinn durante el instituto. Y eso no había cambiado, ni siquiera con el paso de los años, motivo por el que debía mantener las distancias con él. Carraspeó y lo soltó.

–Disculpa.

–¿Por qué?

Autumn no estaba segura de por qué había pedido disculpas.

–No quería… ya sabes.

–No, no lo sé –respondió él, mirándola fijamente–. ¿Qué?

Lamentaba lo que había sentido un segundo antes, lo lamentaba por Nick más que por Quinn. Pero no podía decírselo. Estaba segura de que Quinn ya notaba que tenía un efecto extraño en ella, y por eso la estaba presionando para que lo reconociera.

–No, nada. No importa.

Se giró y comenzó a recoger los blocs de notas que había utilizado para apuntar lo que se decía en la reunión. Él estuvo observándola unos instantes y, finalmente, preguntó:

–¿De verdad no quieres salir conmigo?

De repente, la sala se le quedó pequeña. Autumn se sintió como si las paredes se cerraran a su alrededor. Se sintió ansiosa por escapar; se colgó el bolso del hombro, recogió los cuadernos y el teléfono móvil y se giró hacia él.

–Estoy casada, Quinn.

Él bajó la voz.

–No quiero que esto parezca una falta de respeto, Autumn, pero tu marido desapareció hace más de un año y medio. Eso es mucho tiempo, ¿no?

–Pero eso no es motivo suficiente como para que pueda salir con alguien –insistió ella.

–¿Y cuánto tiempo tiene que pasar para que todo sea correcto?

Aquella era una buena pregunta. Por desgracia, no existía un manual de instrucciones para gestionar lo que estaba pasando. Nadie podía decirle cuándo quedaba liberada de la obligación de esperar a Nick, y cuándo podía sentirse bien si empezaba a salir con otros hombres.

–No sé.

Él la observó con tanta intensidad, que ella se ruborizó.

–¿Qué? –le preguntó.

–Si yo fuera otra persona, ¿saldrías conmigo?

–Quizá.

–Así que no es por Nick.

–¿Y qué importa el motivo? De todos modos, tú nunca has estado interesado en mí.

–Han pasado veinte años desde que estábamos en el instituto. Desde entonces han cambiado muchas cosas.

–No creo que el sentimiento de atracción cambie. O te sientes atraído por alguien, o no.

Autumn intentó rodearlo para marcharse, pero él le cortó el paso.

–No lo creo. Yo ya tenía una relación con otra persona. Eso es todo.

Autumn miró a su alrededor. No había visto al pastor de Chris, el pastor Todd, desde que él le había dicho que tenía que atender una llamada en su oficina, pero tenía que estar por algún lado.

–Teniendo en cuenta que este es un pueblo pequeño, donde se conoce todo el mundo, sería muy difícil… –Autumn bajó la voz y siguió hablando en susurros–. Sería muy difícil encontrar un desahogo sexual. Traería muchas complicaciones. Teniendo en cuenta mi comportamiento en el pasado, puedo entender por qué piensas que soy una buena candidata, sobre todo, porque solo voy a estar aquí un par de meses. Pero, por muy tentador que sea, no estoy preparada para este tipo de cosas.

–Parece que lo has pensado mucho.

Ella no supo qué responder.

–Pero –continuó él–, no recuerdo haber mencionado el sexo.

Ella debería sentirse avergonzada. Quinn le estaba diciendo que había dado por supuestas demasiadas cosas. Sin embargo, se echó a reír.

–Entonces, todavía no quieres acostarte conmigo. Es bueno saber que me estaba preocupando sin motivo.

Él la agarró del brazo cuando ella intentó marcharse de nuevo.

–No he dicho eso. Si sucede, que suceda. Reconozco que no me haría nada infeliz, pero no es eso lo único que me interesa. Lo cierto es que no dejo de preguntarme si me perdí algo especial, a alguien especial. No he podido dejar de pensar en ti desde que tu tía me llamó para que me acercara a vuestra mesa en el restaurante y te comportaste como si quisieras meterte debajo de la mesa, en vez de hablar conmigo.

–No quería molestarte en el trabajo.

–No querías verme en absoluto –dijo él, riéndose.

–Porque sería mucho más fácil para los dos que nos evitáramos en la medida de lo posible.

–O, tal vez, podríamos empezar de nuevo, como amigos.

En aquel momento, apareció el pastor Todd. Por su forma de caminar e ir recogiéndolo todo a su paso, Autumn tuvo la impresión de que estaba impaciente por despedirse de ella y seguir con sus tareas.

–¿Autumn? –le dijo Quinn–. Podemos ser amigos, ¿no?

¿Cómo iba a negarle su amistad? Quería terminar con la conversación por cortesía hacia el padre Todd, así que le tendió la mano a Quinn.

–Dame tu teléfono y te escribo mi número. Tal vez podamos tomar algo alguna vez.

Él sonrió mientras le quitaba los cuadernos de las manos.

–¿Y si te acompaño y salimos esta noche?

–Esto no puede ser cierto –dijo Taylor, dejándose caer sobre la tapa del inodoro–. Mi madre me va a matar.

Sierra no dijo nada. Se quedó mirando la línea rosa que indicaba que Taylor estaba embarazada, como si alguna cosa pudiera cambiar. Después, volvió a leer las instrucciones del test.

–¿Y bien? –dijo Taylor–. Por favor, dime que hemos hecho algo mal y que el resultado no es el correcto. Por favor.

Sierra la miró comprensivamente.

–No, no hemos hecho nada malo. Y la línea está bien clara. Lo siento.

Taylor se encogió. Estaba a punto de desmayarse. Sierra le puso la mano en la espalda para tranquilizarla.

–¿Tay? ¿Estás bien?

–No. Quiero suicidarme.

Sierra se arrodilló ante ella y la obligó a mirarla.

–Eso no tiene gracia, Tay. No vuelvas a decirlo.

A Taylor le llamó mucho la atención la forma de reaccionar de Sierra. Solo era una expresión, pero Sierra era muy sensible a aquel asunto, claramente. No quería ver programas de televisión ni películas que trataran sobre el suicidio.

–De acuerdo. Olvida que lo he dicho. No lo decía literalmente.

–Puede que para ti sea solo una forma de hablar, pero, para mí, no.

Sierra se quedó callada, como si estuviera pensando en si debía decir algo más. Al final, añadió:

–Mi madre se suicidó, y yo fui quien la encontró.

Taylor apoyó la frente en la de Sierra.

–Eso es horrible –susurró–. Sabes… sabes que no soy yo misma en este momento.

Sierra se puso en pie, tan estoica como siempre.

–No pasa nada –dijo, con brusquedad–. Yo tenía ocho años, así que

no sucedió ayer. Pero… no digas eso. Sé que estás disgustada, pero no puedo soportar oírtelo decir.

–Lo entiendo. ¿Quieres contarme lo que pasó?

–No. Por supuesto que no. No me gusta pensar en ello.

–De acuerdo –dijo Taylor. Se miraron unos segundos. Después, Taylor tomó el test de embarazo–. ¿Y qué voy a hacer con esto?

Sierra se lo quitó de la mano y lo tiró a la papelera.

–Espera –dijo Taylor–. ¿No deberíamos tirarlo fuera de tu casa, por si acaso lo encuentra tu padre?

–No lo va a ver –respondió Sierra–. Él casi nunca entra en mi baño, solo si quiere gritarme por algo. Y yo soy la que saca la basura.

Parecía que Sierra hacía todo el trabajo de la casa; pero Taylor tampoco podía preocuparse por eso en aquel momento.

Estaba embarazada. Dentro de unos ocho meses tendría un bebé de verdad que iba a formar parte de su vida para siempre.

–Esto debe de ser una pesadilla –dijo–. Voy a despertarme y todo irá bien. Y, entonces, en el futuro, tendré mucho más cuidado.

Sierra se deslizó por la pared hasta que se sentó en el suelo.

–Es real, Tay. Tenemos que enfrentarnos a ello y encontrar la manera de hacerlo bien.

–¿Cómo?

–¿Vas a quedártelo? Empecemos por ahí.

–Creo que voy a tener que hacerlo. No sé si podría vivir con otra decisión.

–¿Aunque puede que tú no seas la mejor persona para criar al bebé? ¿Eso lo has pensado?

–Sí, lo he pensado –dijo Taylor–. Pero soy la madre del niño, así que soy la mejor persona para criarlo. Casi tengo dieciocho años, así que seré mayor de edad cuando nazca el bebé. No tengo catorce ni quince años.

Sierra alzó la vista.

–Pero ¿y la universidad? ¿Dónde vas a trabajar? ¿Cómo vas a mantener al niño?

–Cuando a mi madre se le pase el enfado, creo que me ayudará para que pueda hacer la carrera. Tal vez me ayude incluso un poco más, hasta que encuentre trabajo.

–¿Y cuándo vas a decírselo?

A Taylor empezaron a caérsele las lágrimas al pensar en la decepción que iba a llevarse su madre.

–Cuando empiece a notárseme.

–¿Y por qué vas a esperar tanto?

–Porque quiero disfrutar de mi último verano, ¿sabes? Y, si no lo sabe nadie, puedo seguir como siempre.

Sierra asintió.

–¿Y Oliver?

Taylor tomó su teléfono y buscó el último mensaje que le había enviado Oliver. Él también había estado esperando y preocupándose. Se merecía una respuesta.

Pero ¿y si se lo decía a sus padres? ¿Y si sus padres se ponían en contacto con su madre? Oliver había estado muchas veces en su casa, y sus madres se conocían.

–No puedo decírselo –dijo, y volvió a poner el teléfono sobre la encimera del lavabo.

–Pero le dijiste que ibas a contárselo –respondió Sierra.

–Eso fue cuando todavía tenía esperanzas de que la respuesta fuera negativa. Seguro que él tampoco quiere saber que va a ser padre a los diecisiete años. ¿Para qué voy a destrozarle el verano?

–¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a dejar que piense que no estás embarazada y, después, darle la noticia cuando empiecen de nuevo las clases?

Aquello no era justo, pero… ¿no preferiría él tener dos meses más para pensar que su futuro era brillante?

–No sé –dijo Taylor–. Tengo que pensar durante unos días para ver qué es lo mejor. Dios, soy tan idiota… Y ahora estoy en un lío tan grande…

Sierra se acercó a ella.

–Eh, todo se arreglará.

–¡Qué fácil es decir eso! ¡Tú no vas a tener un bebé!

–Siento que estés tan disgustada, pero…

–¿Qué?

–Yo voy a estar aquí para darte apoyo moral durante el embarazo, aunque no vivamos cerca.

–Oh, gracias por eso –dijo Taylor, con sarcasmo–. ¿Y cuando tenga al bebé y empiece el trabajo de verdad?

–Las dos habremos terminado el instituto.

–¿Y qué?

–Te ayudaré.

–¿Cómo? Tú vives aquí, y yo vivo en Florida.

–Como he dicho, las dos habremos terminado el instituto. Yo podría ir a vivir allí.

Al oír aquello, Taylor se irguió.

–¿Te irías a vivir a Tampa?

–Claro. ¿Por qué no?

–Porque es un cambio muy grande.

–Aquí no tengo nada que me ate, y ya había pensado irme a otro sitio. Puede ser Tampa.

Taylor se secó las lágrimas.

–Pero… ¿dónde vivirías?

–Podríamos alquilar un apartamento juntas y compartir la renta. Así yo podría ayudarte con el bebé.

–No puedo creer que te plantees algo así –dijo Taylor–. ¿Y la universidad?

–Habrá un colegio preuniversitario donde tú vives, ¿no?

–Hay uno que no está muy lejos.

–Pues podríamos ir allí, trabajar y cuidar del bebé. Podríamos arreglárnoslas. Otras mujeres lo han hecho, ¿no? Y algunas han tenido que hacerlo solas. Por lo menos, nos tendríamos la una a la otra.

¿Sierra estaba dispuesta a quedarse a su lado a pesar del embarazo? ¿A ayudarla con su hijo?

–Pero… ¿por qué ibas a hacer algo así?

–Porque me importas –dijo Sierra, con sencillez.

Taylor estaba tan aliviada que le hubiera dado un beso. Era maravilloso que alguien dijera lo que acababa de decirle su amiga, y se dio cuenta de lo mucho que estaba empezando a quererla.

Pero… ¿de qué manera?

–¿Te parece bien este sitio? –preguntó Quinn.

Autumn se había empeñado en que fueran a Richmond a cenar. No quería que nadie los reconociera. Mientras esperaba a que los sentaran en una mesa, siguió mirando a su alrededor, buscando alguna cara conocida, y se encogió al pensar en que sus hijos pudieran enterarse de que había salido con otro hombre.

Quinn no había hecho nada que la incomodara durante el trayecto. Habían charlado sobre sus años de universidad, de su trabajo de ingeniero, que esperaba retomar algún día, del tratamiento de su madre y del pronóstico de la enfermedad, de la subasta para recaudar fondos, de The Daily Catch y de los niños, y de todo lo que ella había hecho aquellos años. Eran temas inocuos de los que ella podría hablar con cualquier amigo. No mencionaron a Nick. Ella no quería pensar en su marido mientras estaba con Quinn; sin embargo, la atracción que sentía por él le ponía difícil no sentirse como si estuviera engañando a su marido.

–Sí, está muy bien –dijo, refiriéndose al restaurante–. Es muy bonito.

Él había elegido un restaurante pequeño especializado en carnes que tenía casi quinientas reseñas positivas en Yelp. Pero a Autumn no le preocupaba mucho la calidad de la comida porque, seguramente, no iba a ser capaz de saborearla. Se alegraba de que el local estuviera en penumbra, iluminado casi exclusivamente por la luz de las velas que había en el centro de las mesas. La oscuridad la ayudaba a sentirse menos llamativa.

En aquel momento, solo tenía que preocuparse de lo que iba a decirle a su madre cuando llegara a casa tan tarde por haber ido a cenar tan lejos. Estaba pensándolo cuando el *maître* los acompañó a una mesita redonda que había en un rincón. Quinn pidió una botella de vino que, seguramente, estaba muy bueno. Con su experiencia en el negocio de la restauración, sabía mucho de esas cosas.

–Oh, qué bueno está –dijo ella, en cuanto hubo probado el primer sorbo, pensando en que había hecho bien en confiar en él.

–Vaya, ¿así que estás pasando un buen rato conmigo? –le preguntó Quinn, con los ojos brillantes de diversión.

Y ella, decidida a seguirle el juego hasta que terminara la noche y, después, no hacerle caso si alguna vez volvía a llamarla, sonrió.

–Estoy bien.

–Entonces, ¿por qué sigues mirando por encima del hombro a todas partes, como si estuviéramos haciendo algo malo?

Como, de todos modos, él se daba cuenta de todo, Autumn dejó de fingir que no estaba nerviosa.

–Sabes por qué.

–Estoy seguro de que a Nick no le importaría que cenaras con un amigo.

–No, seguramente, no. Pero sería un poco difícil de explicar que ese amigo es el chico del que siempre nos reíamos.

Él se quedó sorprendido.

–¿Os reíais de mí?

–Bueno, de ti, no. De mí –matizó ella–. El día que te asalté en la casa del árbol y me quité la ropa delante de ti se convirtió en una broma para Nick y para mí. Mi marido piensa… o pensaba… piensa que…

–Que…

–Que es gracioso que yo fuera tan ingenua y tonta.

–Para mí no fue algo gracioso.

–Oh, vamos. Sarah y tú también debisteis de reíros.

–No. No se lo conté nunca.

–¿Se habría enfadado? En ese momento, vosotros habíais roto, ¿no?

–Sí, pero ella siempre estaba loca de celos. El hecho de haber estado contigo habría provocado una pelea épica, estuviéramos saliendo en ese momento o no.

–Entonces, entiendo que no se lo dijeras.

Él hizo girar la copa de vino.

–Ese no fue el motivo.

Ella sintió curiosidad.

–¿De verdad? ¿Y cuál fue?

Él tomó otro sorbo de vino y la miró a los ojos.

–No te lo voy a decir.

–¿Por qué?

–Porque no me creerías aunque te lo dijera –respondió Quinn, con seriedad.

–Bueno, siempre supe que era demasiado pedir que te olvidaras de eso –dijo, y chocó su copa con la de él para brindar–. Por las cosas ridículas que hacemos cuando somos jóvenes.

Él no bebió por aquel brindis.

–¿Puedo pedirte un favor?

Ella tragó su sorbo de vino.

–Quizá. ¿De qué se trata?

–¿Podríamos no volver a hablar de ello? Porque siempre termino sintiéndome muy mal cuando lo hacemos.

–Tú no hiciste nada malo –dijo ella–. Te quedaste muy sorprendido, pero fuiste asombrosamente paciente y bueno. Yo fui la idiota. Pero podemos olvidarnos de ello. A mí tampoco me gusta, créeme.

–Otra vez –dijo él–. ¿Es esa la única manera de que podamos ser amigos, que te asegures de que entiendo lo mucho que te arrepientes de lo que pasó?

Por suerte, la camarera llegó en aquel momento para tomarles nota, y ella no tuvo que responder. Se alegraba de que así fuera y pensó en dejarlo. Se dijo que no entendía la reacción de Quinn, pero, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que él tenía razón. Había estado intentando deslucir aquel recuerdo, convertirlo en algo cómico, para no tener que sentirse tan avergonzada.

Cuando la camarera se alejó, tomó otro sorbo de vino y reunió valor para ser más sincera.

–Tienes razón. Para mí también fue algo importante. Era mi primera vez, y te deseaba más que a nadie en el mundo –confesó. Después, tomó un sorbo de vino más grande que el anterior–. ¿Te parece mejor?

Él sonrió.

–No tenías que ser tan generosa, pero gracias. Para mí, ese día significa mucho. Es la última cosa sencilla y dulce que recuerdo antes de que todo se volviera malo en mi vida.

Debía de referirse a su relación con Sarah, que no debía de haber sido tan idílica como ella había pensado siempre. ¿Acaso el apuñalamiento había sido la culminación de unos años muy dolorosos?

–Siento saber que fuera difícil, sobre todo, durante tantos años.

–No es problema tuyo. Pero no quiero que estropees aquel día.

–De acuerdo. No voy a hacerlo más.

La mesa era pequeña, y sus manos estaban muy cerca. Con un pequeño movimiento, él pudo deslizar los dedos entre los de ella, suavemente, repitiendo la caricia. Apenas la tocaba, pero Autumn sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

–Tengo que ir al lavabo –dijo, y se echó hacia atrás.

Cuando llegó al baño, se encerró y se miró al espejo.

–¿Qué estás haciendo? –susurró.

¿Estaba dejando que él la sedujera poco a poco? Y, si así era… ¿qué pasaba con Nick?

Capítulo 13

Después de charlar durante la cena, evitando cuidadosamente el asunto de la primera noche que habían pasado juntos en la casita del árbol, no hablaron demasiado durante el trayecto de vuelta a casa. Fue como si ya hubieran hecho todas las insinuaciones y hubieran dicho todas las cosas intrascendentes que se les ocurrían, y ya no tuvieran nada más que decir. Durante el trayecto de vuelta a casa, no hablaron demasiado.

Y eso dejaba un espacio para que la atracción se apoderara de ellos, quisiera ella o no.

–¿Estás cansada? –le preguntó Quinn, cuando llegaron a las afueras del pueblo.

Ella no sentía ni el más mínimo cansancio. Estaba llena de energía y luchando contra una tendencia natural a aceptarlo como amigo. Quinn había sido encantador, pero ella temía que su relación de amistad se convirtiera rápidamente en algo más. En aquel momento se sentía demasiado sola y demasiado hambrienta de amor y, a veces, el sexo era un buen sustituto de ese amor. Sentía el calor del cuerpo de Quinn, a pesar de que estuvieran sentados a más de treinta centímetros de distancia. Había estado en un coche con mucha gente, y nunca había experimentado aquello. ¿Qué tenía Quinn? Ojalá lo supiera, y ojalá fuera inmune a ello. Pero parecía que era imposible escapar…

–No, no mucho. ¿Y tú? –le preguntó.

–Esta mañana me he levantado al amanecer, pero estoy bien.

–¿Y por qué te has levantado tan temprano?

–Voy a correr a la playa a las seis. Me gusta porque está vacía y puedo ver salir el sol a solas. Es como si estuvieras al borde del mundo.

–Es muy bonito estar en la playa a esas horas.

–Sí. Con lo que está pasando con mi madre, teniendo que ver la tristeza de mi padre y ayudar en el restaurante, aunque yo ya no quisiera trabajar allí nunca más, salir a correr es una buena vía de escape.

–Es lo que te ayuda a superar este momento tan difícil.

–Podría decirse que sí.

–A mi hija y a mí nos gusta hacer yoga por las mañanas, en la playa. Pero, seguramente, nosotras vamos a una hora a la que tú ya no estás.

–¿A qué hora?

–A las ocho y media. Eso es muy temprano para Taylor –dijo ella, con una sonrisa.

Él se echó a reír.

–Lógico. Es una adolescente. A esas horas, yo ya he desayunado y me estoy duchando.

Autumn había intentado pagar su parte de la cena, pero Quinn no se lo había permitido. Le había dicho que estaba en deuda con ella por todo el trabajo que estaba haciendo con la subasta para recaudar fondos y que, aunque no podía pagar cientos de miles de dólares de facturas médicas por el tratamiento de su madre, sí podía invitarla a cenar. Ella se lo había permitido, porque se daba cuenta de que para Quinn era importante no convertirse en objeto de la caridad.

Sin embargo, en aquel momento se arrepintió de haber cedido. Quinn la había invitado a salir, había llevado su coche y había pagado la cena y, ahora, para ella era mucho más difícil convencerse de que aquello no había sido una cita en toda regla.

Revisó su teléfono para ver si el señor Olynyk le había enviado algo; por lo general, a esa hora de la noche era cuando se comunicaba con ella. No había vuelto a tener noticias suyas desde que había accedido a que siguiera investigando durante un mes, y aquella noche tampoco había ningún correo electrónico suyo. Tal vez Nick no fuera a volver nunca. Tenía que aceptarlo. Tal y como había dicho Caden en el coche, si su padre pudiera volver, ya lo habría hecho.

–¿Es tu madre, o son tus hijos, preguntándote dónde estás?

–No –le dijo ella.

–¿Estarán esperándote despiertos?

Ella volvió a guardar el teléfono en el bolso.

–Seguramente, Caden sí estará despierto, pero no esperándome a mí, sino jugando a videojuegos. Y Taylor estará viendo Netflix en su habitación. Mi madre sí estará acostada, porque, como tú, se levanta muy temprano.

–¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

–Solo dos. Mi madre duerme en la suya, Taylor duerme en la mía y Caden, en el sofá.

–¿Y tú?

–En el apartamento que hay encima del garaje.

–Entonces, ¿no tienes que entrar en la casa esta noche.

–No.

Él bajó la música.

–Lo dices con alivio.

–Sí. Si entro en casa, me preguntarán dónde he estado, y no sé lo que podría decir.

Quinn detuvo el coche en el único semáforo que había en todo el pueblo, que no estaba lejos del restaurante de su familia, y giró hacia la iglesia, en cuyo aparcamiento había dejado el coche Autumn.

–¿Se disgustarán tu madre y tus hijos cuando sepan que has estado conmigo?

–Creo que, más bien, se quedarán sorprendidos.

–Solo somos amigos, ¿no te acuerdas? –le preguntó él, con una sonrisa burlona, como si quisiera venderle aquello de nuevo.

Después de cenar con él, Autumn sabía perfectamente que no podría ser solo amiga de Quinn. A pesar de que hubiera pasado tantos años casada con otro hombre, en aquel momento había vuelto a desearlo tanto como de adolescente.

–Sí, me acuerdo –dijo, con ironía.

–Puedes decirles que hemos estado trabajando para la subasta.

–Sí, creo que es eso lo que voy a decir.

La iglesia y el aparcamiento estaban a oscuras, salvo por la luz de una sola farola.

–Gracias por la invitación –dijo, cuando él se detuvo junto a su coche.

–De nada –respondió Quinn.

Ella puso la mano en el abridor del coche, pero él la tomó del brazo.

–Me gustaría volver a verte –le dijo.

Ella había decidido que iba a evitarlo en el futuro, y no se esperaba que él fuera tan directo.

–Lo siento. Creo que no es buena idea. De todos modos, te deseo lo mejor, de verdad.

–Eso ya lo sé.

Abrió la puerta, pero él no la soltó.

–¿Podrías por lo menos darme tu número de teléfono? No creo que tenga nada de malo enviarnos algún mensaje o llamarnos alguna vez, ¿no?

No, excepto por el detalle de que eso llevaría a algo más.

–No, no sería nada malo, pero no hay ningún motivo para empezar nada.

Él enarcó las cejas.

–Entonces… Vivimos de nuevo en el mismo pueblo, y los dos sentimos algo. Pero, en vez de averiguar qué es, de saber si podría convertirse en algo más, ¿todo va a acabar así? ¿Con una cena?

–Exacto –dijo ella.

Era lo único que podía decir para justificarse por hacer lo que llevaba deseando toda la noche. Dejó la puerta entreabierta para poder escapar, se giró en el asiento, tomó su rostro con ambas manos

y lo besó.

Quinn se sobresaltó, comprensiblemente, porque ella había estado nerviosa desde que se habían tocado en el restaurante, con cuidado de que no volviera a haber ni el más mínimo roce. Sin embargo, a pesar del esfuerzo, no había podido dejar de fantasear con besarlo antes de que acabara la noche.

Quinn se adaptó rápidamente, incluso le acarició la mejilla con delicadeza y, después, pasó la mano por su nuca para atraerla suavemente hacia sí. Cuando abrió los labios para que el beso fuera más profundo, Autumn pensó en detenerlo todo. Ya había ido más lejos de lo que debía. ¡Era una mujer casada! Pero hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido… Tenía el corazón desbocado en el pecho, y no pudo contener el deseo de que sus lenguas se encontraran. Era obvio que él estaba intentando no abrumarla, y ella decidió olvidarse de todo salvo de la satisfacción que estaba experimentando en aquel momento. Sin embargo, el beso empezó a descontrolarse de inmediato, y ella se apartó.

–Gracias otra vez –dijo, sin aliento, y salió del coche.

–Ha llegado mamá. He visto las luces de los faros en la entrada –le dijo Taylor a Caden.

Su hermano estaba sentado en el sofá, jugando a un juego *online* con algunos amigos de Tampa. Para Caden era muy fácil hacer amigos, tenía muchísimos, y ella envidiaba su flexibilidad.

–¿Va a entrar ya? –preguntó él, sin apartar los ojos de la pantalla.

Taylor miró por la ventana.

–No parece.

–No me ha contestado al mensaje que le envié hace un rato –dijo.

–A mí, tampoco –respondió Taylor.

–Habrá estado ocupada.

–¿En qué? –preguntó ella.

–Trabajando en el evento de recaudación de fondos para esa mujer que tiene cáncer. Esta mañana he estado ayudándola a repartir folletos mientras tú estabas con Sierra.

Taylor percibió un tono de amargura en la voz de su hermano.

–¿Por qué lo dices así? ¿Te has enfadado por haber tenido que hacerlo y que yo no fuera?

–No estoy enfadado. Lo que pasa es que estás todo el día con Sierra.

–¿Y qué? ¿A ti qué te importa? –preguntó ella, a la defensiva.

Él dejó a un lado el mando y la miró.

–La gente ha empezado a hablar de vosotras.

Ella tuvo un escalofrío.

–¿Y qué dicen?

–Se preguntan qué estáis haciendo tanto tiempo solas.

–Algunas veces vamos a la playa. Nos hemos visto allí. Incluso jugamos todos al voleibol hace dos días.

–Fue solo una hora. Os marchasteis enseguida. Te mandé un mensaje más tarde para ver si queríais comeros una pizza con nosotros. Dijiste que no. Te envié otro mensaje la noche siguiente para ver si queríais venir a ver una peli. Pusimos una sábana a modo de pantalla en el jardín de Shawn y Adrienne y su padre puso un proyector, como si estuviéramos en un cine de verdad. Fue genial. Pero a vosotras no os interesó. Hoy hemos ido a tomar un helado y tampoco has querido venir. ¿Qué haces con Sierra para que no te apetezca ninguna otra cosa?

Ella acababa de comprobar que estaba embarazada cuando había recibido el mensaje de su hermano sobre los helados, y no quería que nadie la viera con la cara congestionada de angustia y llanto. Y aún no lo había asimilado, ni había pensado en cómo se lo iba a decir a Oliver, a su madre, a su abuela y a su hermano.

–Hemos estado paseando por ahí –dijo.

Él la miró con atención.

–¿Te gusta Sierra?

A ella se le cortó la respiración.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué me preguntas eso?

–Penn dice que está segura de que a Sierra le gustan las chicas.

Aquello fue un golpe para ella, y en el peor momento, porque tampoco sabía qué responder a eso. Nunca se había sentido atraída por otra chica, pero Sierra era diferente. ¿Qué haría si Sierra intentaba besarla? Pensó que no iba a importarle, pero ¿eso la convertía en lesbiana? No estaba segura. Solo sabía que estaba enamorada de la persona que era Sierra, de su forma de enfrentarse a la vida y de su forma de tratarla. No solo era firme, inteligente y agradable, sino, también, divertida. Era un espíritu libre.

Sin embargo, no podía explicarle todo aquello a Caden. Quedaría demasiado expuesta, le revelaría toda su confusión. Así que no vio otra opción que negarlo. De lo contrario, la etiquetarían de lesbiana, cuando no sabía si lo era o no.

–No soy lesbiana –dijo.

Él no disimuló su escepticismo.

–No ha sonado muy convincente –dijo.

No había conseguido convencerlo porque no estaba segura, así que decidió desviar el tema de conversación. No quería que sus amigos y él hicieran especulaciones.

–Si quieres saber lo que pasa de verdad…

–¿Qué pasa? –preguntó Caden, irguiéndose al ver que ella estaba a punto de decirle algo importante.

–Estoy embarazada –susurró Taylor.

Él se quedó boquiabierto.

–No…

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo hablar, porque tenía un enorme nudo en la garganta, así que asintió.

–Oh, Dios mío… Pero… si no has estado con nadie. ¿Quién es el padre?

Ella intentó hablar, pero no pudo.

–Desde que rompiste con Trevor, en Navidad, no has vuelto a tener otro novio. ¿Es… es hijo de Trevor? ¿Seguíais saliendo?

Ella tragó saliva y se enjugó las mejillas.

–No.

–Entonces, ¿de quién es?

–No puedo decírtelo.

–¿Por qué no?

–Porque me vas a odiar.

–Eres mi hermana. Ya te odio –dijo él, bromeando.

Al ver que ella no se reía, se puso serio nuevamente.

–Venga, vamos. Sabes que puedes decírmelo. No te voy a odiar.

–Fue cosa de una sola vez, Caden. Ni siquiera sé por qué lo hice. Y todavía no sé qué voy a hacer. Sierra es la única persona que lo sabe, aparte de ti.

–Yo no se lo voy a decir a nadie –le prometió Caden.

Ella se retorció las manos.

–¿Tengo que decirte quién es el padre, o me concedes unos días para que lo asimile todo?

–Estás temblando –dijo él, angustiado–. Nunca te había visto así.

Ella se sintió aliviada al ver la comprensión reflejada en la mirada de su hermano.

–Porque no quiero decírtelo.

–Ven aquí –dijo él, y la abrazó–. Soy tu hermano. Puede que nos peleemos, pero siempre voy a estar a tu lado.

–¿Siempre, sea lo que sea? –preguntó ella.

El calor de Caden hizo que se sintiera mejor. A pesar de la temperatura y la humedad del verano, estaba helada.

–Siempre, sea lo que sea –confirmó él.

Y ella se sintió agradecida por tener un hermano como Caden. Apoyó la cabeza en su hombro y trató de controlar sus temblores.

–¿Me concedes unos cuantos días para contarte el resto?

–Sí, si es lo que necesitas. Ahora… respira hondo y tranquilízate. Me estás asustando.

Gracias a Dios, su hermano era sensible. Aunque a ella le daba envidia la facilidad con la que vivía la vida, entendía que contara con el cariño de tanta gente. Empezó a sentir calidez y a calmarse, hasta

que él dijo:

–Vamos a superar todo esto. Por lo menos, no eres lesbiana, ¿no?

Aunque estaba bromeando para intentar alegrarla, Taylor entendió a lo que tendría que enfrentarse si de verdad lo era.

Capítulo 14

Acababa de besar a un hombre que no era Nick, y había sido sorprendentemente fácil. La parte difícil había sido detenerse.

Autumn miró la fotografía familiar que había sobre la cómoda, en la que aparecía Nick. Cuando él estaba cerca, ella siempre estaba segura de quién era: la señora de Nick Divac. Sabía lo que quería y hacia dónde iba. Al menos… se había resignado a que su matrimonio hubiera perdido la chispa de los comienzos, y había permanecido siempre comprometida con la relación. Tenían una vida cómoda y dos hijos en común, y eso había hecho que no se alejaran uno del otro.

Ahora, sin embargo… todo se había trastocado. El futuro había cambiado sin previo aviso. Pero, de todos modos, le debía lealtad a Nick, ¿no? Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en Quinn?

Comenzó a quitarse la ropa mientras pensaba en todo aquello, cabeceando a causa de su comportamiento. Antes de acostarse, fue a poner a cargar el teléfono, y se dio cuenta de que tenía un mensaje de un número desconocido.

Solo quería que supieras que ha sido uno de los besos más increíbles que he compartido.

Autumn: ¿Quién es?

Tenía que ser Quinn, pero ella no le había dado su número de teléfono. ¿Cómo lo había conseguido?

Él le envió un selfi que confirmó sus sospechas.

¿Has besado a alguien más esta noche?, le preguntó, él acompañando el mensaje con el emoticono de la cara riéndose.

Autumn: ¿Cómo has conseguido mi número?

Quinn: Lo has puesto en los folletos que has repartido esta mañana.

Ella soltó un gruñido. Claro. Ahora, todo el pueblo tenía su número, porque ella esperaba que la llamaran para ayudar a recaudar fondos.

Autumn: Y, si tenías un folleto, ¿por qué me lo has pedido?

Quinn: Hubiera preferido que me lo dieras tú, pero como no lo hiciste… Yo no soy tan orgulloso como para no conseguirlo de donde sea.

Autumn miró la fotografía que él le había enviado y, al ver su cara, se le borró la sonrisa.

Autumn: Quinn, no puedo quedar más contigo.

Quinn: No puedes esperar para siempre a Nick, Autumn.

Autumn: Pero puedo renunciar a tener citas hasta que mis hijos se hayan marchado de casa.

Quinn: Dos años más.

Autumn: Ya lo sé.

Quinn: Se me dan bien los niños. Dame una oportunidad. Seguro que les caería bien.

Autumn: No quiero que piensen que estoy intentando sustituir a su padre.

Quinn: No tiene por qué ser así, escribió él. *Podemos tomárnoslo con calma. Con toda la calma que tú quieras.*

Después de tantos años, Quinn Vanderbilt quería salir con ella, y ella no podía.

Quinn: Vamos a quedar mañana por la mañana en la playa, le pidió él.

Autumn: ¿A las seis de la mañana? ¡Estás loco!

Quinn: A esa hora podemos estar a solas. Podemos correr o bañarnos, o dar un paseo. Lo que quieras. Después, podemos desayunar un bagel. Si nos ve alguien, diremos que estamos hablando sobre la subasta. Y puedes volver a casa antes de que Caden y Taylor se levanten.

Ella miró la hora.

Autumn: Es medianoche. ¿Serán suficientes para ti seis horas de sueño?

Quinn: De todos modos, hoy no voy a poder dormir.

Autumn: ¿Por qué?

Quinn: No puedo dejar de pensar en ti.

A ella se le aceleró el pulso. Ya le costaba bastante resistirse a él cuando no era tan encantador, así que…

Autumn: Cuando estábamos en el instituto, nunca me prestaste atención. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Quinn: Ya te lo he dicho. Creo que me perdí a alguien especial. ¿Nos vemos mañana en la playa, entonces?

Ella hizo girar su alianza alrededor del dedo.

Quinn: Di que sí, Autumn, le escribió él, al cabo de unos minutos.

–¿Qué hago? –murmuró Autumn.

Autumn: ¿Dónde quedamos?

Quinn: En la silla del socorrista en la que yo estaba sentado el día que estuviste a punto de ahogarte. Creo que fue cuando vine a pasar el verano al pueblo después del primer año de carrera.

Autumn: Sabes que fingí que me ahogaba, ¿no?

Quinn: Sí, escribió él, y añadió el emoticono de la cara riéndose.

Autumn: Dios, cuánto me gustabas, respondió ella. *Y está claro que no lo disimulé.*

Quinn: Espero que quede suficiente de eso. Buenas noches.

Autumn releyó la conversación cuatro veces antes de dejar el teléfono cargando. No quería pensar en que, al quedar en verse con

Quinn, estaba traicionando a Nick. O en que pudiera disgustar a sus hijos. Sin embargo, el mero hecho de intercambiar mensajes con él hacía que se sintiera mejor, como si fuera joven y tuviera perspectivas de futuro, y no una madre cansada que llevaba demasiado tiempo sintiendo dolor. Si tenía una oportunidad para encontrar de nuevo la felicidad, ¿no debería aprovecharla?

Autumn se levantó a las seis y se puso el bikini que mejor le sentaba. Durante aquellos diecinueve meses de angustia no había engordado, sino, más bien, había perdido peso, estaba más delgada que antes de que desapareciera Nick. Sin embargo, no solía hacer mucho ejercicio, y no creía que pudiera mantener el ritmo de un hombre como Quinn, que estaba muy en forma, si salían a correr.

Sin embargo, sí podía nadar con él. Había crecido jugando en el mar, nunca le había tenido miedo. También podrían caminar. Él le había hecho el ofrecimiento como si cualquiera de las tres cosas fuera satisfactoria.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, se hizo una coleta y se lavó la cara y los dientes. Después, se calzó unas zapatillas de deporte.

Estaba amaneciendo, y el cielo parecía una acuarela de colores bronceados, amarillos y naranjas. Las vistas eran preciosas, pero no era ese el motivo por el que estaba tan emocionada al salir de casa. Había estado mirando la fotografía que le había enviado Quinn la noche anterior. Parecía la adolescente enamorada que lo había estado persiguiendo hacía veinte años.

No cerró el apartamento con llave y bajó sigilosamente las escaleras para que, si por alguna casualidad su madre se había despertado ya, no la viera salir tan temprano. Volvería antes de que se levantaran los niños, cuando Mary ya se hubiera ido a la librería. Ni siquiera iban a echarla de menos.

La playa estaba muy cerca, y sintió deleite al pisar la arena y dirigirse hacia el puesto de los socorristas. Vio a Quinn apoyado en la caseta de madera, esperándola. No llevaba camiseta, tan solo un bañador y unas zapatillas para correr. Al verla, salió a su encuentro.

–Has venido. Tenía miedo de que te hubieses arrepentido.

Ella, con disimulo, lo miró para buscar las cicatrices de las puñaladas de Sarah. Pensaba que las tendría en el abdomen, pero no vio nada, salvo que él estaba más musculoso de lo que recordaba.

–Es muy temprano, pero tienes razón, es muy agradable estar en la playa.

–¿Te apetece dar un paseo?

–Bueno, un poco. Pero deberíamos bañarnos enseguida.

Recorrieron casi un kilómetro de playa, charlando sobre el pueblo en el que se habían criado y sobre los amigos y otras personas a las que conocían desde el instituto, preguntándose dónde estarían en aquel momento. Autumn encontró las cicatrices de las puñaladas; las tenía en la espalda, lo cual era extraño. ¿Su esposa lo había agredido mientras él se alejaba, o mientras estaba dormido? Quería preguntárselo, pero aún evitaban hablar de Sarah y de Nick, y ella lo agradecía. Habían robado aquella hora solo para ellos, y el tiempo era demasiado valioso como para sacar algún tema que pudiera causarles culpabilidad o dolor.

Quinn se detuvo en un recoveco en el que no era fácil ser visto, alejado del aparcamiento y de la parte principal de la playa.

–¿Quieres que nos bañemos ya?

Ella se quitó la camiseta y los pantalones, y los dejó sobre las zapatillas. Después, echó a correr por la playa, tratando de ganarle en la carrera hasta la orilla. Cuando Quinn se dio cuenta de que era una competición, se quitó rápidamente el calzado y la alcanzó con facilidad, y se tiraron juntos al agua, entre las olas. Ella nadó hacia una roca a la que iba siempre de pequeña, en la que podía tenderse a tomar el sol lejos de los veraneantes y los turistas, y él la siguió.

Sin embargo, estaba mucho más lejos de lo que recordaba, y se cansó antes de poder llegar.

–No me acordaba de que estaba tan lejos –dijo, quejándose. Se detuvo y empezó a nadar con los brazos para mantenerse a flote y recuperar el aliento.

–Podemos descansar –dijo él–. No tenemos prisa.

Ella se tumbó sobre el agua, boca arriba.

–Nadas muy bien –le dijo Quinn.

–Mejor de lo que te hice creer hace diecinueve años –respondió ella.

Se echó a reír y lo agarró de un brazo para tratar de hacerle una aguadilla. Cuando lo consiguió, sin embargo, él tiró de ella y la sumergió también. Después, empezaron a luchar, pero Autumn se agotó a los pocos segundos, porque estaban riéndose.

–Para, me vas a ahogar –bromeó.

Él la agarró contra su pecho para darle apoyo.

–No te preocupes, soy socorrista. Te salvaré.

Cuando sus miradas se encontraron, se pusieron serios los dos, y Autumn tuvo la sensación de que iban a salvarse el uno al otro, de que necesitaba aquella hora con Quinn y ni siquiera se había dado cuenta.

–Eres preciosa –dijo él–. Lo sabes, ¿no?

«No tan preciosa como tú», pensó ella, pero no se lo dijo.

Se limitó a sonreír, y se relajó. Permitió que él la llevara hasta la orilla, hasta que hicieron pie. La frialdad del agua contrastaba con el calor del cuerpo de Quinn. Ella le rodeó las caderas con las piernas

para impedir que los separara la corriente y, al instante, notó que él se endurecía. Eso le provocó un deseo tan inmediato, que no pudo resistirse cuando Quinn la besó.

–Me encanta tu sabor, y tu contacto –dijo él, cerrando los ojos.

Autumn quería interrumpir aquello, pero no pudo. Antes de darse cuenta, su boca hambrienta estaba descendiendo por el cuello de Quinn, lamiendo el agua salada de su piel, y lo que sentía se intensificó tanto, en tan poco tiempo, que temió que muy pronto iba a perder el control.

–Hacía mucho tiempo que no sentía nada como esto –dijo él.

Alzó una mano para desabrocharle la parte superior del bikini, pero, antes de hacerlo, la miró para asegurarse de que a ella no le importaba. Autumn no se lo impidió. Quería bajarle el bañador y quitarse la parte inferior del bikini para que ambos pudieran unir sus cuerpos, saber lo maravillosamente que se iban a sentir. Cuando él la alzó ligeramente e inclinó la cabeza para poder tomarle un pezón con los labios, ella sintió tanto placer que estuvo a punto de hacerlo.

Pero pensó en sus hijos, y eso fue como echar un cubo de agua fría sobre una hoguera. Tomó aire y se puso rígida. Entonces, se alejó de él, se abrochó el bikini y caminó hacia la orilla.

Él la siguió, lentamente.

–Siento haberte asustado –le dijo, al salir del agua, mientras ella se ponía la ropa–. No quería hacer nada de esto, pero parece que, a esta edad, las cosas van más rápidamente.

–No has sido solo tú –dijo ella–. Hace mucho tiempo que no… Bueno, no importa. No te preocupes. Ahora tengo que irme, porque no quiero que mis hijos me echen en falta si se despiertan.

–¿Puedo ir a tu casa más tarde, para conocerlos?

–No. Todavía, no.

–Entonces, a lo mejor puedes llevarlos al restaurante, y yo podría conocerlos así. No sería demasiado embarazoso, ¿no? Nosotros nos conocemos desde que éramos adolescentes.

No podía imaginarse a Quinn con sus hijos. ¿Y Nick? ¿No sería una falta de respeto hacia él y hacia su familia?

Si iba a verse con Quinn, tenía que mantener aquella relación separada de su vida familiar y proteger a sus hijos, y mantener un ámbito que les permitiera a todos volver a la normalidad si alguna vez encontraban a Nick.

–Podemos quedar mañana aquí, a la misma hora. Si quieres hacerlo, mándame un mensaje, ¿de acuerdo? –dijo.

Después, tomó el calzado y salió corriendo por la playa.

Quinn estaba en el restaurante, preparando comidas, cuando Fiona

Gable, que llevaba trabajando para su padre desde que él era un niño, entró en la cocina.

–Ahí fuera hay dos niños que estoy segura de que son los hijos de Autumn, la hija de Mary.

Fiona estaba hablando con su padre, que estaba ocupado preparando una parrillada, pero Quinn lo oyó perfectamente. Cualquier cosa que tuviera que ver con Autumn captaba rápidamente su atención.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó su padre–. ¿Quieren verme?

–No, han venido a comer.

–¿Solos? ¿O están esperando a su abuela y a su madre?

–Creo que han venido solos. Me da la impresión de que el chico ha traído a su hermana para tener un detalle con ella. Está siendo muy cariñoso. Pero he oído que decía que solo puede pagar un plato de sopa para cada uno, y he pensado que, con todo lo que está haciendo su madre por nosotros, a ti no te importaría invitarles a algo más.

–Por supuesto que no –dijo Mike–. El sándwich de cangrejo está muy bien. Pregúntales si quieren eso.

–A lo mejor le gusta al chico, pero a su hermana no le gusta el marisco. Dijo algo al respecto cuando pidió la crema de patata. Voy a llevarle una ensalada de queso y nueces pecanas con la crema.

–Me parece muy bien –dijo Mike–. Y puede que les guste el paté de alcachofa con nachos de maíz.

–Buena idea –dijo Fiona.

–Voy a prepararlo todo y se lo llevo –dijo Quinn.

Fiona enarcó las cejas.

–¿Vas a servir tú mi mesa?

–Sí, si no te importa. Autumn y yo fuimos amigos durante el instituto –le explicó él–. Me gustaría conocer a sus hijos.

El padre de Quinn lo vio llenar el plato con la ensalada que había preparado y metido en el frigorífico unos veinte minutos antes.

–Dicen que la forma más rápida de llegar al corazón de un hombre es a través de su estómago –comentó Mike–. En cuanto a una mujer, yo diría que es a través de sus hijos. Un movimiento inteligente.

Fiona se cruzó de brazos y pestañeó con las pestañas postizas, mirándolo.

–Ah, así que, por fin, nuestro niño ha encontrado a alguien con quien le gustaría salir… ¿Estamos hablando de un interés especial, romántico?

Él no debería haberle contado a su padre que había salido con Autumn la noche anterior, pero, al llegar a casa, Mike le había preguntado qué había hecho, y él se había sentido demasiado viejo como para mentirle a su padre. Además, le frustraba el hecho de que Autumn se sintiera como si no pudiese decírselo a nadie, así que había

hecho exactamente lo contrario y se lo había contado a Mike.

–Todavía no lo sé –respondió–. Es algo demasiado nuevo como para ponerle nombre. Solo quiero conocer a sus hijos.

A Fiona se le escapó una risa gutural de fumadora.

–Puede que sea nuevo, pero no te había visto tan emocionado por nadie más.

Él no dijo nada.

–¿No nos vas a dar ninguna información? –preguntó ella–. Pues, entonces, te puedes quedar con la mesa a cambio de veinte dólares.

–¡Veinte dólares! –exclamó Quinn–. ¿Crees que te iban a dar tanta propina?

–No es eso. Es porque sé que quieres quedarte con esa mesa a toda costa –respondió ella, guiñándole un ojo.

Él puso los ojos en blanco, y se sobresaltó cuando, al pasar al lado de Fiona, ella le dio una palmada en el trasero. Era más mayor que su padre y un poco excéntrica, y todo eso formaba parte de su encanto.

Fiona le dijo cuál era la mesa y calentó el paté de alcachofa mientras él preparaba el sándwich de Caden. Cuando lo tuvieron todo en una bandeja, Quinn la sacó al comedor.

El restaurante no estaba lleno todavía, puesto que siempre había más trabajo a la hora de la cena que durante la comida, así que vio con facilidad a los hijos de Autumn. La chica era muy guapa, con los ojos marrones y el pelo castaño y largo hasta los hombros. El hijo tenía su mismo color de ojos y pelo y parecía más un hombre que un adolescente. Seguramente, era más alto que él.

–Hola –les dijo–. Soy Quinn. Conozco a vuestra madre desde el instituto.

La chica sonrió amablemente, pero alzó una mano cuando él empezó a servir la comida de la bandeja.

–Lo siento, pero nosotros no hemos pedido eso –dijo–. Ya me han servido la crema de patata.

–Y, a mí, la sopa de almejas –dijo Caden.

–Sí, lo sé –dijo Quinn–. A esto invito yo.

–¿Usted? –preguntó Taylor, con incertidumbre.

–Sí, estáis invitados a todo.

–Pero… no podemos comer gratis –dijo Taylor–. A nuestra madre no le gustaría que nos aprovecháramos. Ella ni siquiera sabe que hemos venido. A Caden le apetecía comer sopa de almejas, así que decidimos venir a probar la vuestra.

–Me alegro de que lo hayáis hecho –respondió él–. Pero no os estáis aprovechando. Estamos muy agradecidos por la ayuda de vuestra madre para recaudar fondos, y es nuestra forma de demostrarlo.

–¡Ah! –exclamó Caden, animándose al ver que podía aceptar la invitación, después de todo–. Gracias. Tiene un aspecto delicioso.

Pero… ¿está seguro?

Quinn sonrió sin poder contenerse. Él siempre había querido tener hijos. Autumn era afortunada por tener aquellos dos.

–Sí, totalmente. Si me llevo esto a la cocina ahora, tendría que tirarlo a la basura, así que es mejor que os lo comáis.

–Si usted lo dice –respondió Caden, y señaló con ganas el paté que Quinn acababa de poner en mitad de la mesa–. ¿Es el paté de alcachofas que hay en la carta?

–Sí.

–Qué buena pinta. Estoy deseando probarlo.

–Disfrutad –dijo Quinn, y se alejó.

Sin embargo, Caden lo llamó.

–¿Cómo ha dicho que se llama?

–Quinn. Soy hijo del dueño del restaurante.

–¿De verdad? –dijo Caden, y bajó la voz–. Siento lo de su madre.

–Gracias.

–He ayudado a repartir folletos. Por eso lo sé.

–Te agradezco tu ayuda. ¿Dónde está vuestra madre ahora? ¿No va a venir a comer con vosotros?

–No, está en la librería, ayudando a mi abuela. Yo voy a ir después de comer para poner al día la página web.

–Ah. Bueno, pues me alegro de que vosotros hayáis venido. ¿Echáis de menos Tampa?

–No, no mucho –dijo Caden–. A mí me gusta más esto.

–¿Y tú? –le dijo Quinn a la hija de Autumn.

–A mí también me gusta más estar aquí –respondió ella, que parecía más tímida y apagada que su hermano.

–Bueno, que os guste la comida. Y, antes de que os vayáis, hay una cosa que me gustaría que le llevaras a tu madre, ya que vas a ir a la librería, ¿te importa?

–Claro que no –dijo Caden, y Quinn se alejó de la mesa, aunque hubiera querido seguir charlando con ellos. Para empezar, tenía curiosidad por saber cómo había sido su padre.

–Bueno, ¿qué tal? –le preguntó Mike, cuando entró en la cocina.

–Parecen muy buenos chicos, tienen buenos modales –respondió él.

–¿Crees que Autumn volverá a salir contigo?

Quinn miró a su alrededor para asegurarse de que Fiona no estuviera cerca.

–No lo sé. La situación es complicada.

–Por la desaparición de su marido.

–Sí. Ya te puedes imaginar lo difícil que debe de ser para ella. Ni siquiera sabe si su marido está vivo o muerto.

–Sí, debe de ser muy duro, pero también debe de sentirse sola, a estas alturas.

Quinn se imaginó que sí, que debía de sentirse sola y confusa.

–No había querido pensar en esto, pero ¿no te parece un poco tétrico que yo me meta en la familia de otro hombre?

–No. Ese hombre lleva mucho tiempo desaparecido, ¿no? Si no va a volver, no hay motivo alguno para esperarlo.

El problema era que… después de lo que había sucedido aquella mañana mientras se bañaban en la playa, Quinn no estaba seguro de que pudiera contenerse para no intentar seducir a Autumn. No habría podido aunque Nick no llevara tanto tiempo ausente.

–Sí, eso es lo que yo me digo a mí mismo.

–No tengo duda de que todavía puede disfrutar del amor de un buen hombre, del hecho de tener un buen compañero en la vida. Puede que esto sea lo mejor para los dos.

Quinn le apretó el brazo a su padre.

–Gracias por decirme lo que quiero oír, papá. Siempre me cuidas –le dijo, riéndose.

–Tú también te mereces ser feliz. Dios sabe que te mereces una mujer mejor de la que elegiste al principio.

–Así es –dijo Fiona, que acababa de entrar y solo había oído la última parte de la conversación–. ¿Qué me he perdido?

Capítulo 15

–Eh, mamá, ¿sabes una cosa?

Autumn alzó la vista del ordenador y vio a su hijo entrar en la librería, con la mochila colgada del hombro y una bolsa en una mano. Ella estaba ocupándose de la caja registradora porque Laurie se había tomado el día libre para ir con Chris a ver a su hijo, que trabajaba de contable en Norfok y estaba felizmente casado con tres niños. Su madre estaba en la trastienda, repasando el presupuesto de las obras de la cafetería.

–¿Qué? –le preguntó a Caden.

–Taylor y yo acabamos de comer en The Daily Catch, ¡y el hijo del dueño nos ha invitado! Además, te manda esto.

En cuanto Caden dejó la bolsa en el mostrador y ella vio el logotipo del restaurante, supo que era tarta de zanahoria.

–¿Y qué estabais haciendo vosotros en The Daily Catch?

–Me apetecía mucho tomar sopa de almejas, así que le dije a Taylor que la invitaba a comer antes de venir a trabajar en la página web. Pero, en cuanto nos sentamos y pedimos la comida, ese señor salió con una bandeja llena de comida. Un sándwich de cangrejo, ensalada, sopas y un paté de alcachofas. ¡Estaba todo buenísimo! Incluso nos invitó a los refrescos.

Autumn se encogió.

–No habrá pensado que os he mandado allí para que os invitara, ¿no?

–No, no. Está muy agradecido por lo que estás haciendo por su madre.

–¿Os dijo eso?

–Sí. Taylor le dijo que no podíamos aceptar la invitación, que a ti no te iba a hacer gracia, y él dijo que quería invitarnos porque agradecía mucho el trabajo que estás haciendo para recaudar fondos. ¿A que es genial?

–Sí, es muy agradable por su parte –dijo ella, y miró dentro de la bolsa.

Por supuesto, se trataba de otro pedazo de tarta de zanahoria. ¿Cómo iba a rechazar a un hombre que seguía dándole el mejor postre

del mundo, sobre todo, teniendo en cuenta que ya lo deseaba sin que él la sometiera a aquella tentación? Había que reconocer que la estaba debilitando. No podía dejar de pensar en él y en lo que había ocurrido entre los dos, aquella mañana, en la playa.

–Bueno, y… ¿os ha caído bien? –le preguntó a Caden.

–¿Quinn Vanderbilt? Sí –respondió su hijo, y tocó la bolsa con el dedo índice–. Es tarta de zanahoria. También nos llevó un trozo muy grande a Taylor y a mí. Ya verás cuando la pruebes. ¡Está buenísima!

Ella se echó a reír.

–Ya la he tomado más veces. ¿Dónde está Taylor?

–Iba a venir a decir hola, pero la llamó Sierra y se fue con ella. Me ha pedido que te dijera que irá a cenar a casa.

–¿Y va a llevar a Sierra?

–No lo sé –dijo Caden, encogiéndose de hombros–. ¿Se suponía que iba a hacerlo?

–No, no hemos hablado nada, pero llevamos aquí desde que terminasteis el colegio y todavía no la conozco. Voy a mandarle un mensaje a Taylor para sugerírselo.

–A mí también me gustaría conocerla –dijo Mary, que salía en aquel momento de la trastienda–. Puede que haga lasaña. A Taylor le encanta mi lasaña.

A Autumn, también. Iba a decir que eso sería estupendo, pero Caden la interrumpió.

–¡Ah, Mimi! Acabo de acordarme de que también tengo una cosa para ti.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que parecía una tarjeta de visita.

–La camarera que nos estaba atendiendo antes de que Quinn se ocupara de nuestra mesa dijo que había ido un hombre al restaurante, hacía poco, preguntando por una mujer llamada Bailey North. Pensó que, como tú llevas tanto tiempo viviendo aquí, tal vez la tía Laurie o tú supierais de quién se trata.

Autumn tomó la tarjeta para pasársela a su madre, pero le echó un vistazo antes de hacerlo.

–Drake D. Owens –leyó, en voz alta–. Es un detective privado de Atlanta. ¿Qué querrá de esta tal Bailey? ¿Tú la conoces? –le preguntó a su madre.

Mary tomó la tarjeta y la tiró.

–No. Por desgracia, no voy a poder ayudarlo.

–¿No deberíamos preguntarle a Laurie antes de tirar la tarjeta? –preguntó Autumn, a quien había sorprendido la rápida reacción de su madre. A ella le resultaba extraño que hubiera un detective privado buscando a alguien en Sable Beach, pues era algo que no sucedía a menudo.

–Si yo no la conozco, Laurie, tampoco.

–Pero… no conocéis a las mismas personas, ¿no?

–La mayoría sí son las mismas –dijo Mary. Señaló la papelera y añadió–: Pero, bueno, devuélveme la tarjeta. Le preguntaré.

Autumn la sacó de entre el resto de los papeles.

–Aunque Laurie no la conozca, a lo mejor Chris, sí, u otra persona –dijo, y miró a Caden–. ¿Taylor dijo a la camarera para qué necesitaba el señor Owens encontrar a Bailey North?

–Alguien le ha dejado dinero, o algo así. Sería una pena perderse eso, ¿no? –dijo Caden. Después, alzó la mochila–. Pero yo tengo que empezar con la página web. Shawn y Adrienne quieren ir a hacer surf después.

–Pero hoy es domingo, así que vas a ir a cenar a casa, ¿no?

Él hizo un mohín.

–Claro.

–Laurie te ha enviado un correo electrónico con una lista de cambios. ¿Lo has recibido? –le preguntó Mary a su nieto.

–Sí, pero quiero enseñarte lo que he hecho, para estar seguro de que es lo que queréis. Por eso he venido.

–Eres un buen niño –dijo Mary, sonriendo.

Sin embargo, Autumn tenía la impresión de que estaba disgustada por algo.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó a su madre, tomándola del codo antes de que se marchara con Caden.

–¿Yo? Claro. ¿Por qué me lo preguntas?

–Por nada, por nada –dijo Autumn.

No tenía ningún motivo en concreto, así que se dijo que debía de habérselo imaginado todo.

Mary asintió y sonrió mientras hablaba de la página web con su nieto, pero, en realidad, estuvo distraída todo el tiempo. Detestaba que el señor Owens hubiera aparecido en el pueblo y hubiera hecho circular su tarjeta. ¿A cuántos se la habría hecho llegar? Y ¿cuántos de los habitantes de Sable Beach se empeñarían en ayudar a que una desconocida recibiera su herencia?

Quería creer que la mayoría de la gente tiraría la tarjeta y se olvidaría del asunto, pero solo hacía falta que un buen samaritano quisiera hacer más. Con lanzar una sencilla búsqueda de Bailey North en Google, la gente empezaría a hablar, preguntándose si la mujer a la que buscaba el detective era la misma muchacha que había sido secuestrada por una pareja joven y rica que la había utilizado de niñera y criada, cuando el marido no la estaba usando para algo más.

Y no era difícil que alguien atara cabos y recordara que ella había

llegado al pueblo poco después de que Bailey escapara de sus secuestradores, que su comportamiento había sido tímido y esquivo durante unos años, hasta que había empezado a confiar en que, con los Skinner entre rejas, estaba a salvo.

Mary no quería que nadie viera la tarjeta de Owens. Eso despertaría la curiosidad en el pueblo.

–¿Qué te parece esto para la página de eventos? –le preguntó Caden, y ella se concentró en la pantalla.

–Me gusta.

–Bien. Laurie también quería que montara un sistema mejor para la página de noticias. Podemos hacerlo ahora.

–Queremos poder actualizarla nosotras mismas.

–He estado mirando las páginas web de otras librerías para ver cómo hacen este tipo de cosas, y he encontrado esta web. ¿Te gustaría hacer los anuncios en modo diapositiva, como hacen ellos?

–Sí, es muy atractivo –dijo Mary.

Le agradecía mucho la ayuda a su nieto, pero tenía que hacer un gran esfuerzo por asimilar la información nueva. Estaba demasiado preocupada.

–¿Me estás oyendo, Mimi?

Se sobresaltó cuando Caden le tocó el brazo.

–¿Qué, cariño?

–Si quieres aprender a actualizar tú misma las noticias, tienes que prestar atención. Cuando vuelva al colegio voy a estar muy ocupado, y a lo mejor tenéis que esperar si queréis que lo haga yo.

–Tienes razón. Te escucho –dijo Mary.

Sin embargo, sabía que era muy probable que lo olvidara todo rápidamente. Intentó anotar algunas cosas para memorizarlas. En cuanto Caden se marchó y Autumn se fue a una cita para una pedicura, ella entró en internet para ver cuánta información sobre Bailey North seguía circulando por la red, lo que iban a encontrar otros que hicieran la misma búsqueda.

En primer lugar, apareció un enlace de Wikipedia. Fue difícil leer su propia historia, y aún más difícil ver las fotografías de Jeff y Nora durante sus juicios. Iban impecablemente vestidos y estaban muy guapos, como siempre, pero sus rostros jóvenes irradiaban maldad. Y el artículo dejaba fuera tantas cosas…

Durante siete años, no le habían permitido ir al médico, ni al dentista, ni al colegio. Durante los primeros seis años la habían tenido encerrada en el sótano para que nadie lo supiera, y la castigaban constantemente. Al ver una foto de sí misma a los doce años, la fotografía que estaba en el folleto que había hecho circular su abuela materna para encontrarla, tuvo un enorme sentimiento de pérdida. No era más que una niña cuando Jeff la había violado por primera vez. Y,

cuando se quedó embarazada y Nora ya no pudo seguir diciéndose a sí misma que su marido no estaba manteniendo relaciones sexuales con ella, sus celos habían estallado. Ella había sido la más cruel de los dos, y eso era decir mucho.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, y recordó cuánto había intentado complacer a los Skinner mientras estaba con ellos, tratando de encontrar amor incluso en aquella situación. La peor parte de lo que había ocurrido era que ella hubiese sido capaz de comportarse con algo distinto a la repugnancia y el desprecio hacia el matrimonio, porque había sido como traicionarse a sí misma. Después de que la rescatara la policía, los medios de comunicación le preguntaron por qué no se había escapado cuando había tenido la oportunidad. Habían citado varios casos de los últimos tiempos del secuestro, cuando le habían permitido que fuera al supermercado o que abriera la puerta y, sin embargo, ella no había alertado a nadie.

No podían entender cómo se había apoderado de su persona todo lo que había pasado durante esos años, hasta qué punto la habían moldeado, y el miedo que tenía a fracasar en su intento de huida y empeorar la situación. Jeff la había amenazado con venderla a un traficante de mujeres y le había dicho que no volvería a ver a su hija, y ella lo había creído. Los psicólogos le dijeron que tenía el síndrome de Estocolmo, y ella pensó que era algo real, pero, en su casa, todo se reducía a la supervivencia y al viejo dicho de «Mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer».

Cuando, por fin, la rescataron, gracias a que Tammy le dijo algo a un vecino, ella tenía miedo a que la liberaran. Su abuela materna, la que tanto había hecho por encontrarla, había muerto durante el secuestro, y eso la dejaba con una madre drogadicta que ya era incapaz de cuidar de ella antes de que la secuestraran. Aunque ya tenía diecinueve años, no sabía cómo iba a mantenerse y a cuidar de Autumn.

Por supuesto, en el artículo de Wikipedia se mencionaba que podía haber escapado y se daban varios ejemplos, y eso hizo que se sintiera, una vez más, como si ella tuviera alguna responsabilidad en lo que le habían hecho. Culpabilizar a la víctima. Ya lo había experimentado, a pesar de que solo tenía doce años cuando la secuestraron. Ese era uno de los principales motivos por los que no quería que le recordaran nada de aquellos años. Ya era lo suficientemente horrible como para que, además, la hicieran sentirse culpable.

Miró otros enlaces, y terminó de comprobar que aún había mucha información sobre su secuestro. Además, algunas de las noticias mencionaban a su madre drogadicta y a los diversos hombres que habían servido de padrastro temporalmente, unos cuantos meses como mucho. Al igual que el hombre que la engendró, eran adictos a las

drogas. ¿Quién, si no, iba a soportar a una madre como la suya? Ella había llamado «papá» a tantos hombres cuando era pequeña, que ni siquiera recordaba los nombres.

Al leer un artículo que informaba de la muerte de su adorada abuela, Lillian, sintió una gran tristeza. Era la única que le había proporcionado estabilidad, y había muerto sin saber dónde estaba su nieta. Ojalá hubiera vivido lo suficiente para haber podido conocer a Autumn. Por Autumn merecía la pena cualquier sacrificio. Lo que la había salvado era el amor que sentía por su hija.

Y también podía decir eso por Tammy.

Después de unos instantes, se sacó del bolsillo el teléfono móvil y abrió el contacto que había creado para ella. Tammy, sin apellidos.

Se quedó mirando el número varios minutos. Después, miró la hora: las seis de la tarde. Podía cerrar la librería, por fin.

Se acercó a la puerta y giró el cartel, cerró con llave y bajó las persianas del escaparate delantero. Después, fue a la puerta trasera, por si acaso volvían Laurie o Autumn, y se quedó de pie para hacer la llamada, porque estaba demasiado nerviosa como para sentarse. El teléfono sonó un par de veces.

–¿Diga?

Respondió una voz femenina. ¿Era Tammy? Había pasado tanto tiempo, que ya no reconocía su voz. Por supuesto, Tammy ya era adulta, así que su voz ya no se parecería en nada a la que ella conocía…

–¿Hola? –dijo, de nuevo, la mujer–. ¿Hay alguien ahí?

Mary había ocultado su número, así que Tammy no podía saber que era ella. Sin embargo, bajó la voz y preguntó:

–¿Bailey? ¿Eres tú?

Mary sintió tanto pánico, que colgó.

Taylor no sabía cómo abordar el asunto que quería tratar. Sierra y ella podían hablar prácticamente de cualquier cosa. Todo fluía de una forma natural, como si se conocieran desde siempre. Sin embargo, parecía que aquel asunto estaba fuera de los límites, y a ella le daba miedo sacarlo a relucir por si echaba a perder el vínculo especial que estaban formando.

Estaba empezando a interesarse de nuevo por la vida, a superar la pérdida de su padre y a recuperar la relación con su hermano y su madre. Y con Mimi. Ni siquiera el embarazo le parecía algo tan terrible como había pensado al principio. Gracias a Sierra.

–Me gusta el nombre de Leila si es niña. ¿A ti qué te parece? –preguntó su amiga.

Las dos tenían sus ordenadores portátiles y estaban en la habitación

de Sierra, sentadas en la cama. Estaban escuchando un disco de Bread en un fonógrafo, y el vinilo, negro y brillante, giraba bajo la aguja a su lado. Había que cambiar el álbum cuando terminaba, y eso podía ser una pesadez, pero a Sierra no le importaba, y a ella le gustaba volver al pasado.

Mientras escuchaban la música y Sierra le preguntaba por los nombres de bebé que estaba encontrando en diferentes páginas web, ella estaba buscando ropa de bebé y otros accesorios, sobre todo, para calmar su nerviosismo y la preocupación que sentía al pensar en decírselo a Mimi y a su madre.

–Es bonito –dijo–. Me gustan los nombres que empiezan por ele. Lacy también estaría bien.

Giró el ordenador portátil para enseñarle a Sierra una colcha.

–Si es una niña, me encantaría tener esto. ¿A que es bonita?

Sierra la miró con atención.

–Es cara.

–A lo mejor me la regala Mimi.

–Puede que sí. ¿Es plateada y rosa? ¿Son esos los colores que te gustarían para la habitación del bebé?

–No lo he decidido. Solo me parece bonita.

–Sí, es bonita.

Taylor la miró de reojo.

–¿A ti te parece bien el rosa?

–Sí, claro. ¿Por qué no?

Taylor se apoyó en el cabecero de la cama.

–No me pareces la típica persona a la que le guste el color rosa.

Tenía la esperanza de que Sierra aprovechara aquel comentario para declarar cuál era su sexualidad. Normalmente, no le gustaban las cosas femeninas. Elegía colores fuertes, oscuros, y actividades arriesgadas. Taylor se estaba volviendo loca, buscando pistas, preguntándose, tratando de averiguarlo.

–A mí no me gusta el rosa, pero a ti, sí –dijo Sierra–. Y a mí me gustas tú.

Como de costumbre, eso no tenía nada de concluyente. Estuvo a punto de presionarla, preguntándole: «¿Cuánto te gusto? ¿Y de qué manera?». Sin embargo, su teléfono sonó en aquel momento.

–¿Es ese Oliver otra vez? –preguntó Sierra.

–No, gracias a Dios. Me siento culpable por no haberle dicho lo del bebé.

–Como eres tú la que va a tener que pasar el embarazo y el parto, creo que te mereces un poco de tiempo para acostumbrarte a la idea y tomar ciertas decisiones antes de hablar con él.

–¿No crees que he sido demasiado egoísta?

–No. Para él no va a cambiar nada si se lo dices más tarde, ¿no?

–No, supongo que no.

Taylor leyó el mensaje del teléfono.

–Es mi madre. Quiere que te invite a cenar. Mi abuela va a hacer lasaña.

Taylor no estaba segura de si quería que su familia conociera a Sierra. Sin embargo, a medida que ella la conocía más y más, quería que Sierra entrara en contacto con la gente a la que amaba, y más confiaba en que la gente a la que amaba viera todo lo bueno de Sierra.

Irónicamente, a medida que ella se abría más a la idea, parecía que Sierra se volvía más reacia. Siempre sugería que fueran a su casa o a la playa, pero a ningún otro sitio. Ni siquiera había querido pasar por la librería.

¿Era porque no quería conocer a su madre y a su abuela?

–Creo que no –dijo Sierra–. No puedo comer lasaña. Tiene carne y queso.

–Mi abuela puede cocinar con sustitutos. Me dijiste que hay un buen sustituto para las salchichas cuando quieres comer carne.

–Sí, pero yo debería hacerle la cena a mi padre. Generalmente, las noches son mucho mejores si hay mucha comida caliente esperándolo cuando llega a casa.

Era domingo, así que Taylor sabía que su padre no había ido a trabajar. Sierra le había dicho que estaba con un amigo, mirando motos en Richmond.

–¿No te importa cocinar para él?

–No. No tiene muchas cosas buenas en la vida. Si cocino, es menos probable que salga a beber.

–Pero está en Richmond. ¿Sabes si va a llegar a casa a tiempo para cenar?

Sierra la miró con atención. Tenía una expresión escéptica, pero, al final, dijo:

–No, supongo que no. Bueno, si crees que es buena idea, iré.

–¿Y por qué no iba a ser buena idea?

–No sé si le voy a caer bien a tu familia.

–Por supuesto que sí. A Caden ya le caes bien.

Sierra hizo un gesto negativo.

–No, ya no. Casi no me habla.

–Está celoso de que pase tanto tiempo contigo y no esté más con él.

–¿Por eso te ha invitado a comer hoy?

–Sí.

–¿Y de qué habéis hablado?

–Le hablé del bebé.

Sierra se levantó de un salto de la cama.

–¿En serio? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cómo ha reaccionado? No se lo dirá a tu madre, ¿no?

–No, no. Él nunca haría eso. Se lo tomó bien, pero no le he contado que Oliver es el padre.

–¿Y cómo evitaste decírselo?

–Le pedí que me concediera tiempo para asimilar la noticia antes de entrar en detalle. Ahora mismo, está tan impresionado que respeta mis deseos e intenta apoyarme.

–Qué majo.

–Es un buen hermano –dijo Taylor.

Sin embargo, no estaba segura de que pudieran conservar aquella paz. Había dejado que creyera que ella no era lesbiana al permitirle hacer esa suposición, y no estaba enteramente convencida de que no fuera cierto. Nunca había tenido aquel sentimiento de amor con nadie y, la primera vez que lo experimentaba, era con una chica.

–Entonces, ¿vas a venir a cenar?

Sierra cerró el ordenador portátil y lo puso en su escritorio.

–Si de verdad quieres que vaya, sí.

Capítulo 16

Taylor observó la expresión de su madre cuando le presentó a Sierra, buscando pistas de su reacción. No tenía miedo de que Autumn fuera maleducada. Sabía que su madre iba a ser amable, pasara lo que pasara. Pero no quería que fuera amable solo por educación, sino que estuviera abierta a conocer a Sierra, a apreciarla de verdad.

–He oído hablar mucho de ti –dijo su madre–. Taylor ha disfrutado mucho conociendo a una amiga tan buena.

¿Estaba decepcionada por los *piercings* y los tatuajes de Sierra? ¿Juzgaba a su padre por haber permitido que se los hiciera? Ojalá Sierra se hubiera puesto manga larga. Sin embargo, hacía tanto calor y la humedad era tan alta que habría sido absurdo.

–A mí también me ha encantado conocerla –dijo Sierra.

Mimi salió de la cocina, donde había estado haciendo lasaña con sustitutos de carne y con berenjena, para que Sierra pudiera comerla. Por el aroma de la comida, que estaba por toda la casa, ella supo que estaba casi hecha.

–¡Así que tú eres Sierra! Me alegro mucho de conocerte. Taylor habla todo el rato de ti. ¿Cómo estás?

–Muy bien –dijo Sierra, y le tendió la mano a su abuela.

Mimi sonrió y la tomó entre las suyas, en vez de estrechársela.

–Espero que tengas hambre, porque he preparado mucha comida.

–Huele muy bien.

Sierra estaba incómoda, cosa que tomó a Taylor por sorpresa, porque parecía que siempre estaba tranquila en todas las situaciones. Si notaba que no le caía bien a alguien, se alejaba y no trataba de hacerle cambiar de opinión. Sin embargo, aquella noche no tenía esa actitud.

–Hola, Sierra –dijo Caden. Apagó la consola de videojuegos y se levantó del sofá–. Penn me ha dicho que te vio en moto el otro día. No sabía que tuvieras moto.

Sierra vaciló, como si supiera que aquel no era un buen tema de conversación para sacar delante de los padres.

–Es de mi padre –explicó ella–. Se le había olvidado la comida en casa, y le dije que se la llevaría en la moto.

Caden silbó con envidia.

–Vaya, a mí me encantaría tener una.

–Ni hablar –dijo Mimi–. Ni lo sueñes.

Taylor le lanzó a Caden una mirada de advertencia para que cambiase de tema, pero él estaba mirando a Sierra.

–¿Tienes carné de moto?

–No, de moto no, pero he recibido clases –dijo Sierra, tratando de hacer que sonara mejor–. Y nunca voy lejos. Normalmente, siempre voy por carreteras secundarias.

Aunque Taylor había ido en moto varias veces con Sierra, Sierra no lo mencionó. Taylor sabía que a su madre y a su abuela les iba a parecer mal. En realidad, era parte de la emoción de ir en moto.

–Pero es peligroso –insistió Mimi.

–Seguro que es buena conductora, o su padre no lo permitiría –dijo Autumn, con un suave tono de voz que detuvo a Mimi–. ¿Te apetece tomar algo, Sierra?

Sierra aceptó una Coca-Cola y, mientras ponían la cena en la mesa y se sentaban a comer, contestó un millón de preguntas sobre dónde había nacido, dónde había vivido, por qué habían acabado su padre y ella en Sable Beach, en qué trabajaba su padre… Taylor se sintió aliviada al ver que nadie le preguntaba por su madre. Ya les había explicado que no formaba parte de la vida de Sierra, así que les agradecía que no la pusieran en una situación incómoda.

–¿Y a qué universidad quieres ir? –le preguntó Autumn, cuando terminaron de cenar.

–Todavía no estoy segura –dijo Sierra, y le dio una suave patada a Taylor por debajo de la mesa. Taylor supuso que quería asegurarle que su plan de irse a Tampa con ella seguía en pie.

Mimi empezó a recoger los platos de la mesa.

–¿Cuál es tu asignatura favorita del colegio?

–Me gusta el arte, así que supongo que estudiaré diseño gráfico. Algo en lo que pueda trabajar desde casa. Quiero tener mi propia empresa.

–Siempre es bueno ser tu propio jefe –dijo Autumn–. Pero… ¿no será difícil encontrar clientes?

–No necesariamente –dijo Sierra–. Ese tipo de trabajo tiene mucha demanda, y podría conseguir los proyectos por internet.

Autumn sonrió.

–Parece que sabes mucho del asunto y lo tienes bien meditado y resuelto.

–Eso espero.

Taylor observó con atención a su madre. ¿Había sido sincero su comentario? ¿Le caía bien Sierra?

Tomaron *brownies* veganos de postre y, por fin, la conversación dejó

de estar centrada en Sierra. Caden dijo que era genial que Quinn Vanderbilt les hubiera invitado a comer en The Daily Catch, y Sierra preguntó por la cafetería que iban a abrir Mimi y Laurie en la librería. Ella le había avisado de que aquel sería un buen tema. Su madre habló de la recaudación de fondos.

Después de cenar, Sierra se quedó a ver una película. Caden se sentó con ellas, pero Autumn y Mimi se quedaron en la mesa de la cocina, trabajando en el evento de recaudación de fondos. No les estaban prestando atención, pero, cuando terminó la película, Taylor se dio cuenta de que Sierra estaba deseando irse a su casa.

–Estoy bastante cansada –dijo Sierra–. Creo que me voy ya.

–De acuerdo.

Todos se despidieron de ella, diciéndole que se alegraban mucho de que hubiera ido a cenar. Ella les agradeció la cena y dijo que estaba deliciosa. Después, Taylor la acompañó a la calle.

–¿Estás bien? –le preguntó, cuando llegaron junto al coche del padre de Sierra, que estaba aparcado delante de la casa.

Él le había dejado que se lo llevara, diciendo que, si tenía que salir, utilizaría la moto. Taylor estaba empezando a darse cuenta de que el señor Lambert no era tan malo. Tenía sus defectos, pero, por lo menos, se había ocupado de ella y le había dado un techo, comida y ropa.

–Estoy bien, sí –dijo Sierra. Sin embargo, Taylor tenía la impresión de que no se lo había pasado muy bien, realmente.

–¿No te ha gustado conocer a mi familia?

Sierra se sentó tras el volante y arrancó el motor. Antes de cerrar la puerta, bajó la ventanilla.

–Tu familia es estupenda.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Nada.

–Pues yo creo que sí pasa algo. ¿Por qué no me lo dices?

Sierra se mordió el labio y se puso a mirar en dirección a la playa, por el parabrisas.

–Podemos decirnos cualquier cosa, ¿no te acuerdas? –insistió Taylor.

–Tienes mucha suerte de que tu familia te quiera tanto.

–Sí, ya lo sé. Yo también los quiero. Pero ¿por qué es eso es un problema?

Sierra suspiró.

–Porque creo que me he estado engañando a mí misma todo el tiempo.

–¿En qué sentido?

–Nunca voy a encajar contigo, ni con ellos. Es mejor que lo asuma.

–¿De qué estás hablando? Tú no tienes por qué encajar. La gente te aceptará como eres, y eso incluye a mi familia.

–Eres muy buena por decir eso, pero las cosas no son siempre así. Sobre todo, cuando te importa.

–No lo entiendo. ¿Qué es lo que te importa?

Sierra puso la marcha atrás.

–Si me importas tú, tendrán que importarme ellos, y tendré que caerles bien y estar a tu altura, o lo que sea.

Taylor se irguió y soltó el borde de la ventanilla.

–Tú estás a la altura de cualquiera, eres la mejor persona que he conocido. ¿Por qué dices todo esto?

–¿De verdad no entiendes lo que estoy diciendo? Soy diferente, Taylor. Aunque tú no quieras reconocerlo, ellos ya lo ven, y no querrán que tú seas diferente como yo.

Sierra cerró la puerta y se marchó.

Estaba saliendo el sol mientras Quinn esperaba en el puesto de los socorristas, sin saber si Autumn aparecería aquella mañana.

La noche anterior se había contenido y no le había enviado ningún mensaje, y había decidido, después de debatir consigo mismo durante dos horas, que iba a dejarla en paz. Ella no estaba en situación de empezar una relación nueva, y se lo había dicho con claridad. Y lo cierto era que, aunque él quería estar con ella y la había perseguido, él tampoco lo estaba.

Era terrible ver sufrir a su madre y saber que podría perderla durante los próximos meses, pero, al menos, se había librado de las explosiones emocionales de Sarah, que no habían cesado en veinte años de matrimonio con ella. No tenía que soportar que gritara, que tirara objetos a la televisión, que apareciera para avergonzarlo en su oficina, que le exigiera más de lo que él podía darle.

Pero tenía cuarenta años y siempre había querido tener una familia, y Autumn tenía algo que le resultaba difícil de resistir. No era su belleza, aunque ahora estaba aún más guapa que durante el instituto. Era su estabilidad, su normalidad. Su marido había desaparecido hacía más de dos años y, aunque seguro que todo aquel misterio habría sido muy difícil de soportar, ella no se había desmoronado. Aunque era fuerte, también era vulnerable y abierta a la vez, y todo eso formaba una combinación, atrayente, sobre todo, para alguien que había vivido con una esposa tan inestable.

Sarah pasaba de la risa a los gritos en un segundo, y él nunca había conseguido hacerla feliz, algo que siempre le había causado frustración e impotencia. Cuanto más lo acusaba ella de no quererla, más difícil le resultaba a él convencerla de que sí, hasta que quedaron encerrados en un terrible círculo vicioso en el que las palabras se convirtieron en una profecía.

Al final, él se había cansado tanto de que le exigiera pruebas de amor y lealtad, de que le exigiera que se alejara de sus familiares y amigos y se dedicara exclusivamente a ella, que había sabido que no podían seguir casados, y estaba buscando la manera de salir de la situación. Y ella notó que se estaba escabullendo. Fue esa supuesta traición lo que provocó el apuñalamiento.

Apareció una figura a lo lejos. Caminaba hacia él.

Era Autumn. Había decidido ir.

Quinn se sintió feliz, emocionado. Era algo que no había sentido desde hacía mucho tiempo, y acabó con todas sus dudas. Solo tenía una hora para estar con ella, y no iba a permitir que nada lo echara a perder.

Salió a su encuentro y sonrió aún más cuando ella lo miró. Autumn le devolvió la sonrisa, y él se dio cuenta de que estaba sintiendo cosas parecidas a él. Le tendió la mano, y ella se mordió el labio, vacilando. Él entendió sus dudas. Caminar por la playa tomados de la mano era algo distinto a un beso apasionado en el coche o en el mar. Era distinto a mantener relaciones sexuales, si solo eran para obtener placer físico y desahogo.

Él le estaba pidiendo que permaneciera abierta a la posibilidad de permitirle que fuera algo más que un amigo, y los dos lo sabían.

–Autumn –dijo él, finalmente–. Si Nick te quiso de verdad, y yo no dudo que fuera así, no querría que estuvieras sola, sobre todo, si hay alguien que sería bueno contigo.

A ella se le cayó una lágrima por la mejilla y, al verlo, a Quinn se le encogió el estómago. Pensó que iba a rechazarlo. Sin embargo, Autumn se secó la lágrima y le dio la mano.

Él se llevó sus nudillos a los labios y se los besó.

–No te voy a presionar –le dijo–. Vamos a ir paso a paso, poco a poco, y ya veremos adónde va todo esto.

–No estoy preparada para que mis hijos o mi madre sepan que… estoy saliendo con alguien –respondió ella.

–Lo entiendo. Será el secreto mejor guardado de Sable Beach.

–No es fácil guardar un secreto en este pueblo. Si lo conseguimos, seremos los primeros –bromeó Autumn.

Quinn se rio, pero, después, pasearon en silencio hasta el lugar donde se habían detenido para ir a nadar el día anterior.

–Gracias por invitar a Taylor y a Caden a comer en tu restaurante –le dijo ella–. Yo no sabía que habían ido allí. No los envié para que…

–Sé que nunca harías eso –dijo él, y se sentó en la arena, de cara al amanecer.

Cuando Autumn se sentó a su lado, le ofreció de nuevo la mano, y ella la tomó con más facilidad y se acercó más a él.

–Me puse muy contento al saber que estaban allí. Entiendo que

preferirías mantenerlos separados de mí, por si lo que hay entre nosotros no funciona, o algo parecido. Así, nuestra relación no afectará a sus vidas. Pero estoy feliz de haber podido conocerlos.

–A ellos les sorprendió que les invitaras a comer y sacaras tantos platos.

–No tienen ni idea de que su madre me gusta.

Autumn miró al cielo.

–¿Crees que estamos locos por intentar esto?

–No. Creo que estaríamos locos si no lo intentamos.

Ella asintió.

–Bueno, y ¿qué te parecieron Taylor y Caden? ¿Te cayeron bien?

–Sí, claro. Son unos niños estupendos. Tienes suerte de tenerlos.

Ella se relajó y comenzó a hacer una montañita de arena.

–¿Tú nunca quisiste tener hijos?

–Sí, pero… no pudimos. Sarah era infértil.

–Oh, no lo sabía… lógicamente. Lo siento.

–No se lo he dicho a nadie salvo a mis padres. No quería que ella se sintiera avergonzada o… menos que los demás.

–Eres muy bueno.

–También fui un poco egoísta. No quería empeorar mi situación. Creo que el hecho de no poder concebir fue uno de los principales motivos de nuestra infelicidad.

Él también se había sentido decepcionado, pero estaba muy ocupado tratando de convencerla de que no le importaba.

–Esto tuvo que ser muy duro para alguien que sí quería tener hijos. ¿Nunca os planteasteis la adopción?

–Sí, yo quería adoptar niños. Intenté convencerla en varias ocasiones, pero ella se negó. Decía que era un riesgo muy grande, porque podríamos terminar con un niño endemoniado. Y, si yo hubiera insistido mucho, ella habría pensado que no era feliz tal y como estábamos, y eso nos habría costado muchas peleas.

–Sé que las cosas fueron muy mal al final de vuestro matrimonio, pero… ¿no fuiste feliz nunca?

Él recordó los primeros años. No habían sido tan horribles.

–Nuestro matrimonio iba bien hasta que empezamos a intentar tener hijos.

–Entiendo –dijo ella, mientras seguía jugando con la arena–. Y… ¿no te gustaría tener un hijo ahora, en esta otra etapa de tu vida? Es decir, si encontraras a la mujer idónea.

Él le dio un codazo.

–¿Estás intentando averiguar en qué te metes?

Ella enarcó las cejas.

–Mi hijo menor tiene dieciséis años, Quinn. Sería una decisión enorme.

–No te adelantes tanto, Autumn. No estarías obligada a tener un hijo conmigo. Eso no es un requisito para todo lo que espero que ocurra entre nosotros.

Quinn no pudo resistirse más. La tendió en la arena y la atrapó bajo él.

–Aunque, si quisieras, no me quejaría.

Esperaba que ella le dijese que no podía prometerle nada. Acababa de decirle que iban a tomarse las cosas con calma, y hablar de tener un bebé no era precisamente cumplir esa promesa. Tampoco lo sería quitarle la ropa en aquel momento. Pero ella no lo empujó para apartarlo. Se miraron a los ojos unos segundos, y Autumn dijo:

–Parece que he estado enamorada de ti toda la vida. ¿Cómo voy a resistirme a eso?

El alivio y la emoción que sintió lo dejaron sin aliento. Nunca había tenido aquella sensación tan embriagadora.

–Espero que no lo intentes –le dijo, y bajó la cabeza para besarla.

Autumn estaba haciendo el amor con un hombre que no era su marido, en la playa. Se habían quitado los bañadores y el cuerpo de Quinn estaba entre sus piernas.

Ella nunca había hecho nada parecido en un espacio público. No había nadie en toda la playa, pero, aun así…

Nick era demasiado correcto como para permitirse muestras de afecto en público. Nunca la había acariciado de un modo sexual fuera de su dormitorio. De hecho, durante los últimos meses, él estaba tan preocupado con su trabajo, que pasaban más de una semana sin mantener relaciones sexuales. Necesitaba aquello. Lo deseaba.

Sin embargo, en parte estaba horrorizada por ser tan imprudente e impúdica. Ya no era una adolescente. Por un instante, pensó en detenerse, pero estaba tan llena de deseo que supo que nunca olvidaría aquella experiencia.

La suave camiseta de Quinn le servía de manta, olía a mar, se oían las rolas rompiendo en la orilla…

Y Quinn, que ya no era un muchacho. Lo que habían hecho en la casa del árbol seguía siendo uno de sus recuerdos favoritos de todos los tiempos, pero aquella segunda experiencia con él era algo distinto. Quinn estaba completamente dedicado a demostrarle cuánto la deseaba, y eso le produjo una sensación de victoria.

Al mismo tiempo, supo que había perdido la batalla que había estado librando consigo misma, que había roto uno de los últimos vínculos que aún tenía con Nick: el de la fidelidad. ¿Estaría destruyendo algo precioso y sagrado? Sabía que, en el fondo, seguía queriendo a su marido.

Sin embargo, Nick se estaba convirtiendo en una parte del pasado, en un recuerdo cada vez más difuso, y Quinn estaba vivo y era capaz de acariciarla, de reírse con ella, de compartir el presente.

Cerró los ojos mientras él la acometía con más fuerza, y se deleitó con sus caricias al tiempo que palpaba sus músculos y su piel suave. Quería memorizar hasta el último detalle por si acaso aquella era la única vez que estaban juntos antes de que la vida interviniera y los separara. No confiaba en lo que estaba sucediendo. Era demasiado bueno para durar.

–¿Estás bien? –le preguntó él, con la voz ronca.

Su forma de hacer el amor se había intensificado tan rápidamente que ella entendió por qué se sentía inseguro.

–Sí, estoy bien –le respondió, con un jadeo–. Esto es… estupendo.

Él sonrió.

–Gracias a Dios –murmuró.

Ella intentó reírse, pero le faltaba el aliento.

–Después de esto, nos lo tomaremos con calma –dijo él, en broma, refiriéndose a la promesa que le había hecho unos minutos antes.

De nuevo, Autumn trató de reírse.

–Ayúdame a olvidar –le pidió, a medida que empezaba a aumentar la tensión, como la promesa de una liberación increíble–. Haz que lo olvide todo.

Al oír aquello, él se detuvo un instante, y le apartó el pelo de la cara.

–No hay que olvidar nada, Autumn. No estás haciendo nada malo, y yo no voy a quitarte nada, no voy a destruir lo que tuviste con Nick. Solo quiero que confíes en que lo que podemos tener tú y yo sería igual de bueno.

Después de eso, él se dedicó a demostrárselo. Y, cuando terminó, Autumn tuvo que admitir que la había convertido en una creyente.

Capítulo 17

Lo primero que vio Autumn cuando llegó a su apartamento fueron las botas de agua de Nick, en el rincón de siempre. Las miró durante mucho tiempo, con un repentino sentimiento de culpabilidad, de desesperación e incertidumbre. ¿Qué había hecho? Había tenido una maravillosa experiencia íntima con otro hombre y, después, ambos se habían vestido y se habían sentado juntos a ver el amanecer. Se había sentido muy cerca de Quinn. Lo que habían hecho no había tenido nada de chabacano ni sucio. Había sido conmovedor e intenso, y la había llenado de esperanza, como si tuviera una vida nueva por delante y pudiera alcanzar la felicidad.

Pero… ¿había sido infiel a su marido?

Al ver las otras pruebas de la existencia de Nick a su alrededor, sus libros jurídicos en la estantería, la fotografía de la familia que había sobre la cómoda, la ropa que había dentro de los cajones de aquella cómoda, que ella había lavado y doblado muchísimas veces, se preguntó qué iba a hacer.

No podía dejar de ver a Quinn. Era como si fuesen el uno para el otro.

Tomó el teléfono móvil y llamó al señor Olynyk a través de WhatsApp. Quería preguntarle si, por fin, había conseguido hablar con aquel amigo que había mencionado en sus conversaciones previas y que, supuestamente, había visto a Nick hacía varios meses.

–Me temo que no tengo mucho que decir, señora Divac. Lo siento –dijo él, después de saludarla–. Este hombre me llevó con otro que forma parte del Batallón Azov, que opera cerca de Travneve, un pueblo pequeño que está junto a la frontera este. Este otro hombre cree que habló con su marido hace casi dieciocho meses, en otoño, poco después de que Nick llegara aquí.

A ella se le formó un nudo en el estómago. ¿Qué esperaba oír? ¿Que había pruebas de que Nick estaba vivo y, tal vez, pudiera volver? ¿O de lo contrario? El mero hecho de que se le pasara por la cabeza la segunda posibilidad hizo que se sintiera muy mal, muy desleal hacia Nick y hacia sus hijos, que querían y necesitaban a su padre. Estiró el cuello e intentó soportar el estrés de la situación.

–¿Y?

–Dijo que su marido estaba haciendo preguntas sobre armas que creía que habían llegado de Rostov.

Rostov era una base militar de Rusia. Ella lo sabía por todo lo que había investigado aquellos meses. Estaba a cuarenta y cinco kilómetros de la frontera rusa, y había salido en las noticias.

–Allí es donde los rusos entrenaban a los soldados separatistas.

–Creo que siguen haciéndolo. Pero están tan concentrados en conseguir que la Unión Europea suavice las sanciones que les están causando tanto perjuicio económico, que deben tener cuidado.

–¿Y alguno de los hombres con los que ha hablado tiene alguna idea de dónde fue Nick después de Travneve?

–No. Y no encuentro a nadie que lo sepa. Mi socio ha estado repartiendo la fotografía de su marido por todos los pueblos de la frontera, que es el último sitio donde fue visto, pero nadie ha dado ninguna información.

Había habido más de trece mil muertos desde el comienzo del conflicto. ¿Sería Nick uno de ellos?

–Es casi julio –dijo.

–Sí. ¿Qué quiere que haga?

La última vez que habían hablado, ella le había dicho que el último mes sería junio.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Oyó que se abría la puerta de abajo. Alguien iba a verla.

–Solo junio –reiteró, rápidamente, y colgó justo cuando su hija entraba en la habitación.

–¿Ya estás despierta? –le preguntó Taylor, que se había quedado sorprendida al verla completamente vestida.

Autumn no se había quitado el traje de baño después de volver de la playa. Estaba seco porque Quinn y ella no se habían bañado. Se habían quedado juntos, tomados de la mano, contemplando el amanecer; seguramente, porque estaban muy sorprendidos por la intensidad con la que habían hecho el amor y por lo unidos que se habían sentido después.

–Estaba pensando en ir a bañarme a la playa. Pero, ya que estás despierta, si quieres podemos ir a hacer yoga a la playa.

–No –dijo Taylor, frunciendo el ceño–. Hoy, no. No he dormido bien.

Con las palabras del señor Olynyk resonándole en los oídos, Autumn se sentó en la cama y dio una palmadita en el colchón, a su lado. Había dado por terminada la búsqueda de Nick, y sus hijos no lo sabían. Tal vez debiera consultárselo primero. Todos eran parte de la misma familia y deseaban que Nick volviera a casa.

–Ven aquí. ¿Ocurre algo?

Taylor, con cara de preocupación, le preguntó:

–¿Te ha caído bien Sierra?

–Sí –dijo ella, en serio–. Me ha parecido inteligente y agradable. Y te cuida. La vi ponerte su último trozo de lasaña en tu plato. Dijo que estaba demasiado llena, pero creo que estaba asegurándote de que tuvieras suficiente, ya que es tu comida favorita. Fue muy especial, una prueba de su afecto por ti.

–Sí, yo también me di cuenta de eso.

–Tiene que ser muy agradable. A todos nos vendría bien que nos cuidara alguien, ¿verdad?

–Sí, es agradable –dijo Taylor y, por fin, Autumn vio una pequeña sonrisa en sus labios.

Sin embargo, volvió a ponerse seria, y le preguntó:

–¿Alguna vez has tenido una amiga así?

–¿Alguien que fuera mi mejor amiga? Sí, claro. Sigo en contacto con algunas de las chicas a las que conocí en el instituto y en la universidad, pero me casé joven y te tuve a ti enseguida. Y, cuando cambió mi perspectiva, fuimos separándonos. Es difícil mantener relaciones a distancia, sobre todo, cuando la gente sigue con su vida y empieza a estar muy ocupada. ¿Por qué? ¿Qué pasa? No me digas que Sierra y tú os habéis peleado.

–No, no. Es que me dijo una cosa que me molestó un poco.

–¿Qué te dijo?

–Que ella es diferente, y que tú te habías dado cuenta.

–Bueno, me fijé inmediatamente en sus tatuajes y sus *piercings*.

–Y no te gustaron.

–Yo preferiría que tú fueras mayor antes de tomar ese tipo de decisiones, pero nunca he creído que esas formas de expresarse uno mismo signifiquen que una persona es mala.

–¿Y si no se trata solo de los tatuajes y los *piercings*?

–¿Qué quieres decir?

–Creo que Sierra… ya sabes… no es como las otras chicas.

–¿En qué sentido?

–Creo que… que le gustan las chicas.

–Es lesbiana.

–No lo sé con certeza. No lo ha dicho explícitamente. Pero a mí me lo parece, y me pregunto qué pensarías si fuera cierto.

–Deja que te pregunte una cosa. ¿Tú crees que la gente elige su sexualidad?

–No. Pero, aunque la eligiera, pienso que no es asunto de nadie más.

–Yo, tampoco.

–Entonces, no te importaría que Sierra fuera lesbiana.

Autumn trató de encontrar las palabras más adecuadas. Era obvio que aquello significaba mucho para su hija. A Taylor se le habían

llenado los ojos de lágrimas.

–¿Sierra es buena persona?

–Es la mejor persona que he conocido.

–Entonces, debe de ser una buenísima amiga.

Taylor asintió. Parecía que estaba más contenta.

–¿Y qué te parecería que yo me hiciera un tatuaje?

–¿Quieres decir antes de cumplir dieciocho años?

–Este verano.

Autumn le pasó un brazo por los hombros a su hija y la estrechó contra sí.

–Con eso sí tengo problemas –dijo, y ambas se echaron a reír.

Mary estaba ocupándose de la caja en la librería cuando sonó el teléfono. Autumn aún no había llegado, pero Laurie, sí, y estaba reorganizando la trastienda para hacer sitio, porque iba a llegar un envío muy grande aquella tarde.

–Beach Front Books –respondió.

–Perdone, ¿es usted… es usted Mary Langford?

A ella se le aceleró el corazón. Era la voz de una mujer, y estaba muy segura de que la reconocía. Sin embargo, no podía creerlo. Tal vez estuviera paranoica. Así pues, dijo:

–Sí, soy yo.

–Soy Tammy.

Estuvo a punto de caérsele el teléfono. Claramente, el señor Owens le había mentido al decirle que había protegido su identidad. Le había dado a Taylor su número de teléfono, la dirección de su librería y le había dicho cuál era su nombre nuevo. Tenía sentido. Después de todo, Tammy le había pagado para que la encontrara.

–Por favor, no cuelgues –le pidió Tammy, al ver que Mary vacilaba.

Mary miró hacia atrás. No quería tener aquella conversación con Laurie cerca. Se lo había contado casi todo y, seguramente, iba a contarle aquello también, pero más tarde, cuando hubiera podido asimilarlo todo, y no cuando todavía estaba aterrorizada por la posibilidad de que no pudiera proteger todo aquello por lo que tanto había trabajado.

–No… no quiero hacerte ningún daño –le dijo Tammy–. Me gustaría hablar. Te echo de menos. Te he echado mucho de menos.

A Mary se le encogió el pecho.

–Ni siquiera puedo imaginarme lo que estás sintiendo ahora –prosiguió Tammy–. Lo que te hicieron mis padres fue… impensable, imperdonable. Entiendo perfectamente que no quieras saber nada de mí. Pero nadie entiende cómo fue mi infancia. Y yo quería tanto a Autumn… Es mi hermanastra, la única familia de sangre que tengo, en

realidad, y no la he visto desde que tenía tres años. Estaría tan agradecida si pudiera cambiar eso… si pudiera veros a las dos otra vez… Yo siento que tú eres mi única familia de verdad.

En aquel momento, Laurie salió de la trastienda y, al ver la expresión de Mary, se quedó helada.

–¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

Los tres clientes que había en la tienda alzaron la vista, y Mary sonrió forzadamente.

–Nada. Todo va bien. Es que… ha llamado una persona que quiere un libro antiguo que forma parte de un coleccionable, y le estoy explicando que no tenemos ese tipo de cosas.

–¿Le has hablado de esa tienda *online*? A lo mejor ellos lo tienen. ¿Cómo se titula el libro?

–Le he dicho que probara en Abe –respondió ella–. Y yo también lo voy a buscar –añadió–. Y volveré a llamarlo –añadió, hablando con su interlocutora y usando a propósito el pronombre equivocado para no dar pistas a Laurie–. Nos pondremos en contacto con usted si… si hay algún cambio.

–Siento haber llamado en un mal momento –dijo Tammy–. No quiero asustarte ni molestarte…

–Sí, veré lo que puedo encontrar –dijo Mary, y colgó.

Laurie la estaba mirando mientas Heather Mannefort llevaba una pila de novelas románticas al mostrador.

–¿Has encontrado todo lo que querías? –le preguntó Mary, tratando de mantener la calma.

–Eso espero –respondió Heather–. Pero, aunque no fuera así, tendría que parar. Mi marido me compró un lector electrónico para no tener que poner más estanterías, dice que estamos nadando en libros, pero a mí me encanta la sensación de tener un libro entre las manos. Parece que no puedo asimilar el cambio.

–A mí siempre me han encantado los libros –dijo Mary. Seguramente, su sonrisa era demasiado entusiasta mientras preparaba el ticket de Heather, y Laurie, que la conocía bien, iba a darse cuenta.

Sin embargo, después de Heather se acercaron otros dos clientes a la caja y, en vez de quedarse esperando, Laurie volvió a su trabajo. Por suerte, Mary tuvo tiempo para recuperarse antes de tener que explicar lo que había ocurrido.

En cuanto se quedaron a solas, Laurie apareció de nuevo.

–Era el detective privado, ¿no?

Mary negó con la cabeza.

–Entonces, ¿quién?

–Era Tammy.

Laurie se quedó boquiabierta.

–¿Y le has colgado el teléfono?

Mary se echó a llorar de repente, sin poder dominar sus emociones. El recuerdo de las palabras de Tammy, su tono suplicante… la habían dejado alterada y disgustada.

–No sabía qué hacer.

Laurie le dio un abrazo.

–¿Estás bien?

Mary asintió.

–Quiero devolverle la llamada.

No sabía dónde podía llevarla todo aquello, pero no podía rechazar a Tammy. Las dos eran inocentes en todo lo que les había sucedido.

Capítulo 18

Por fin, Taylor encontró a Sierra en el garaje de su padre, arreglando la moto, que estaba sobre un soporte elevado. Aunque hacía mucho calor y había mucha humedad en el ambiente, su amiga llevaba unas zapatillas viejas, unos pantalones vaqueros largos con agujeros en las rodillas y una camiseta holgada, todo ello, manchado de grasa de motor.

–¿Qué estás haciendo?

Sierra agarró un trapo y se limpió las manos.

–Le dije a mi padre que le cambiaría el aceite a la moto.

–Ah, ¿sabes hacer eso?

Sierra se encogió de hombros.

–No es difícil. Llevo haciéndolo desde los doce.

–He llamado al timbre de la casa dos veces.

Sierra quitó el embudo con cuidado de que no cayeran gotas de aceite al suelo, y lo depositó en un trozo de cartón.

–No lo he oído.

–¿Y el teléfono? También te he llamado y te he mandado un mensaje.

Sierra se secó el sudor de la frente.

–Lo siento. No tengo el teléfono aquí.

Por lo que veía Taylor, era cierto, pero… ¿por qué? Normalmente, se veían todos los días y, aparte de lo que le había dicho Sierra la noche anterior, ella no tenía ningún motivo para pensar que aquel día iba a ser diferente.

–¿Estás disgustada?

–¿Contigo? No.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Siempre me guío por el corazón y, como dice mi padre, eso es una idiotez. Tengo que empezar a usar más la cabeza.

–¿Qué significa eso?

–Que tengo que ser lista y alejarme de un abismo emocional si puedo. Eso es lo que significa.

Taylor agitó la cabeza. Estaba confundida.

–No lo entiendo.

–Es por lo que te dije ayer. Soy diferente, y tú deberías saberlo.

–¿En qué sentido?

Sierra suspiró.

–¿De verdad todavía no te has dado cuenta?

–Creo que me lo imagino. Pero… ¿cómo sabes tú que yo no soy diferente, también?

–Porque parece que tú puedes elegir. Estás embarazada, ¿no?

–Estás diciendo que nunca te has acostado con un chico.

–Estoy diciendo que no quiero hacerlo.

Taylor se levantó el pelo de la nuca para aliviar el calor.

–¿Y cómo lo sabes, si nunca has estado con ninguno?

Sierra se echó a reír, pero Taylor se dio cuenta de que aquello no le parecía gracioso.

–¿Ves lo que quiero decir? Si tú fueras como yo, lo entenderías.

–No todo el mundo puede ser tan seguro como tú, Sierra. A lo mejor para ti, los chicos no tienen ningún atractivo y, para mí, algunos sí lo tienen. También es posible que no me hubiera dado cuenta de que hay alguien más atractivo por ahí.

Sierra apartó el cazo que había estado usando para recoger el aceite que pudiera caer de la moto y le preguntó:

–Entonces, ¿yo te intereso, o no?

–No sé con seguridad si soy lesbiana, pero… sé que me importas. Que me gusta estar contigo. Nunca había conocido a nadie igual. Así que estoy abierta a averiguar si… si lo que hay entre nosotras puede ir a algún sitio.

–Ese es el quid de la cuestión –dijo Sierra–. Si puedes elegir, no vas a elegirme a mí.

Taylor pestañeó de la sorpresa.

–¿Por qué no?

–Ya sabes por qué no.

–Entonces, yo también seré diferente –dijo Taylor.

–Sí, todo el mundo dice que el amor es el amor, pero hazme caso, la gente te juzgará como si tuviera derecho a decirte cómo debes vivir. Algunos pensarán, con solo verte, que Dios te odia o que vas a ir al infierno. Siempre notas toda esa negatividad y, al final, te odias a ti misma. A veces, la gente se te queda mirando boquiabierta solo porque vayas de la mano en público. ¿De verdad quieres vivir así?

–Lo entiendo –dijo Taylor–, pero, si no puedo explorar lo que siento por ti, puede que me esté perdiendo lo mejor que me va a pasar en la vida. Tú eres diferente, especial.

Por primera vez desde que se habían conocido, Taylor detectó vulnerabilidad e inseguridad en Sierra.

–Bueno, entonces, ¿qué dices? –le preguntó, entrecerrando los ojos.

–Digo que no podemos decidir nada tan pronto. Todavía nos

estamos conociendo. Pero estoy dispuesta a ver qué pasa, si tú también lo estás –respondió ella.

La tensión desapareció de su rostro.

–Es un riesgo –dijo.

–Para las dos –añadió Taylor.

Sierra frunció los labios y lo pensó, pero, al final, sonrió.

–Oh, está bien. Siempre he estado dispuesta a correr riesgos –dijo. Tomó el trapo para lavarse las manos otra vez, y añadió–. Voy a ducharme y vamos en moto a la playa, a comer.

Taylor nunca se sentía más libre que cuando iba en la parte trasera de la moto con la cabeza cubierta por el casco, el rugido del motor ahogándolo todo y el viento tirándole de la ropa.

Con el gran alivio de haber recuperado a Sierra, sonrió.

–De acuerdo.

Laurie le había prometido que vigilaría por si llegaba Autumn, así que Mary pudo ir a la trastienda, cerrar con llave y procurarse la privacidad que necesitaba para hablar con Tammy. Oía a Laurie hablando con un cliente a través de la puerta, pero estaba demasiado concentrada intentando reunir valor como para prestar atención a lo que decían.

Mientras buscaba el número de Tammy en su teléfono móvil, se preguntaba qué iba a salir de todo aquello. Aunque no quería volver a soportar aquella terrible carga del pasado, sabía que no le quedaba más remedio.

Respiró profundamente, llamó y cerró los ojos.

–¿Diga?

Mary abrió los ojos y respondió:

–Siento haberte colgado. Me entró pánico.

–Bailey.

La emoción con la que Tammy pronunció su antiguo nombre hizo que Mary se pusiera de pie.

–Ese nombre ya no es el mío.

Hubo una pequeña pausa.

–¿Y quién eres ahora?

Mary no se esperaba aquella pregunta.

–Ya sabes cuál es mi nombre.

–No estoy hablando de eso.

Mary se frotó la frente.

–Soy madre, abuela y propietaria de una librería.

–¿Eres feliz? Es lo que más me interesa de todo.

–Sí.

A pesar de todo, sí era feliz. Y, tal vez, lo había conseguido porque

había puesto una muralla que separaba dos partes de su vida, y que la había protegido.

–Pues eso es decir mucho, teniendo en cuenta… todo.

Mary bajó la cabeza. Percibía el tono de esperanza de Tammy, y no tuvo valor para decepcionarla.

–Yo… Me gustaría decirte lo mucho que lo siento.

–¿El qué?

–Haberte dejado sola.

Cuando lo dijo, agarró con fuerza el auricular mientras esperaba la respuesta de Tammy. ¿Le guardaba rencor? ¿Cómo se las había arreglado sola?

–No te voy a mentir, me hizo daño –reconoció Tammy–. Yo pensaba en ti todo el tiempo y quería estar con vosotras. Pero ¿cómo iba a culparte? Tenías diecinueve años cuando recuperaste la libertad después de siete años de cautiverio. Mis padres te habían robado la niñez, y entiendo que no quisieras llevarte a su hija.

–Si me hubiera sentido capaz, lo habría hecho, te habría llevado conmigo. O, por lo menos, lo habría intentado. Pero… no sabía cómo iba a hacerlo.

–Lo entiendo. Autumn era lo primero. ¿Cómo está?

–Es guapísima. Está sana y es fuerte. Y no sabe absolutamente nada de quién soy, ni de quién es su padre.

Hubo un largo silencio. Después, Tammy preguntó:

–¿Nunca se lo has contado?

–No. Después del juicio, quise dejarlo todo atrás y empezar de nuevo. No quería vivir con el estigma, ni que ella viviera así. Corté toda relación con mi madre, que no dejaba de presionarme para que escribiera un libro o hiciera más entrevistas para cobrar más dinero gracias al interés morboso de los demás. Tenía que desaparecer para salvarme. No podía enfrentarme a su comportamiento.

–Ah, entiendo. Así que… has tenido privacidad durante treinta y cinco años.

–Sí.

–Y parece que has superado lo que ocurrió.

Mary oyó que alguien se acercaba por la puerta trasera. Tenía que ser su hija. Autumn rodearía el edificio para entrar por la puerta delantera. No le quedaba demasiado tiempo para hablar por teléfono.

–Supongo que sí, he superado lo que era posible superar. Y, ahora, necesito algo de tiempo para averiguar cómo puedo enfrentarme a esto.

–Ni siquiera ahora quieres verme.

El dolor que transmitían aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago para ella.

–No es eso. Es que… hace mucho tiempo, Tammy. Y, contigo,

vendrá la verdad, los recuerdos, todo.

–Lo sé.

–Pero yo también he pensado en ti. Miles de veces. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

–Estoy divorciada. Me casé con un hombre que tenía cinco hijos, tres niñas y dos niños. Me utilizó para terminar de criarlos y, después, se largó con otra mujer, más delgada y con menos bagaje emocional, supongo.

Mary suspiró.

–Lo siento. ¿Cuándo sucedió eso?

–Hace ocho años que me dejó. No tengo familia. Por eso decidí buscarte. Me convencí de que, a lo mejor, me necesitabas, para no tener que reconocer que lo que pasa es que yo te necesito a ti.

A Mary se le formó un nudo en la garganta.

–Tammy, lo que hicieron tus padres fue muy cruel… para las dos.

–No éramos más que unas niñas. Y yo te quería mucho.

–Yo también te quería. Deja que pase este verano, ¿de acuerdo? Después, tal vez podamos quedar en algún sitio. Y ya veremos dónde vamos a partir de ahí.

–¿Estás segura? No quiero obligarte a que me aceptes en tu vida. Solo quiero… supongo que solo quiero el amor de alguien.

–Te lo mereces.

Laurie apartó la cortina de la trastienda, con una ceja enarcada a modo de advertencia.

–Autumn acaba de entrar por la puerta delantera.

–Tengo que colgar –le dijo Mary a Tammy–. Te llamaré.

–¿Te importaría enviarme una foto de Autumn? –le pidió Tammy, antes de que colgara.

Aunque no era una petición descabellada, Mary no quería enviársela. Prefería mantener las barreras hasta saber más sobre Tammy y tener más seguridad antes de bajar la guardia.

Pero ¿cómo iba a decirle que no? No quería volver a hacerle daño a Tammy. Además, Autumn era adulta. Cabía la posibilidad de que quisiera conocer a su hermanastra, si se enteraba de su existencia.

–Claro –le dijo.

–Te agradecería que me mandaras una tuya, también.

–¿Drake Owens no te dio una?

–Había unas cuantas en el informe que me dio –respondió Tammy–. Pero estabas de espaldas, como si salieras de un Starbucks. Había algunas que hizo mientras te seguía hasta Sable Beach y la librería, pero, sobre todo, en tu coche y dentro del local.

«Desgraciado», pensó Mary. Ella estaba tan alterada que ni siquiera se había dado cuenta.

–La única en la que sales de frente estás sentada en un taburete en

el mismo Starbucks –siguió Tammy–. Tienes cara de preocupada. Quería tener una en la que salieras más… feliz.

–Claro. Por supuesto –dijo ella. Sin duda, Tammy interpretaba aquella expresión de preocupación como otra muestra de rechazo–. Te las envío luego.

–¿Mamá?

Al oír la voz de Autumn, Mary se despidió, colgó y salió a verla.

–¿Sí, cariño?

–¿No me has oído en la puerta?

Ella pestañeó y fingió que se sorprendía.

–No. ¿Has intentado entrar por detrás?

–Sí, pero estaba cerrado con llave.

–Ah. Es que cierro con llave cuando estoy sola. Debo de haber cerrado al llegar esta mañana y se me ha olvidado –dijo, mintiendo.

Autumn no se quedó muy convencida, pero movió la mano para cambiar de tema.

–Te he traído algo de comer –dijo, alzando una bolsa marrón–. Es un bocadillo italiano del *deli* de Huckabee. ¿Tienes hambre?

–Muchísima –dijo ella, aunque nada podía estar más alejado de la verdad.

Tenía el estómago encogido.

Capítulo 19

Autumn no sabía qué esperar al llegar a The Daily Catch. Quinn le había enviado un mensaje de texto para pedirle que se vieran en el restaurante, y le había dicho que fuera con hambre. Sin embargo, a la hora que la había citado el restaurante ya había cerrado, y no había nadie más allí, aparte de ellos.

¿Qué tendría pensado? Estaba emocionada e impaciente por saberlo. Pero habría estado emocionada por ver a Quinn de todos modos. El dolor de tener que cesar la búsqueda de Nick y la visión de lo que podía ser su vida sin él no le parecía tan horrible desde que había llegado a Sable Beach.

Llamó a la puerta y, mientras esperaba, se volvió para mirar hacia su coche. En el aparcamiento solo estaban el Audi de Quinn y su Volvo, y se estaba haciendo tarde. Si alguien se daba cuenta, eso podía causar cotilleos. Sin embargo, escaparse en aquel momento le parecía algo infantil, y no quería sentirse como si estuviera haciendo algo malo. Había pasado demasiado tiempo desde la desaparición de Nick como para que alguien pudiera reprocharle el hecho de quedar con Quinn.

Oyó la puerta y se giró de nuevo, y vio a Quinn asomándose. Él sonrió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Al entrar en el local, Autumn percibió un delicioso aroma a comida.

–¡Vaya, huele increíblemente bien! ¿Qué estás haciendo?

–La cena.

–¿Y qué es?

–Sopa de calabaza, ensalada de remolacha asada y pan de masa madre, de primero. De segundo, salmón a la parrilla con salsa de aguacate, brécol asado con ajo y espárragos con almendras.

–Qué sofisticado suena.

–Y, de postre, lo que te apetezca.

Autumn se dijo que estaba refiriéndose a la tarta de zanahoria, pero su mente fue en otra dirección.

–Yo nunca pensé en ser cocinero –dijo él–. Pero, como me he criado en un restaurante, he aprendido bastantes cosas. Espero que tengas hambre.

Sí, estaba hambrienta, pero no de comida.

–Creo que no me había dado cuenta del hambre que tengo hasta que he entrado por esa puerta.

Quinn la llevó a una mesa en medio del restaurante, vestida con un mantel blanco y un centro de hortensias.

–Es una mesa de revista –dijo ella.

Él sacó una silla y se la ofreció.

–Como es una ocasión especial, he decidido sacar lo bueno.

–¿Y por qué es una ocasión especial?

–Por ti –respondió él, sin vacilar.

Si hubiera sonado mínimamente impostado, habría sido ridículo. Por el contrario, Autumn sintió el mismo magnetismo que había sentido en la playa.

–¿Te gusta el vino blanco? –preguntó él, mostrándole una botella.

–Por supuesto.

Quinn sirvió dos copas de vino, una para cada uno, pero no se sentó.

–Estás preciosa –le dijo.

Autumn se había puesto un vestido negro sencillo, unas sandalias del mismo color y unos pendientes de aro, dorados. Llevaba una coleta. Desde que había llegado al pueblo, se había puesto morena, y sus acostumbradas ojeras habían desaparecido. Abrió la boca para agradecerle el cumplido, pero se quedó sin palabras al encontrarse con su mirada. Iban a hacer el amor de nuevo. Lo veía en su semblante, lo sentía en los latidos acelerados de su propio corazón. Eso era lo que esperaba, ¿no?

–Iré por el primer plato –dijo él.

Fue a la cocina y volvió con la sopa, las ensaladas y el pan, así que ella se puso la servilleta en el regazo.

–¿A tus padres no les importa que utilices el restaurante esta noche?

–No, en absoluto.

–¿Qué les has dicho que ibas a hacer? –le preguntó, mientras él ponía los platos en la mesa.

–Les he dicho que iba a preparar la cena para alguien.

Ella miró el pequeño remolino de nata y la ramita de cilantro con la que Quinn había adornado el plato.

–¿Y no te preguntaron para quién?

–No era necesario –respondió Quinn, mientras dejaba la bandeja vacía en otra mesa. Se sentó frente a ella.

–¿Ya sabían que era yo? ¿Por qué?

Él se quedó azorado.

–No sé si debería contártelo.

Ella, que estaba a punto de probar la sopa, se quedó inmóvil con la cuchara en el aire.

–¿La gente ya está cuchicheando sobre nosotros? ¿O acaso la señora Vizii está intentando remover las cosas?

–Si lo está intentando, no lo ha hecho con mis padres. Ella sabe que es mejor no molestarles. Para empezar, a ellos nunca les cayó bien Sarah.

–¿Por qué no?

–A mi exmujer no le gustaba que tuviera relación con ellos.

–¿Cómo es posible que a alguien no le guste que su cónyuge tenga relación con sus padres?

Él señaló la comida.

–Vamos, come antes de que se enfríe.

Ella probó la sopa y asintió con deleite.

–Está deliciosa.

–Gracias –dijo él, con una sonrisa juvenil.

–Entonces… ¿vas a responder a mi pregunta?

Él hizo un mohín.

–Sarah se ponía celosa cuando yo hablaba con mi familia, se empeñaba en que estuviéramos con la suya cuando veníamos a Sable Beach. Se enfadó cuando yo vine a ver a mi madre la primera vez que le diagnosticaron el cáncer. Cuando volví, me castigó de todas las formas que pudo: se negó a mantener relaciones sexuales, desaparecía de la noche a la mañana para que yo me preocupara o pensara que estaba con otro hombre, me dejaba mensajes hirientes en el buzón de voz o aparecía en mi oficina gritando. Ese tipo de cosas.

–Estoy empezando a preguntarme por qué seguiste casado tanto tiempo.

–No quería fallarle –dijo él, mientras empezaba a tomarse la ensalada–. No me hacía a la idea de un divorcio. Me daba pena Sarah, y creía que si conseguía hacerla feliz, se calmaría.

–Supongo que eso es normal. A la mayoría de la gente le gusta sentirse necesitada.

–Fui un ingenuo. No hubo forma de calmarla. Su comportamiento fue cada vez peor.

Quinn tomó la cuchara y empezó a tomar sopa.

–Pero no quiero hablar de eso esta noche.

Autumn tomó su copa de vino y lo observó mientras comía.

–De acuerdo. Vamos a hablar de otra cosa. Todavía no me has dicho por qué sabían tus padres que ibas a cocinar para mí esta noche.

–Bueno, pensándolo bien, a lo mejor deberíamos seguir hablando de Sarah –bromeó él.

Ella se echó a reír.

–Vamos…

–No es para tanto. Mis padres saben que has vuelto al pueblo, y que salí contigo una vez. Espero que no te importe saber que se lo dije yo.

Ella no quería que lo supiera nadie, pero Quinn estaba viviendo con ellos. Era absurdo que les mintiera.

–¿Ellos saben lo mucho que me gustabas en el instituto?

Quinn sonrió.

–Sí. Mi padre nos vio cuando estábamos en la casa del árbol del jardín.

–¿Qué? –exclamó ella–. ¡No me acuerdo de eso!

–Él no quería avergonzarte, así que esperó a que te fueras. Pero, entonces, me obligó a sentarme en la cocina, me echó un sermón muy severo y me castigó durante dos semanas.

Ella se apretó la frente con una mano.

–Me siento mortificada. ¿Qué te dijo? ¿Que, si no tenías cuidado, dejarías embarazada a alguna chica y te destrozarías la vida?

–No. Ya habíamos hablado muchas veces de los anticonceptivos. No sé si te acuerdas, pero yo estaba preparado.

Ella enrojeció aún más.

–Sí, me acuerdo.

Él se inclinó hacia delante con una expresión de nostalgia.

–Intentó inculcarme que tuviera cuidado con el corazón de una mujer. Me dijo que estaba mal por mi parte aprovecharme de sus sentimientos.

–Tu padre es un buen hombre. Pero debería haberme echado un sermón a mí también, haberme dicho que acechar a su hijo tampoco está bien. Yo debí de pasar por tu casa tres o cuatro veces al día.

Quinn se echó a reír.

–Me acuerdo.

–¿Te dabas cuenta?

–Claro. Venías tan a menudo, que era imposible no darse cuenta.

–¡Ay! ¿En qué estaba pensando?

–Le estás dando más importancia de la que tiene. Éramos adolescentes. ¿No es eso lo que me dijiste en la librería?

–Sí. Pero nunca voy a poder mirar a tu padre a la cara otra vez.

–Oh, vamos. Tú le caes muy bien –dijo Quinn, y frunció el ceño mientras terminaba la sopa–. No tenía que habértelo dicho. Pensé que te parecería gracioso.

–Hilarante –dijo ella, con ironía, y él se echó a reír aún con más ganas.

–Eres horrible –le dijo.

Él le acarició el brazo.

–Está bien, ya dejo de tomarte el pelo.

–¿Tu madre también sabe lo de la casa del árbol?

–No tengo ni idea, pero, aunque lo supiera, no sería tan tonto como para decírtelo en este momento.

–Bien. Olvida que te lo he preguntado, porque, en realidad, no

quiero saberlo.

Autumn tomó un pedazo de panecillo y se lo metió en la boca.

–¿Qué harías tú si pillaras a Caden con una chica en tu jardín?

Ella terminó la ensalada mientras lo pensaba.

–No estoy segura. Está claro que preferiría que su padre hablara con él sobre algo así, pero, como Nick ya no está, supongo que soy afortunada por que Caden no haya tenido novia estable todavía.

–¿Te das cuenta de que no hay correlación entre esas dos cosas?

–Es cierto, pero no creo que él sea activo todavía. Taylor, por el contrario, tuvo un novio justo antes de que Nick desapareciera, y estuvieron juntos un año y medio. Me imagino que experimentaron un poco, aunque no llegaran hasta el final. Le advertí que usaran preservativos, por supuesto, solo por si acaso. Pero yo estaba pasando por un periodo terrible. Pasaba despierta todas las noches, buscando a Nick, y luego tenía que pasarme el día cuidando a los niños y ocupándome de todo. No podía vigilarla tanto como me hubiera gustado.

–Bueno, todo salió bien. Si mantuvieron relaciones sexuales completas, al menos la niña no se quedó embarazada.

–Gracias a Dios –dijo ella, y dejó el cuenco de sopa vacío sobre el plato de ensalada–. Todo está delicioso, Quinn.

–Es una de las ventajas de salir con el hijo del dueño de un restaurante –dijo él, bromeando.

–¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Estamos saliendo juntos?

Aquello le sonaba extraño. Ni siquiera había asimilado el hecho de que volviera a estar disponible. Su marido ya no estaba, pero ¿cómo se oficializaba una situación como la suya? Para las personas viudas o divorciadas había un protocolo, pero ella no entraba en ninguna de esas dos categorías.

Cuando terminó la sopa y la ensalada, Quinn se apoyó en el respaldo de la silla.

–Espero que lo que estamos haciendo no sea solo una cuestión de sexo. Aunque lo de esta mañana ha sido fabuloso, yo estoy buscando algo más que eso.

–Quieres tener una mujer, una familia.

Él no dijo nada. Eso ya lo había reconocido en la playa.

–Yo… no sé cuál es mi postura con respecto al matrimonio –dijo ella–. No sé lo que puedo hacer, ni lo que conseguiría que me sintiera bien.

–No tenemos por qué tomar esas decisiones ahora –respondió Quinn.

Él le había dicho que podían tomarse las cosas con calma, ir despacio, pero ella no sentía lo mismo. Cuando lo miraba, sentía un deseo apasionado, casi como si nada hubiese cambiado en veinte años.

–Creo que, aun así, seríamos temerarios con tu corazón y el mío si no tuviéramos en cuenta lo que puede depararnos el futuro –dijo.

Él la observó atentamente durante unos segundos.

–¿Sigues enamorada de Nick, Autumn?

–Lo quiero. No sé si estoy enamorada de él. ¿Te desearía tanto si estuviera enamorada de otra persona? Eso es lo que no consigo saber. Estoy herida, desconcertada, enfadada… y me siento sola. Aunque no pueda creer que mi marido me haya dejado por otra mujer, esa posibilidad existe. Así que ni siquiera sé si le debo fidelidad –explicó ella, y miró fijamente su copa de vino–. Me vuelvo a Tampa dentro de dos meses, Quinn, y las relaciones a distancia no suelen funcionar. Si fuera tú, iría a lo seguro y me mantendría alejada.

–Si pudiera, lo haría, pero…

Ella alzó la vista.

–No sé si alguna vez he sentido lo mismo que esta mañana, en la playa. Tan vivo, tan entregado… Hacía mucho tiempo que no sentía tanta intensidad.

–Eso es porque tú también te sientes solo.

Él hizo un gesto negativo.

–No es eso, solamente. Teniendo en cuenta nuestra historia, tal vez sea una cuestión de justicia poética que yo te desee a ti y tú a mí, no. Pero, en esta ocasión, no se trata solo de sexo. No sé lo que está pasando, pero fue como si… como si fuera una cosa del destino.

Ella jugueteó con el borde de la servilleta.

–Hay muchas cosas que tener en cuenta. No puedo prometerte nada. Y tú ya has pasado por mucho con Sarah.

–Tú y yo podríamos tener algo especial, Autumn. Y creo que tú también lo piensas. Por eso estás asustada.

–Esta mañana es la primera vez que mantengo relaciones sexuales con alguien que no sea Nick desde que lo conocí. Y, en vez de estar horrorizada y de arrepentirme, quiero más. Eso es terrible, ¿no?

–No puedo ser objetivo en eso. No creo que debas preguntármelo a mí.

–Lo que digo es que cada vez me siento más lejos de Nick. A cada minuto que pasa, mis recuerdos de él se hacen más difusos. Es una sensación extraña.

–Es normal que te asuste desvincularte de lo que tenías.

–Estoy demasiado alterada y confusa. Creo que soy demasiado impredecible en este momento, y que sería mejor para ti que no siguiéramos con esto.

–Yo creo que no sería mejor para ninguno de los dos.

Autumn no dijo nada. Él demostraba que tenía tanta seguridad, que ella quería creerlo.

–¿Y si yo estuviera dispuesto a arriesgarme? –le preguntó Quinn–.

¿Dejarías de preocuparte por mí?

–Si seguimos saliendo juntos, mis hijos lo van a saber. En este mismo momento, mi coche está ahí fuera, aparcado al lado del tuyo. Seguro que la gente lo ha visto.

–Pues diles a Taylor y a Caden que estamos saliendo. Sé sincera con ellos.

Ella estaba intentando imaginarse cómo iba a hacerlo, cuando él se levantó y se colocó de rodillas a su lado.

–Autumn, soy yo.

Ella cerró los ojos.

–Ya lo sé. Ese es el problema.

–Preferiría que no fuera un secreto. No quiero tener que estar escondiéndome. Y no quiero que tú te sientas como si estuviéramos haciendo algo malo.

Autumn abrió los ojos. Él la estaba observando atentamente, y ella se deleitó con sus pestañas negras y espesas y sus ojos azules. ¿Cuántas veces había soñado con él?

–No me lo estás poniendo fácil.

Entonces, él la atrajo hacia sí y le dio un beso ligero en los labios.

–Dame una oportunidad.

–Quiero hacerlo. Lo que pasa es que no sé cómo arreglármelas para que funcione. No puedo meter a un hombre nuevo en mi vida. No quiero agobiar a mis hijos después de lo que han tenido que pasar.

–El hecho de que yo forme parte de tu vida, y de la suya, no tiene por qué ser algo negativo. Tú quieres que sean felices, ¿no?

–Por supuesto.

Él volvió a besarla, con suavidad, con delicadeza, pero con un propósito más evidente.

–Entonces, ¿por qué supones que ellos no quieren también que tú seas feliz?

–Lo pensaré. Pero, en este momento, solo puedo pensar en ti.

Cuando Autumn volvió a casa aquella noche, a las dos de la mañana, Mary la estaba esperando. ¿Dónde había estado su hija? Después de la medianoche no quedaba nada abierto en Sable Beach.

–¿Autumn? –dijo, en cuanto la oyó entrar al garaje y empezar a subir las escaleras. No quería que se asustara.

Los pasos se detuvieron.

–Estoy yo sola –añadió, para que supiera que Taylor y Caden no estaban con ella.

Los pasos continuaron con más rapidez, y Autumn apareció en la puerta.

–¿Les ha pasado algo a los niños? –preguntó con preocupación.

–No, están bien.

–¿Y tú?

–Yo, también –respondió Mary–. La cuestión es… ¿cómo estás tú? Me he preocupado al ver que tu coche no estaba aparcado en casa. Te he enviado mensajes y te he llamado y, al ver que no respondías, he subido aquí y me he dado cuenta de que te habías dejado el teléfono –dijo, y señaló el teléfono móvil de su hija, que estaba cargándose en la mesilla de noche.

–Siento haberte asustado.

–No pasa nada. ¿Estás disgustada, o algo así…?

–No, no. Estaba… estaba con Quinn.

–¿En casa de sus padres? –preguntó Mary, con sorpresa.

–No, en el restaurante –dijo Autumn. Se acercó, se quitó las sandalias y se sentó en la cama, junto a su madre–. Me hizo la cena cuando cerraron. Por eso he salido tan tarde.

Mary sonrió sin poder contenerse.

–Entonces, ¿ha servido que te mandara tarta de zanahoria tantas veces?

–Por desgracia, eso solo es una pequeña parte.

–Ya lo sé. Estás saliendo con él, ¿no?

–Sí –dijo Autumn, y bajó la cabeza–. ¿Me convierte eso en una mala persona? No hace tanto tiempo, estaba felizmente casada con Nick.

–Quinn siempre te gustó.

–No sé si eso es suficiente justificación.

–Yo creo que sí. Y, de todos modos, no has empezado a salir con él tan pronto. Hace casi dos años que Nick no está.

Ella siempre había sentido afecto por su yerno. Quería a sus hijos y a su mujer, y mantenía fabulosamente a su familia. Siempre estaba muy ocupado y tenía muchas preocupaciones, y no tenía tiempo para nadie que no fuera de su núcleo familiar directo, pero todos los veranos permitía que Autumn llevara a los niños a Sable Beach. Mary suponía que no muchos maridos serían tan benevolentes con respecto a eso.

A pesar de todo, lo que más quería ella era que su hija fuera feliz otra vez, y creía que Autumn solo iba a ser feliz si conseguía dejar atrás el pasado y continuar con su vida.

–¿Qué crees que van a decir los niños? –preguntó Autumn.

–A Taylor solo le queda un año antes de ir a la universidad. Cuando se vaya, lo que tú hagas no le afectará mucho.

–De todos modos, no creo que le venga bien que yo le suelte algo así en este momento. Y a Caden todavía le quedan dos años.

–No sé. A lo mejor podrías mantener en secreto tu relación con Quinn durante una temporada, hasta que te asegures de que todo va bien, antes de correr el riesgo de darles un disgusto.

–Tengo la tentación de hacerlo, pero me parece absurdo tener que andar escondiéndome, y no creo que saliera bien. Sería posible en una ciudad grande, tal vez, pero en Sable Beach… alguien se dará cuenta muy pronto. Quinn ni siquiera vive en su propia casa en este momento, tiene pensado irse a otro sitio cuando su madre… bueno, depende de lo que ocurra con su madre.

–Él también está pasando muy mal momento. Como a ti, le vendría bien tener alguien cerca.

–Lo sé.

–Pues, entonces, diles a los niños que lo estás ayudando a superar un momento difícil para él. Omite la parte romántica de vuestra relación hasta que sea seguro decir la verdad completa.

Autumn se deshizo la coleta y se rascó la cabeza.

–Parece que no entiendes cómo es vivir en un pueblo pequeño. Es imposible ocultar nada.

Mary le levantó la barbilla a su hija.

–Tu felicidad también es importante.

–No soy una mártir. Es solo que… es demasiado pronto.

–No podemos elegir cuándo llegan a nuestra vida ciertas personas. El momento no siempre es el más oportuno, pero, cuando algo es bueno, es bueno. Tal vez debieras darle una oportunidad. Podrías tener una relación a distancia con Quinn que no incluya a tus hijos hasta que se vayan a la universidad.

Autumn se tumbó en la cama.

–Dudo que sea capaz de renunciar a él, así que eso es lo que voy a tener que hacer.

Mary vaciló.

–¿Ya estás enamorada?

–Quinn tiene algo… No sé explicarlo.

–Bueno, es cierto que nunca vas a conocer a un hombre tan guapo.

–Ese no es el motivo. Aunque no hace ningún daño, tampoco.

–No, desde luego. Bueno, te dejo dormir.

–¿Mamá? –dijo Autumn, cuando se iba.

Mary, que ya estaba en las escaleras, se giró.

–¿Sí?

Autumn se incorporó y se sentó.

–¿Vas a hablarme alguna vez sobre mi padre?

A Mary se le cortó la respiración. Allí tenía la pregunta, por fin. Llevaba esperándola un tiempo. Por lo menos, no parecía que Autumn se hubiera hecho una prueba de ADN y estuviera buscándolo activamente. Era de agradecer.

–Cariño, ya hemos hablado de esto…

–No, no hemos hablado –dijo Autumn–. No hemos hablado de ello en serio porque yo sabía que no querías que te hiciera preguntas.

Entiendo que lo que ocurriera… que es difícil para ti. Pero también es normal que yo quiera saber quién soy, de dónde vengo. Y llevo toda la vida esperando. ¿Cuánto más tengo que esperar? ¿Podré saberlo algún día? Me da miedo que mi padre muera antes de que tú te atrevas a contármelo todo y, entonces, nunca tendré la oportunidad de conocerlo.

Mary se agarró a la barandilla de la escalera para mantener el equilibrio.

–¿Es que quieres conocerlo?

Autumn enarcó las cejas.

–Algunas veces, sí. Tengo muchas preguntas. No sé quién es mi padre, ni siquiera sé cómo es. No conozco a nadie de su familia. No sé por qué tú no quieres contarme nada sobre él. No sé dónde fue mi marido, no sé por qué se marchó, y no sé si puedo permitirme el lujo de enamorarme de otra persona. ¡Solo quiero algunas respuestas!

Mary irguió los hombros.

–Tú quieres tanto a tus hijos que estarías dispuesta a hacer cualquier cosa por protegerlos, ¿no?

–¡Por supuesto!

–Bueno, pues… hazme caso. Algunas veces es mejor no saber.

Mary se dio la vuelta y bajó las escaleras.

No podía contarle a Autumn, en aquel momento, lo que habían hecho los Skinner. Hacía muy poco tiempo que Tammy se había puesto en contacto con ella. En primer lugar, tenía que averiguar si la hermanastra de Autumn era tan de fiar como pretendía, o si se había convertido en una adulta parecida a sus padres. Más parecida de lo que estaba dispuesta a admitir.

Capítulo 20

Taylor se despertó sobresaltada al oír que Caden golpeaba la puerta de su habitación.

–Eh, ¿estás despierta? –le preguntó su hermano.

–No lo estaba –gruñó ella.

Rodó al otro lado de la cama y se llevó consigo las mantas.

–Tenemos que hablar.

Ella apretó los párpados para protegerse de la luz que entraba por el borde de las persianas.

–¿Qué hora es? ¿Por qué me molestas?

En lugar de responder, Caden entró en su dormitorio y se dejó caer sobre la cama.

–¡Caden! –gritó ella, con irritación–. Para. Vamos, vete.

Él resistió con facilidad su intento de empujarlo con el pie.

–Son las ocho y media. No es tan pronto. Mimi acaba de marcharse a trabajar, y mamá se levantará pronto para hacer el desayuno. No puede dormir hasta tarde porque tiene la subasta esta semana y tiene mucho que hacer. Solo tenemos unos minutos.

–¿Para qué?

–Para hablar.

A ella se le encogió el corazón. Tenía cierta idea de dónde iba aquella conversación.

–Podemos hablar después –sugirió.

–No, quiero saberlo ahora –dijo él–. Ya he esperado mucho.

Taylor se alarmó tanto que se despertó por completo. Sabía que Caden iba a empezar a presionarla pronto para que le dijera quién era el padre del bebé. Le había concedido un par de días, había sido paciente y bueno con ella durante ese tiempo, pero ya había llegado el momento que más temor le producía.

–¿Tay?

Ella se tapó la cabeza con la almohada.

–Ahora, no, Caden. No he podido dormir en toda la noche, y estoy cansada.

–Entiendo que estés asustada, yo también lo estoy. ¡Dios, Tay, un bebé! Pero puedes dormir todo lo que quieras después de que yo me

vaya. Ahora quiero saber qué está pasando, y si tiene algo que ver con Oliver.

A ella se le aceleró el corazón.

–¿Qué Oliver?

–Oliver Hancock. El único Oliver que conocemos. Anoche me envió un mensaje de texto extraño.

A Taylor se le formó un nudo en el estómago, y se incorporó. Debería haber contestado a Oliver. Así, él no se habría puesto en contacto con Caden.

Oliver le había enviado varios mensajes de texto durante aquellos últimos días. Hacía más de un mes desde que se habían acostado. Él sabía que ella ya debería haber tenido el periodo, pero ella no le había hecho caso porque no quería mentirle, pero tampoco quería hablarle todavía del bebé. Eso haría que el embarazo fuera demasiado real, y empezaría a caer una avalancha de repercusiones que ella estaba intentando posponer hasta el final del verano.

–¿Extraño? ¿En qué sentido?

–Se comportaba como si todavía fuéramos amigos, como si no le hubiera pedido a Miranda que fuera al baile con él, aunque él supiera que yo iba a pedírselo.

Oliver había sido un idiota por hacerle eso a Caden. Taylor se sentía muy mal por no haber permanecido del lado de su hermano, sobre todo, ahora que él había sido tan bueno cuando le había contado lo del bebé.

–Solo era un baile. A lo mejor no creía que eso era suficiente para acabar con vuestra amistad –dijo, con la esperanza de que, cuando tuviera que decirle a Caden que el padre del niño era Oliver, pudiese argumentar que no pensaba que el asunto de Miranda fuera tan importante para él.

–¿Lo dices en serio? Yo ya lo tenía todo planeado, y él fue a propósito y se lo pidió antes de que yo pudiera hacerlo. Tú también te habrías enfadado mucho si alguna de tus amigas te hubiera hecho algo así.

Era cierto. No podía negarlo. No tuvo más remedio que seguir con la conversación.

–¿Qué te decía en el mensaje?

–Me preguntaba qué tal lo estoy pasando en Sable Beach y que cuándo iba a volver a Tampa.

–Eso es agradable.

–Solo era una manera de empezar la conversación. Después me preguntaba por ti.

–¿Por mí?

–Decía que habíais estado hablando. Eso no es verdad, ¿no?

–No, no mucho –murmuró ella.

–Dime sí o no.

–Oliver y yo no hablamos.

–Pero…

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y se puso los dedos en los párpados para intentar que no se le cayeran.

–No es posible –dijo Caden, y se levantó de un salto de la cama–. No me digas que es Oliver, Tay. Tú nunca te acostarías con un idiota como él, ¿no? Es menor que tú, por Dios. Cualquier chico del instituto querría estar contigo. Tenías que oír cómo hablan de ti. ¡Y yo odio a Oliver! ¡Lo sabes! ¡Sabes lo que me hizo!

Ojalá pudiera decirle que no era ese tipo de hermana, pero había sido mala con él. Estaba enfadada y quería vengarse, quería hacerle daño porque él se lo estaba haciendo a ella.

–¿Tay?

Ella ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas y lo miró.

–Lo siento.

–¡No!

–Ya te dije que me ibas a odiar.

Él se quedó mirándola fijamente y, después, sacudió la cabeza con incredulidad y disgusto.

–¿Sabes una cosa? –le preguntó–. Tenías razón.

Se dio la vuelta y salió dando un portazo.

Cuando Autumn salió del garaje, estuvo a punto de tropezarse con un jarrón lleno de flores silvestres. Miró a su alrededor intentando hacerse una idea de quién se lo había dejado y comprobar si alguien la estaba observando.

El coche de su madre no estaba. Autumn ya se lo esperaba. Había oído el motor temprano, justo antes de meterse en la ducha. Supuso que Mary se las había dejado a modo de disculpa por negarse a hablarle sobre su padre… hasta que vio la tarjeta.

Oyó abrirse la puerta de casa y se la metió en el bolsillo antes de que Caden se acercara a ella.

–Buenos días, cariño –le dijo, y sonrió sin poder evitarlo, porque estaba disfrutando de la vida otra vez, sobre todo, del tiempo que pasaba con sus hijos. Había recuperado el sueño por las noches, y ya no se pasaba las horas buscando a Nick en internet, y todos llevaban una vida normal, como cuando Nick no había desaparecido.

Caden llevaba un bañador largo, chancletas y una camiseta vieja. También llevaba un balón de voleibol bajo el brazo. Iba hacia la puerta trasera. Por un momento, pensó que su hijo no iba a responder, que no la había oído. Sin embargo, al ver las flores, Caden se detuvo en seco.

–¿De quién son?

Ella se ruborizó.

–No lo sé. Acabo de salir y me las he encontrado aquí.

–Espero que no sean de Oliver –dijo él, malhumoradamente–. No quiero tener nada que ver con él, pase lo que pase.

–¿Oliver? ¿Qué Oliver?

–¿Por qué todo el mundo pregunta eso? ¡Oliver Hancock! ¿Quién iba a ser?

–¿Y por qué me iba a mandar flores a mí tu amigo?

–A ti no, a Tay –dijo él.

–Ah… ¿Y por qué le iba a mandar flores a Taylor? Es tu amigo, no el suyo, ¿no?

–Era amigo mío. A lo mejor deberías explicarle eso a Taylor –dijo él, y se puso en marcha de nuevo.

–¡Caden!

–¿Qué?

–¿Dónde vas?

–A cualquier sitio menos este.

–¿Qué te ocurre?

Él señaló la casa.

–Pregúntaselo a Taylor.

Ella suspiró. Debían de haber discutido.

–¿Por qué os habéis peleado?

–Me gustaría decírtelo. De verdad, me muero por decírtelo. Pero no puedo ser tan cretino, ni siquiera aunque se lo merezca.

–¿Y por qué no?

–Si pudiera decirte por qué no, entonces podría decírtelo todo. Bueno, ¿puedo irme ya, por favor? Tengo que salir de aquí antes de explotar.

Ella quería llegar al fondo de aquella cuestión, pero no podía hacerlo mientras tenía en las manos un ramo de flores que no le había enviado el padre de Caden, sino otro hombre. Si Caden se quedaba a hablar con ella, la cuestión de las flores saldría a relucir nuevamente. Lo mejor sería dejar que se fuera a la playa a relajarse. Podría hablar con él más tarde. O, tal vez, la propia Taylor pudiese decirle qué había ocurrido, y ella podría llamarlo si era necesario.

–Está bien, hijo. Vete.

Lo vio salir por la cancela. Cuando Caden se alejó lo suficiente, ella se sacó la tarjeta del bolsillo y volvió a leerla.

No tenía firma, pero sabía de quién eran las flores. *Estoy pensando en ti*.

Al acordarse de cómo le había quitado el vestido Quinn la noche anterior, y de todo lo que había ocurrido después, estuvo a punto de gruñir. Estaba metida en un buen lío, y lo sabía.

Miró al cielo, que estaba muy azul.

–¿Qué voy a hacer? –susurró.

Por muy feliz que se sintiera, tal vez hubiese cometido un error volviendo a casa, después de todo.

Molly, la golden retriever de su madre, adoraba correr detrás del *frisbee* por la playa. Quinn la hubiera llevado antes, cuando había salido a correr, pero sus padres la sacaban a esas horas, por lo general. Decían que les venía bien pasar un poco de tiempo juntos, y él estaba de acuerdo. Esperaba que, durante esa hora de paseo, pudieran olvidarse del cáncer.

Aquella mañana, al volver a casa después de correr, sus padres se estaban arreglando porque tenían cita en la consulta del médico para el tratamiento de quimioterapia y radiación, así que era él quien tenía que sacar a Molly a pasear.

Por suerte, no le importaba nada volver a la playa. Le resultaba muy duro ver por lo que estaba pasando su madre, pero él se encontraba muy bien, mejor que nunca, y tenía la impresión de que era debido al sol, a la arena y al mar. Se estaba recuperando.

Se miró una de las cicatrices que tenía en la parte inferior de la espalda mientras esperaba a que Molly volviera con el *frisbee* que acababa de lanzarle. Sarah le había apuñalado tres veces mientras dormía, hasta que él había despertado y había entendido lo que estaba sucediendo. La primera herida no había sido muy profunda porque la hoja había chocado con una costilla. La segunda no le había alcanzado el hígado por un centímetro, y se le había infectado, así que había tardado mucho en curársele. La tercera solo le había cortado la piel. Pero, por fin, se había curado. A pesar de la presencia de los padres de Sarah, que le angustiaba cada vez que se cruzaba con ellos, había podido sanarse física y emocionalmente.

–¡Ahí va, preciosa!

Tomó el *frisbee* que le ofrecía Molly y volvió a lanzárselo, pero, en aquella ocasión, Molly no volvió a llevárselo. Había encontrado a un pobre inocente que estaba sentado en la arena y que había empezado a rascarla y acariciarla, que era la única cosa que le gustaba más que jugar con el *frisbee*.

–Eh, pequeña hedonista, a hacer ejercicio –le dijo Quinn, pero, justo en aquel momento, reconoció a quien la estaba acariciando. Era Caden, con un balón de voleibol a su lado.

–¿Es tu perro? –le preguntó a Quinn, mientras se acercaba a ellos.

–Es de mi madre.

Caden esquivó un lengüetazo de Molly.

–Es muy cariñosa.

–No se lleva bien con los otros perros, pero sí con los seres humanos. Y no le importa suplicar caricias –bromeó él, y señaló el balón–. ¿Estás esperando a tus amigos?

–No, no. Ellos no vienen hasta más tarde.

Algo no iba bien. Caden no era el mismo chaval alegre que había ido al restaurante.

–¿Estás bien?

–Sí, supongo.

–Esa respuesta no ha sido muy convincente. ¿Quieres que hablemos de ello?

–No…

–¿Seguro? –le preguntó al chico, y se sentó a su lado–. No será por tu padre, ¿no?

–Seguramente, no habría sucedido si mi padre estuviera aquí, pero, no, no es por mi padre.

Quinn recordó lo que le había contado Autumn: que a su hija le había afectado mucho más que a su hijo la desaparición de su padre. Tal vez Caden tuviera reacción más lenta.

–Algunas veces, no tenemos ningún control sobre las cosas que nos abaten, Caden. Lo único que podemos hacer es encontrar la forma de enfrentarnos a ellas e intentar levantarnos.

Caden se apartó el flequillo de los ojos y lo miró.

–Tu madre está luchando contra el cáncer, ¿verdad?

–Sí.

–Lo siento mucho –dijo el chico. Entrecerró los ojos para protegerse del brillo del sol y miró al mar–. ¿Crees que va a conseguirlo?

–Quiero creer que sí. La otra vez sí lo consiguió. Pero, ahora, ha vuelto.

–Espero que se cure de nuevo.

–Y yo. No quiero que muera, pero, si tiene que morir, espero que sea algo rápido, y que no tenga que sufrir.

–Lo entiendo –dijo Caden. Volvió a acariciar a Molly, y añadió–: Tal vez es que tú has tenido ya suficientes avisos, lo has visto venir desde hace más tiempo, pero yo, no.

–Tienes razón –dijo Quinn, a quien había sorprendido la madurez de aquel pensamiento–. Ninguna de las dos cosas es fácil.

Caden tomó el balón y comenzó a girarlo entre las manos, porque Molly se había ido a olisquear un pedazo de alga.

–Algunas veces, me enfado mucho, ¿sabes?

–¿Con él?

–Sí, por marcharse. Por lo menos, tú sabes que tu madre no tiene elección. Pero ¿por qué tuvo mi padre que meterse en un lío? ¿Por qué tuvo que irse a Ucrania? ¡Nos iba muy bien! ¡Éramos felices!

–¿Cuál crees tú que es la respuesta?

–Mi madre me dijo que estaba intentando hacer un servicio a su país. Que era algo honorable, y que yo debería estar orgulloso de él. Pero ¿qué es lo que ha conseguido, en realidad?

–A lo mejor es algo de lo que vas a enterarte con el tiempo. O puede que nunca lo sepas. De cualquier modo, entiendo que estés enfadado. Su sacrificio ha resultado ser también el tuyo, y tú no pudiste decir nada al respecto.

–Sí –dijo Caden–. Es eso, exactamente.

–Pero morir tratando de hacer algo valiente es admirable, Caden. Tanto como conseguirlo, o más, incluso. Hizo un verdadero sacrificio, aunque tenía muchas cosas por las que vivir: sus hijos, su mujer.

–Supongo que le estoy fallando al comportarme como un niño pequeño, ¿no?

–No, en absoluto. Tienes derecho a sentir dolor. Y la ira es parte del luto. Pero él no querría que lo que le ha pasado te destrozara la vida a ti, ¿no?

–No.

–Tienes que recordar lo mucho que te quería. Aférrate a eso, y mantén alta la cabeza.

Cuando vio que Caden comenzaba a pestañear rápidamente, decidió que ya habían tenido demasiadas emociones, y se levantó.

–¿Quieres jugar un poco? –le preguntó al chico–. A lo mejor te viene bien practicar.

–¿Sabes jugar? –le preguntó Caden, sorprendido.

–Me crie aquí. Por supuesto que sé jugar.

Molly corrió a su alrededor mientras se dirigían hacia la cancha de voleibol más cercana y empezaban a jugar. Cuando la playa se fue llenando, Quinn la ató para que pudieran seguir un poco más. Caden era mejor de lo que se esperaba y, cuanto más practicaban, más iba animándose. Estaba desahogándose mediante el ejercicio físico, y Quinn sabía que eso hacía sentirse mucho mejor a una persona, así que continuó todo lo que pudo.

A mediodía, le dijo a Caden que tenía que marcharse al restaurante.

–Gracias –respondió Caden–. Te agradezco mucho que te hayas quedado conmigo esta mañana.

–De nada. Ven a tomarte un sándwich de cangrejo más tarde. Tienes que estar hambriento. Puedes venir con Taylor, si quieres.

–Ni hablar –dijo Caden, con un gesto de contrariedad–. Ni siquiera nos hablamos.

–¿Por qué?

El chico vaciló un instante. Después, preguntó:

–¿Puedo confiar en ti?

Quinn no supo qué decir. No quería que Caden le dijera nada que él tuviera que contarle obligatoriamente a Autumn.

–Ya sabes cómo somos los adultos –dijo, por fin–. Dependiendo de cuál sea el secreto, seguramente no deberías contármelo.

–No creo que sea uno de esos secretos. Mi madre se va a enterar más tarde o más temprano.

Quinn se sintió tan intrigado, que dijo:

–De acuerdo. ¿De qué se trata?

–Taylor está embarazada.

Quinn se quedó boquiabierto.

–¿Qué has dicho?

–Sí, ¿puedes creerlo?

Él recordó una pequeña parte de la conversación de la noche anterior: «Si mantuvieron relaciones sexuales completas, al menos la niña no se quedó embarazada».

–No, no puedo.

Capítulo 21

Autumn no pudo sonsacarle mucho a Taylor. Se sentó en la cama de su hija y trató de hablar con ella, pero Taylor se empeñó en que su última discusión con Caden no era para tanto, aunque ella se daba cuenta de que era mucho peor de lo normal.

–¿Qué tiene que ver Oliver Hancock en todo esto? –le preguntó a su hija.

Notó que Taylor se ponía rígida bajo la sábana.

–Nada. ¿Por qué preguntas por él?

–Caden me dijo que te dijera que Oliver era su amigo.

–Eso ya lo sé.

–De todos modos, tiene un año menos que tú.

–Eso también lo sé. Pero ¿qué pasa? Yo tengo amigos de todos los cursos. ¿Qué tiene que ver la edad? Además, que a Caden ya no le caiga bien Oliver no significa que yo también tenga que odiarlo.

–Tu hermano se quedó muy dolido cuando Oliver le pidió a Miranda que fuera con él al baile. Caden le había dejado bien claro que iba a pedírselo él.

–¿Y qué? A lo mejor Oliver ya tenía pensado pedírselo antes de que Caden se lo dijera. Además, solo era una idiotez de baile, no es para tanto. Y Miranda no es precisamente una buena chica. Es maliciosa y egoísta. No debería interesarle a nadie.

La respuesta de su hija no la convenció.

–Puede que eso sea cierto, desde tu punto de vista, pero Caden debería tener derecho a decidir por sí mismo, ¿no?

–Pues que decida. Solo digo que él fue al baile con otra persona, así que no se perdió nada. Y, si él puede decidir por sí mismo acerca de Miranda, yo también puedo decidir acerca de Oliver.

Autumn suspiró. Taylor estaba negando la mayor con obstinación, así que lo mejor sería dejar de presionarla y permitir que pudiera reflexionar sobre todo aquello. El hecho de insistir, con Taylor, no funcionaba nunca, solo servía para que se encastillara aún más. En eso era igual que su padre.

–De acuerdo. Voy a considerar que esto no es más que otra pelea de adolescentes. Pero espero que entiendas lo más importante de este

asunto. No es que Caden consiguiera o no consiguiera ir con Miranda al baile, ni que Miranda sea o no sea la chica de sus sueños. Lo grave es que Oliver traicionó su amistad con tu hermano.

–Mamá, ya se ha acabado todo ese asunto, ¿no? ¿De verdad tenemos que seguir hablando de ello? –preguntó Taylor, y se echó a llorar–. Soy una hermana espantosa y una hija espantosa. ¿Es eso lo que quieres oír?

–Yo no he dicho nada de eso, pero creo que podrías ser más buena con Caden, y que él podría ser más bueno contigo. Eso es todo.

Su hija se tapó la cabeza con la almohada. Autumn se quedó desconcertada y siguió hablando.

–¿Taylor? ¿Podrías intentarlo, por lo menos?

–De acuerdo –dijo Taylor, sin destaparse la cabeza.

Autumn supuso que era lo máximo que iba a conseguir, así que le apretó el brazo a su hija para intentar reconfortarla.

–Siento que hayas empezado tan mal el día. ¿Quieres levantarte y desayunar conmigo?

–¿Dónde está Caden?

–Se ha ido a la playa.

Taylor no se movió.

–No. Quiero volver a dormirme.

–De acuerdo. A lo mejor cuando te despiertes estás de mejor humor –bromeó Autumn–. A propósito, ¿qué tal van las cosas con Sierra? ¿Cómo te sientes con respecto a ella?

Taylor arrojó la almohada al suelo y alzó la cabeza.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque, después de que viniera a cenar el domingo, tú te preocupaste por vuestra amistad, ¿no te acuerdas? Solo tenía curiosidad por saber qué tal van las cosas entre vosotras.

–Ah –dijo Taylor, y se alisó el pelo revuelto mientras su expresión se suavizaba–. Sí, me siento bien con respecto a ella.

–Me alegro. ¿Y con el resto de tus nuevos amigos? ¿Hay algún chico en particular que te interese?

–¡No! Y ¿por qué tendría que ser un chico?

Autumn pestañeó de la sorpresa.

–Has tenido novio durante más de un año y medio en Tampa. Pensé que…

–Bueno, pues no lo sé, ¿de acuerdo? A lo mejor es que me gustan más las chicas. ¿Eso también es una decepción para ti?

De repente cobraron sentido todas las cosas que Taylor había dicho y hecho últimamente. Había estado casi todo el tiempo con Sierra, exclusivamente, y había mencionado que su amiga era diferente, como si estuviera tanteando la situación. Y Caden estaba muy disgustado. Tal vez Taylor le hubiera contado a su hermano que sentía algo

romántico por Sierra, o él lo hubiera notado, y él no se lo había tomado bien.

–¿Te sientes confusa en cuanto a tu sexualidad? –le preguntó a Taylor.

A su hija se le cayeron de nuevo las lágrimas.

–¡Sí! Nunca había conocido a nadie como Sierra. Me gusta más que como amiga. Pero ella… no es un chico.

Autumn se sentó de nuevo en la cama.

–No, no lo es.

–Entonces… está mal, ¿no? Hay que estar triste por ello.

Autumn no quería decir nada que pudiera empeorar lo que su hija estaba pasando. Taylor tenía que ser libre, tenía que ser ella misma para poder ser feliz.

–Claramente, es el camino más difícil.

–¿Y por qué tiene que serlo? ¡Es injusto! ¿Por qué tiene que meterse la gente en asuntos que no son de su incumbencia?

–Tiene que ver con lo que le han enseñado a la gente durante generaciones y generaciones. Y nunca ha sido fácil ser diferente. Yo veo que el mundo tiene cada vez más aceptación, pero va a pasar tiempo hasta que el estigma de las relaciones del mismo sexo desaparezca por completo.

Si desaparecía. El racismo no había muerto, a pesar de que la educación era cada vez mejor. Aunque sí había avances y la discriminación racial era cada vez menor, aún había problemas, sobre todo en algunas partes del país. Y la gente tenía aún más problemas a la hora de aceptar las diferentes inclinaciones sexuales.

–Tú no quieres que yo sea lesbiana.

Autumn sabía que su hija la estaba observando atentamente. Tuvo un extraño sentimiento de pérdida al saber que Taylor no iba a tener la vida tradicional que ella esperaba para su hija, con un marido e hijos, supuso.

–Quiero que seas feliz. Punto.

–Y eso qué significa…

–Significa que no puedes intentar ser quien no eres. Y yo te aceptaré siempre, quieras a quien quieras.

–¿Lo dices de verdad? –preguntó Taylor, en un tono lleno de alivio y, a la vez, suplicante.

Autumn la abrazó.

–Al cien por cien.

Taylor se quedó sentada en la cama hasta mucho tiempo después de que su madre saliera de casa. Se sentía mucho mejor. No le había dicho toda la verdad a Autumn, pero sí una parte, y compartir aunque

solo fuera esa parte de su secreto le permitía respirar mejor.

Sin embargo, todavía estaba triste por Caden. Le sorprendía que, aun estando tan enfadado, no le hubiera contado la verdad a su madre, y se sentía incluso peor por lo que le había hecho.

Tomó el teléfono y le envió un mensaje a Sierra.

Caden se ha enterado de que Oliver es el padre de mi hijo.

¿Se lo has dicho?, le preguntó Sierra.

Taylor: No, Oliver le envió un mensaje. ¡Qué idiota!

Sierra: Pero es que tú no le respondiste. ¿Qué querías que hiciera?

Taylor: Ya lo sé, pero no puedo hablar con él, tendría que decirle lo del bebé.

Sierra: A lo mejor, si le pides que no se lo diga a nadie hasta que vuelvas, mantiene la boca cerrada.

Taylor: Me da miedo correr ese riesgo.

Su teléfono empezó a sonar.

–¿Y cómo se tomó Caden la noticia? –le preguntó Sierra, sin decir hola.

–Está enfadado, tal y como me imaginaba.

–Lo siento.

Taylor se apoyó en el cabecero de la cama.

–Yo, también. Me siento muy mal. Ojalá no hubiera hecho lo que hice, y menos, con Oliver.

–¿Le has dicho eso a Caden?

–Lo he intentado.

–¿Lo has intentado de verdad?

Buena pregunta. No mucho. Estaba demasiado asustada por el embarazo.

–A lo mejor tengo que intentarlo otra vez.

–Yo lo haría. Por lo que he visto, es muy buen hermano. Y vas a necesitarlo a él y a tu madre más que nunca cuando nazca el bebé.

Aquello era cierto. Aunque Sierra se fuera a vivir de verdad a Tampa, no podría hacerlo hasta después de graduarse, y el bebé ya habría nacido para entonces.

–Voy a hablar con él.

–¿Cuándo?

–Después. Ahora está en la playa. No quiero montar una escena delante de sus amigos.

–Sí, es mejor evitar eso.

Taylor frunció el ceño al ver lo hinchados que tenía los ojos en el espejo que había encima de la cómoda.

–¿Qué vas a hacer hoy?

–Enviar solicitudes de trabajo.

–¿A estas alturas del verano? Todos los trabajos estarán ocupados.

–Tengo que encontrar algo. Mi padre y yo discutimos otra vez

anoche, y me dijo que ya es hora de que empiece a ayudar con los gastos de la casa.

–Pero si vas a empezar el instituto dentro de… ¿cuánto? ¿Seis meses?

Sabía que Sierra había trabajado en el Tastee Burger hasta que la hija de la dueña se había divorciado y había vuelto a Sable Beach, en marzo. Habían hablado de eso. Y ella también sabía que Sierra había respondido a unas cuantas ofertas de trabajo desde entonces, pero, con tantos chicos que volvían de la escuela universitaria a pasar el verano, no había recibido respuesta alguna.

–Estaba esperando para volver a intentarlo cuando todo el mundo se marchara de nuevo a la universidad, pero mi padre dice que le estoy costando una fortuna y que no quiere esperar tanto.

«Imbécil», pensó Taylor. Pero no lo dijo.

–¿Y dónde vas a empezar a buscar?

–Voy a pedir trabajo en la heladería otra vez, y en las tiendas para turistas.

–¿Y si no te sale bien?

–Entraré en internet a ver si hay algún puesto de niñera. Algo encontraré.

–¿Estás disgustada? –le preguntó Taylor. Ella se sentía un poco culpable por lo fácil que era su situación. Su padre había desaparecido, pero ellos nunca habían tenido que angustiarse por el dinero para cubrir sus necesidades básicas.

–No, no mucho. Esto tenía que pasar más tarde o más temprano, ¿no? Además, estará muy bien que tenga mi propio dinero. No me gusta pedírselo a él cuando necesito algo.

–Pero… es su trabajo, ¿no? Se supone que tiene que cuidar de ti hasta que te gradúes. Es tu padre.

–Sí, bueno, también tuve una madre una vez. Pero tener un título no significa que hagas el trabajo.

Taylor se estremeció al oír aquella respuesta. Ella no solo tenía el privilegio de contar con todo lo que el dinero podía comprar, sino que había tenido buenos padres. Los mejores.

–Mi abuela va a poner una cafetería en la librería. Si sale bien, tal vez pueda contratar a alguien para que ayude a media jornada, o algo así. Le hablaré de ti. El único problema es que el constructor no va a empezar hasta el otoño. Mi abuela no quiere tener una obra en la librería en plena temporada alta. Es cuando gana más dinero.

–Estaría genial –dijo Sierra–. Me encantaría trabajar en la librería. Gracias por hablarle de mí.

–Pues claro que lo voy a hacer. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer después?

–Limpiar e ir a la compra. No hay nada de comida en esta casa.

Sierra hacía muchas cosas con su padre. Taylor se preguntó cómo

iba a arreglárselas él sin su hija, cuando Sierra se mudara a Tampa. A lo mejor se daba cuenta de que su vida era mucho más fácil cuando ella estaba en casa.

–Espérame. Voy contigo.

–De acuerdo. Ven cuando puedas.

Obviamente, Sierra pensaba que aquel era el final de la conversación, pero Taylor la llamó antes de que colgara.

–¿Sierra?

–¿Sí?

Taylor quería contarle la conversación que había tenido con su madre hacía un rato. Se había quitado un gran peso de encima solo diciéndole que quizá fuera lesbiana. Sin embargo, si no era cierto, no tenía por qué darle falsas esperanzas a Sierra.

–No importa.

–Dilo –insistió Sierra.

Taylor tomó aire y dijo otra cosa, algo que también era cierto:

–Eres más importante para mí que ninguno de mis otros amigos. Solo quiero que lo sepas.

Hubo un largo silencio. Después, Sierra dijo:

–Tú ya sabes lo que siento por ti.

Y colgó.

–Anoche, Autumn sacó a relucir el tema de su padre –dijo Mary, mientras Laurie y ella se preparaban para tomar un sándwich en la trastienda–. Quiere saber más de él.

Laurie acababa de apartar la cortina para mirar el resto del local. Como Autumn todavía no había llegado, no quería que hubiera ningún cliente desatendido. Pero, al oír aquello, dejó caer la cortina y se giró.

–¿Lo ves? Ya te lo dije. Lo tiene siempre presente, o no me habría preguntado a mí también. ¿Qué le dijiste?

–Nada.

Laurie abrió los ojos como platos.

–¿Y te permitió que te fueras de rositas?

–Le expliqué que había motivos por los que no podía contarle nada más, que, algunas veces, las madres tienen que tomar decisiones difíciles para proteger a sus hijos.

Laurie desenvolvió el sándwich que Mary había llevado para que comieran.

–Pero es que Autumn ya no es una niña. Y esa era la oportunidad perfecta. Tenías que habérselo contado todo.

Mary cabeceó.

–Primero tengo que reunirme con Tammy, ver en qué tipo de persona se ha convertido. Me pone nerviosa que haya comenzado a

buscarme justo ahora. ¿Por qué en este momento, después de tantos años? Nora acaba de salir de la cárcel. ¿Es eso lo que la ha empujado a buscarme?

Laurie le lanzó una mirada de contrariedad.

–Eso roza un poco en la paranoia.

–Yo diría que es cauteloso –respondió Mary. Algunas veces, Laurie no la entendía, porque no había pasado por lo mismo que ella.

–Bueno, y ¿cómo reaccionó al ver que no le decías nada?

Mary sacó los aros de cebolla de su bocadillo. Se le había olvidado pedir que no se los pusieran.

–Supongo que se quedó resignada.

–No te dejes engañar. Se ha pasado meses y meses buscando a su marido. Puede empezar a buscar a su padre, ya verás.

–Es posible. Pero va a tardar como mínimo seis semanas en que le den los resultados de una prueba de ADN. Y eso es lo único que yo necesito, algo de tiempo para conocer a Tammy y averiguar dónde está Nora.

–Tener una hermana sería algo estupendo para Autumn, sobre todo, ahora que ha perdido a Nick.

–Pero también cabe la posibilidad de que Tammy no sea una buena hermana –dijo Mary. Le resultaba frustrante que Laurie abogara tanto por aquella solución sin darse cuenta de todo lo que había en juego.

–Me da pena Tammy, no puedo evitarlo.

–A mí, también. Yo la quería. Todavía quiero a la niña a la que conocí. Y estoy en deuda con ella. Por eso me resulta todo tan difícil.

–¿Cuándo os vais a reunir? Y no me digas que vas a esperar a que Autumn y los niños vuelvan a Tampa. Estoy harta de mentirle a Autumn. Piensa que soy su verdadera tía. Que mi hijo es su primo y que mi madre es su abuela.

Mary tomó unas cuantas de las patatas fritas de Laurie y las puso en su plato.

–Eso nunca te había importado.

De hecho, había sido Laurie la que lo había sugerido, al principio. Se lo había ofrecido para darle un contexto a la vida de Mary y que le resultara más fácil esconderse de su pasado. Y, cuanto más se habían unido, más se había convertido ella en parte de la familia de Laurie.

–No es que me importe. Yo estuve feliz de poder representar ese papel. Sabía que lo necesitabas. Pero Autumn era muy pequeña cuando la conocí, y ser su tía entonces era distinto. No me parecía que fuera algo tal literal. Ahora tiene treinta y seis años y, cuando sepa la verdad, se va a sentir como si yo la hubiera traicionado. Así que me entra pánico cada vez que me acorrala para hacerme preguntas sobre su padre.

–Lo entiendo. Y te agradezco mucho que me hayas apoyado a pesar

de todo y durante tanto tiempo.

Mary respiró profundamente. Estaba claro que todos los caminos la llevaban al mismo destino. Por mucho que quisiera olvidarlo todo para siempre, los Skinner iban a reír los últimos y, a causa de Tammy, cabía la posibilidad de que volvieran a destrozarle la vida.

–Iba a esperar a que se fueran, como tú dices, pero a lo mejor debería hacerlo antes, por si acaso. Como cerramos los lunes, lo haré entonces.

–¿Este lunes?

–No. La subasta para recaudar fondos es este fin de semana. Vamos a acabar primero con eso, a recuperarnos y, después, lo haré. Pronto.

–No tiene por qué ser un lunes. Yo puedo quedarme en la tienda cualquier día, si es necesario.

Mary recordó lo duro que había sido oír la voz de Tammy por teléfono, y supo que iba a ser mucho más duro aún verla en persona. Sería difícil no confiar, y la confianza era lo que podía traerle problemas.

–Ya veremos cómo va todo.

Capítulo 22

Cuando llegó a casa de Sierra, Taylor se llevó la sorpresa de que Caden estuviera allí. Pensaba que estaba en la playa, jugando al voleibol con sus amigos; unos chicos que habían sido amigos suyos, también, hasta que Sierra y ella se habían separado del grupo y habían empezado a salir solas.

–Caden, ¿qué haces tú aquí? –le preguntó, mientras cerraba la puerta. No había llamado, porque Sierra le había enviado un mensaje diciéndole que podía entrar directamente.

Él estaba sentado en el sofá, rígido.

–Sierra me ha mandado un mensaje para que viniese.

–¿Y has venido? –le preguntó Taylor a su hermano, al tiempo que miraba a Sierra como pidiéndole una explicación.

–Seguramente, este es el único sitio en el que podéis tener una conversación privada. No querréis hablar delante de las mellizas y de todos los demás, ni en vuestra casa, donde podrían oíros vuestra madre o vuestra abuela.

Sierra siempre la estaba cuidando. Taylor nunca había conocido a nadie como ella. Entendía las situaciones e intentaba ayudar.

Taylor se sintió aliviada por tener la oportunidad de arreglar las cosas con Caden, y sonrió a su amiga con agradecimiento.

–Gracias.

–De nada –dijo Sierra–. Yo me voy en moto a la compra y os dejo a solas.

Sierra tomó la cartera y salió hacia el garaje. A los pocos segundos, oyeron el motor de la moto de su padre. Taylor hubiera querido ir en la parte trasera, con ella, pero tenía que arreglar lo que había hecho. Era evidente que Caden seguía enfadado. Movía la pierna nerviosamente y estaba mirando con fijeza hacia la mesa de centro.

–Caden, me siento muy mal por lo que he hecho.

Él ni siquiera la miró.

–Quiero que sepas que lo siento muchísimo.

Su hermano siguió moviendo la pierna, algo que hacía cuando estaba nervioso, impaciente o enfadado. Y ella sabía lo que le ocurría aquel día.

–Tú estabas al tanto de lo que yo pensaba de Oliver –dijo él.

–Es cierto –reconoció Taylor–. Estaba… estaba enfadada contigo. De lo contrario, no lo habría hecho.

Él alzó la cabeza para mirarla. Tenía una expresión ceñuda.

–¿Enfadada conmigo? ¿Por qué?

–Por estar bien. Por ser capaz de funcionar con normalidad, cuando yo me sentía como si hubiera caído en una realidad paralela. Me resultaba muy duro verte divertirte y estar normal cuando yo no conseguía recuperar el mundo que había conocido.

–¿De verdad vas a usar lo de papá como excusa?

Ella estiró la espalda.

–No es una excusa. A lo mejor tú has podido seguir como si nada desde que se fue papá, pero, por si no lo habías notado, yo me estaba ahogando.

–Ah, y por eso, vas y te quedas embarazada. Y de un tipo al que yo odio, ¿no?

Ella se dejó caer sobre la silla más cercana.

–Solo estaba intentando sentir algo, Caden. Sé que parece una idiotez, pero es la verdad.

–¿Te das cuenta de que cada vez que vea a mi sobrino o sobrina voy a pensar en Oliver?

–Espero que no sea así. Lo que te hizo con Miranda fue un asco, pero lo que hice yo fue todavía peor. Ojalá pudiera borrarlo, pero no puedo. Lo único que puedo hacer es decirte lo mucho que lo siento.

Él apretó los dientes.

–Voy a patearle el culo en cuanto lleguemos a casa.

–Caden, no –le dijo ella–. Si esto fuera culpa suya, te dejaría. Pero fue culpa mía. No habría sucedido si yo no hubiera ido a esa fiesta y… me hubiera metido en ese follón. Ninguno de los dos lo pensamos bien. Y ahora, mi vida se ha acabado. Por lo menos, tal y como me la había imaginado.

–Podrías abortar –sugirió él.

Ella ni siquiera se había permitido pensar en eso. No quería tener que enfrentarse a una decisión tan importante y que, tal vez, lamentara durante el resto de su vida. Pero quizá lo mejor que podía hacer era abortar.

–Lo estoy pensando.

–¿Se lo dirás a mamá si lo haces?

–¡No! Si decido eso, no se lo diría.

–¿Y cuándo le vas a decir que estás embarazada?

–Quería esperar al final del verano, tener estas últimas semanas para vivirlas tal y como era todo antes del cambio.

–Mierda, Tay. ¿Por qué no se puso un condón Oliver?

–No tenía –dijo ella, riéndose con tristeza–. Casi ningún chico de

dieciséis años va por ahí con preservativos en el bolsillo. ¿Tú, sí?

Él se ruborizó.

–¿Lo ves? Él no se esperaba lo que iba a ocurrir.

–De todas formas, le voy a dar lo que se merece –dijo él–. Tenía que haberlo hecho cuando le pidió a Miranda que fuera con él al baile del instituto.

–Lo que está pasando ya es lo suficientemente malo, Caden. No quiero que te expulsen del instituto o que te detenga la policía. Piensa en mamá.

–Ojalá hubieras pensado tú en mamá durante esa fiesta –refunfuñó él. Sin embargo, su tono de voz ya no era tan duro, y Taylor tuvo la esperanza de poder volver a hablarse con su hermano.

–Ojalá –dijo ella, suavemente.

Caden le lanzó una mirada de reproche.

–Estás en un buen lío.

–Sí, ya lo sé.

Él bajó la cabeza y se la sujetó con ambas manos.

–Lo siento –repitió Taylor–. Pero piensa que yo soy la que está en la peor situación. Tú vas a estar bien. Vas a terminar el instituto y vas a ir a la universidad, a jugar al waterpolo o lo que sea. Oliver va a tener que pagar la manutención del niño durante los próximos dieciocho años.

–Eso es verdad –murmuró él–. Él también está en un buen lío.

–¿Eso te hace feliz?

–Nada de esta situación me hace feliz. ¿Cuándo se lo vas a decir a él?

–Si no le digo nada muy pronto, lo deducirá.

–Ya se lo ha olido, o no me habría escrito a mí.

–Tengo que llamarlo.

Caden siguió con la cabeza agachada, pensando unos instantes, hasta que la miró de nuevo.

–Entonces, ¿Sierra y tú estáis juntas, o qué?

Oh, Dios… ¿Iban a tratar aquel tema también? Caden debía de haberse imaginado que tenía razón al preguntarle si a Sierra le gustaban las chicas.

–¿Cómo has llegado a la conclusión de que puede ser cierto?

–Antes de que tú llegaras, ha estado dándome muchos motivos para que fuera comprensivo y te perdonara. Que estás pasándolo mal. Que cada uno reacciona de distinta forma a las diferentes situaciones. Bla, bla, bla.

–¿Y qué?

–Que ella te quiere –dijo Caden–. Es obvio por cómo habla de ti, por lo rápidamente que sale en tu defensa. La cuestión es… ¿tú también la quieres a ella?

–No sé si soy lesbiana, Caden, pero podría serlo. ¿Sería horrible?

Él se puso de pie.

–Claro que no. Veo por qué te sientes atraída por Sierra. Incluso a mí me parece muy guay.

Taylor sonrió al oír aquella respuesta tan inesperada de su hermano.

–Gracias.

–Bueno, me están esperando. Tengo que irme.

Ella lo siguió hasta la puerta.

–Me alegro de que hayas venido –le dijo.

–Yo, también.

–¿Caden?

Él se giró.

–Eres muy buen hermano.

–No tanto como para dejarte el asiento del copiloto durante el resto del verano –bromeó él–. Ahora, tú eres la que me debes eso.

Ella se apoyó contra la puerta.

–¿Obligarías a una chica embarazada a ir en el asiento trasero?

–¡Pero si todavía ni siquiera se te nota!

–De acuerdo –respondió ella, riéndose–. Te lo cedo.

Autumn no sabía si contarle a su madre lo que le había revelado Taylor el martes. No creía que eso pudiera afectar a lo que Mary pensaba de su nieta, y quería hablar de lo que había sabido y pedirle consejo sobre cómo tratar aquel tema. Sabía que su madre quería lo mejor para Taylor. Sin embargo, siempre que iba a iniciar la conversación, se echaba atrás.

Antes lo habría consultado con Nick y, en aquel momento, lo echó de menos más que nunca. Mary también quería a Taylor, pero la sexualidad era un asunto muy personal. A ella no le parecía bien contárselo a nadie que no fuera el padre de su hija.

Al final, decidió que iba a dejar que Mary lo averiguara por sí misma. Si Taylor terminaba formando una pareja con Sierra y en el pueblo se daban cuenta, Mary oiría la noticia. O, tal vez, Caden dijera algo. Pero ella decidió meterse en sus propios asuntos y ser una confidente fiable para su hija.

¿El único inconveniente de mantener la boca cerrada? Que tendría que aceptar por sí sola que su hija era lesbiana.

El mero hecho de pensar así hacía que se sintiera culpable. El amor era el amor, y ella lo creía sinceramente. Sin embargo, no era fácil aceptar la posibilidad de que los intolerantes insultaran o hirieran a su hija.

Su única distracción para dejar de preocuparse por Taylor fue la subasta. Incluso lo usó como excusa para no ver a Quinn. Sus hijos la

necesitaban, y tenía que ponerlos por delante de todo lo demás.

Estaba sentada en la cama, el viernes por la noche, con el ordenador portátil en el regazo, revisando las listas de todo lo que quedaba por hacer antes del evento del día siguiente para asegurarse de que no había pasado nada por alto. En aquel momento, sonó su teléfono para avisarla de que alguien le había enviado un mensaje. Era de Quinn:

Te echo de menos, le decía, y ella no pudo resistirse a contestar.

Yo, también.

Le resultaba imposible no soñar despierta con él, ni rememorar los momentos que habían pasado juntos. En cuanto bajaba la guardia, Quinn invadía su pensamiento. Incluso había recogido todas las cosas de Autumn el día anterior y las había puesto, en cajas, en el garaje, porque le parecía demasiado deshonesto vivir con recordatorios de que su marido podía estar por cualquier parte.

Quinn: ¿Cuándo voy a poder verte?

Ella se mordió el labio mientras pensaba en cómo podía contestar aquella pregunta.

Autumn: No lo sé. A lo mejor, después de la subasta. Antes de mañana por la noche tengo muchísimas cosas que hacer.

Quinn: Déjame ayudarte. Me he ofrecido muchas veces. La que está enferma es mi madre. Quiero contribuir más.

Se sintió mal por no haber contestado a sus ofrecimientos, pero había estado intentando no fortalecer más su relación con él, porque necesitaba tiempo para reflexionar.

Autumn: Si te veo, dudo que quiera trabajar.

Quinn: Podemos trabajar después, respondió él, con el emoticono que guiñaba el ojo.

Autumn se pellizcó el puente de la nariz y se contuvo para no decirle que fuera a verla en aquel mismo momento. Quería que la abrazara, quería contarle lo que le había dicho Taylor y saber qué pensaba él, lo cual era extraño, porque ni siquiera se lo había dicho a su madre.

Esta noche estoy demasiado cansada, respondió, y apagó el teléfono.

Mike y Beth Vanderbilt fueron los primeros en llegar al Club Rotario para la subasta. Autumn les había dicho que no tenían que estar allí hasta las siete, que era la hora del comienzo oficial, pero ellos entraron por la puerta a las seis, perfectamente arreglados, como si fueran a la iglesia.

Autumn se dio cuenta de lo incómodos que se sentían, porque no fueron capaces de disimular que sentían temor por el resto de la velada. Ella trató de calmarlos con una enorme sonrisa y les dio un abrazo a cada uno, con cuidado de no moverle a Beth la peluca que

llevaba a veces, desde que había perdido el pelo.

–No va a ser tan terrible como pensáis –le dijo a Mike, susurrando, antes de soltarlo. Después, se dio cuenta de que quizá no debería haber dicho nada, porque a él se le llenaron los ojos de lágrimas e hizo como que se quitaba una pelusa de la chaqueta.

–Por favor –les dijo Autumn–. Todos son vuestros amigos. Os quieren y os agradecen todo lo que vosotros habéis hecho por la comunidad.

–Yo no he hecho nada… –dijo él, pero Autumn lo interrumpió.

–Das trabajo a la gente en tu restaurante, y ellos pueden mantener a sus familias gracias a tu negocio, y tú has dado un paso adelante y has donado dinero cada vez que alguien ha necesitado algo. Beth es una de los nuestros. Tú no eres el único que tiene la responsabilidad de cuidar de ella.

Mike asintió de mala gana, y Beth, que estaba pálida y muy delgada, parecía demasiado enferma y cansada como para molestarse en estar tan avergonzada como su marido. Sonrió apagadamente, le apretó la mano a Autumn y le dio las gracias por todo el trabajo que había hecho para organizar la subasta.

–Ha sido un placer –le aseguró Autumn–. Pero ¿te vas a quedar al evento, cuando estarías más cómoda en casa, descansando?

–Preferiría darle las gracias a todo el mundo en persona –respondió Beth, suavemente.

–De acuerdo. Tengo un sitio para vosotros aquí, en primera fila –dijo ella, señalando una mesa cercana al pódium–. Mike, si quieres, deja a Beth bien instalada y ven a ayudarme. Hay algunas cosas que me vendrían bien, si no te importa –añadió, porque sabía que él iba a sentirse menos azorado si estaba ocupado y contribuía.

–Claro que sí –dijo Mike, y dejó a su mujer en la mesa reservada para ellos.

Autumn se quedó con un nudo en la garganta al ver la emoción de Mike y, también, porque estaba empezando a darse cuenta de que Beth no iba a curarse, por mucho que hicieran todos ellos. De repente, vio a Quinn, que debía de haber venido justo detrás de sus padres. Estaba recién afeitado, con el pelo todavía húmedo, y también se había puesto traje y corbata. Llevaba la chaqueta en el brazo.

–Siento que este evento sea tan difícil para tus padres y para ti.

–Lo superaremos –dijo Quinn. Miró hacia la mesa en la que Mike estaba ayudando a sentarse a Beth, y señaló la decoración de la sala y del resto de las mesas, que habían preparado el comité y ella misma desde aquella mañana, temprano. Incluso Taylor y Caden habían ayudado, aunque en aquel momento estaban en casa, preparándose.

–Gracias por hacer todo esto. Yo no he podido venir antes porque estaba trabajando en el restaurante, ayudando a los que se han

quedado a cubrir las cenas. Aunque, como hay muchísima gente aquí, no creo que hoy esté muy concurrido, pero nunca se sabe.

–Me alegro de que te hayas encargado de eso. Aquí lo teníamos todo bajo control.

Él iba a decirle algo más personal, pero, en aquel momento, apareció Lynn Hill.

–Hola, ¿te importaría venir un momento a ver si hemos colocado todos los artículos de la subasta silenciosa tal y como tú quieres?

–Claro.

–Y no encuentro bolígrafos para escribir en las hojas de las pujas –continuó Lynn–. Compré un paquete entero, pero no me acuerdo de dónde lo he dejado.

–Los he visto cerca de mi bolso –dijo Autumn, y sonrió a Quinn para disculparse mientras se alejaba.

Tenía que olvidarse de lo que estaba sintiendo y hacer su trabajo, pero, cada vez que alzaba la vista y lo veía, sentía el anhelo que estaba intentando negar. Sabía que él se había dado cuenta de que las cosas habían cambiado y quería distanciarse, y se sentía mal por ello, porque Quinn estaba decepcionado. Sin embargo, él no sabía lo que era tener hijos, no conocía los sacrificios que había que hacer por ellos algunas veces.

Cuando hizo su discurso y acabó la subasta silenciosa, comenzó la subasta dinámica, que fue todo un éxito aunque al pobre señor Salls se le daba tan mal hacer de subastador como les había asegurado a su mujer y a ella. Al final, por fin empezó a relajarse. La mayor parte de la recaudación había terminado y había ido muy bien, teniendo en cuenta el poco tiempo que habían tenido para planificarlo todo. Estaba observando pujar a los asistentes para ganar unas vacaciones de siete días en Hawái cuando se le acercaron Taylor, Caden y Sierra.

–¿Podemos ir a casa a cambiarnos? –le preguntó Caden–. Será más fácil limpiar y recoger si llevamos ropa más cómoda.

Se sintió aliviada al ver que sus hijos volvían a ser amigos otra vez, y asintió. Los chicos salieron apresuradamente a la calle.

–Hemos recaudado más de lo que esperábamos.

Autumn se giró y vio a Mary, que estaba detrás de ella. Su madre y Laurie habían estado muy ocupadas trabajando en la cocina toda la noche, ayudando con los espaguetis, el pan de ajo y la ensalada de la cena, así que ella se sobresaltó un poco al oír su voz.

–Sí, parece que sí, ¿no? Estoy impaciente por saber cuánto.

–Creo que, por lo menos, cincuenta mil dólares.

–Eso pueden ser cinco meses de tratamiento.

–Viéndolo así, no parece tanto. Pero es mejor que los Vanderbilt tengan cincuenta mil dólares menos de deuda.

–Sí, eso es cierto.

Mary se distrajo un instante. Después, dijo:

–No mires ahora, pero Quinn no te quita los ojos de encima.

A ella también le estaba costando mucho no mirarlo.

–Está muy agradecido por todo el trabajo que hemos hecho –murmuró.

Pero su madre no se dejaba engañar tan fácilmente.

–No se trata solo de eso –dijo Mary, con una sonrisa–. Las cosas deben de ir muy bien entre vosotros.

–No, las cosas no van bien. No hay nada entre nosotros.

Mary se puso seria.

–¿De verdad? ¿Por qué no?

–Porque mis hijos son lo primero.

La subasta acabó en aquel momento, y el señor Salls, que estaba sudoroso, la miró con una expresión de alegría. Ella se giró hacia la mesa del personal para ver cuál era el resultado. Barbara Stamper había accedido a hacer el seguimiento del dinero para poder anunciar el total de la recaudación antes de que terminara el evento. Autumn no quería hablar de Quinn. Tenía las emociones demasiado revueltas. Sin embargo, su madre la agarró de la muñeca antes de que pudiera alejarse.

–Tu felicidad y la felicidad de tus hijos no son cosas excluyentes –le dijo, y volvió a la cocina.

Quinn se sentó en la arena con los pantalones del traje y la camisa de algodón blanco. Había dejado la chaqueta y la corbata en el coche. Se había quitado los zapatos y los había dejado a su lado. Parecía que estaba solo, y se alegraba.

Bajo la luz blanca de la luna, solo veía las crestas blancas de espuma de las olas, que rompían muy cerca de él. Estaba subiendo la marea y, si no se movía, iba a mojarse muy pronto, pero no le importaba. Tomó un sorbo de la cerveza que había llevado a la playa y se dijo que debería estar celebrándolo; habían recaudado cincuenta y seis mil cuatrocientos noventa y tres dólares para ayudar a pagar el tratamiento para el cáncer de su madre. Esa cantidad era muy importante, y les proporcionaría a su padre y a él un alivio muy necesario.

Él ya les había dado a sus padres todos sus ahorros, y no podía ganar mucho dinero ahora que estaba trabajando para ellos, así que el hecho de que la comunidad les hubiera apoyado de aquella forma era algo muy hermoso.

Sin embargo, allí estaba, sentado en la playa, sintiéndose mal. El dinero no iba a garantizarle que su madre superara la enfermedad, pero, al menos, sí les daba esperanzas.

No obstante, el verdadero problema era Autumn. Ella se había distanciado de él justo cuando empezaba a creer que, por fin, había encontrado a alguien a quien podía querer y admirar.

Clavó la botella en la arena y miró el cielo aterciopelado. Su padre siempre había sido un hombre fuerte; él nunca lo había visto llorar en público antes de aquella noche, pero, al final del evento, se le había quebrado la voz al agradecer a todo el mundo su contribución. Quinn comprendía lo impotente que se sentía su padre ante el cáncer de su madre. Él sentía lo mismo. Y estaba empezando a preocuparse tanto por su padre como por su madre. Cada día, su madre estaba más débil, y Mike también cambiaba. Quinn temía que no volviera a ser el mismo si la perdía.

–A la mierda el amor –musitó.

No había nada que causara tanto sufrimiento. Su matrimonio había sido una auténtica pesadilla y, aun así, era tan estúpido como para querer iniciar otra relación.

Sonó su teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo, pero no respondió a la llamada. No quería hablar con nadie, y menos, con Autumn. No tenía fuerzas para soportar más decepción en aquel momento.

¿Se habría retirado ella porque se había enterado de que su hija estaba embarazada? Él llevaba toda la semana preguntándose si debía contarle lo que le había dicho Caden, pero ella no le había dado la oportunidad, porque se había negado a verlo.

Pero ya podía decir, con toda seguridad, que el embarazo de Taylor no era asunto suyo. Iba a mantenerse alejado de Autumn y de sus hijos; que cada uno continuara con su vida. Eso era lo que ella quería, obviamente.

Su teléfono empezó a sonar otra vez, y miró la pantalla. Era Autumn, y él apretó la tecla para silenciar la llamada. Se metió el móvil en el bolsillo y terminó la cerveza. Cuando iba a recoger los zapatos, el teléfono volvió a vibrar de nuevo, y él no le hizo caso.

–¿De verdad no vas a responder a mi llamada? –preguntó alguien que estaba cerca.

Él dejó los zapatos donde estaban y se puso de pie. Miró en la dirección en la que había oído la voz de Autumn, pero no pudo verla en medio de la oscuridad hasta que ella no se acercó.

–Lo siento –le dijo–. No quería ser grosero, pero necesitaba algo de tiempo y pensé que, a estas horas, creerías que estaba dormido.

–Sí, lo habría pensado, pero tu coche está en el aparcamiento, y he oído el tono de tu teléfono, que me ha guiado hasta ti.

–¿Has venido andando? –le preguntó él. Autumn llevaba unas mallas y unas chanclas, así que él sabía que había pasado por casa.

–No. He venido en coche. He estado por todo el pueblo…

–La subasta ha sido mucho trabajo –dijo él–. Lo siento.

–No ha tenido nada que ver con la subasta. Te estaba buscando.

Él contuvo un gemido.

–Autumn, no estoy de humor para hablar. Sé lo que vas a decir, y no tienes que molestarte. Entiendo que has pasado por algo muy difícil al perder a tu marido. Y te agradezco muchísimo todo lo que has hecho por mi madre. Pero estos últimos años yo tampoco lo he pasado bien y… Mira, si no estás dispuesta a darme una verdadera oportunidad, lo entiendo. Me he equivocado al presionarte.

–¿Así que renuncias a mí tan fácilmente?

Él alzó ambas cejas con sorpresa.

–Has dejado claro que eso es lo que quieres que haga.

–¿Y si he cambiado de opinión?

Quinn se emocionó al pensar en que fuera cierto, pero, al mismo tiempo, sintió recelo. No quería hacerse ilusiones otra vez. Necesitaba calma y paz.

–Te preguntaría si estás segura. Porque mi corazón ya ha pasado por una picadora de carne, y no puedo arriesgarme a que suceda de nuevo. Mi madre se está muriendo. Y…

–¿Y?

–Y no con alguien a quien deseo tanto como a ti –reconoció él.

Ella se acercó y le dio un beso en los labios.

–Es que… me entró pánico, Quinn. Me asusté al pensar en lo mucho que me importas, y en lo fácilmente que ha sucedido, cuando yo era feliz con Nick y debería haber sido mucho más difícil. Y no quiero hacer nada que pudiera angustiar a mis hijos. Pero hoy, en el coche, mi madre me ha dicho algo que es muy cierto.

–¿El qué?

–Que eres un buen hombre. Y que el amor de un hombre bueno es difícil de encontrar.

Él le acarició una mejilla con el dedo.

–¿Y cómo sé que no vas a volver a alejarte de mí?

–Bueno, supongo que no hay ninguna garantía con ninguno de los dos, pero quiero que sepas que ya les he hablado a mis hijos sobre ti.

Él se quedó tan asombrado que dio un paso atrás.

–¿De verdad? ¿Cuándo?

–Cuando volvíamos a casa de la subasta. Caden me estaba contando que habíais estado jugando al voleibol en la playa toda la mañana el otro día. Y Taylor también dijo que tú le caías bien, y que lamentaba lo que le estaba ocurriendo a tu madre. Así que aproveché la oportunidad y les conté que me habías pedido que saliéramos juntos.

Él sonrió.

–¿Y qué dijeron?

–Fue un poco embarazoso, no te voy a mentir –respondió ella, con una risa de nerviosismo–. No están acostumbrados a que su madre

salga con nadie. Además, no han podido cerrar la desaparición de su padre. Pero mi madre iba en el coche con nosotros, y eso ayudó. Dijo que yo había hecho todo lo posible por encontrar a Nick, que ellos iban a marcharse pronto de casa y que no había ningún motivo para que yo me quedara sola.

–En otras palabras, hizo que se sintieran culpables para conseguir que dieran su aprobación –dijo Quinn, con ironía.

–Sí, supongo que un poco. Este tipo de transiciones no son fáciles, pero espero que valga la pena para todos nosotros. Ellos dijeron que querían que saliera contigo si eso era lo que yo quería también.

Quinn pensó en lo que le había contado Caden sobre Taylor. Autumn no había mencionado el embarazo, pero él no podía sacarlo a relucir en aquel momento.

–¿Y crees que lo decían con sinceridad?

–Eso espero. De todos modos, el hecho de salir contigo no va a hacer que deje de ser una buena madre. Solo voy a recordar eso y a creer que me han dicho la verdad.

Entonces, él la besó y se abrazó a ella. Su madre se estaba muriendo, y verla sufrir era una de las cosas más difíciles que había experimentado. Sin embargo, el hecho de tener a Autumn entre sus brazos hacía que todo fuera un poco más fácil.

–Yo voy a ser bueno con ellos –dijo–. Te lo prometo.

Capítulo 23

Taylor había prometido que iba a pasar el Cuatro de Julio con su familia. Mimi y la tía Laurie habían cerrado pronto la librería, y su madre estaba haciendo salsa de tomate, guacamole, enchiladas y arroz con alubias para la cena. Aquella era otra de sus comidas favoritas, pero no conseguía emocionarse por la comida cuando no podía quitarse de la cabeza que su madre estuviera saliendo con otro hombre.

Sabía que aquello tenía que suceder en algún momento, porque su madre no podía quedarse soltera para siempre, pero… ¿tan pronto?

Además, Sierra no estaba allí para poder hablar de aquello. Su padre se había empeñado en que fuera con él a ver a su hermano, que vivía a dos horas de allí. Seguramente, Sierra llevaba el teléfono móvil, pero ella no quería llamarla cuando estaba con su padre.

Alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

–Adelante –dijo.

Tenía que poner la mesa, así que pensó que sería su madre para sacarla de allí. Sin embargo, fue Caden quien se asomó a la puerta.

–Eh, ¿qué haces?

Ella había estado escribiendo en su diario, tratando de decidir qué iba a hacer con el bebé, algo que le estaba resultando mucho más difícil de lo que había pensado en un principio. También había estado intentando encontrar el modo de contárselo a Oliver. Tenía miedo de hacerlo, porque cabía la posibilidad de que él se lo confiara a algún amigo, o a un familiar, y la noticia se difundiera antes de que ella volviera a casa.

Tuvo un escalofrío al pensar en los chismorreos a los que tendría que enfrentarse en el instituto. Todo el mundo se enteraría de que iba a tener un bebé de Oliver Hancock, y eso no le causaría más que vergüenza y humillación. Y eso también afectaría a Caden, que tendría que defenderla de los comentarios y contenerse para no pegarle una paliza a Oliver.

–Nada, de verdad –le dijo a su hermano, mientras cerraba el diario.

Él entró y cerró la puerta.

–¿Estás bien?

–Me siento un poco rara.

–¿No tienes náuseas por las mañanas, como las mujeres embarazadas?

–No, todavía no he sentido nada de eso. Si tengo suerte, a lo mejor a mí no me pasa. Lo que me hace sentirme rara es que mamá salga con Quinn Vanderbilt.

–Sí. Ya era lo bastante horrible que papá haya desaparecido.

–Exacto. ¿Y ahora mamá va a empezar a salir con gente? ¿Y si la cosa va en serio y se casan? Quinn se convertiría en nuestro padrastro. ¡Ay!

Él se sentó al borde de la cama.

–¿No te cae bien? A mí, sí.

Ella metió el diario en el cajón de la mesilla de noche.

–¿Solo porque nos invitó a comer en su restaurante? Yo no quiero que nadie más me diga lo que tengo que hacer, y mucho menos, un extraño.

–A lo mejor no sería así.

–Claro que sí. Eso es lo que hacen los padrastros.

–Somos casi adultos. Y Mimi tiene razón. No podemos esperar que mamá se quede sola para siempre. No es culpa suya que papá se marchara.

Ella puso los ojos en blanco.

–Tú siempre te lo tomas todo con mucha calma.

–¿Y qué voy a hacer? Disgustándome no voy a conseguir que papá vuelva. Y, si le decimos a mamá lo que sentimos realmente, quizá ella rechace a Quinn. Pero a lo mejor, más tarde, empezaría a salir con otra persona… y puede que sea alguien que no nos caiga bien en absoluto. ¿Lo has pensado?

–He estado ocupada pensando en mis propios problemas –refunfuñó ella.

Él le lanzó una mirada de timidez.

–Hablando del bebé, tengo que decirte una cosa.

–¿Qué?

–¿Te acuerdas de que en el coche conté que Quinn había estado jugando conmigo al voleibol toda la mañana, el otro día?

–Sí.

–Bueno, fue el martes, cuando me enteré de que Oliver era el padre de tu bebé.

–¿Y qué? –preguntó ella, entrecerrando los ojos.

–Yo estaba bastante enfadado y… le hablé del bebé.

Taylor se levantó de un salto.

–¡No! ¡Por favor, dime que no es cierto!

Él también se puso en pie.

–No sabía que él estuviera interesado en mamá, pensé que era

alguien con quien podía hablar. No puedo contárselo a nadie más.

Taylor empezó a abanicarse y a pasear de un lado a otro.

–Oh, mierda, mierda, mierda…

–No te asustes –le dijo Caden–. Quinn no se lo ha dicho a mamá, o ya te habrías enterado.

–¡Pero se lo va a decir!

–No. Es un tío muy guay, como ya he dicho. Esto lo demuestra.

Taylor se apretó el corazón con una mano, como si pudiera calmar la velocidad de sus latidos. Su madre estaba empezando a salir con un hombre, aunque todavía estuviera casada, y ese hombre sabía, por Caden, que ella iba a tener un bebé.

–¿Puede empeorar mi suerte? –preguntó, quejumbrosamente.

–Sí –dijo Caden, y ella se dio cuenta de que tenía razón. Las cosas podrían ser mucho peores. Tenía que ocuparse de controlar la situación.

–Quinn nos va a llevar a todos a ver los fuegos artificiales esta noche –prosiguió su hermano–. Deberías intentar hablar a solas con él un momento y pedirle que te deje a ti ser quien se lo digas a mamá. Seguro que él te dirá que sí. Incluso puede que te dé algún consejo sobre cómo decírselo.

Ella se detuvo, echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

–¡Va a ser una vergüenza! Él no me conoce… Va a pensar que soy una… fulana, o algo así.

–Claro que no, Tay, te lo prometo. No es así.

Ella se frotó la frente. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo y no ir a la fiesta en la que había estado con Oliver.

–No puedo creer que se lo hayas dicho.

–Ya lo sé. Lo siento mucho. No tenía ni idea de que las cosas iban a ser así.

–Seguramente, ese es el motivo por el que quiso jugar contigo al voleibol. Le gusta mamá.

–Sí, lo más seguro es que sí –dijo él–. Pero ese día me divertí mucho. Sería genial volver a hacerlo. Quinn me cae muy bien.

–Sí, claro –refunfuñó ella–. Para ti todo es muy fácil siempre.

–Porque tú haces que la vida sea más difícil de lo que tiene que ser –respondió él, con brusquedad.

Ella frunció el ceño como si todavía estuviera enfadada, pero, en el fondo, sentía alivio por el hecho de poder hablar con un adulto. No iba a ser fácil iniciar la conversación con Quinn, pero tal vez él pudiera ayudarla de algún modo.

Autumn no podía dejar de retorcerse las manos. Una cosa era que ella pasara tiempo con Quinn. Mientras no lo mezclara con sus hijos,

siempre podría mantener en un compartimento el hecho de estar enamorándose de un hombre que no era su marido. Pero él iba a llevarlos a todos a ver los fuegos artificiales, y parecía que ya era parte de la familia. Tal vez esa decisión hubiera sido un error. Ella había tenido la tentación de posponer algo así para darles a sus hijos tiempo suficiente para adaptarse, pero tenía miedo de que Quinn pensara que nunca iba a permitirle acercarse.

Además, no iban a estar en Sable Beach el tiempo suficiente como para que Taylor y Caden pudieran conocerlo si no empezaban ya. El mes siguiente tendrían que volver a Tampa. No sabía en qué punto iba a estar su relación con Quinn a la hora de marcharse, pero quería explorar lo que sentía, y él, también. Así que, hasta que pudieran pensar en el futuro, aceptaría su invitación.

Tanto Caden como Taylor llevaban muy callados todo el día. Debía de sentirse recelosos por aquel cambio, y no podía reprochárselo, porque también afectaría a su vida. Además, como había mencionado que estaba saliendo con un hombre, ellos se habían dado cuenta, de repente, de que había recogido las cosas de Nick y las había puesto en el garaje. Seguramente, eso había sido más traumático para ellos que el hecho de que saliera con Quinn. Había tenido que asegurarle a Taylor que todavía quería a Nick, y que lo querría siempre. Nick le había dado dos hijos preciosos, y habían pasado juntos dieciocho maravillosos años.

Llevaba un rato junto a la ventana, mirando a la calle, cuando notó que su madre la rodeaba con un brazo. No la había oído llegar, porque debía de estar demasiado absorta en sus pensamientos, pero conocía su olor y sus caricias.

–Deja de preocuparte tanto –le dijo Mary–. Las cosas van a salir bien.

Se oyó el secador de pelo desde el baño, donde estaba Taylor arreglándose. Caden estaba en la habitación de su hermana, poniéndose unos pantalones cortos.

–Esto es… un paso muy grande –le dijo ella a su madre.

–Taylor y Caden saben lo mucho que los queremos. Y, en cuanto empiecen a conocer a Quinn, ellos también estarán muy contentos de que forme parte de su vida.

Autumn respiró profundamente.

–Eso espero.

Mary miró la hora.

–¿A qué hora va a llegar?

–A las ocho. Nos invitó a cenar antes de los fuegos, pero yo no quería ir tan lejos. Una celebración de Cuatro de Julio parece algo menos… oficial, no sé. Sobre todo, porque tú vas a venir con nosotros, y será como todos los años, salvo que será Quinn y no Nick quien esté

presente.

Al darse cuenta de lo que estaba diciendo, frunció el ceño.

–En realidad, esto no es un cambio tan pequeño. No sé en qué estaba pensando.

Mary le besó la sien.

–Vamos, deja de preocuparte. Caden y Taylor son casi adultos. Lo entenderán.

–Sí, lo entienden demasiado bien –murmuró ella–. Sería más fácil si fueran niños pequeños.

–Sí, supongo que sí. Los niños pequeños son más flexibles.

Aunque ella habría preferido que conocieran a Quinn en la celebración, porque así aquello sería aún menos parecido a una cita, aparcar iba a ser una pesadilla, así que ella le había sugerido que dejara el coche en la calle de su madre y que fueran paseando.

–Aquí viene –dijo Mary, al ver acercarse el Audi de Quinn.

Él aparcó y salió. Llevaba unos pantalones cortos, un polo y unas zapatillas deportivas. Autumn sintió tanta emoción al verlo que pensó que, tal vez, lo que estaba haciendo era lo mejor. Al menos, para ella. Ojalá sus hijos también estuvieran bien.

–¿Está todo el mundo preparado? –preguntó, en voz alta.

Caden salió de la habitación. Taylor todavía se estaba secando el pelo, pero Autumn no le metió prisas. Sonrió a su hijo y esperó a que él correspondiera antes de abrir la puerta.

–Hola –dijo Quinn, amablemente. Sin embargo, ella se dio cuenta de que también estaba un poco nervioso.

* * *

A mediados de verano siempre había humedad y hacía calor, incluso de noche, pero aquel día corría una suave brisa del mar. Todo el mundo empezó a reunirse para ir a ver los fuegos. Quinn sabía que Autumn y su familia ya habían cenado, pero le había pedido a Darby, uno de los cocineros del restaurante, que hiciera unos cuantos perritos calientes mientras preparaba la cena para sus padres, por si acaso.

Encontraron a Darby exactamente donde había dicho que iba a estar, pero Caden fue el único que aceptó el perrito. Quinn le enseñó cómo le gustaba hacerlo a él: con cebollas asadas y pimiento verde, unos jalapeños y bastante mostaza de Dijon y kétchup. Cuando lo terminaron, Quinn le preguntó si quería una rodaja de piña de postre. Como era de esperar, Caden aceptó a pesar de haberse quejado, unos segundos antes, de que estaba muy lleno. Quinn se echó a reír. Él también podía comer muchísimo a la edad de Caden.

–¿Y tú? –le preguntó a Taylor–. ¿Has probado alguna vez la piña asada?

Ella negó con la cabeza.

Quinn no sabía si Taylor no tenía interés en abrirse a él o, simplemente, no le caía bien. Le dio la impresión de que iba a resultar mucho más difícil ganársela a ella que a Caden.

–Deberías probarla, por lo menos. Está deliciosa.

–De acuerdo –dijo ella, aunque con reticencia.

–Yo sí quiero un poco –dijo Mary–. Tu padre ya me la dio a probar una vez, en otro Cuatro de Julio, y me encantó.

–Estupendo –dijo él, y se volvió hacia Autumn–. ¿Y tú?

–Por supuesto que sí. No me lo voy a perder.

Todos comentaron lo deliciosa que estaba la piña, caramelizada y con un suave sabor ahumado, y le dieron las gracias a Darby. Después, se acercaron a la orilla, al lugar en el que estaban los padres de Quinn, en dos mantas que habían extendido por la arena.

–Mis padres han venido con antelación y nos han conseguido un buen sitio –dijo Quinn.

Su padre se levantó cuando llegaron, pero su madre, no. Se la veía tan débil, que él le preguntó si prefería ir a casa.

–Yo puedo llevarte, que papá se quede aquí, porque los fuegos están a punto de empezar –le dijo.

–No, no quiero estar sola en casa cuando todos estáis aquí –dijo ella. Y, mientras todo el mundo estaba ocupado eligiendo una de las galletas y bebidas que estaba pasando Mike, se inclinó hacia su hijo y añadió–: Quiero ver cómo estás con Autumn. Mi último deseo antes de morir es verte feliz.

Él le dio un beso en la mejilla.

–No hables de morir. Concéntrate en ponerte bien. No tienes por qué preocuparte por mí.

–De todos modos, voy a preocuparme. Pero, si estás con una mujer buena, me preocuparé menos.

Él le apretó la mano a su madre y se movió para dejarles sitio a los demás. Autumn se sentó a su lado, pero Quinn fue muy cuidadoso y ni siquiera la tocó. Quería que fuera una reunión cómoda y amistosa. Por eso había llevado también a sus padres. Las dos familias iban a disfrutar, y el ambiente de grupo sería menos amenazante para los hijos de Autumn.

Como había pasado aquella mañana jugando con Caden en la playa, se sentía como si, hasta cierto punto, ya hubiera conectado con el chico. Esa familiaridad le ayudaba a aliviar lo embarazoso de aquel momento. Sin embargo, vio que Taylor lo miraba cada poco tiempo como si no supiera qué pensar de él. No parecía que le tuviera simpatía.

Cuando terminaron los fuegos, estuvieron unos minutos más con sus padres. Después, él acompañó a Autumn y a su familia a un puesto de

helados que había a la salida de la playa. Compraron granizados para combatir el calor y, mientras todo el mundo se los tomaba, él llevó la cesta de picnic de sus padres al coche. Iba por el aparcamiento, entre el gentío, cuando vio a Taylor. Ella estaba mirando por todas partes, y él supuso que buscaba a algún amigo. No obstante, en cuanto lo vio, se encaminó hacia él.

Quinn se sorprendió de que lo estuviera buscando a él, porque había estado recelosa toda la noche. Sonrió en cuanto la tuvo delante.

–Hola, ¿ya te has terminado el granizado?

–No. Les dije a todos que tenía que ir al baño. Pero, en realidad, quería hablar contigo.

Él intentó disimular el asombro.

–Claro. ¿De qué se trata?

Ella se cruzó de brazos con fuerza.

–Se trata de lo que te dijo Caden.

Entonces, él entendió perfectamente por qué Taylor quería estar con él a solas. Sin embargo, era muy atrevido por su parte. ¿De veras iban a hablar de eso?

–¿Te refieres al bebé? –le preguntó, en voz baja.

Ella se miró los pies.

–Sí.

–Como vamos a hablar de esto aquí, me imagino que aún no se lo has contado ni a tu madre ni a tu abuela.

–No. No quiero estropear lo que queda de verano. Son mis últimas semanas de ser quien he sido siempre. Además, ¿para qué me voy a humillar en Sable Beach y, después, en Tampa, si puedo evitarlo?

Todo iba a cambiar radicalmente, y ella lo sabía. No podía reprocharle que quisiera aferrarse un poco más a su vida.

–Lo entiendo. Entonces, ¿has venido a pedirme que no se lo diga a tu madre?

–Sí.

Él se rascó el cuello. Ojalá Caden no hubiera confiado en él. No quería verse en medio de aquella situación. Sin embargo, no creía que esperar seis semanas para darle la noticia a su madre fuera a cambiar mucho la situación.

–¿Y no es peligroso que no vayas al médico enseguida?

–No. Lo he buscado en internet. Solo voy a estar de tres meses cuando lleguemos a Tampa. El médico no puede hacer nada por mí en esta etapa, salvo decirme que estoy embarazada, y eso ya lo sé.

Él vaciló. No quería ocultarle aquella noticia a Autumn. Si ella se enteraba, tal vez ocurriera algo que no deseaba. Aunque, por otro lado, también cabía la posibilidad de que estuviera dándole demasiada importancia. Después de todo, también era arriesgado decírselo, porque eso lo enfrentaría a sus hijos desde el principio y dificultaría su

relación. Además, no le parecía bien involucrarse en un asunto tan privado.

–Siempre y cuando ni tú ni el bebé estéis en peligro, prefiero quedarme al margen.

Ella se quedó aliviada.

–¿Me dejarás decírselo a mí?

–Claro. No es cosa mí. Lo entiendo. Pero yo también necesito que me hagas un favor.

–¿Cuál?

–No le digas nunca que yo lo supe antes que ella.

Al oír su respuesta, Taylor se animó.

–Prometo que no se lo diré. Y voy a decirle a Caden que tenga la boca cerrada.

–De acuerdo.

Taylor se quedó aliviada, y parecía que quería volver ya con los demás. Sin embargo, él tenía otra cosa que decirle, mientras hubiera ocasión.

–Sabes que tu madre y yo fuimos juntos al instituto, ¿no?

–Sí, nos lo contaste en el restaurante.

–Así que no acabamos de conocernos.

–¿Qué es lo que quieres decir? –preguntó ella, con una expresión de escepticismo.

–Que tu madre me gusta mucho, Taylor. Pero no quiero que eso haga que os sintáis amenazados en ningún sentido. No estoy intentando ocupar el lugar de tu padre. Aunque tu madre y yo termináramos manteniendo una relación seria, no tendrías que aceptarme como padre si no quieres. Sea cual sea nuestra relación, la tuya y la mía, me gustaría que fuera verdadera, así que me conformaré con ser tu amigo, si eso es todo lo que quieres que sea.

Ella se relajó de nuevo, y asintió.

–Siento todo lo que habéis pasado –le dijo él–. Pero vuestra madre os quiere mucho, y yo nunca me voy a interponer. Ni siquiera lo intentaría.

A ella le tembló ligeramente el labio. Una chica de su edad, enfrentándose a un embarazo, debía de estar aterrorizada. Por lo menos, tenía una buena madre.

Ella se irguió y carraspeó.

–Entendido. De acuerdo. Gracias.

–Vamos. Las cosas van a salir bien, ya lo verás –dijo él, y pidió al cielo que fuese cierto, no solo por ella, sino, también, por él. Ahora que había aceptado guardarle el secreto a Taylor, si Autumn se enteraba alguna vez, él también tendría algo que perder.

Capítulo 24

Las últimas fotos que has enviado son preciosas. Autumn es guapísima, y Taylor y Caden, también. Gracias por compartirlas.

Mary estaba sola en la librería cuando recibió aquel mensaje. Había estado comunicándose con Tammy casi todos los días, generalmente, por mensajes, algo que le resultaba menos amenazante, porque podía pensar en sus respuestas antes de enviarlas.

Aunque, al principio, había sentido reticencia, estaba empezando a disfrutar del hecho de conocer a la Tammy adulta, algo que le resultó una sorpresa. Siempre había estado absolutamente convencida de que tenía que mantenerse alejada de todo aquello que tuviera que ver con los Skinner, y se habría perdido la oportunidad de recuperar la relación con ella si Tammy no hubiera pagado a Drake Owens para que la encontrara.

Tammy: ¿Taylor tiene novio?

Ella pensaba que podía tener novia, pero eso no lo mencionó.

Mary: No, ahora, no. Lo tenía, pero rompieron después de Navidad.

Tammy: ¿Y Caden?

Mary: Que yo sepa, nunca ha tenido novia.

Tammy: ¿Y qué tal se llevan Autumn y Quinn?

Le había comentado a Tammy que habían ido a ver los fuegos artificiales, y que estaba muy contenta por que su hija estuviera empezando una nueva relación.

Mary: Estupendamente. Ella está como una adolescente. Estoy encantada de que haya conocido a alguien. Debe de haber sido horrible perder a Nick.

A Mary le sorprendía que Tammy recordara tantos detalles de lo que le había contado. Parecía que estaba de verdad interesada en sus vidas.

Mary: Nick era un gran tipo en muchos sentidos, pero yo creo que Quinn y ella estaban destinados el uno al otro desde el principio.

Tammy: ¿Tienes la esperanza de que vuelva a Sable Beach?

Mary: Sí. Ella se fue a Tampa solo por Nick. Creo que Sable Beach es un pueblo estupendo.

Tammy: ¿Cómo terminaste allí?

Mary: Conocí el pueblo en una revista de viajes que tenía tu madre. Los diez mejores lugares de playa de la Costa Este. Me gustó tanto que arranqué la página y la guardé durante años. Cuando llegué aquí, el aspecto sano del pueblo hizo que me sintiera segura, y decidí que este era el sitio donde iba a criar a Autumn.

Sonó la campana de la puerta, y Joann Hunter entró con su nieta, Megan, que tenía trece años. Como de costumbre, llevaban una bolsa de dónuts y una bebida que siempre compraban al final de la calle. Mary estaba deseando abrir la cafetería de la parte superior para poder vender bollería, zumos recién hechos y café, sobre todo, ahora que habían firmado el préstamo y ya no se trataba de un sueño inconcreto.

–Buenos días –dijo.

–Buenos días –dijeron ellas, y se echaron a reír, porque habían respondido al unísono.

–¿Hoy estás sola? –le preguntó Joann, mientras se acercaban a la caja registradora.

Mary dejó el teléfono.

–Por ahora, sí. Laurie tenía cita en la peluquería, pero vendrá enseguida.

–¿Y Autumn?

–No suele venir hasta mediodía.

Joann señaló las filas de libros.

–Bueno, ¿alguna novedad que debamos conocer?

Mary las llevó a la sección de ciencia ficción, que era la favorita de Megan.

–He pedido una distopía de una mujer llamada Tosca Lee. Pensé que a Megan le gustaría.

Lo sacó del estante y se lo entregó a la nieta de Joann.

–Ha tenido muy buenas críticas.

Joann tomó un sorbo de su café mientras Megan leía la contraportada y comenzaba a hojear el principio del libro.

–Vi a tu familia con Quinn y sus padres cuando empezaban los fuegos artificiales, el domingo por la noche. ¿Se han juntado Autumn y Quinn? Porque Bev Vizii anda diciéndole a todo el mundo que, seguramente, siempre han tenido una aventura, que era tu nieta con quien Quinn engañaba a su hija.

–Eso es una locura. Él no la estaba engañando, lo ha dicho bien claro, y mi hija siempre ha estado casada con Nick.

–Ya sabes cómo es Bev. Está empeñada en que su hija tenía una justificación.

–Pues ya es hora de que alguien le diga que cierre la boca. Ha estado hablando mal de Quinn desde que volvió al pueblo. Todos estamos cansados de eso. Su hija lo apuñaló, por el amor de Dios.

¿Cómo es posible que le eche la culpa a él?

–¿Apuñalaron a Quinn? –preguntó Megan, con los ojos abiertos como platos–. ¿El señor que es dueño del restaurante?

–No te preocupes, hija, fue hace mucho tiempo –respondió Joann, quitándole importante rápidamente–. ¿Quieres el libro?

–Sí, me parece bueno.

–Pues te lo compro. Ahora, tenemos que ir a buscar a tu abuelo a la oficina de correos.

Megan le dio la novela a Mary, y Mary se la llevó a la caja registradora para cobrar.

–Gracias por venir –les dijo, mientras metía el libro en una bolsa de la librería y lo colocaba sobre el mostrador.

–De nada –dijo Joann, mientras su nieta tomaba la bolsa.

Mary se despidió de ellas y volvió a prestarle atención al teléfono. Tenía la esperanza de poder seguir conversando con Tammy, y tenía otro mensaje esperándola.

Tammy: Algún día, me gustaría ver tu casa. Y tu tienda. Libros enfrente de una playa. Suena tan pintoresco y tan fabuloso…

Ella tuvo la tentación de escribirle que podía ir cuando quisiera, pero, antes, tenía que saber con certeza que Tammy no mantenía relación con Nora.

Mary: ¿Dónde está tu madre?, le preguntó, por fin. *¿Lo sabes?*

Tammy: Ni idea.

Mary: ¿No tienes nada de contacto con ella?

Tammy: No, nada. Sabe cómo me siento hacia ella.

Aquello era reconfortante, pero, de todos modos, le parecía demasiado arriesgado, teniendo en cuenta lo espantoso que había sido su pasado, acercar cualquier cosa que tuviera que ver con los Skinner al lugar donde había construido tan cuidadosamente su vida.

Mary: ¿Ella sabe dónde vives?

Tammy: No lo sé.

Mary: ¿Y qué harías si se pusiera en contacto contigo alguna vez?

Tammy: En este momento, ya no estoy segura. Hace tanto tiempo…

Aquella respuesta era mucho menos reconfortante. Mary tuvo la impresión de que Tammy se suavizaba con su madre. Nora había resultado ser tan psicópata que ella pensaba que tendría que ser tonta para sentir la más mínima empatía hacia aquella mujer. Sin embargo, ella no tenía lazos de sangre con Nora, como Tammy, así que, tal vez, podía ser más objetiva.

–¿A quién escribes?

Mary se sobresaltó. Estaba tan absorta en el intercambio de mensajes, que no había oído entrar a Laurie. En la puerta trasera no había timbre.

–Ah, eres tú –le dijo–. Me has asustado.

–Pues no he entrado precisamente con sigilo –dijo Laurie, sonriendo–. ¿Es Tammy?

–Sí.

–Me lo imaginaba. Llevas enviándole mensajes sin parar desde la primera vez que hablaste con ella.

–Cada vez más, a medida que pasan los días. Tammy nunca fue el problema –murmuró.

Sin embargo, aquella respuesta la había inquietado. Leyó el mensaje dos o tres veces más antes de poder convencerse de que sus palabras no significaban que ella fuese a permitir que su madre formara de nuevo parte de su vida.

¿O sí?

Mary: ¿Qué diferencias hay con el paso del tiempo?, le preguntó.

Tammy: Tal vez ahora sea una persona completamente distinta.

Mary: ¿Crees que la condena de cárcel que ha cumplido ha podido conseguir que mejorara?

Tammy: Bueno, ha tenido mucho tiempo para pensar mientras ha estado entre rejas. Además, es posible que nunca hubiera hecho lo que hizo sin la influencia de mi padre.

Mary: Y también puede ser que eso solo sea lo que tú quieres creer.

–¿Qué te está diciendo? –preguntó Laurie, preocupada, seguramente, por la expresión de su amiga.

–Nada –dijo Mary.

Dejó el teléfono y comenzó a hacer las tareas que había descuidado mientras estaba absorta en la conversación con Tammy. No quería discutir con la hija de los Skinner, ni intentar convencerla. Eso era, exactamente, el tipo de cosas que había tratado de evitar manteniéndose alejada de ella.

Sin embargo, al revisar su teléfono para ver si tenía algún mensaje de Autumn, vio que Tammy había vuelto a escribir.

Tammy: Espero no haberte asustado. No tengo contacto con mi madre, no te preocupes.

Mary: Está bien, respondió ella.

Sin embargo, el hecho de que Tammy diera cualquier excusa para Nora hizo pensar a Mary que un reencuentro futuro no estaba dentro de los límites de lo imposible.

Y eso no era buena señal.

Taylor y Sierra estaban acostadas en la cama de Sierra, charlando, mientras Taylor reunía valor para llamar a Oliver. Él le había enviado muchos mensajes aquellos últimos días y, al final, le había reprochado que no le respondiera.

Tenía razón al hacerlo, y ella lo sabía. Aunque el embarazo no iba a

afectarle a él tanto como a ella, Oliver también tenía cosas en juego, y se merecía saber lo que había ocurrido.

–Entonces, ¿has renunciado a hacerte el tatuaje? –le preguntó Sierra.

Taylor levantó la cabeza para poder recogerse el pelo y hacerse un moño antes de volver a apoyarse en la almohada.

–Por ahora, sí. Creo que ya he hecho lo suficiente para enfadar a mi madre, ¿no?

–Sí. Seguramente, lo más inteligente es esperar. Puedes hacértelo más tarde, si todavía te interesa –respondió Sierra, mientras se incorporaba para quitar el disco de Queen que habían estado escuchando, y ponía otro de los Beatles–. Antes de dar a luz ya habrás cumplido dieciocho años.

«Dar a luz». Aquellas palabras la asustaron. Pero cumplir dieciocho años le resultaba igual de aterrador. Un bebé y la mayoría de edad. No estaba preparada para ninguna de las dos cosas.

–¿Has recibido respuesta de alguna de las solicitudes de trabajo? –le preguntó a Sierra, para intentar cambiar de tema.

–Todavía, no. Creo que no voy a conseguir nada hasta otoño.

–¿Y qué le parece a tu padre?

–Tendrá que aguantarse. Ahí fuera no hay nada. ¿Preguntaste a tu abuela si puedo trabajar en la cafetería?

–Sí, y me dijo que era una posibilidad. Pero ya te comenté que la obra no termina hasta Navidad.

–Eso es mejor que el próximo verano.

–¿Y de niñera?

–No tengo ninguna experiencia, así que no creo que nadie vaya a contratarme, sobre todo, porque pronto empezarán las clases y no podré cuidar niños hasta las tres de la tarde.

–Le preguntaría a Quinn si puedes trabajar en el restaurante, pero con lo que está pasando con su madre, creo que no sería justo causarle más presión.

–Sí. No te preocupes. Mi padre se enfada y empieza a acosarme para que busque trabajo, pero se le olvida durante largas temporadas. Le diré que tal vez tenga algo en Navidad. Todo irá bien.

–¿Seguro?

–Sí, por cierto, ¿cómo van las cosas con Quinn? ¿Lo has visto otra vez desde el domingo?

–No.

–¿Y crees que tu madre, sí?

–Lo sé con certeza.

–¿Y cómo te sientes?

–Ya lo pensaré más tarde. Por ahora, me alegro de que esté distraída.

Sierra se dejó caer de nuevo en la cama.

–Entonces…

–¿Entonces, qué?

–¿Vas a llamar a Oliver, o no?

Taylor gruñó.

–¿Es obligatorio?

Sierra se irguió apoyándose en un codo.

–Creo que ya llevas suficiente temiendo ese momento. Quítatelo de encima.

–Sí, es cierto –dijo Taylor. Con un suspiro, se incorporó, tomó el teléfono y abrió la lista de contactos–. A lo mejor no responde –añadió, con esperanza.

Sin embargo, Oliver respondió al momento.

–¿Es lo que pienso? –preguntó, sin saludar.

Ella cerró los ojos con fuerza.

–Sí.

–Mierda… ¿Lo dices en serio? ¿Estás embarazada? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué les voy a decir a mis padres?

–Lo mismo que yo le voy a decir a mi madre. Que voy a tener un hijo.

–¿Lo vas a tener? ¿Vas a quedártelo?

Ella percibió el tono de pánico de su voz.

–Creo que sí. No sé qué otra cosa podría hacer.

–Hay opciones.

–Pero ¿tú querrías ser el responsable de un aborto, o de dar al niño en adopción? ¿Tomarías esas decisiones?

Hubo un silencio. Ella no podía oír, ni siquiera, su respiración al otro lado del teléfono.

–¿Oliver? ¿Estás ahí?

–Dios, esto es una locura –murmuró él–. ¿Qué vamos a hacer?

–Vamos a esperar a que yo vuelva para decirlo. ¿Podrás mantener el secreto?

–¿Y de qué sirve esperar? ¿Por qué te preocupas por eso?

–Porque tú no vas a tener que soportar la misma humillación que yo. Todo el mundo hablará de mí en el instituto.

–También van a hablar de mí.

–Pero no de la misma manera. A mí me van a llamar puta y fulana.

Más silencio.

–De acuerdo –dijo él, por fin.

Ella agarró el auricular con más fuerza.

–No, prométemelo. No se lo vas a decir a nadie hasta que yo vuelva.

–Te lo prometo. Yo tampoco estoy ansioso por que corra la voz.

Hubo otra pausa. Después, Taylor preguntó:

–¿Qué va a decir tu madre?

–Llorará mientras mi padre me da una paliza –dijo él, secamente.

Sierra se acercó a ella y la tomó de la mano. Taylor agradeció su apoyo, y sonrió a través de las lágrimas.

–Estás temblando –le dijo Sierra–. Relájate. Va a salir bien.

–No quiero que… tengas que pasar por eso –le dijo Taylor a Oliver.

–No vas a poder impedirlo. Yo, tampoco. Mi padre va a decir que he destrozado mi vida y que no me va a ayudar porque me ha avisado muchas veces de que esto no podía suceder.

Taylor cerró los ojos.

–Se calmará después de haberse hecho a la idea, ¿no?

–No. Me deseará buena suerte con el bajo sueldo que voy a ganar durante el resto de mi vida y me echará de casa.

–¿A los dieciséis?

–Dirá que, si soy un hombre para tener un hijo, también para mantenerme solo.

–¿Crees que cambiará de opinión?

–Quizá. Al final, puede ser. O no –respondió él, con la voz temblorosa–. Estoy muerto.

Taylor no quería que la hiciera sentirse responsable de las consecuencias que tuviera para él. ¡Oliver también había participado!

–Lo siento –murmuró.

–Ahora no puedo respirar. ¿Puedo llamarte en otro momento?

–Claro.

–¿Y vas a responder?

–Sí.

Él colgó, y ella dejó caer el teléfono en su regazo.

–Por si la situación no fuera lo suficientemente mala, ahora tengo que preocuparme por él.

–Tú ya tienes suficiente. Deja que Oliver se preocupe de Oliver.

–Sí –dijo Taylor, y apoyó la cabeza en el hombro de Sierra.

Sin embargo, horas después, seguía dándole vueltas a lo que le había dicho Oliver. ¿Y si su padre lo echaba de casa?

Cuando Melissa Cunningham le preguntó a Autumn si Quinn y ella eran pareja, Autumn alzó la vista de la ensalada que le acababa de servir la camarera. Había quedado con su antigua amiga para comer en un restaurante pequeño que había al lado de su salón de manicura, y sabía que, probablemente, el asunto saldría a relucir. Debido al trabajo de Melissa, tenía acceso a muchos de los cotilleos del pueblo. Sin embargo, no se esperaba que aquello fuese lo primero que saliera de la boca de su amiga.

–Estamos… viéndonos –dijo.

Melissa se peinó el pelo largo y rubio, gracias a las extensiones, con

las uñas postizas.

–¿Y? ¿Crees que podríais ir en serio?

Ya estaban empezando a ir en serio. Quinn había ido a verla todas las noches desde el espectáculo de fuegos artificiales. Después de que su madre y sus hijos se acostaran, aparcaba en la calle y entraba en el garaje. Ella había pensado que dormir por primera vez con él en el apartamento que había compartido con su marido sería difícil, pero de lo fácil que había sido, casi le daba vergüenza. Estaba enamorándose tan rápidamente que ya no le importaba el decoro, no le importaba nada salvo tocar y saborear el objeto de su deseo.

Estaba feliz. Estaba deseando verlo siempre que pudiera. Y sonreía como una tonta cada vez que recibía un mensaje suyo. Estaban manteniendo una aventura tórrida, aunque trataran de esconderse para que sus hijos no se dieran cuenta de todo el tiempo que pasaban juntos. Mientras Quinn estaba en el trabajo, ella estaba deseando que saliera. Y, cuando llegaba a su apartamento, ella estaba tan hambrienta de sus caricias que se unían de inmediato. Era una locura. Nunca había mantenido tantas relaciones sexuales en su vida. El martes había ido a Richmond solo para comprar lencería. ¿Cuándo había sido la última vez que se le había pasado por la cabeza hacer algo así?

–Tengo que volver a Tampa dentro de un mes –le dijo a Melissa, como si eso significara que no pudiesen tener ninguna relación seria.

–¿Por qué? –le preguntó su amiga.

–No puedo cambiar de ciudad a Taylor y a Caden en este momento. Empezar en un colegio nuevo sería infernal para ellos. Ya sabes cómo son las cosas. Los chicos ya tienen sus pandillas formadas a estas alturas.

–Bueno, pero, tal vez, Quinn quiera ir contigo a Tampa.

–No, no puede dejar a sus padres. Su madre está enferma, ya lo sabes. Así que… lo estamos manteniendo como algo informal.

–Pues eso deberías decírselo a los cotillas del pueblo –respondió su amiga, riéndose.

–¿A qué te refieres?

–Ya sabes cómo son los salones de manicura. Todo lo que se habla. Y, últimamente, lo que más oigo son conversaciones sobre Quinn y tú.

–¿Por la subasta para recaudar fondos?

–Por eso, por los fuegos artificiales, por Bev Vizii.

Autumn puso los ojos en blanco.

–¿Qué está diciendo ahora?

–Que eres una idiota por liarte con un infiel.

–Me ofende.

–No quiere que Quinn sea feliz mientras su hija está en la cárcel.

Autumn tomó su vaso de agua.

–Bueno, pues en mi opinión, él ya ha pasado suficiente. Tendrías que ver las cicatrices que tiene en la espalda.

–Me enteré de que lo apuñaló mientras dormía. ¿Habla él alguna vez de eso?

–No mucho. Me imagino que no le apetece mucho acordarse.

–¿Y ella? ¿Le escribe alguna vez?

–Están divorciados. ¿Por qué iba a escribirle?

Melissa se encogió de hombros.

–Me sorprendería que no lo hiciera. Siempre fue posesiva hasta el límite. Mi madre me dijo una vez que los había visto discutir en la playa porque Quinn quería ir a ver su madre, y ella se enfureció.

–¿Cómo se puede ser tan egoísta? –preguntó Autumn, agitando la cabeza.

–Me da la impresión de que ella destruyó el amor que sentía Quinn. Lo ahuyentó.

Autumn pensaba lo mismo, pero tuvo mucho cuidado con lo que decía, porque no quería aumentar más los chismorreos sobre Quinn.

–¿Y tú? ¿Qué tal vas? –le preguntó a Melissa, cambiando de tema.

Melissa le habló sobre un nuevo amor que había conocido por internet, y que su exmarido quería reconciliarse, pero que ella no estaba dispuesta a volver a Maryland, y que lo que más le interesaba era lo que estaba haciendo para conseguir el crecimiento de su negocio. Sin embargo, cuando terminaron de comer, volvió a sacar el tema de Quinn.

–¿Y Quinn? ¿Es bueno en la cama? –le preguntó, con un brillo de picardía en la mirada.

–No me he acostado con él todavía –dijo Autumn.

–Ya, claro –respondió Melissa, poniendo los ojos en blanco.

La camarera les llevó la cuenta, y Autumn se empeñó en pagar. Sin embargo, fue Melissa quien quiso dejar la propina. Cuando sacó su billetera del bolso, cayó una tarjeta sobre la mesa. Autumn la reconoció y se sorprendió.

–¿Tú también has hablado con este hombre?

Melissa encontró el billete de cinco dólares que estaba buscando y lo puso sobre la mesa.

–¿Qué hombre?

–El detective privado, Drake D. Owens. Esta es su tarjeta.

–Ah, sí. Entró en el salón preguntando por una tal Bailey North. Le dije que indagaría y lo llamaría. Parece que esa mujer tiene que recibir una herencia, si él puede encontrarla. Pero, después de meterme la tarjeta en el bolso, se me olvidó por completo.

Autumn pasó los dedos por las letras en relieve de la tarjeta.

–Bailey North. ¿Quién crees que es?

–Ni idea.

–Pues el detective tiene mucho interés en encontrarla. Ha repartido la tarjeta por todo el pueblo. ¿Por qué pensará que está aquí?

–No me lo dijo.

Autumn recordó que su madre iba a preguntarle a Laurie por Bailey North. Sin embargo, no había vuelto a oír que lo mencionara.

–¿Crees que el detective sigue por aquí? ¿O que se ha ido y volverá?

–¿Quién sabe? No he vuelto a verlo desde que me dio la tarjeta.

–Me pregunto si alguien se ha puesto en contacto con él.

Melissa se encogió de hombros.

–Aunque suene mal… ¿qué nos importa a nosotras?

–Yo entiendo lo que es buscar a alguien a quien ni puedes encontrar. Es frustrante y agotador… ¿Te importa que me quede con la tarjeta?

–No, si me dices la verdad –le dijo Melissa, en un tono juguetón.

–¿Qué verdad?

–La verdad sobre Quinn. ¿Estáis durmiendo juntos?

Autumn se metió la tarjeta del señor Owens en el bolsillo.

–Te voy a decir otra cosa: fue el primer chico con quien me acosté. Lo hicimos en la casa del árbol de su jardín cuando íbamos al instituto.

–¿En serio? –preguntó Melissa, con un jadeo–. ¿Cuando estaba con Sarah?

–En ese momento estaban separados, y sucedió solo una vez.

Al recordarlo todo, Autumn cabeceó.

–Lloré tanto cuando él volvió con ella…

–Bueno, pues Sarah debería haber cuidado mejor de lo que era suyo, porque, ahora, Quinn es tuyo –respondió Melissa.

Capítulo 25

Mary eligió, deliberadamente, un momento en el que tanto Laurie como Autumn estarían en la librería para iniciar una conversación que le facilitara ausentarse un día entero sin que Autumn se diera cuenta de que iba a irse tan lejos de casa.

Le había dicho a Tammy que iba a enviarle algunas fotos antiguas de Autumn cuando era niña, pero que no las tenía digitalizadas, y Tammy le había dado su dirección. Pero ella no tenía pensado enviar nada por correo. Lo que pensaba hacer, si conseguía superar su miedo a viajar, era ir en avión a Nashville y darle una sorpresa a la hija de los Skinner. Había disfrutado mucho conociendo a Tammy por mensaje y por medio de algunas llamadas telefónicas, y debía superar sus últimas dudas. No podía seguir fortaleciendo una relación con alguien a quien no conocía cara a cara y, por otro lado, estaba impaciente por sacarlo todo a la luz, contarles la verdad a Autumn, Taylor y Caden, y presentarlos a todos.

–¿Te acuerdas de la dueña de la librería en Richmond? –le dijo a Laurie, que ya estaba advertida e iba a seguirle el juego. Autumn estaba detrás de una pila de libros, haciendo un escaparate nuevo.

–¿La que se reunió contigo? ¿Eve Dallas?

–Sí –dijo Mary–. Ha comprado un sistema de software nuevo para gestionarlo todo. Quiere que vaya a verlo.

Autumn se puso en pie y se sacudió las rodillas.

–¿Cuándo? Yo te llevo.

–Cariño, es todo un detalle por tu parte, pero si voy un lunes, que es cuando cerramos, Laurie podría venir conmigo. Creo que deberíamos echarle un vistazo las dos, ¿no?

–Sí, es lógico –dijo Autumn, al mismo tiempo que Laurie decía que ella también quería verlo–. ¿Has pensado en este lunes?

–No, no. Tengo mucho que hacer. El lunes que viene.

–Está bien –dijo Laurie–. Vamos el lunes que viene.

Autumn no hizo ningún comentario, señal de que la conversación había pasado por ser algo sin importancia, tal y como Mary quería. Y, con alivio, se apresuró a cambiar de tema.

–Bueno, y ¿piensas mucho en Quinn últimamente?

–Me gusta estar con él –dijo Autumn, que, de repente, se puso a colocar los libros de nuevo en el escaparate, para ocuparse.

Mary sonrió disimuladamente. Sabía que su hija sentía mucho más cariño por Quinn de lo que dejaba traslucir. Él había ido a pasar todas las noches al apartamento del garaje; ella lo había visto ir y venir una o dos veces, pero no se lo había contado a nadie, salvo a Laurie.

–Fue tan agradable cuando nos llevó a todos a los fuegos artificiales…

–Tu madre me dijo que lo tenía todo preparado para que hubiera comida y dulces, y una vista privilegiada –dijo Laurie.

Mary le agradeció la respuesta a su amiga. Laurie siempre estaba allí para ayudar.

–Qué encantador –añadió Laurie.

A Autumn se le dibujó una sonrisa de enamorada en los labios.

–Parece que se lleva muy bien con Caden –dijo Autumn, mientras se acercaba a la caja registradora.

–A Caden le cae muy bien –dijo Mary.

–¿Y cómo lo lleva Taylor? –le preguntó Laurie.

A Autumn se le apagó la sonrisa.

–Ella es un poco más… distante. A Quinn le cuesta más establecer contacto con ella que con Drew. Sé que se lo está trabajando en serio.

Y Mary sabía que a Autumn le preocupaba aquello.

–Ya verás como, al final, se llevará muy bien con él.

–Al final de los fuegos yo la vi más agradable con Quinn –dijo Mary–. ¿No te diste cuenta?

Autumn se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el mostrador.

–Más o menos. Espero que, al final, todo salga bien.

Mary le acarició el brazo a su hija.

–Claro que sí. ¿Quién va a resistirse a Quinn?

–Ella, no –dijo Laurie, riéndose y señalando a Autumn.

Autumn hizo un mohín, pero se rio también.

Al ver a su hija feliz y enamorada de nuevo, Mary se relajó un poco. Desde que Tammy había vuelto a su vida, se había sentido nerviosa, inquieta. Tenía que resolver aquel asunto del pasado. Tenía que ir y volver a Nashville sin que Autumn se diera cuenta de que, en realidad, no había ido a Richmond.

–Yo no te caigo muy bien, ¿no?

Taylor se quedó helada en cuanto el padre de Sierra le hizo aquella pregunta. Había llegado pronto del trabajo, con el brazo tatuado lleno de bolsas del supermercado y un paquete de seis cervezas en la otra mano, y había dicho que iba a poner en la parrilla unas

hamburguesas, incluyendo una vegana para Sierra.

Por lo general, Taylor trataba de irse de la casa cuando él llegaba, pero, aquel día, el padre de Sierra la había invitado a cenar con ellos, y Sierra se había puesto tan contenta, que ella no había tenido valor para marcharse.

–¿Qu… qué quiere decir? –preguntó ella.

Él se echó a reír mientras dejaba la compra en la encimera.

–Exactamente lo que he dicho.

–Por supuesto que me cae bien –dijo ella, aunque su tono de voz no era muy convincente, lo cual hizo que él se riera aún más.

–Será mejor que te acostumbres a mí. Puede que este cabrón se convierta en tu suegro algún día –dijo el padre de Sierra. Taylor se dio cuenta de que olía a alcohol cuando se inclinó hacia ella–. ¿No se te había ocurrido pensarlo?

–¡Papá! –exclamó Sierra, avergonzada.

Él tomó una de las latas de cerveza y la abrió.

–¿Qué pasa? ¿Me estás diciendo que vosotras dos, pequeñas lesbianas, no sois pareja? –le preguntó a su hija, encarándose con ella–. ¿Todavía no le has echado las pelotas suficientes para besarla?

Taylor se quedó sorprendida al ver que Sierra apartaba a su padre.

–Acabas de decir que íbamos a hacer una barbacoa. ¿Y ahora quieres estropearlo todo?

Taylor, temiendo que aquello se convirtiera en otra pelea, se acercó a la puerta.

–En realidad, creo que no puedo quedarme –dijo–. Acabo de acordarme de que mi madre me pidió que… que la ayudara con una cosa.

En lugar de seguir discutiendo con Sierra, tal y como ella creía, Dennis frunció el ceño.

–Oh, vamos. No seas tan delicada. Solo te estaba tomando el pelo.

Taylor no sabía qué hacer. Quería irse, pero ya había dicho que iba a quedarse, y detestaba tener que decepcionar a Sierra.

–No te preocupes, no quiere molestarte con eso –le dijo su amiga–. Quédate.

Sierra había sido muy buena con ella durante todo su drama, así que Taylor pensó que podía estar en presencia de su padre por una noche.

–De acuerdo –dijo–. ¿Te parece bien que empiece a cortar la lechuga y los tomates para la ensalada?

Él se tomó varias cervezas más mientras preparaba las hamburguesas, pero solo hubo algunos momentos incómodos durante la cena. Mientras Taylor ayudaba a Sierra a recoger la mesa del porche y llevarlo todo a la cocina, pensó que iban a salir bien paradas. Sin embargo, antes de que hubieran terminado de fregar los platos,

Dennis entró en la cocina desde el lugar donde hubiera estado bebiendo y, por el portazo que dio con la puerta mosquitera, las dos se dieron cuenta de que iba a haber problemas.

–¿No ha sido la mejor hamburguesa que habéis comido? –preguntó, en voz muy alta.

–Estaba deliciosa –dijo Taylor.

–¿Y qué vais a hacer vosotras dos ahora?

Al notar el tono ofensivo de sus palabras y la forma en que arrastraba las palabras debido al alcohol, y al ver el dolor y la vergüenza reflejados en los ojos de Sierra, Taylor se apresuró a responder para que su amiga no dijera nada que pudiera enfurecerlo.

–Vamos a ir a jugar al billar con mi hermano y sus amigos –dijo.

En realidad, no las habían invitado a jugar al billar, pero ella quería que sonara como si fuera un plan seguro.

–Muy bien. Largaos de aquí las dos –les dijo–. Pero no te quedes hasta tarde.

–¿Hasta qué hora? –preguntó Sierra.

–Vuelve a casa a las diez.

Taylor contuvo el aliento, pensando en que Sierra iba a revelarse contra una hora tan temprana un viernes por la noche, pero, por suerte, no dijo nada. Siguió limpiando la encimera y, al terminar, tiró la bayeta al fregadero. Pero, al pasar junto a su padre, él la agarró del brazo.

–Supongo que no tengo que advertiros de que uséis condones. Es una de las ventajas de tener una hija lesbiana, ¿eh? –dijo él, y se dio una palmada en el muslo mientras se reía a carcajadas.

–Papá, deja de hacer el bobo –murmuró ella, en voz baja, y se encaminó hacia la puerta.

Entonces, él se movió a toda prisa y se colocó frente a Sierra.

–¿Me vas a hablar de esa forma?

–No voy a hablar contigo. Me marcho. Apártate.

Taylor estaba empezando a sudar. Estaba segura de que la situación iba a explotar, pero, por suerte, alguien llamó al timbre. Fue rápidamente a abrir, aunque no fuera su casa, y se encontró a Quinn en el umbral.

–¿Qu… qué estás haciendo aquí? –preguntó.

–Tu madre te ha estado buscando para saber si queréis ver una película esta noche con nosotros, pero, como no respondías al teléfono, le dije que pasaría por aquí de camino a vuestra casa.

Taylor tiró de Sierra hacia la calle.

–Me parece un buenísimo plan. ¿Puede venir mi amiga también?

–Eh… claro que sí.

Taylor se dio cuenta de que a Quinn le sorprendía que le pidiera permiso, porque, realmente, no dependía de él, pero no le importaba.

De nuevo, lo sorprendió al tomarlo del brazo; no iba a permitir que se fuera sin ellas. Tenía la sensación de que, si se aferraba a él, él las sacaría de allí a las dos.

–No le importa, ¿verdad? –le preguntó a Dennis.

Dennis miró a su hija con el ceño fruncido, como si fuera a negarse, pero bajo la mirada de tres pares de ojos, se lo pensó dos veces. Hizo un gesto negativo con la cabeza y cerró la puerta.

–¿Estás bien? –le preguntó Quinn, mirándola atentamente a la cara. Ella no lo soltó, quería esperar a que estuvieran a salvo, pero sonrió con la esperanza de que su sonrisa fuera creíble.

–Sí. Gracias por venir.

–De nada –dijo él, y le devolvió la sonrisa como si él estuviera agradecido de que lo aceptara. Taylor se alegró de que su madre estuviera saliendo con una persona tan estupenda.

–Me ha tomado del brazo –dijo Quinn.

Había vuelto al apartamento de Autumn, al garaje, media hora después de que terminara la película en casa de Mary. Durante todo ese tiempo, no habían hablado apenas. Él la había besado inmediatamente, le había quitado la bata y había visto una lencería blanca y sedosa que le había quitado las ganas de charlar. Sentía por ella un deseo que no había experimentado nunca. Como siempre había estado con la misma persona desde el instituto, aparte de algunas relaciones sexuales con otras mujeres durante el tiempo que Sarah y él habían estado separados, no sabía cómo podía ser una relación como aquella.

Aunque Sarah y él se hubieran querido y deseado por igual alguna vez, ese equilibrio se había roto, y habían vivido de ese modo durante tanto tiempo, que él no recordaba haber sentido ninguna descarga de testosterona, ni aquella sutil necesidad de posesión que podía haber logrado que se consagrara para siempre a ella y desear que ella se consagrara a él.

Autumn se apartó el pelo de la cara y se incorporó apoyándose en un codo.

–¿Estás hablando de Taylor?

–Sí, de Taylor. Debo de caerle bien, ¿no?

–Bueno, la gente no suele tocar a otra gente si la odia –dijo Autumn, un poco sorprendida por aquella muestra de amistad de su hija–. Por lo menos, Taylor, no. ¿Cuándo te ha tomado del brazo?

Él volvió a atraerla hacia sí para poder seguir sintiendo su cuerpo suave y cálido.

–Cuando fui a recogerla. Me quedé tan alucinado que estuve a punto de pedirle que nos hiciéramos un retrato con la cámara del

móvil para poder enviártelo.

Ella se echó a reír y le acarició el pecho.

–Taylor ha sido mucho más distante conmigo que Caden, así que estaba preocupado por si no me aceptaba, y sé que tú, también. Pero creo que las cosas van a ir bien.

Ella le besó el cuello.

–Me alegra que te preocupes por si le caes bien o no.

–Gracias por darme la oportunidad –dijo él, y se colocó sobre ella, apoyando su peso en los codos–. De verdad, no recuerdo haber sido nunca tan feliz.

–Me dijiste que una vez fuiste feliz con Sarah.

–Algunas veces, sí. Pero nuestro matrimonio se hizo tan turbulento que es difícil acordarse. Esto que tenemos nosotros… es diferente.

–¿En qué sentido?

–En muchos sentidos. Para empezar, es más sano –dijo él, y le dio un beso en los labios–. Más estable.

–¿Se puede decir eso después de una semana? –preguntó ella, en broma.

–Yo, sí.

Recordó que, incluso en su luna de miel, había tenido problemas con Sarah, y se arrepintió de no haber salido corriendo en aquel momento.

–Nunca pensé que tú y yo acabaríamos juntos –le dijo ella.

–Debería haber vuelto contigo en el instituto.

Entonces, ellos también habrían tenido hijos, probablemente. En su vida, muchas cosas serían distintas.

–¿Qué va a pasar cuando termine el verano? –le preguntó Autumn.

–Estaba intentando no pensar en eso.

–Pues no queda tanto tiempo. Los niños empiezan las clases a finales de agosto.

–Ya se nos ocurrirá algo. Porque lo que ya tengo claro es que no quiero perderte.

La semana siguiente pasó muy rápido. Taylor consiguió evitar al señor Lambert durante varios días, saliendo de casa de Sierra antes de la hora de la cena. Eso la aliviaba, pero no significaba que las cosas fueran fáciles. Oliver siguió llamándola; quería convencerla de que abortara antes de llegar a Tampa para que nadie se enterara de lo sucedido, y para que los dos pudieran continuar con su vida como si no se hubiera quedado embarazada.

–Es que… no sé si soy capaz de hacerlo –le dijo a Sierra, el sábado, mientras esperaban a Caden y a sus amigos en la playa. Iban a jugar al voleibol y, después, harían una hoguera, escucharían música y asarían

unos malvaviscos–. Solo tengo diecisiete años. No quiero odiarme a mí misma siempre que vea a un bebé, sabiendo que yo también estuve embarazada…

Sierra se dio la vuelta para mirar hacia atrás, como si temiera que los demás ya estuvieran acercándose. Taylor también se giró, con las mejillas ardiendo, porque pensaba que tal vez se hubiera delatado, pero no vio a nadie a quien reconociera.

–No tienes por qué escucharlo –dijo Sierra.

–Es difícil no hacerlo. Está desesperado. Tendrías que oírlo. No quiero ser la culpable de que lo echen de casa.

–Yo también lo siento por él, pero eso no significa que tengas que preocuparte solo por eso.

Taylor frunció el ceño mientras se miraba la barriga para ver si detectaba el más mínimo bulto. Según lo que había leído en internet, un feto de seis semanas tenía el tamaño de un guisante, pero había leído que se duplicaría a la semana siguiente.

–Esta parte no me la esperaba –dijo–. Dios, hay tantas cosas en las que pensar…

–Pero tienes que poder vivir con lo que elijas… Yo me concentraría en averiguar qué es –dijo Sierra. Cayó un balón de playa cerca de ellas. Lo tomó y se lo lanzó a sus dueños, dos niños pequeños–. ¿Qué te parece lo de Quinn y tu madre?

–Mejor –dijo ella–. Pero solo porque Quinn me cae bien.

–¿Lo ves a menudo?

–Esta semana lo he visto todos los días.

–Así que cada vez están más unidos.

–Eso parece.

–¿Crees que se están acostando?

Taylor arrugó la nariz.

–Uf… No preguntes. No quiero tener esa imagen mental.

–Oh, vamos –dijo Sierra, poniendo los ojos en blanco–. El sexo solo es sexo. Es natural, no es para tanto. ¿Tu madre está feliz?

Algunas veces, Sierra hacía que ella se sintiera infantil. Seguramente, aquella reacción suya lo había sido.

–Mucho más feliz que cuando llegamos a Sable Beach.

–Entonces, seguramente sí se están acostando –dijo Sierra, bromeando.

En aquella ocasión, el balón aterrizó junto a Taylor. Lo tomó y lo tiró hacia atrás.

–Es muy agradable verla de buen humor todo el tiempo.

–Pues a lo mejor es algo que tienes que agradecer a la hora de decirle… lo que tienes que decirle.

–Sí, es cierto.

–¿A Caden también le cae bien Quinn?

–Sí, mucho. Siempre están jugando, pasándose cualquier balón que caiga en sus manos, luchando por el mejor sitio del sofá, hablando de deportes. Ayer estuvieron jugando a videojuegos mientras mi madre hacía la cena, que es algo que ni siquiera nuestro padre habría hecho. Él habría estado demasiado ocupado, nunca se tomaría ese tiempo para Caden.

–Pues eso está muy bien por parte de Quinn.

–Creo que Caden echa de menos tener un padre, mucho más de lo que da a entender, y que le gusta tener cerca a Quinn.

–Eso lo entiendo bien. Hay momentos en los que deseo… Bah, no importa.

–¿El qué?

–Nada. Solo quiero decir que, mientras Quinn sea un tipo genial, ¿qué tiene de malo dejar que forme parte de la familia? A mí me parece que la gente que está dispuesta a quererse puede formar una familia, ¿no?

Una vez más, Sierra acababa de decir algo que a ella nunca se le había ocurrido, pero que le pareció verdad al instante.

–Sí, creo que sí.

–Además, me contaste que él había dicho que nunca iba a tratar de reemplazar a tu padre, ¿no? ¿Tú lo creíste?

–Sí. No es agobiante en absoluto. Se comporta como si estuviera interesado en nosotros, pero nos deja decidir hasta qué punto queremos interactuar con él.

–Eso me suena muy bien.

Oyeron que Caden las llamaba a lo lejos, y se levantaron. Su hermano y sus amigos se acercaban a ellas.

–¿Se va a morir la madre de Quinn? –preguntó Sierra, con una expresión de tristeza.

–Creo que sí. Y creo que él también lo sabe.

Sierra no dijo nada, y Taylor se preguntó si estaba pensando en su propia madre. Trató de tomarle la mano, pero Sierra no se lo permitió.

–¿No quieres darme la mano? –le preguntó Taylor, sorprendida–. Cuando estamos en casa, no te importa.

–No estamos en casa –dijo ella–. Es mejor no dar motivos para que vayan hablando de nosotras por ahí.

Taylor sabía que Sierra no estaba preocupada por sí misma. A Sierra no le importaba lo que pensara la gente; su padre ya lo sabía, y la mayoría de las otras personas se lo habían imaginado. Así que Taylor la tomó de la mano de todos modos.

–¿Qué haces? –le preguntó Sierra.

–No importa lo que digan los demás –respondió Taylor–. Estar contigo me hace feliz.

Capítulo 26

Mary estaba junto a la ventana de la cocina, contemplando la luna, y vio que se encendía la luz del apartamento de Autumn. Quinn se colaba tan a menudo que ella temía que Caden o Taylor se dieran cuenta en algún momento. Ella hacía todo lo posible por estar atenta, por si acaso podía impedirlo de algún modo.

–¿Mimi?

Al oír la voz de Taylor, Mary se dio la vuelta.

–¿Sí?

Respondió en un tono muy bajo para no despertar a Caden, que estaba durmiendo en el sofá.

–¿Qué estás mirando?

–Nada –dijo Mary, y se alejó de la ventana para que Taylor no se acercara–. Es que no podía dormir.

–¿Por qué no?

Porque iba a Nashville al día siguiente, y estaba muy nerviosa por el viaje. No solo tenía que salir de su pueblo, el único sitio en el que se sentía segura desde hacía tantos años, sino que nunca había subido a un avión. Además, iba a reencontrarse con alguien de quien se había separado tan pronto, que no podía tener la certeza de que Tammy siguiera siendo la misma persona buena y dulce.

–No estoy segura –le dijo a Taylor–. Me pasa algunas veces. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo?

–Yo tampoco puedo dormir.

Mary se imaginaba cuál era el motivo. Según Caden, su nieta había salido del armario aquel mismo día, delante de él y de todos sus amigos. Además, había llevado a Sierra a cenar a casa y había dejado claro, con su comportamiento, que eran una pareja: le había tomado la mano a Sierra y se había acurrucado contra ella en el sofá mientras veían una película.

–¿Cómo te sientes?

–Aliviada.

Aquella respuesta sorprendió a Mary.

–¿Aliviada?

–Sí. Me siento bien por no tener que preocuparme más de lo que

piensen los demás, y de si voy a poder seguir adelante con esta decisión durante el resto de mi vida. Puedo actuar solo de acuerdo con lo que siento, ¿sabes? Puedo ser espontánea, ser yo. Sierra y yo nos lo hemos pasado mejor que nunca.

–¿Y cómo os trataron los otros chicos en la playa?

–Bien. Seguro que ya se lo imaginaban. Solo les sorprendió que no nos escondiéramos.

Mary también se sintió aliviada por el hecho de que su nieta no estuviera experimentando una gran angustia y confusión. Abrazó a Taylor.

–Me alegro, cariño. Tienes que vivir con tu propia verdad. Es lo más importante. Estoy orgullosa de ti.

Mary pensó que eso sería todo, que Taylor volvería a la cama y que ella podría seguir tratando de calmarse hasta que llegara la hora de salir para Nashville. Sin embargo, Taylor no estaba sonriendo cuando Mary la soltó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–No digas que estás orgullosa de mí –dijo.

–¿Por qué no? Es cierto.

–Todavía no lo sabes todo.

–¿De qué estás hablando? –le preguntó a Taylor, con una gran preocupación.

–Tengo que deciros una cosa a mamá y a ti. Quería esperar hasta el final del verano, pero no puedo seguir guardándomelo. Estoy ansiosa y preocupada todo el tiempo. Necesito ayuda.

Mary miró hacia la ventana. No podían ir a buscar a Autumn en aquel momento.

–¿A qué te refieres? Tu madre acepta a quien tú decidas querer. Y yo, también.

–No se trata de eso. Esto es… peor.

–¿Tay? –dijo Caden, que se había despertado, y alzó la cabeza del sofá–. ¿Se lo vas a decir ahora?

–Tengo que hacerlo –respondió ella–. Tengo que decidir lo que voy a hacer, y no puedo decidirlo todo por mí misma.

Taylor se dirigió hacia la puerta para salir a llamar a su madre al apartamento, pero Mary la llamó.

–Es mejor que llamemos a tu madre por teléfono para avisarla de que tiene que venir. No tenemos por qué ir hasta el garaje.

–Ya la he llamado –dijo Taylor–, pero no contesta.

Obviamente, Taylor pensaba que su madre estaba dormida, pero Mary sabía que no era así.

–Bueno, pues prepara un poco de chocolate caliente mientras yo la aviso. Nos vamos a sentar a la mesa como una familia, puesto que Caden ya sabe de qué se trata, de todos modos. Estamos aquí para ti. Sea lo que sea, lo solucionaremos.

–No quiero chocolate caliente. Solo quiero a mi madre –dijo Taylor, y se echó a llorar. Rodeó a Mary y se encaminó hacia el garaje.

* * *

Taylor observó con alivio que la luz estaba encendida en el apartamento. Aunque su madre no le estuviera prestando atención al teléfono, por lo menos estaba despierta.

A pesar que la puerta del garaje estaba cerrada, Taylor sabía dónde había una llave de emergencia escondida. Estaba debajo de la rana de cristal que había en la jardinera desde que ella tenía uso de razón. Mientras abría el estuche y entraba en el garaje, iba medio llorando; no podía creer que fuera a contarle a su madre que estaba embarazada. Pero no podía seguir así. Oliver no la dejaba en paz. La llamaba y le enviaba mensajes constantemente, rogándole que abortara.

Ella no podía soportar aquella presión constante. Aquel mismo día, el hermano mayor de Oliver le había enviado un desagradable mensaje diciéndole que sería mejor que no le destrozara la vida a Oliver. Eso demostraba que él no había cumplido su promesa de no contárselo a nadie. Como mínimo, se lo había contado a una persona y, tal vez, a más de una.

Por lo tanto, necesitaba hablar con alguien de fiar. Sierra hacía posible que se sintiera casi normal durante el día; podía quitarse el embarazo de la cabeza y fingir que no existía, que todo era normal y corriente. Sin embargo, por las noches, cuando estaba sola y la casa se quedaba silenciosa, se le caían las paredes encima. Aquella misma noche había tenido un ataque de pánico. Si revelar su sexualidad le había enseñado algo, era que decir la verdad proporcionaba alivio.

«Respira», se dijo a sí misma. Aunque temía lo que tenía que hacer, tampoco podía esperar más. Quería quitarse aquella carga de los hombros.

La puerta del apartamento estaba cerrada, y eso no era… normal.

–¿Mamá? –preguntó, al tiempo que llamaba–. ¿Mamá?

Miró a través de los paneles de vidrio esmerilado de la puerta y detectó algo de movimiento. Se oyó un golpe.

–¿Mamá?

Le pareció que veía a alguien, pero la luz se apagó.

–Eh, ¿qué pasa? –preguntó.

–¡Voy! –respondió su madre.

Cuando se abrió la puerta, su madre llevaba la bata puesta y tenía el pelo revuelto, aunque estaban a oscuras y no veía con claridad.

–Es más de la una, Taylor –dijo–. ¿Qué ocurre?

Taylor se echó a llorar y se arrojó a los brazos de su madre.

–Estoy embarazada –dijo, entre sollozos–. Lo siento. Lo siento muchísimo. No quería destrozarme la vida. No sé por qué me acosté con Oliver Hanckock. Ni siquiera me cae bien.

Al oír la voz de su hija al otro lado de la puerta, Autumn había estado a punto de morirse. Quinn apenas había tenido un segundo para levantarse, recoger toda su ropa y esconderse en el baño, en la ducha, mientras apagaba la luz para que Taylor no pudiera ver los dos cuerpos desnudos.

Autumn, consciente de su desnudez bajo la bata, trató de calmarse. Quinn había conseguido salir a tiempo de la habitación. Pero la sensación de calma duró muy poco.

–¿Qué has dicho? –preguntó.

Mary subió corriendo las escaleras detrás de Taylor.

–¿Por qué no vamos todos a casa y tomamos una taza de chocolate caliente?

Su voz tenía un tono de desesperación; debía de saber que Quinn estaba allí y, seguramente, habría intentado impedirle a Taylor que subiera al apartamento. Lástima que no lo hubiera conseguido. Eso fue lo primero que pensó, pero, acto seguido, se dio cuenta de que eso era insignificante en comparación con lo que acababa de contarle su hija.

–Voy a tener un hijo –repitió Taylor.

Se aferraba a Taylor con tanta fuerza que su voz quedaba amortiguada por la bata, pero sus palabras se entendían perfectamente.

–¿Mamá? –dijo Caden–. ¿Mimi?

Su hijo también subía por las escaleras. En un segundo, su madre y sus dos hijos estarían metidos en el apartamento, mientras Quinn seguía escondido en la ducha. Tenía que sacarlos a todos de allí, pero no podía pensar con claridad. Solo podía seguir abrazando a su hija.

–¿Acaba de decir que está embarazada? –preguntó Mary, que se había quedado boquiabierta.

Caden se pasó una mano por el pelo con desesperación.

–Sí, es cierto –dijo.

–¿Desde hace cuánto lo sabes tú? –le preguntó Autumn.

–Desde hace tiempo.

–¿Y desde hace cuánto lo sabe ella?

Caden se encogió de hombros.

–Un poco más.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–No podía –respondió Caden–. Estaba muy enfadado, porque ha sido Oliver quien la ha dejado embarazada, pero ella me rogó que no dijera nada.

Autumn estaba aturdida.

–Oliver Hanckock solo tiene dieciséis años.

–Sí. Antes era mi amigo, ¿no te acuerdas?

Autumn recordó aquella mañana en la que Caden estaba tan disgustado con Taylor, y entendió el motivo. Dios Santo, ¿qué iban a hacer? Acababa de empezar a acostumbrarse al hecho de que su hija fuera lesbiana. ¿Cómo podría asumir que era lesbiana y, además, estaba embarazada? Aunque era perfectamente posible, aquella combinación debía de ser improbable, por lo menos, para una chica de diecisiete años.

–Por eso yo estaba tan enfadado –dijo Caden.

Autumn notaba la presión del abrazo de Taylor, pero, por lo demás, estaba entumecida. Solo sentía un hormigueo en las manos y los pies. Acababa de superar lo ocurrido con Nick y era feliz nuevamente.

–Yo creo que debería abortar, ¿no? –dijo Caden–. Así se resolvería todo.

Autumn se estremeció. Parecía que aquella palabra tenía los bordes afilados.

–No es una decisión que deba tomarse a la ligera. ¿Cómo ha sucedido esto?

Se lo estaba preguntando a Taylor, pero, una vez más, fue Caden quien respondió.

–¿Cómo crees tú que sucedió?

Autumn alzó una mano para indicarle que dejara de hablar. Estaba ya disgustada, y su participación empeoraba las cosas.

–¿Taylor?

Se retiró. Taylor se tapó la cara con las manos.

–Necesito que respondas. Háblame.

Caden encendió la luz, y se vieron las lágrimas en las mejillas de Taylor. Su dolor era evidente.

–Estábamos… estábamos en una fiesta –dijo, entre sollozos.

Mientras escuchaba que su hija se había encontrado con Oliver y que habían estado bebiendo, que él no dejaba de insinuársele, que ella se sentía herida y enfadada aunque no supiera por qué, y que, al final, se había ido a una habitación con él, Autumn se preguntó si ella no era responsable, en parte, de lo que había sucedido. Durante los veinte meses anteriores había estado tan preocupada… Si hubiera prestado más atención a lo que hacía Taylor, quizá hubiera podido evitarse. Habían hablado de los métodos anticonceptivos para evitar embarazos no deseados, pero eso había sido cuando Taylor tenía novio.

–¿Y Oliver no usó preservativo?

Taylor volvió a apretar la cara contra el hombro de Taylor.

–No tenía. No fue como… como creíamos.

Autumn tuvo náuseas. ¿Qué significaba aquello para su preciosa

hija? Un embarazo durante su último año de instituto. Un bebé antes de graduarse. ¿Qué pasaría con la universidad?

–Lo siento, mamá.

–No te preocupes –le dijo Autumn, aunque estaba demasiado atónita como para hablar con convicción–. Cualquiera puede cometer un error.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Taylor–. Oliver no deja de mandarme mensajes de texto pidiéndome que aborte.

–¿Y por qué no? –preguntó Caden–. Ninguno de los dos está preparado para tener un bebé.

Autumn pensó que se parecía tanto a lo que hubiera dicho su padre… Nick, siempre tan pragmático, habría dicho lo mismo. Él no habría permitido que se interpusiera nada en el camino hacia el éxito de Taylor. Entonces… ¿seguía ella la senda de lo que él hubiera querido? ¿De lo que ella sentía? ¿O de lo que quería Taylor?

El instinto le decía que debía decidir su hija, pero, si Taylor decidía tener al bebé, ella tendría que ayudar a llevar la carga.

–Hay… otras opciones –dijo–. Hablaremos de ello.

A pesar de lo disgustada y sorprendida que estaba, Autumn se acordaba de que Quinn seguía escondido en el baño, y se preguntó qué pensaría él de todo aquello.

–Creo que… que vuestra abuela tenía razón. Vamos a casa a tomar un chocolate caliente.

–¿Y en qué nos va a ayudar eso? –preguntó Caden.

De nuevo, se parecía mucho a su padre.

–Nos dará unos momentos para pensar –respondió ella.

Y le daría a Quinn la oportunidad de escapar…

Estaba buscando sus chanclas cuando vio una de las de Quinn en el suelo, y se le aceleró el corazón. Por suerte, su madre debió de verla en el mismo momento, porque, disimuladamente, la empujó con un pie debajo de la cama.

–Vamos bajando mientras se viste vuestra madre –dijo Mary, y se llevó a los niños por las escaleras.

Autumn no esperó a que Quinn saliera para poder hablar con él. Se limitó a apretarse bien el cinturón de la bata, se puso las zapatillas y murmuró:

–Te llamo mañana por la mañana.

Después, salió apresuradamente detrás de ellos.

Capítulo 27

El tictac del reloj de la cocina se oía con fuerza cuando Mary se sentó frente a su hija. El chocolate ya se les había quedado frío. Esperó a ver qué decía su hija ahora que Taylor y Caden habían vuelto a la cama.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó.

–No lo sé –respondió Autumn, en voz baja.

Aunque Caden estuviera en el sofá, no había forma de saber si ya se había quedado dormido o si seguía escuchando para enterarse de la conversación.

–Estoy muy preocupada. Esto no es lo que yo hubiera querido para ella.

–Por supuesto que no.

Autumn dio unos golpecitos en el asa de su taza.

–Taylor y Oliver son menores de edad –dijo–. Voy a tener que ponerme en contacto con sus padres y conocer su opinión antes de que podamos tomar una decisión.

–Espero que no sea demasiado difícil lidiar con ellos.

–Yo, también.

–¿Qué opinas de lo que sugirió Caden?

–¿De un aborto?

–Puede que sea lo mejor para ellos dos.

–No es la única opción. También existe la adopción.

–Pero después de un embarazo de nueve meses… durante su último año de instituto. Y después de un doloroso parto.

–A mí tampoco me gusta la idea, pero es el bebé de Taylor. Mi nieto. Tu bisnieto. ¿Nos arrepentiríamos de no criar a ese niño?

Mary suspiró.

–Es difícil saberlo. ¿Qué crees que querría Nick?

–Creo que Nick querría que Taylor abortara. Pero yo soy menos pragmática y más sentimental que él, y no sé si podría vivir con eso.

Mary llevó las tazas al fregadero para enjuagarlas.

–Será más fácil tomar una decisión cuando lo hayas procesado todo. ¿Por qué no intentas descansar un poco y hablamos cuando yo vuelva de Richmond?

–No vas a ir mañana, ¿no? –le preguntó Autumn, con sorpresa–. Son más de las dos. Vas a estar exhausta incluso antes de empezar el viaje.

Sobre todo, porque tenía que salir de casa a las seis para tomar el vuelo. Pero ya había pagado el billete de avión, y sabía que tenía que aclarar aquella situación con Tammy.

–Yo puedo descansar en el coche mientras Laurie conduce –dijo.

–La tía Laurie es increíble –dijo Autumn–. Siempre ha estado ahí para nosotros.

–Laurie es una persona maravillosa –dijo Mary, mientras cerraba el grifo–. ¿Alguna vez has deseado tener un hermano, Autumn? –le preguntó a su hija, y contuvo la respiración a la espera de su respuesta.

–Cuando era pequeña, sí. Ser hijo único puede hacer que te sientas solo. Pero, cuando Taylor y Caden se pelean, me doy cuenta de que yo nunca tuve que competir por el asiento delantero del coche, ni por el último trozo de tarta, ni por la película que íbamos a ver, ni por el juego al que íbamos a jugar… –dijo, sonriendo–. Estoy bien, mamá. Tú hiciste un gran trabajo.

Eso era lo que todas las madres querían oír. Pero… ¿qué diría Autumn cuando supiera que podía haber tenido una hermana toda la vida?

A la mañana siguiente, Autumn se despertó con la luz del sol que entraba por las ventanas. Estaba aturdida, pero sonrió al percibir el olor de la colonia de Quinn en las sábanas, y deseó que él estuviera a su lado… hasta que recordó todo lo que había ocurrido la noche anterior. Entonces, no sintió tanta ligereza en el corazón y se tapó la cabeza con la almohada.

Su hija de diecisiete años estaba embarazada.

–¡No! –gritó, al saberse sola.

Tiró la almohada y se incorporó. Se apoyó en ambos codos y miró la hora en el despertador de la mesilla. Solo eran las ocho. No demasiado tarde. ¿Se habría ido ya su madre? ¿O, después de una noche tan brutal, habrían decidido Laurie y ella posponer el viaje a Richmond?

Se levantó por la ventana para ir al baño y miró por la ventana. El coche de su madre no estaba, así que debía de haberse marchado. Debería haber esperado al siguiente lunes. La cafetería no iba a estar preparada hasta dentro de unos meses, así que… ¿qué importaba esperar una semana para conocer un software nuevo, si llevaban gestionando la librería de la misma manera durante años? Conociendo a su madre, seguramente Mary no había querido cancelar la cita en el último momento. Era una cuestión de cortesía, así que ella no podía decir por qué, exactamente, se sentía molesta. Estaba enfadada en

general.

Quinn la llamó en aquel momento, y se aseguró de que la puerta estuviera cerrada para que ninguno de sus hijos pudiera oír la conversación sin que ella se enterara. Si no hubiera tomado aquella precaución la noche anterior, sus hijos la habrían encontrado en la cama con Quinn. Últimamente, Taylor y Caden estaban tan absortos en su propia vida que ella se había dejado invadir por una sensación de falsa seguridad, se había creído que podía dar por sentada la privacidad que tenía allí, en el apartamento.

–¿Diga?

–Hola –respondió Quinn–. ¿Qué tal estás?

Ella se dejó caer sobre la cama y se tapó con las mantas.

El aire acondicionado ya estaba funcionando, porque era la única forma de combatir la humedad y el calor. Pero ella tenía frío, estaba helada.

–Tengo ganas de llorar –dijo–. Estoy atónita, triste y decepcionada. Me preocupa cómo va a afectar esto a su vida, y no sé cómo se lo tomarán Oliver y sus padres.

–La respuesta tiene que estar en alguna parte –dijo él. Después, añadió–: Ayer no ocurrió el desastre por muy poco. La cosa podría haber sido mucho peor.

Autumn estaba demasiado molesta como para encontrar algo gracioso acerca de la noche anterior, pero estaba de acuerdo.

–Eso es cierto. ¿Encontraste tu otra chancla, la que estaba debajo de la cama?

–Sí. Gracias por dejar la luz encendida.

–De nada.

–¿Qué vas a hacer hoy?

–Estar de mal humor –dijo Autumn.

No tenía ganas de salir de casa. Por suerte, la librería estaba cerrada, por lo que no tenía que ir a atenderla mientras Laurie y su madre estaban fuera.

Quinn se rio suavemente, comprensivamente.

–Lo siento.

–Yo, también.

Hubo una pequeña pausa. Después, él dijo:

–¿Sabes? No quiero decir esto, y menos ahora, pero, cada vez que hablamos más, más claro veo que tengo que confesarte una cosa.

Aquel tono sombrío la puso nerviosa.

–Oh, Dios, si vas a decirme que no quieres verme nunca más, espera a otro momento. No estoy preparada para soportar más angustia.

–No, no es nada de eso. Espero que tú tampoco me dejes a mí cuando te enteres de esto. Es solo que… quiero ser siempre sincero contigo. No quiero que te enteres más tarde y te enfades.

Ella se incorporó.

–¿De qué estás hablando? Vamos, dímelo. Me estás asustando.

–Yo ya sabía que Taylor estaba embarazada, Autumn, antes de anoche.

–¿Cómo?

–Me lo dijo Caden el día que jugamos juntos al voleibol en la playa.

–¿De verdad? Pero… ¿por qué te lo dijo? ¡Ni siquiera me lo había contado a mí!

–Estaba muy disgustado. Supongo que necesitaba hablar con alguien.

Ella sujetó el teléfono con fuerza contra la oreja. Se levantó y fue a la ventana.

–¿Y por qué no me lo dijiste tú?

–Quise hacerlo muchas veces, pero sabía que Taylor no me lo iba a perdonar.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Me lo ocultaste, sabiendo que soy la madre de Taylor?

Aquello le parecía… mal. Había empezado a confiar en Quinn, a creer que él iba a cuidar de ella.

–Lo hice porque me importas mucho –dijo él–. No quería que tus hijos me rechazaran desde el principio. Eso solo habría hecho más difícil que tú y yo fuéramos felices.

Autumn se secó las lágrimas.

–Entonces, ¿cuándo me lo habrías dicho?

–Taylor me pidió que le concediera una semana para darte la noticia ella misma, y me pareció razonable, así que le dije que sí.

–Hemos estado durmiendo juntos todas las noches desde entonces –le dijo ella. Se sentía traicionada.

–Lo sé. Y lo siento.

Autumn se quedó mirando el lugar vacío donde normalmente aparcaba su madre.

–Bueno, gracias por decírmelo.

–Me doy cuenta de que te ha sentado mal…

–No, no –dijo ella–. Pero tengo que colgar, ¿de acuerdo?

–Autumn, por favor, intenta entenderme…

–Lo entiendo, Quinn, pero no puedo evitar sentirme dolida –respondió ella, y colgó.

No estaba de humor para seguir con la conversación. No estaba de humor para analizar la relación que mantenían Quinn y ella y, al mismo tiempo, reflexionar sobre cómo podía arreglar lo que hubiera ido mal en la vida de su hija. En realidad, no estaba de humor para levantarse de la cama aquel día.

Todo aquello era culpa de Nick, pensó, mientras volvía a la cama y se tapaba. Si él no los hubiera dejado, nada de aquello estaría

sucediendo.

Quinn apoyó la cabeza en una mano.

Tal vez hubiera sido un error decirle a Autumn que ya estaba al tanto del embarazo de Taylor, pero ella le importaba demasiado como para ocultarle algo así. Si ella se hubiera enterado de otro modo, su confianza habría recibido un golpe aún más fuerte. Y, como el embarazo de su hija iba a ser lo más importante durante mucho tiempo, pensó que lo mejor era sacarlo a la luz lo antes posible.

Alguien llamó suavemente a la puerta de su habitación.

–¿Quinn?

Su madre. Él había estado fuera hasta tan tarde, que acababa de levantarse de la cama.

–Hola –dijo él, al abrir la puerta vestido solo con unos pantalones de baloncesto que se había puesto la noche anterior, al llegar a casa–. ¿Qué tal te encuentras?

–Esta mañana estoy un poco más fuerte. Quería saber si tienes ganas de dar un paseo por la playa conmigo.

–Por supuesto que sí.

Estaba encantado de acompañarla, pero ella estaba debilitándose tanto que temía que no pudiera llegar muy lejos.

Se puso una camiseta y unas chanclas, y se apresuró a salir con su madre mientras ella tuviera la energía necesaria.

–¿Cómo van las cosas entre Autumn y tú? –le preguntó, cuando habían aparcado y ya la había ayudado a bajar hasta la orilla.

–Bien –dijo él, mirando la espuma blanca de las olas que rompían a poca distancia de ellos.

No quería mencionar el embarazo de Taylor. Su madre no tenía por qué preocuparse de eso. Se había puesto un pañuelo en la cabeza, como siempre que salía de casa desde que se le había caído el pelo, y el viento se lo sacudió.

–Parece que te gusta mucho.

–Sí –reconoció él–. Puede que parezca una locura, porque llevamos muy poco tiempo juntos, pero nunca me había emocionado tanto por alguien –le explicó a su madre.

A ella se le dibujó una sonrisa en los labios pálidos, y comenzaron a subir hacia las dunas.

–Es maravilloso.

–Tú eres una romántica –dijo él, en broma.

–Tú, también –respondió ella, en broma–. Puede que a los demás les parezcas duro, pero yo sé que eres muy sensible.

Él sonrió, y ella se agarró de su brazo.

–¿Vais a tener hijos?

–¿Hijos? ¿No crees que tenemos mucho camino por recorrer antes de hacernos esa pregunta?

Su madre se detuvo y ladeó la cabeza hacia el sol.

–Me gusta imaginarte con bebés. Sueño con eso todo el tiempo.

Se estaba desvaneciendo, y lo sabía. Y, ahora, él también lo sabía. Notaba el cambio.

–Sus hijos están terminando la escuela secundaria. No sé si ella estará deseosa de tener más hijos, pero sabe que me encantan los niños.

Ella siguió con los ojos cerrados.

–¿Se lo dijiste?

–Sí.

–¿Y qué dijo ella?

–No dijo que fuera algo imposible.

Su madre emprendió la marcha de nuevo.

–¿Cuántos niños te gustaría tener?

–Todos los que pueda –dijo él, en broma–. Así que supongo que depende de ella.

–Ojalá pudiera estar cerca para verlo.

A él se le encogió el pecho.

–Vas a estar aquí –dijo él, porque no podía soportar oír lo contrario.

–No, Quinn –respondió ella, en voz baja–. Tienes que ir preparándote. Ya no me queda mucho tiempo.

–¿Por qué estás tan segura? Puede que los tratamientos evolucionen.

Ella se detuvo para esquivar a un corredor que pasaba a toda velocidad. Después, respondió:

–Ha llamado el médico esta mañana. No ve ninguna mejoría.

A Quinn se le heló la sangre.

–Pues intentaremos otra cosa.

Ella sonrió con tristeza.

–No nos quedan opciones, cariño. Pero está bien. Saber que eres feliz me facilita mucho las cosas.

Quinn mantuvo la cabeza agachada mientras seguían caminando por la playa. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía expresar toda la gratitud que sentía por el amor y el cuidado que siempre le había dado su madre?

–¿Cuánto tiempo queda?

–De tres a cinco meses –respondió ella, mientras se anudaba el pañuelo.

Él no podía hablar, así que se quedaron parados, uno junto al otro, mirando la enormidad del mar.

–Lo siento, mamá. No sé qué vamos a hacer papá y yo sin ti.

–Seguiréis adelante y encontraréis la alegría, porque si estáis tristes, no me ayudáis. Tu padre y tú sois lo más importante del mundo para

mí. Por eso estoy tan emocionada con Autumn. Me ha dado muchas esperanzas. Me encanta pensar en las posibilidades. La perspectiva de que haya un nuevo comienzo para ti, de un nuevo amor, de una vida nueva…

A él se le empañaron los ojos.

–¿Le has contado a papá lo que te ha dicho el médico?

–Todavía, no.

Ahora, él ya sabía por qué su madre le había pedido que la acompañara a dar un paseo. No era solo una forma elegante de despedirse, sino, también, una conversación preparatoria y privada.

–Se va a quedar hundido.

Ella lo tomó del brazo.

–Te voy a decir esto ahora para que tú puedas decírselo después…

–¿De qué se trata?

–No puedo soportar que tu padre esté triste. Quiero que busque a alguien y se case. A los seis meses o al año, cuando haya superado el luto y sea hora de dejarlo todo atrás, dile que está bien que vuelva a casarse. Más que bien. Es lo que yo quiero.

A Quinn se le cayeron las lágrimas. Tomó a su madre de la mano. Quería memorizarlo todo de ella. La fragilidad de sus dedos, que una vez fueron tan fuertes, la ternura de su mirada, la dulzura de su voz.

–Va a ser muy difícil perderte –dijo él, con un nudo en la garganta.

Ella le apretó la mano.

–Aunque yo muera, Quinn, el amor que siento por ti nunca morirá.

Capítulo 28

Mary había jurado que nunca volvería a Tennessee. Aunque fuera su lugar de nacimiento, allí le habían ocurrido cosas espantosas. Y, sin embargo, allí estaba.

Por si no fuera suficiente, nunca había viajado en avión. Laurie le había dicho que no era para tanto, que todo el mundo lo hacía. Sin embargo, una vez que estuvieron en el aire, ella apenas pudo controlar el pánico que sentía. Se agarró a los brazos del asiento con tanta fuerza durante el aterrizaje, que Laurie dijo que iba a dejar las marcas de los dedos.

El viaje fue turbulento, pero corto. Ella había buscado la dirección de Tammy en Google Earth y sabía que la casa estaba a las afueras de la ciudad, pero había demasiados árboles como para poder ver algo. ¿Qué iba a encontrarse?

Esperaba encontrar una persona a la que poder querer, en quien poder confiar.

No habían llevado equipaje, así que salieron antes que el resto de los pasajeros y fueron directamente a alquilar un coche. Laurie se puso al volante, y Mary se sentó en el asiento del copiloto maravillándose de que hubieran llegado hasta allí.

–¿Estás bien? –le preguntó Laurie.

Mary metió el contrato de alquiler del coche en la guantera, se abrochó el cinturón de seguridad y puso la dirección de Tammy en el GPS.

–Me siento demasiado lejos de casa. Lo único que me impide darme la vuelta y volver es que, de todos modos, tenemos que esperar a que salga nuestro vuelo.

–Ya que has venido hasta aquí, lo mejor es que conozcas a la que es hermanastra de Autumn. Con un poco de suerte, después te sentirás cómoda diciéndole la verdad a Autumn. Ya no tendrás nada que ocultar. Así podrías resolver este asunto.

–Si Dios quiere…

–Lo vas a superar.

Después de que Laurie se familiarizara con el coche, salieron del aparcamiento y entraron en una red de autopistas desconocida. Mary

estaba tan tensa que pasó todo el tiempo sentada con rigidez, más y más ansiosa cada vez, porque, además, empezó a llover.

Por suerte, no estaba demasiado cansada, a pesar de la falta de sueño. Al menos, eso iba en su favor.

Se fijó en que Tennessee era precioso, tal y como lo recordaba. Pero no era Sable Beach, y ella no quería estar allí. Creía que iba a alegrarse de haber llegado al final, pero el sudor le estaba empapando el sencillo vestido blanco que se había puesto. Laurie tomó la curva que entraba en el camino rural que conducía a casa de Tammy. El coche empezó a dar botes debido a los baches y se balanceó a causa de los agujeros que había en el camino, y Laurie y ella empezaron a preguntarse si el GPS las habría llevado por una dirección equivocada. Tammy no podía vivir en un sitio así. Las casas por las que estaban pasando eran casi chabolas.

–No me esperaba esto –dijo Laurie.

Los perros corrían a lo largo de las vallas de tela metálica, ladrándoles con rabia, y había coches oxidados, medio destrozados, además de otra chatarra y basura: juguetes, piezas de hormigón, motos, un cochecito… Había cobertizos que el viento podría derribar con facilidad.

–Si Tammy tuvo una buena herencia, ¿por qué iba a vivir aquí? –preguntó Mary.

–Puede que lleguemos pronto a una zona mejor –dijo Laurie.

Suponiendo que eso era lo que iba a suceder, siguieron las instrucciones que les daba la voz robótica del GPS. Sin embargo, cuando la voz dijo que habían llegado a su destino, se encontraban en un pequeño claro en el que había una casa de tablas que llevaba muchos años sin recibir una mano de pintura.

–¿Es aquí? –preguntó Laurie, en voz baja.

Mary miró por la ventanilla. A través de la lluvia, se veía la imagen borrosa de una casa pequeña, de una sola habitación, y de un coche destartalado aparcado junto a la vivienda.

–Me habré equivocado al poner la dirección –dijo Mary. Sin embargo, comprobaron fácilmente que habían llegado al lugar de destino.

–Qué raro –dijo Laurie–. ¿Qué crees que está pasando?

–No sé. A lo mejor Tammy es demasiado espartana como para vivir en una casa mejor.

–O lo hace por preservar el anonimato. Viviendo en esta zona tan deprimida, no creo que nadie se fije en ella.

Entraba dentro de lo posible. Mary pensó que su propio carácter también conservaba ciertas peculiaridades que había adquirido durante el tiempo que había pasado en manos de los Skinner. Tal vez a Tammy le hubiera sucedido lo mismo.

–¿No deberíamos ir juntas hasta la puerta?

–No. Prefiero ir sola.

Laurie había sido fantástica por acompañarla, pero Mary se sentía más segura si se quedaba en el coche para poder llamar a la policía si las cosas salían mal.

–A lo mejor deberías enviarle un mensaje de texto primero para volver a comprobar la dirección.

–No quiero que esté sobre aviso. Voy a ir directamente a hablar con ella. El coche está aquí, así que parece que está en casa –respondió ella, y salió del coche.

Al salir del coche, notó gotas de lluvia en los brazos y el rostro. Como no tenía chaqueta ni paraguas, se alegró de que las gotas fueran cálidas. Fue apresuradamente hacia la entrada de la casa. No había muebles de jardín, ni macetas con flores, ni siquiera felpudo. La ventana delantera estaba cubierta con una manta. La casa no parecía peligrosa, exactamente, pero su aspecto no era en absoluto acogedor.

Se dio la vuelta para mirar a Laurie, que tenía el motor en marcha. Podrían volver en aquel mismo instante a Sable Beach y olvidarse de todo aquello, pero… después de todo el esfuerzo que habían hecho por llegar, Laurie se empeñaría en que llamara a la puerta. Además, tenía que haber una explicación al hecho de que Laurie viviera en una casa como aquella.

Se irguió de hombros y reunió valor. Tocó el timbre y, después de un momento, oyó ruido dentro de la casa. Contuvo la respiración mientras esperaba, y la puerta se abrió, por fin. Sin embargo, no fue Tammy quien apareció en el umbral.

Era Nora.

Taylor estaba tumbada en el sofá viejo y polvoriento del porche acristalado de Sierra, con la cabeza apoyada en el regazo de su amiga. Las dos estaban mirando al jardín.

–¿Estás contenta de haberlo hecho? –le preguntó Sierra, acariciándole el pelo con los dedos. Aquella acción repetitiva y suave era muy relajante. Taylor casi no podía mantener los ojos abiertos.

–¿Por decírselo a mi madre? Sí, por supuesto. Hace que el embarazo sea real. Ahora tengo que enfrentarme de verdad a todo. Aunque, de todos modos, ya me parecía todo muy real antes…

–Gracias a Oliver y a su hermano –murmuró Sierra, con el ceño fruncido–. Son afortunados por vivir lejos de mí. Han sido unos idiotas.

Taylor sabía que Sierra estaba reaccionando así a sus ojos hinchados y a su cara llena de lágrimas. A Sierra le molestaba verla infeliz. Pero lo cierto era que ella se sentía mucho mejor.

–He llorado mucho durante estas últimas veinticuatro horas –dijo–. Todo esto me sucedió por azar, y las lágrimas brotan de la nada. Pero creo que ya estoy terminando con el llanto.

–Es estupendo que tu madre se haya tomado tan bien la noticia.

A Taylor le llamó la atención el zumbido de una avispa que bailaba alrededor de la puerta. Pero, como no podía entrar, la miró sin interés.

–Mi abuela también se lo tomó bien. Mimi es increíble. Y ahora, las dos me van a ayudar. No tenía que haber esperado tanto.

–¿Crees que hay alguna posibilidad de que tu madre te deje quedarte en Sable Beach este invierno?

Su madre no había mencionado esa posibilidad, pero ella sí había estado pensándolo.

–Lo dudo.

–¿Por qué no? Ahora que tu último año de instituto se ha fastidiado, de todos modos, no tienes motivos para volver.

–Oliver no podría ver al niño.

–Oliver no quiere ver al niño. Sigue pidiéndote que abortes.

–Por mucho que quiera quedarme aquí, no sé si podría llevar el embarazo sin mi madre.

–Tendrías a tu abuela. O, tal vez, todos pudierais mudaros aquí.

Por fin, Taylor cerró los ojos.

–Sería muy difícil para Caden. Tiene el waterpolo –dijo.

–El waterpolo no lo es todo. Estamos hablando de un bebé.

El calor le estaba produciendo aún más somnolencia.

–Sí, pero mi madre intentará que las cosas sigan siendo lo más normal posible para él. Mi hermano no es quien lo ha estropeado todo.

–Quizá él también estuviera mejor aquí.

Taylor no dijo nada.

–Bueno, y ¿qué le vas a decir a Oliver?

–Nada. Mi madre me dijo que los bloqueara a su hermano y a él para que no me molestaran más. Ella los va a llamar para hablar con sus padres.

–¿Cuándo?

–No lo sé.

Y eso fue lo único que dijo antes de quedarse dormida.

Autumn tenía que llamar a Oliver para que él le pusiera en contacto con sus padres, pero, cada vez que empezaba a marcar el número, se detenía. Aún no estaba del todo preparada para enfrentarse a esa conversación; se sentía demasiado insegura y molesta por muchas cosas.

En primer lugar, sabía que no había sido justa con Quinn. Él se

había visto enfrentado a una situación sin salida y había hecho las cosas de la mejor manera posible. Pero no podía llamarlo. Se sentía culpable de ser tan feliz con esa relación, como si hubiera permitido que amenazara el bienestar de su familia. Sabía que era un sabotaje absurdo a sí misma, pero no era capaz de superarlo. En aquel momento, se sentía demasiado fatalista.

Mientras estaba ordenando la casa, pensaba en muchas cosas. ¿Qué le había sucedido a Nick, y por qué nunca habían podido encontrarlo? ¿Qué iba a pasarle a Taylor, y qué debían hacer con el bebé? ¿Podía permitirse el lujo de enamorarse perdidamente de Quinn?

Y había algo más que le rondaba la cabeza desde siempre: ¿quién era su padre?

No estaba segura del motivo, pero con cualquier crisis, volvía a salir a la superficie aquello que la obsesionaba desde niña. ¿De dónde venía? ¿Quién era ella, realmente? ¿Tenía relación con otras personas a las que no conocía?

Ya había tomado la decisión de hacerse una prueba de ADN cuando volviera a Tampa. Su madre no tenía por qué enterarse. Cuando tuviera los resultados, sabría si quería ir más lejos. Seguramente, ningún miembro de su otra familia se habría hecho una prueba similar, así que, de todos modos, los resultados no iban a proporcionar ninguna información definitiva. Tal vez, por ese motivo, tomó su bolso y sacó la tarjeta del detective. Drake D. Owens… Quizá él pudiera ayudarla a encontrar a su padre, si no había muerto ya.

Con un suspiro, se sentó en una silla de la cocina y llamó al número de la tarjeta.

–¿Diga?

Ella carraspeó.

–¿Señor Owens?

–¿Sí?

–Me llamo Autumn Divac.

–Hola, Autumn. ¿En qué puedo ayudarte?

–Me preguntaba si… ¿llegaste a encontrar a Bailey North?

De repente, el tono de voz del detective se volvió tenso.

–¿Cómo has dicho que te apellidabas?

–Divac. Soy Autumn Divac. Vivo en Sable Beach.

–Ah. Entiendo. Bueno, sí, ya he encontrado a Bailey. Pero gracias por intentar ayudar.

Ella no le había dicho que quisiera ayudarlo. Él no tenía ni idea de por qué lo había llamado, pero parecía que quería deshacerse de ella cuanto antes.

¿Por qué?

–¿Dónde la encontraste? –le preguntó, antes de que pudiera colgarle el teléfono.

Él hizo una pausa.

–Eh… Vive en Virginia Beach –dijo, finalmente.

–¿Y consiguió el dinero?

–¿El dinero? –repitió él.

–Me dijeron que el detective la estaba buscando para que pudiera cobrar una herencia.

–¿De verdad no sabes quién es Bailey?

Autumn se quedó sorprendida.

–No. ¿Por qué tendría que saberlo?

–Me llaman por otro lado. Tengo que colgar.

–Espera, por favor. ¿No puedes responderme a esa pregunta?

Hubo un silencio.

–¿Drake?

–Si de verdad quieres enterarte, solo tienes que buscar a Bailey North en Google –dijo él, y colgó.

Autumn se apoyó en el respaldo de la silla. ¡Qué conversación tan extraña! Se frotó la frente. Después, lanzó la búsqueda en Google y se quedó asombrada del enorme número de resultados que apareció en la pantalla de su móvil.

Bailey North, secuestrada y retenida durante siete años por Jeff y Nora Skinner, que fueron juzgados por su secuestro…

La valiente fuga de Bailey North…

¿Era Nora Skinner tan culpable como su marido del secuestro de Bailey North, una niña de doce años…?

Encadenada durante siete años: la trágica historia de cómo pudo sobrevivir una niña…

Bailey North, madre a los dieciséis años…

Jeff Skinner, condenado a cadena perpetua. Nora Skinner, condenada a treinta y ocho años de cárcel.

Había muchísima información sobre aquel caso. Debió de ser una noticia muy importante en su tiempo, pero, según las fechas, ella solo tenía tres años por aquel entonces. Leyó artículo tras artículo, y se sintió cada vez más horrorizada por lo que le había ocurrido a aquella niña llamada Bailey. Había sido secuestrada y violada por un hombre llamado Jeff Skinner, y había tenido una hija a los dieciséis años en el sótano de la mansión de sus secuestradores, sola y asustada.

Había conseguido escapar de su cautiverio con la niña gracias a que unos vecinos empezaron a tener sospechas cuando la propia hija del matrimonio comentó que tenía una hermana, alguien a quien ellos llamaban «sobrina», y al ver que la niña nunca salía de casa. El vecino, preocupado, sobre todo cuando la hija de los Skinner había empezado a mencionar que su hermana iba a tener un bebé, se coló una noche

en la mansión y descubrió el terrible secreto que habían ocultado durante siete años.

Aquella tenía que ser la Bailey North a la que estaba buscando el detective. Drake Owens le había dicho que lanzara la búsqueda en Google, y era el nombre que había proporcionado más resultados.

Sin embargo, estaba muy confusa. ¿Por qué pensaba el detective que iba a reconocer a aquella mujer, o que podía tener alguna relación con ella?

Siguió haciéndose esa pregunta hasta que localizó el nombre de la hija de Bailey: Autumn.

Capítulo 29

–¿Dónde está Tammy?

A Mary le temblaban las piernas. Tuvo que agarrarse a la barandilla para no caerse en mitad del porche.

–¿Cómo se ha atrevido a mentirme de este modo? ¿Ha estado compinchada contigo todo el tiempo?

–No, Bailey… quiero decir, Mary –dijo Nora, alzando una mano para intentar aplacarla–. No es lo que crees. Tammy no está aquí. Nunca ha vivido aquí.

–Ella es la que me envió esta dirección. Hablé con ella por teléfono.

Al decirlo, Mary se dio cuenta de que Nora la había engañado. Ella no había reconocido la voz con la que hablaba por teléfono después de treinta y cinco años; no era la voz de Tammy, sino la de Nora. Había estado hablando e intercambiando mensajes con su secuestradora durante todo el tiempo, sin darse cuenta.

–Lo siento. No sabía que ibas a venir aquí de repente. Me dijiste que no habías vuelto a viajar desde… Bueno, que no te habías alejado nunca a más de ciento cincuenta kilómetros de Sable Beach desde que te fuiste a vivir allí.

–¡Gracias a ti! –exclamó ella. Le asombraba que Nora siguiera siendo tan insensible y distante–. ¡Por lo que tú me hiciste!

–Yo solo te di la dirección porque me dijiste que ibas a mandar unas fotos. ¿Cómo iba a resistirme a eso? ¡No me queda nada! Estoy intentando construirme una vida nueva y necesito una base, alguna forma para completar los años que faltan. Al final, te habría dicho la verdad, te lo juro.

–No puedo creerlo –dijo Mary–. Pero supongo que no debería sorprenderme. ¿Hasta qué punto tiene que ser mala una persona para ponerse en contacto con su víctima después de décadas para seguir maltratándola?

–No, no. Yo no quiero hacerte daño –dijo Nora, quejumbrosamente–. Lo juro. Solo pensé que… si pudieras conocer a la persona que soy ahora, tal vez pudieras perdonarme, que podríamos hacer las paces de alguna manera, y eso sería bueno para las dos. Entonces, le podría decir a Tammy que tenemos una relación, que tú

habías podido dejar atrás lo que sucedió y seguir adelante y que, quizá, ella también pudiera hacerlo. ¡Quiero recuperar a mi hija! –exclamó, y se puso a llorar.

Mary oyó que Laurie salía del coche, pero no pudo mirar atrás. No podía apartar la vista de la cara de su secuestradora. Nora solo era catorce años mayor que ella. Tenía sesenta y ocho años, pero parecía una mujer de ochenta. Aunque de joven era atractiva, tantos años en la cárcel le habían pasado factura.

Sin embargo, seguía siendo tan narcisista como siempre.

Solo una narcisista podía seguir intentando manipular la situación de aquel modo para su propio beneficio. No se trataba de establecer una relación con ella, ni de hacer las paces, ni de nada que tuviera que ver con un verdadero arrepentimiento. Se trataba solo de cumplir su deseo de recuperar a su hija.

Mary se sintió orgullosa de Tammy por negarse a ello.

–¿Qué ocurre? –preguntó Laurie, en tono de severidad, cuando llegó al porche–. ¿Dónde está Tammy? ¿Quién demonios es usted?

–Laurie, te presento a la mujer que me secuestró, me pegó, me encadenó y me gritó, me insultó constantemente, me usó de esclava y permitió que su marido me violara a voluntad.

–¡No sabía que él hacía eso! –gritó Nora–. ¿Por qué no me cree nadie?

–¿No te diste cuenta cuando me quedé embarazada? –preguntó Mary.

Nora las miró a Laurie y a ella.

–Él dijo que lo sentía, que solo había ocurrido una vez. Además, si estaba mintiendo, ¿qué podía hacer yo? No podíamos dejarte marchar, nos hubieran metido en la cárcel. No tuve más remedio que seguir con la situación tal y como era. Pero intentamos tratarle mejor a medida que iba pasando el tiempo. Yo misma me encargué de eso.

Mary apretó los puños de la indignación y dio un paso adelante.

–Porque me habíais maltratado tanto que sabíais que estaba aterrorizada y no me atrevería a escaparme. ¿De verdad esperas que te agradezca todo eso? No me dabais comida y me moría de hambre, me tuvisteis encerrada y me obligasteis a trabajar como si fuera una esclava y… ¿cómo te comportaste al enterarte de que estaba embarazada? ¡Te pusiste tan celosa que me dejaste sola en el sótano y tuve que dar a luz sola, sin ayuda de ningún tipo!

Nora estaba nerviosa, y se frotaba las manos en la sudadera.

–¡Yo no me di cuenta de que estabas de parto! ¿Cómo iba a saberlo?

–¡Porque no dejaba de dar golpes en la puerta y de rogarte a gritos que me ayudaras! Nunca en la vida había tenido tanto miedo. Incluso Tammy se despertó e intentó que fueras a ayudarme, y tú te pusiste a gritarle y la enviaste a la cama.

–Yo no lo recuerdo así –dijo Nora, pero Mary continuó hablando.

–Yo creo que tenías la esperanza de que muriera el bebé para no tener que acordarte siempre de lo que me estaba haciendo tu marido, de lo estúpida que habías sido al ayudarle a secuestrar a una niña porque así tú no tendrías que limpiar los baños de la mansión que habíais comprado con el dinero de su familia.

Nora se estremeció.

–Mírame. No tengo nada ni a nadie. He pagado lo que hice –dijo. Se estaba retirando de la conversación porque se había dado cuenta de que no iba a conseguir que Mary aceptara sus mentiras.

–En lo que a mí respecta, no has pagado lo suficiente –dijo Mary, y se dio la vuelta tan rápidamente, que estuvo a punto de chocarse con Laurie.

–Vámonos.

–No, no te vayas –dijo Nora–. Por favor. Permíteme disculparme. Siento lo que hice, de verdad. Tú eras más que una esclava para mí. Te recuerdo con cariño.

Mary se clavó las uñas en las palmas de las manos.

–Estás mintiendo de nuevo, Nora. Lo único que quieres es llamar la atención de tu hija para que te acepte de nuevo. Pero a mí no me vas a utilizar para conseguir eso. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Mary esperaba que Laurie la siguiera, pero Laurie se quedó gritándole a Nora que tendría que vérselas con ella si trataba de hablar otra vez con Mary. Hubo más; ambas siguieron gritando, pero, en algún momento, Mary dejó de escuchar, porque tenía un zumbido demasiado fuerte en los oídos.

Por fin, Laurie se acercó. Subieron al coche y se alejaron de la casa.

–No puedo creer lo que acaba de suceder –dijo.

Mary no respondió. Todavía estaba intentando procesarlo. Estaba sudando y temblaba, y no conseguía calmarse.

–¿Mary? –le preguntó Laurie, cuando ya estaban lejos–. ¿Estás bien?

Mary asintió.

–Sigue conduciendo. Sácame de este estado. Quiero volver a casa.

Quinn revisaba su teléfono a la menor oportunidad, a la espera de tener noticias de Autumn. Normalmente, se enviaban mensajes a todas horas, aunque solo fuera el emoticono del corazón, pero a él ya no le importaba lo que le enviase, con tal de que fuera una señal de que lo había perdonado.

Al no saber nada de ella, pensó que, tal vez, pasara a verlo en algún momento. De vez en cuando, se acercaba al restaurante a llevarle algún regalito de otro restaurante o algunas galletas que hubiera

hecho con sus hijos. O él se tomaba un descanso e iba a verla a la librería dando un paseo, y compraba algún libro para que no fuera tan obvio que se moría por verla.

La librería estaba cerrada los lunes, así que tuvo la tentación de ir a su casa. Quería explicarle que su situación había sido muy difícil y que él no podía traicionar la confianza de su hija, como nunca hubiera traicionado la suya. Además, sabía que se iba a enterar en cuestión de semanas.

Sin embargo, después de cómo habían sido las cosas con Sarah, necesitaba una relación en la que su pareja fuera flexible y tuviera la capacidad de perdonar.

Le parecía una mala señal no tener ninguna noticia suya desde hacía varios días, pero no sabía si era motivo suficiente para romper con ella.

Cuando llegó el servicio de comidas en el restaurante, a medida que pasaba el día, trató de concentrarse en el trabajo, pero no podía dejar de pensar en Autumn.

–¿Qué ocurre? –le preguntó su padre, cuando terminaron la jornada e iban a cerrar el restaurante. Quinn no se había dado cuenta de que lo estuviera observando.

–Nada, nada –dijo él, sonriendo inmediatamente. No iba preocupar a su padre diciéndole que Autumn y él estaban enfadados. Él se lo diría a su madre, y Quinn no quería eso por nada del mundo.

–¿Vas a ir a ver a tu chica?

Quinn se puso a recoger los trapos de la cocina, que llevaba todas las noches a casa para lavarlos y meterlos en la secadora.

–Hoy, no creo. Estaba ocupada con sus hijos –dijo. Y, probablemente, era lo cierto, aunque él no estuviera seguro.

–Bueno, entonces, ¿nos vemos en casa?

–Tengo unos pantalones cortos en el coche. Me los voy a poner para ir a correr por la playa, porque esta mañana no he podido ir.

Su padre se detuvo antes de salir.

–Tú vas a correr a la playa cada vez que estás disgustado por algo –comentó.

–No, también voy a hacer ejercicio, así que deja de preocuparte.

Su padre sonrió. Tenía cara de cansancio, aunque solo eran las diez de la noche.

–De acuerdo. Estoy agotado, así que, si no vienes pronto a casa, nos vemos mañana.

–Muy bien, papá. Seguramente llegarás antes que yo al restaurante, como la mayoría de los días, pero yo vendré enseguida.

Mike asintió y se fue. Entonces, él volvió a mirar el teléfono por última vez. Nada.

–Demonios.

Cuando terminó de limpiar la parrilla, tomó la bolsa de la colada y cerró la puerta con llave. Fue hacia el aparcamiento. Cuando llegaba a su coche, se dio cuenta de que Taylor estaba apoyada en el capó.

–Hola –le dijo.

Taylor llevaba una camiseta de tirantes, unos pantalones cortos y una cola de caballo.

–Hola.

–¿Cómo has venido hasta aquí? –le preguntó él. Miró a su alrededor, con la esperanza de ver el coche de Autumn, pero no estaba allí.

–Me ha traído Sierra en moto. Le dije que tú me llevarías a casa, si te parece bien. Si no, puedo llamar a mi madre. Ella está ahora en la librería, ocupándose de algo de mi abuela.

Él abrió el coche con el mando a distancia.

–Puedo llevarte, no te preocupes –dijo, mientras echaba la bolsa al maletero.

Ella se sentó en el asiento del pasajero mientras él se ponía al volante.

–¿Va todo bien?

–Le he contado a mamá lo del bebé.

Él arrancó el motor.

–¿Y cómo ha ido la cosa?

–Se lo tomó bastante bien. No está feliz, claro, pero no se enfadó, ni nada. No fue mala.

–¿Tu madre es mala alguna vez?

–No, no. Pero esto era muy importante y… yo sabía que se iba a disgustar mucho.

–Por suerte, un bebé no es el fin del mundo.

–Pues parece que del mío, sí –refunfuñó ella.

–Lo superarás. Me alegro de que ya lo sepa todo el mundo.

–Yo, también. Solo pensé que tú también tenías que saber que ya no es un secreto, a no ser que mi madre ya te lo haya contado.

Él bajó la radio, que se había encendido al arrancar el coche.

–En realidad, me lo dijo ella, Taylor, esta mañana, por teléfono. Y yo reconocí que ya lo sabía.

–¿De verdad? –le preguntó Taylor, sorprendida.

–Sí. Yo cumplí la promesa que te hice, pero no quería mentirle a ella.

Taylor se metió algunos mechones de pelo detrás de las orejas.

–¿Y cómo reaccionó?

–No muy bien.

Taylor arrugó la nariz.

–¿Se enfadó?

–No he tenido noticias suyas en todo el día, así que… no sé qué pensar.

–Yo no he estado en casa. He estado con Sierra, así que no sé cómo se siente. Siento que sea culpa mía.

–Yo no le estoy echando la culpa a nadie –dijo él–. Solo quería explicarte la situación. Quiero ser sincero con las dos.

Ella se mordió el labio. Quinn siguió conduciendo hacia la casa de Mary Langford.

–Te gusta mucho mi madre, ¿verdad? –preguntó la chica, cuando él frenó en la calle de la entrada.

Él miró hacia la ventana del apartamento.

–Estoy enamorado de ella.

Lo sabía con certeza. No le importaba que llevaran poco tiempo saliendo. Se había enamorado perdidamente.

Taylor sonrió.

–No te preocupes. Mi madre no es de las que se queda enfadada mucho tiempo.

Él también sonrió.

–Me alegro de saberlo. Háblale bien de mí –bromeó, y se quedó sorprendido, porque ella le apretó el brazo antes de salir del coche.

–Eso es lo que voy a hacer –le dijo.

Capítulo 30

Autumn estaba paseándose por los pasillos de las estanterías de la librería. Estaba muy nerviosa. No tenía mucho trabajo que hacer para distraerse, porque eran tres personas para atender el negocio y todo estaba al día. Había ido allí solo porque podía tener privacidad, estar a solas.

No podía arriesgarse a que sus hijos oyeran la conversación que esperaba mantener con su madre. Antes, necesitaba saber muchas más cosas y, aun así, ni siquiera sabía si iba a hablarles de los Skinner algún día. Quizá su madre no quisiera que lo supiesen nunca. De ser así, ella lo entendería perfectamente.

Para los que habían sufrido algo como lo que había sufrido su madre, era muy difícil abrirse y hablar sobre el pasado. Mary se había quedado embarazada a causa de las violaciones de su secuestrador. Ella ya tenía la respuesta que había estado buscando acerca de su padre, y no era nada que pudiera hacerla feliz. Ese era el motivo por el que su madre nunca le había dicho nada: que su padre, Jeff Skinner, era un psicópata que estaba cumpliendo cadena perpetua. No podía aportar nada bueno a la vida de los demás.

Después de pasar las últimas horas leyendo la historia de cómo había sido su secuestro, su cautividad y su embarazo, había estado pensando en las personas a las que se nombraba en todos aquellos artículos, y de cómo encajaban con lo que ella sabía o con lo que le habían contado. Por ejemplo, sabía que la madre de Mary no podía ser Nana. En varios de los artículos se nombraba a otra persona. Sin embargo, Laurie debía de tener algún parentesco con su madre. Se parecían.

Pero ¿Laurie era de verdad su tía? ¿Chris era tío suyo? ¿Jacob no era su primo? ¿Qué partes de su vida eran mentira? Todo su pasado había cambiado en un instante. ¿Dónde estaba la verdadera madre de Mary? ¿Por qué no había estado presente en la vida de Mary después del secuestro? Y ¿qué había sido del resto de la familia de Mary?

Recordó que, recientemente, le había preguntado a Laurie si ella podía darle alguna información sobre su padre. Después de haber averiguado todo lo que había averiguado aquel día, tenía claro que

Laurie sabía la verdad, pero había guardado muy bien el secreto de Mar, porque era su mejor amiga, pero no su hermana.

Oyó que alguien se acercaba a la puerta trasera, y supo que su madre había vuelto, por fin, y había recibido su mensaje de texto, en el que le pedía que fuera a la tienda.

–¡Por fin estás aquí! –exclamó Autumn, yendo apresuradamente a su encuentro–. ¿Por qué has tardado tanto?

–Ha sido… un día muy intenso –dijo Mary, y se dejó caer en la butaca de su escritorio.

–¿Dónde está Laurie? –preguntó Tammy, esperando que su tía entrara a continuación.

–En casa. Mi coche estaba en su casa, así que fui a recogerlo, y he venido sola. ¿Qué tal? ¿Has hablado por fin con los padres de Oliver?

–No, todavía no.

Mary enarcó las cejas.

–Entonces, ¿qué pasa?

Autumn se arrodilló delante de su madre y le tomó las manos.

–Lo sé todo, mamá –dijo, sencillamente.

Mary se puso muy rígida. Incluso retiró las manos.

–¿Qué es lo que sabes?

–Sé quién eres, qué te pasó y quién es mi padre.

Mary se quedó boquiabierta.

–¿Quién te lo ha contado? –preguntó, con la voz enronquecida.

–Nadie, de verdad.

–Entonces, ¿cómo…?

Autumn tardó unos minutos en explicárselo todo. Pensó que a su madre le vendría bien tener aquel tiempo para asimilar su secreto, el secreto que había estado guardando tanto tiempo con tanto celo, había salido a la luz.

Cuando terminó de hablar, Mary estaba silenciosa y tenía la cabeza agachada.

–Mamá, ¿no vas a decir nada?

–Lo siento –respondió Mary, sin alzar la cabeza–. Laurie lleva años presionándome para que te diga la verdad. Debería haberlo hecho ya. Llevo toda la vida viviendo con una identidad falsa, manufacturada. Pero tuve que elegir la seguridad y la protección por encima de la verdad. No quería que supieras la verdad, no quería que te preguntaras si mi amor era verdadero por culpa de quién es tu padre. No quería que Taylor y Caden tuvieran esa carga sobre los hombros –dijo, entre lágrimas–. Quería contener todo el veneno, retenerlo dentro de mí para que no pudiera llegar a mi hija ni a mis nietos.

Era difícil saber que su madre había estado viviendo en una gran mentira. Autumn se preguntó si hubiera preferido saberlo. Eran tantas las ramificaciones, que resultaba muy difícil de decir. Cuando era

niña, no, por supuesto. Ni siquiera estaba segura de querer que Caden y Taylor se enteraran, y a ellos les afectaba menos que a ella.

–¿Sabes una cosa? –preguntó, con suavidad.

Su madre alzó la mirada. Estaba pálida y demacrada, y parecía también resignada.

–¿Qué?

–Que hiciste lo mejor que podías hacer.

Mary pestañeó rápidamente.

–¿Sí?

–Yo habría hecho lo mismo –le dijo Autumn.

Se dio cuenta de que era la verdad. El hecho de saber quién era su padre no habría supuesto ningún cambio positivo en su vida.

–¿Por qué vino ese detective privado a Sable Beach después de tanto tiempo? ¿Quién lo envió?

–Él me dijo que había sido la hija de los Skinner.

–La niña a la que tenías que cuidar cuando ellos salían –le dijo Autumn. Había leído aquello en uno de los artículos.

–Sí. Se llamaba Tammy. Era la única persona que me hizo soportable la situación. La quería como si fuera mi hermana, y ella hizo todo lo posible por ayudarme, teniendo en cuenta que era una niña pequeña y vulnerable.

A Autumn no se le había escapado que aquella niña, Tammy, era hermana suya.

–Pero no fue Tammy quien envió aquí al detective. Fue Nora.

–¿Ha salido de la cárcel? –preguntó Autumn, con espanto.

–¿No has encontrado nada en donde se mencionara que ha cumplido la condena?

–No, no lo decía en ninguno de los artículos que he encontrado. Casi ninguno es reciente. Todos son de cuando sucedió, de cuando ya eras libre y había empezado el juicio.

–No me sorprende. Yo también miro en internet periódicamente, y nunca he encontrado ninguna mención a ella. Pero, cuando ese Owens apareció en el pueblo, supe que había habido algún cambio.

Autumn escuchó en silencio mientras su madre hablaba. Mary le explicó que, según el detective, Tammy lo había contratado para buscar a Bailey North para que pudiera recibir su parte de la herencia, pero que, en realidad, era Nora quien lo había enviado a buscarla. Después, ella había estado hablando con Nora e intercambiando mensajes con ella pensando que se trataba de Tammy. También le habló del viaje que habían hecho aquel mismo día Laurie y ella hasta Nashville.

–Si Nora vive en semejante tugurio, ¿cómo habrá tenido el dinero necesario para contratar a Owens?

–No lo sé. Tal vez la ayudara alguien de su familia. Es lo único que

se me ocurre.

–¿Y quería encontrarte solo para poder disculparse? –le preguntó Autumn.

–Eso fue lo que dijo.

–Pero… no tiene sentido. Incluso ella debería darse cuenta de que te enfadarías aún más al saber que se estaba haciendo pasar por Tammy

–No, en su mente retorcida, las cosas no son así. Pensó que si tenía la oportunidad de hablar conmigo y convencerme de que estaba arrepentida, haría que sintiera lástima por ella y por el alto precio que ha tenido que pagar por lo que hizo.

–Es bastante irónico que trate de contar con tu empatía, cuando ella nunca la ha tenido.

–Eso es lo que hacen los psicópatas –respondió Mary, con tristeza–. Lo que quiere es que yo la perdone para que Tammy se sienta inclinada a hacer lo mismo y poder recuperarla.

–Pero tú… no vas a tener nada que ver con ellos nunca, ¿verdad?

Mary suspiró mientras le apartaba el pelo de la frente a su hija, como cuando era niña.

–Con Nora, no. Ni con Jeff, por supuesto. Probablemente, él se pasará el resto de su vida en la cárcel. Pero, ahora que sabes la verdad, no sé si debería ponerme en contacto con Tammy. Ella nunca hizo nada malo, y sabemos que no quiere tener contacto con su madre. Sería bueno saber en quién se ha convertido. ¿Qué piensas tú? ¿Te interesa conocer a tu hermanastra?

Autumn respiró profundamente. Aquella misma mañana, ni siquiera sabía que tenía una hermana.

–Necesito algo de tiempo para pensarlo. Todavía estoy intentando asimilarlo todo.

–Lo siento, Autumn.

Autumn sonrió forzadamente. Su madre ya había pasado suficientes cosas como para que ella, por muy disgustada que estuviese, contribuyera a empeorar su estado de ánimo.

–No pasa nada, de verdad. Ahora, lo único que necesito son respuestas.

–Pregúntame lo que sea.

–Mamá, ¿Laurie tiene algún parentesco real con nosotros?

Mary se quedó sorprendida por la pregunta, pero hizo un gesto negativo.

–Así que Nana tampoco es mi abuela.

–No. Ni Jacob es tu primo.

–¿Cómo los conociste? Cuando yo era pequeña, me dijiste que Laurie y tú habíais decidido venir a vivir a Sable Beach porque viste una foto en una revista y las dos os enamorasteis de este sitio idílico. Entonces, ¿la conociste en Nashville?

–No. No recuerdo haber dicho que viniera conmigo. Ella ya estaba aquí. El padre de Chris compró una casa para las vacaciones cuando él era niño. Por eso conocían este lugar.

–La conociste cuando viniste aquí.

–Sí. Cuando llegué desde Nashville, alquilé una habitación en casa de una anciana viuda que vivía a dos manzanas de aquí. Ella necesitaba un poco de ayuda para mantener la casa en buen estado, y algo de compañía, y yo necesitaba un sitio donde quedarme y alguien que te cuidara durante el día…

–No la recuerdo –dijo Autumn–. Solo recuerdo que iba a la librería contigo.

–Eras muy pequeña. Ella se llamaba Lula Belle, y era maravillosa. Cuando murió, yo ya llevaba un año trabajando en la librería, y Laurie llevaba incluso más tiempo. Así que supongo que a Laurie y a mí nos unió nuestro amor por los libros. Desde entonces, hemos sido inseparables.

–¿Ella conoce tu historia?

Sabía que sí, pero aún estaba tambaleándose, y necesitaba asegurar lo que era totalmente cierto y lo que no.

–Sí. Así es como se convirtió en nuestra familia. Ella sabía que nosotras no teníamos a nadie, y que su relación conmigo me ayudaría a formar una historia, a tener credibilidad y apoyo para dejar atrás el pasado. Después, el dueño de la librería decidió jubilarse para que su mujer y él pudieran estar más tiempo con sus hijos, y nos puso muy fácil la compra del negocio. Laurie y yo decidimos hacerlo, y el resto ya lo sabes.

–Me alegro de que la tuvieras a tu lado –dijo Autumn, con tristeza.

Mary se dio cuenta de que su hija tenía una sensación de pérdida, porque le dijo:

–Tú también la tienes. Tienes a Laurie, a Nana, a Chris y a Jacob. Ellos nos quieren, así que, ¿tiene importancia que estemos realmente emparentados, o no?

–No, supongo que no. Pero… ¿dónde está tu verdadera madre?

–No lo sé.

–¿No has tenido contacto con ella durante todos estos años?

–No.

–¿Por qué?

Mary sonrió apagadamente.

–Porque nunca fue una madre de verdad.

Autumn se levantó y le dio un beso en la mejilla.

–Entonces, no se parecía en nada a ti.

Quinn miró el teléfono en cuanto despertó. Seguía sin tener ningún

mensaje de Autumn, y se sintió muy mal. Se dio la vuelta y volvió a dormirse. Dos horas después, no quería levantarse, pero no tenía otro remedio. Sus padres contaban con él.

Se dio una ducha, sacó la colada de la secadora y bajó apresuradamente las escaleras para tomarse un café. Su padre lo estaba esperando en el restaurante para empezar los preparativos de las comidas, así que tendría que esperar un poco para poder comer algo. Esperaba encontrarse a su madre trabajando en la cocina, algo que hacía cuando se encontraba con fuerzas. Al llegar al rellano, oyó que hablaba como si no estuviera a solas. También oyó la voz de Autumn.

Dejó caer la bolsa de la colada, entró y se las encontró sentadas a las dos sentadas en el sofá.

–Mira quién ha venido a saludar –dijo Beth.

Autumn tenía una taza de café entre las manos. La dejó en una de las mesillas y se puso de pie.

–¿Has dormido bien?

–Sí, más o menos –respondió ella–. ¿Tienes mucha prisa por ir al restaurante, o podríamos hablar un momento?

Quinn ya llegaba tarde y estaba un poco agobiado por eso, pero no iba a dejar pasar aquella oportunidad.

–Sí, puedo hablar. ¿Te apetece que demos una vuelta?

–Sí, me parece bien.

Autumn le dio las gracias a su madre por el café y llevó la taza al fregadero. Él recogió la bolsa para llevarla al restaurante, y ambos salieron por la puerta lateral.

–¿Son buenas o malas noticias? –le preguntó Quinn, mientras metía la bolsa al coche.

–¿Tú qué crees?

Él volvió hacia ella y se sacó las llaves del bolsillo.

–No quiero oírlas sin son malas.

Ella le tendió una hoja de papel.

–¿Qué es?

–Lo encontré anoche en mi cama.

Él la desplegó y empezó a leer. Era una nota de Taylor.

Mamá, por favor, no te enfades con Quinn. Él te quiere de verdad, y no ha hecho nada malo. Yo le pedí que no te lo dijera, y él fue muy bueno al dejar que lo hiciera yo. Sé que tú habrías hecho lo mismo si hubieras estado en su lugar, porque era lo correcto. Te pido perdón por todo. Te quiero. Muchos besos.

Taylor.

–¡Vaya! Qué maja es –dijo él.

–Debes de caerle muy bien.

Quinn estaba empezando a sentirse mejor.

–Ella también me cae muy bien a mí.

Autumn tomó la carta, la dobló y se la metió en el bolsillo del pantalón.

–Lo siento, Quinn –dijo–. Ayer tuve un día muy duro, pero ahora sé que tenías un buen motivo para hacer lo que hiciste.

Todavía estaban en el garaje de su casa, pero tenían privacidad, por lo que no se molestaron en entrar al coche.

–Me alegro de que me digas eso.

–¿Me perdonas?

–Claro que sí. Sé que no tiene que haber sido fácil asimilar la noticia del embarazo. Y entiendo que te sintieras traicionada. Pero es que yo no tenía una elección fácil.

–Sí, lo sé. Pero no se trata solo del embarazo de Taylor. No vas a poder creer lo que ha ocurrido.

–¿Quieres contármelo?

–No, ahora, no. Sé que tienes que irte a trabajar. Yo solo quería que supieras que… estaba muy triste sin ti. No sé cómo voy a sobrevivir cuando tenga que irme a Florida.

Él la abrazó.

–No te vayas.

–Tengo que irme. Caden tiene que seguir con el waterpolo. Puede que sea su billete a la universidad.

–¿Y qué? Podemos ayudarle a pagar la carrera.

–Esa es una solución muy cara –dijo ella, riéndose.

–Merece la pena con tal de que te quedes conmigo. Y también hay que pensar en Taylor. Yo creo que ella estaría mejor aquí.

–Claro, claro –dijo ella, riéndose.

–Es cierto –insistió Quinn–. Porque he encontrado una pareja perfecta para criar a su bebé.

–¿Quiénes?

Quinn la besó.

–Nosotros.

Capítulo 31

Autumn estaba tarareando la última canción que había oído en la radio mientras se paseaba por la librería aquella tarde. Seguía teniendo los mismos problemas que antes, pero, desde que había ido a ver a Quinn, todo le parecía más manejable. Él estaba empeñado en que podrían enfrentarse juntos a todo, y ella estaba empezando a creerlo. Aunque nunca hubiera querido que Taylor se quedara embarazada a aquella edad, Quinn le había ofrecido algo que podría ser la solución, y era una solución que le ahorraría sufrimiento. Él quería tener un bebé, y ella, ahora que se le había pasado la sensación de *shock*, estaba casi emocionada.

En lugar de quedarse sola, con un marido desaparecido y sus hijos en la universidad, estaría con Quinn y con su primer nieto. Incluso ella misma podría tener otro hijo dentro de un par de años, y Quinn y ella podrían criar juntos a ambos niños, por lo menos, hasta que Taylor hubiera terminado la carrera y pudiera ocuparse de su hijo.

–Vaya, ¿cómo es que estás canturreando y sonriendo tanto hoy? –le preguntó su madre. Acababa de salir de la trastienda, donde Laurie y ella habían estado pagando algunas facturas y haciendo otras gestiones.

Autumn la miró.

–Estoy empezando a ver las cosas desde otra perspectiva.

–¿Ah, sí? –preguntó su madre, riéndose–. ¿Y tiene que ver algo con Quinn Vanderbilt esa nueva perspectiva?

No era difícil deducirlo. Después de comer, había llegado un ramo de flores suyo a la librería: un ramo enorme de rosas de color melocotón, de claveles y de lilas.

–Quiere que me quede en Sable Beach.

–Qué agradable, teniendo en cuenta que yo también quiero que te quedes en Sable Beach –le dijo su madre, apoyándose en el mostrador–. ¿Hay alguna posibilidad?

Autumn se acercó a la caja registradora y empezó a poner un rollo de papel nuevo.

–Dice que sería mejor para Taylor no tener que volver y enfrentarse a todos sus antiguos amigos, estando embarazada de un chico menor

que ella. Y tiene razón. Dijo que Taylor podría terminar el instituto estudiando a distancia, desde casa, y que entre él y yo podríamos cuidar al bebé.

–¿Él te ha dicho eso? –preguntó Mary, sorprendida.

Autumn no podía dejar de sonreír.

–Sí.

–Es una buenísima oferta. Pero voy a intentar no hacerme demasiadas ilusiones.

–A ti también te encantaría tener cerca al bebé.

–Pues claro. Yo sería una estupenda niñera para cuando Quinn y tú quisierais salir. Piensa en lo cómodo que sería –bromeó Mary–. Pero… ¿y Caden?

–Parece que a él también le gusta estar aquí –dijo ella. Tenía esperanzas de que su hijo estuviera abierto a la idea, después de todo.

–Entonces, ¿no esperarías a que se graduara?

–Tenía decidido seguir viviendo en Tampa por si acaso Nick regresaba algún día. No pensaba que pudiera desarraigar a la familia y mudarme, cambiar a los niños de colegio cuando estaban tan cerca de terminar el instituto. Pero han cambiado muchas cosas.

–¿Y el waterpolo de Caden?

–Hay equipos de waterpolo en Virginia. Aunque no me gusta que tenga que dejar a sus amigos.

–Parece que ha hecho muchas amistades nuevas aquí –dijo su madre–. Aunque no todos vivan en Sable Beach todo el año, las mellizas, por ejemplo, sí. Sierra, también. Y ella sería un gran apoyo para Taylor durante el embarazo.

–De eso no tengo duda. Están completamente unidas la una a la otra.

Salvo, quizá, por Caden, quedarse en Sable Beach parecía la solución perfecta para todos. Su madre no tenía más familia; ahora, ella ya lo sabía. Había pasado por muchas cosas en su vida, pero había encontrado las fuerzas necesarias para seguir adelante y darle una buena vida a su hija. Y ella tenía la sensación de que era hora de estar a su lado, para variar.

Muy pronto, Laurie y Mary tendrían una cafetería que atender, además de la librería, y aunque Sierra y Taylor iban a ayudar en el negocio, ella era quien iba a dirigirla. Además, no tendría que separarse de Quinn, y Taylor no tendría que separarse de Sierra. Sería maravilloso dejar atrás la vida tal y como había empezado a ser desde la desaparición de Nick y comenzar de nuevo.

Lo único que la hacía dudar era su hijo.

–Hablaré con Caden –dijo–, para ver qué le parece la idea.

–¿Estoy oyendo bien? –preguntó Laurie, mientras se acercaba a la caja registradora y se inclinaba para recoger su bolso–. ¿Estás

pensando en quedarte en Sable Beach?

–Ya veremos –dijo Autumn.

–Chris y yo estaríamos encantados, lo sabes –dijo Laurie.

–Yo, también –reconoció ella.

Mary y Laurie tenían una reunión con el arquitecto que iba a llevar el proyecto de la cafetería. Cuando se fueron, Autumn se paseó de nuevo por la tienda, acariciando los lomos de los libros que poblaban las estanterías. Aquel lugar había dado forma a su infancia y, en aquel momento, sintió una enorme esperanza al pensar en que podría convertirse en parte de su futuro. Para ella, aquel pueblo y aquella librería eran su hogar, y su corazón siempre estaría allí.

Aquella noche, Taylor se sentó a la mesa de la cocina con su madre, con Caden y con Mimi. Estaban a punto de llamar a los padres de Oliver, y ella tenía los nervios a flor de piel. ¿Se pondrían furiosos? ¿Le echarían toda la culpa a ella por el embarazo? La insultarían como si fuera una cualquiera?

Oliver había dicho que su padre lo iba a echar de casa, y eso también la preocupaba mucho. Aunque estuviera enfadada con él por haberle contado a su hermano que iban a tener un bebé, ella no quería que su padre le destrozara la vida.

–¿Preparada? –preguntó su madre.

No estaba preparada, pero no podían seguir retrasándolo, así que asintió. Cuanto antes lo hicieran, antes terminaría con aquella angustia.

Por suerte, su madre tenía el teléfono de la madre de Oliver del tiempo en que Caden y él eran amigos. Puso el teléfono en altavoz y todos respiraron profundamente.

Una mujer respondió de inmediato.

–¿Diga?

–Hola, ¿señora Hancock?

–¿Sí?

–Soy Autumn Divac.

–¡Ah, sí! La mamá de Caden.

–Sí. Tengo a mi madre, a mi hija Taylor y a Caden en línea, conmigo.

–Ah, muy bien –dijo la señora Hancock, aunque en un tono de desconcierto–. ¿Cómo están todos?

Parecía que Jill Hancock sentía curiosidad por aquella llamada, pero estaba de buen humor. Así pues, no debía de saberlo, pensó Taylor.

–Estamos bien, más o menos.

–¿Han sabido algo de Nick? –preguntó Jill.

–No, no.

–Lo siento mucho.

–Gracias, se lo agradezco mucho. Mire, me temo que tenemos que hablar de un problema.

–¿De qué problema? –preguntó Jill, con incertidumbre.

–Eh… Usted conoce a Taylor, la hermana de Caden, ¿verdad?

–Sí, creo que sí. Es un año mayor que Oliver y Caden, ¿no?

–Sí, exacto.

–Es una chica muy guapa y muy querida en el instituto. La he visto por allí.

A Taylor se le formó un nudo en el estómago al pensar en la humillación que la esperaba al volver a Tampa, y el hecho de que su vida fuera a ser tan diferente de la de sus amigas. Pero esperaba que la madre de Oliver ayudara en la situación, que los Hancock no fueran demasiado duros con él. Era ese el motivo por el que le había pedido a su madre que hiciera aquella llamada.

–Bueno… su hijo y mi hija estuvieron juntos en una fiesta antes de que terminara el curso pasado y… Lo siento, no hay forma más fácil de decir esto, pero Taylor está embarazada.

Hubo un silencio ensordecedor.

Taylor se mordió el labio a la espera de la reacción de la madre de Oliver.

–No querrá decir que…

–Sí, es lo que quiero decir –respondió Autumn.

–¿El bebé es de Oliver?

–Eso me temo.

–Pero… no puede ser. ¡Oliver y Taylor no salían juntos!

–Fue… una sola vez. En una fiesta –dijo su madre.

–Oh, Dios –dijo la madre de Oliver, con la voz enronquecida. Esto no puede ser. No puede ser un bebé de Oliver. ¡Su padre lo va a matar!

Taylor se estremeció, y Mimi y su madre se miraron con preocupación.

–Espero que no se enfade tanto como para eso –dijo Autumn–. No hay necesidad de que las cosas se pongan tan feas. Después de todo, no tiene remedio.

–Su padre no lo va a ver así.

–Sé que no es una buena noticia, pero tenemos que hablar de esto con toda la calma posible y… pensar entre todos cuál es el mejor camino.

–Un minuto –dijo Jill Hancock, y la oyeron llamar a Oliver.

Unos segundos después, ella también puso el teléfono en altavoz.

–Oliver, cierra la puerta. Los Divac están al teléfono. Han dicho que la hermana de Caden y tú estuvisteis juntos en una fiesta, y que Taylor está embarazada.

Oliver no respondió. O, por lo menos, no dijo nada que ellos pudieran oír.

Después de unos instantes, su madre comenzó a llorar, lo que hizo que ella se sintiera aún peor.

–¿Qué vamos a decirle a tu padre?

–¿Tenemos que decírselo obligatoriamente? –preguntó Oliver, con la voz quebrada por la emoción–. Hay… otras opciones. Yo he estado hablando con Taylor acerca de ellas.

–Ha estado intentando convencer a Taylor de que abortara –dijo Autumn–. Pero ¿es realmente lo que quiere Oliver? ¿Es lo que querrían todos ustedes? –preguntó.

Jill no respondió inmediatamente. Estaba pensando. Oliver empezó a suplicar, a decirle que era la única solución, que él no iba a poder mantener un niño a los dieciséis años.

–Además, piensa en lo que va a hacer papá –dijo–. No podemos decírselo.

A Taylor empezaron a caérsele las lágrimas. Su abuela le lanzó una sonrisa para darle ánimo, y Caden, que estaba sentado a su lado, empezó a consolarla. Ella no quería que los Hancock la oyeran llorar, así que se contuvo mientras su hermano la tomaba de la mano.

–¿Eso sería una opción? –preguntó Jill, por fin.

Autumn se frotó la frente.

–¿Ustedes apoyarían eso?

Hubo otra pausa, pero, después, la señora Hancock dijo, suavemente:

–Sí. Sí, lo apoyaríamos.

–Parece que están muy seguros. ¿No preferirían tener un poco de tiempo para pensarlo bien y tomar una decisión?

–No. ¿Se les ocurre a ustedes otra forma mejor para terminar con esto?

–Por suerte, sí –respondió Autumn.

Taylor, que se había estado mirando el regazo mientras trataba de recuperar la compostura, alzó la cabeza. Caden también se quedó sorprendido.

–¿De qué se trata? –preguntó Jill.

–Bueno, todavía tengo que hablar de ello con mi familia, así que tendré que volver a llamarles.

–Sí. Por favor, envíeme un mensaje de texto antes de llamar, para que pueda encontrar un sitio privado para que podamos hablar.

Claramente, iban a intentar ocultarle el embarazo al padre de Oliver. Era obvio.

–De acuerdo. Hasta luego –dijo Autumn, y colgó.

Caden le soltó la mano a Taylor.

–Bueno, ¿qué vamos a hacer? –preguntó.

–Depende de ti –dijo Autumn.

–¿De mí? –preguntó Caden–. Pero si yo no tengo nada que ver con esto…

–Pero a ti también te quiero.

–¿Qué significa eso, mamá?

Taylor se estaba preguntando lo mismo.

–Quinn nos ha pedido que nos quedemos aquí, donde… donde él y yo podríamos cuidar del bebé mientras Taylor va a la universidad.

–¿De verdad? –preguntó Taylor, enjugándose las lágrimas–. Entonces, ¿podríamos quedarnos con el bebé?

–Yo no puedo soportar la alternativa –dijo su madre–. ¿Y tú?

–No, yo tampoco –dijo Taylor–. Pero, si nos quedáramos en Sable Beach…

Se giró hacia Caden.

–Eso podría echar por la borda tus posibilidades de conseguir una beca con el waterpolo.

Caden miró a su madre y a Mimi con las cejas enarcadas.

–Todos queréis que nos quedemos –dijo.

–Pero podemos volver a Tampa y esperar a que os graduéis. Tus objetivos y tu felicidad también son muy importantes.

–Pero, entonces, Taylor tendría que soportar la humillación de estar embarazada, es muy probable que el padre de Oliver se entere y tú tendrías que cuidar sola del bebé durante los próximos dos años. Y, probablemente, tu relación con Quinn no lo superaría…

–Yo sé que te debo estos años, Caden, a pesar de todo eso –dijo Autumn.

A Caden empezó a temblarle la rodilla.

–No tienes que ponerte nervioso –dijo Taylor–. No sería justo. Esto es culpa mía, no tuya.

Él dejó de mover la pierna.

–Oh, qué demonios –exclamó Caden, lanzando las manos hacia arriba–. Yo sé que puedo pasármelo tan bien en Sable Beach como en Tampa. De todos modos, al final voy a tener que separarme de todos los amigos que tengo allí.

–¿Y el waterpolo? –preguntó Mimi.

–Si soy lo suficientemente bueno, conseguiré la beca en cualquier instituto. Y, si no, ya lo intentaré de otra forma.

–¿Estás seguro? –preguntó su madre–. No quiero que te arrepientas después.

–Sí, estoy seguro. Solo pongo una condición.

–¿Y cuál es? –preguntó Tammy.

–Tenemos que conseguir nuestra propia casa antes de que empiece el colegio, porque no voy a pasarme los próximos dos años durmiendo en el sofá de Mimi.

Todos se echaron a reír.

–¿Qué tiene de malo mi sofá? –bromeó Mimi.

–De acuerdo, de acuerdo –le dijo Autumn a Caden–. Incluso voy a dejar que vosotros dos me ayudéis a elegir la casa.

Taylor se sintió mucho mejor. Sin embargo, aún tenía una duda.

–¿Quinn va a venir a vivir con nosotros?

–¿Os parecería bien que lo hiciera? –preguntó Autumn.

Taylor echaba de menos a su padre. Sabía que no podría querer tanto a Quinn. Sin embargo, también sabía que Quinn era una buena persona. Había hecho mucho por ella, y era muy agradable. Además, no tenía ningún derecho a impedirle a su madre que fuera feliz, cuando su madre estaba haciendo tanto por ella.

–Por mí, está bien.

–A mí también me parece bien –dijo Caden–. Os quiero mucho a todas, pero comprendedme, estará muy bien tener algo de testosterona en casa.

Taylor se levantó y abrazó a su hermano.

–Gracias –le dijo.

Después, rodeó la mesa para hacer lo mismo con su madre y su abuela y, cuando vio la expresión de alivio de su madre, sintió aún más amor por su hermano.

Capítulo 32

Las siguientes semanas fueron algunas de las más felices de la vida de Mary.

Aunque Autumn ya conocía el pasado, estaba tan absorta en su relación con Quinn, que no abordó el tema. Mary se sentía liberada, porque ya no tenía nada que ocultar, al menos, a la persona a la que más quería en el mundo. También había estado temiendo que, si todo Sable Beach se enteraba de la verdad, ella habría tenido que lidiar con la curiosidad de todo el mundo, y no había nada que deseara menos que hablar del pasado. La única forma de vencer verdaderamente a Jeff y a Nora era eliminarlos por completo de su vida. Así pues, fue de agradecer que la visita de Drake D. Owens no hubiera sacado el asunto a relucir por todo el pueblo.

Para su sorpresa, la vida continuó como siempre, salvo por la emoción que le proporcionaba el cambio de vida de Autumn. Pasaban mucho tiempo juntas, o en la librería, o buscando una casa para su hija. Habían encontrado una casita preciosa de tres dormitorios, y Autumn esperaba poder comprarla.

No estaba en el mismo pueblo, sino al lado de la playa, a diez minutos de su casa, y había sido reformada hacía poco tiempo. Todas las puertas y ventanas daban al mar, y tenía una hermosa terraza. Mary se imaginaba a sí misma allí sentada con una copa de vino, disfrutando del atardecer con su hija y con Quinn, así que esperaba que Autumn llegara a un acuerdo con el propietario. También a Quinn y a los niños les parecía perfecta.

–¡Hola, Mimi! –gritó Taylor, alegremente, mientras caminaba hacia la librería con Sierra.

–Hola, cariño. ¿Qué vais a hacer vosotras dos hoy?

Ella estaba esperando a Autumn, que todavía no había llegado.

–No mucho.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó Laurie–. Estoy deseando enseñarle el nuevo cuadro de Chris.

–Hoy va a llegar tarde, por eso hemos venido. Nos ha pedido que viniéramos para ver si necesitáis algo, porque está negociando la compra de la casa.

Mary se sintió muy impaciente.

–¿Y cómo va?

–No han aceptado la primera oferta, pero parece que están dispuestos a llegar a un acuerdo.

–Espero que pueda conseguirla –dijo Laurie.

Después, se fue a la trastienda.

Sierra preguntó si podía utilizar el baño y, en cuanto Laurie y ella se marcharon, Mary le preguntó a su nieta, en voz baja:

–¿Habéis sabido algo de Oliver y de su madre?

–No mucho. A la hora del desayuno, mamá les envió un mensaje diciendo que yo no iba a abortar, pero que dejaríamos que Oliver siguiera su vida como si no hubiera habido ningún embarazo. Cuando él cumpla dieciocho años, puede decidir si quiere renunciar a la paternidad o participar en la manutención del bebé y formar parte de su vida.

–¿Y qué han respondido?

–La señora Hancock respondió que estaba bien, pero no dijo nada más. Creo que están muy aliviados de saber que pueden seguir con su vida como si tal cosa, y que no tienen que decírselo a su padre.

–Su padre parece un tipo horrible –dijo Laurie, que acababa de volver.

–Sí –dijo Taylor, con un suspiro–. Desde luego, me alegro de que no sea mi padre.

Laurie metió un puñado de bolígrafos nuevos en un cajón.

–¿Dónde anda Caden hoy?

–Ha ido a matricularse al instituto.

–¿Él solo? –preguntó Mary–. Pero si yo lo habría acompañado…

–Mamá también se ofreció, pero estaba con las mellizas, y querían hacerlo todo ellos mismos.

–Ah, entiendo.

Taylor miró a su alrededor.

–Me alegro muchísimo de quedarme aquí.

Su abuela y su tía Laurie le habían prometido que Sierra y ella podrían ayudar en la cafetería cuando la abrieran, así que estaba impaciente.

–Pero… parece que estás un poco indecisa. ¿Por qué?

–Supongo que todavía me parece raro no ir al colegio como todos los demás.

–Bueno, siento que esa fase de tu vida haya acabado con algo de antelación –dijo Mary.

–Es culpa mía, y esto es lo mejor que podía pasar, así que estoy muy agradecida.

–Quinn ha contribuido mucho a que os mudarais aquí, ¿sabes?

–Sí, pero también me siento un poco rara con respecto a él –dijo

Taylor, y frunció el ceño como si debiera dejar las cosas así, pero necesitaba contárselo a alguien–. Una parte de mí quiere odiarlo, ¿sabes?

–Pues me alegro de que no puedas –dijo Mary–. Eso haría que todo fuera mucho más difícil para tu madre.

–Sí, ya lo sé. Y él es un tipo estupendo. No es eso, es que me siento como una traidora hacia mi padre.

–Supongo que eso es lo normal.

–¿Sí?

Sierra salió del baño, y ambas dejaron aquella conversación.

–Vamos a tomar un helado –dijo Sierra, y salieron de la librería justo cuando entraba un cliente.

Mientras Laurie atendía a Ann Mathewson, que estaba buscando un libro de cocina regional que quería regalar a alguien, Mary sacó el teléfono y leyó el último mensaje de texto que le había enviado Nora. Ella le había escrito pidiéndole el número de Tammy, y Nora se lo había dado, sin duda, con la esperanza de ganarse el favor de ellas dos. Sin embargo, después de guardar el número de teléfono de Tammy en su lista de contactos, Mary había bloqueado a Nora.

Desde que había estado en Nashville, había estado pensando en ponerse en contacto de verdad con la hermanastra de Tammy, pero, con todo lo que estaba sucediendo, había tenido que posponer la conversación. ¿Cómo estaría Tammy? ¿Necesitaría amigos, o apoyo? ¿Era demasiado tarde para ofrecerle esas cosas?

–¿En qué estás pensando? –le preguntó Laurie.

¿Ann Mathewson ya se había ido?

Ella estaba tan absorta en sus pensamientos, que ni siquiera se había dado cuenta.

–Estoy pensando en ponerme en contacto con Tammy.

–¿Ahora? –preguntó Laurie, con la voz muy aguda–. ¿Ahora que todo está empezando a ir tan bien? ¿Por qué lo vas a arriesgar todo?

Mary lo pensó durante varios segundos.

–Porque, por fin, estoy en un punto de mi vida en el que puedo hacerlo.

Autumn entró con Quinn en la casa vacía, con la llave del agente inmobiliario, y se puso a girar sobre sí misma por el salón.

–No puedo creer que vaya a hacer esto –dijo–. Voy a comprar esta casa. Todo va a salir bien.

Quinn, que había ido ya tres veces a ver la casa con ella, la abrazó.

–Yo tampoco puedo creerlo. Pero puedo decirte que estoy pletórico.

–Da miedo ser tan feliz, ¿verdad? –preguntó ella, mientras lo miraba a los ojos–. A mí me da pavor.

Él la besó en los labios.

–Como has dicho, todo va a salir bien. Deja de preocuparte.

–No, no tengo derecho a hacerlo. Eres tú el que debe de estar muy preocupado. Siento todo lo que está pasando con tu madre.

Beth no iba a recuperarse. Ya lo sabían todos. Estaban hablando de internarla en un hospital de cuidados paliativos.

–Lo siento, Quinn.

–Con tu apoyo será más fácil superar lo que va a venir. No quiero que sufra, prefiero que se vaya con calma. Pero no estoy seguro de que mi padre pueda recuperarse del golpe.

–Vamos a estar ahí con él en todo lo posible. Caden lo adora. Me ha asombrado lo rápidamente que han hecho buenas migas.

Él le acarició el cuello con la nariz.

–Fue muy buena idea invitar a mis padres a cenar el fin de semana pasado. Muy amable por tu parte.

–Estuvimos un poco apretados en la casa de mi madre, pero fue muy divertido. Mis hijos solo han tenido un abuelo en la vida, y creo que les gusta más la idea de tener otro, como todos los niños.

Él sonrió aún más.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella, al sospechar que le estaba ocultando algo.

–Nada.

–Vamos, dilo.

–Va a ser un poco presuntuoso.

–Vamos, tú puedes decirme cualquier cosa.

Él se quedó un poco azorado.

–Bueno. Me encanta pensar en que mis padres sean como unos abuelos para Taylor y Caden. Supongo que, como tus hijos son casi adultos, no he tenido muchas esperanzas de que me acepten realmente como padre. Pero, al ver cómo Caden interactuaba con mi padre, como si estuviera completamente abierto a dar y recibir amor… No sé. Eso me dio esperanza.

Ella le tomó el rostro con ambas manos.

–Es maravilloso que mis hijos sean importantes para ti. El hecho de que te preocupes tanto hará que te acepten, aunque no sea inmediatamente, sí con el tiempo. ¿Quién no querría a un hombre así como padre?

–Espero que tengas razón –dijo él–. ¿Puedes creer que pronto estaremos cuidando de un bebé? Eso me tiene alucinado. A veces, estoy tan emocionado que no puedo dormir.

–Al principio, yo no estaba deseándolo, precisamente, pero ahora ya, sí –dijo ella.

–Yo llevo mucho tiempo esperando esto.

–Tuviste muy mala suerte en tu primer matrimonio –dijo ella.

–Eso ya no tiene importancia –dijo él, y movió la mano hacia los botones de su blusa–. ¿No crees que deberíamos estrenar tu nueva casa?

Ella cerró los ojos mientras él le desabotonaba la camisa y le desabrochaba el sujetador para acariciarle el pecho. Sin embargo, todavía tuvo fuerzas para corregirlo.

–Nuestra casa.

–Aún, no. Me siento muy mal por no poder contribuir.

–Ya lo harás. No pasa nada.

–Mi padre va a empezar a pagarme un sueldo ahora que… ya no hay nada que podamos hacer por mi madre. Tú pagarás la entrada, pero yo me haré cargo de las cuotas mensuales hasta que me ponga a tu altura.

–Eso no me preocupa nada. Lo único que me importa es que vamos a estar juntos, criando al bebé de Taylor.

–¿Autumn?

–¿Sí?

–¿Qué piensas tú sobre si algún día…? Bueno, no tiene por qué ser pronto, pero… ¿querrías tener un hijo conmigo?

Ella le pasó un dedo por el labio inferior antes de besarlo con ternura.

–Me parece que sí –le dijo.

Cuando Autumn llevó a los niños a cenar a The Daily Catch, le pidió a Mary que fuera con ellos, pero Mary rehusó. Quería tener un momento para estar a solas y llamar a Tammy, pero no encontraba la ocasión. Si no estaba trabajando, estaba con Caden y Taylor. Sus nietos no sabían nada del asunto, porque Autumn y ella habían decidido que contárselo no serviría de nada. Y, si no, estaba con Laurie, que a pesar de ser su amiga leal y su gran apoyo, siempre tenía una opinión muy férrea sobre todo.

Quería hacer aquello por sí sola, y aquella noche le parecía la oportunidad perfecta. Tenía la casa para ella y podía hablar sin temor a que la oyeran. Sabía que su familia iba a tardar más de una hora en volver.

Trató de respirar hondo y calmarse. ¿Cómo sería Tammy? ¿Era una mujer feliz? ¿Se alegraría de saber de ella? O, quizá, el hecho de recibir una llamada suya despertara recuerdos que quería olvidar. Tal vez, Tammy no estuviera preparada para aquello, pero ella no iba a saberlo a menos que la llamara…

Sacó el teléfono y marcó su número. Sonaron cinco tonos antes de que se activara el buzón de voz.

–Este es el teléfono de Tamara King. Por favor, deje un mensaje después

de la señal, y le devolveré la llamada en cuanto sea posible.

Mary se quedó paralizada. ¿Debía dejarle un mensaje? Su primer impulso fue colgar, pero, tal vez, responder en el buzón de voz fuera mejor que hablar con Tammy directamente. Así, ella tendría la oportunidad de decidir si quería devolverle la llamada.

–Tammy, soy… Bailey North –dijo, con apuro–. Ahora uso el nombre de Mary Langford. Yo… sé que esta llamada va a ser una gran impresión para ti. Hace tanto tiempo… Si no quieres saber nada de mí, perdóname. Pero siento que te debo una disculpa, y me encantaría tener la oportunidad de pedirte perdón, si no es demasiado desagradable para ti.

Después, recitó su número, colgó y se puso en pie de un salto. Tenía que hacer algo para aliviar la tensión que sentía, y comenzó a pasearse por el salón. Cuando consiguió calmarse, se preparó una taza de té y tomó el libro que estaba leyendo, unas memorias de Jeanette Paredes. Estaba a punto de meterse entre sus páginas cuando sonó el teléfono. Se inclinó para mirar la pantalla y se puso tensa al ver el nombre de Tammy. Volvió a tomar aire profundamente y respondió:

–¿Diga?

–¿Hablo con Bailey North?

–Sí…

–Hola. Soy yo, Tammy.

Mary apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró fijamente al techo.

–Gracias por llamarme.

–Por supuesto. Decías que me debías una disculpa, pero quiero que sepas que no me debes nada. Yo te debo una disculpa a ti por las cosas despreciables que te hicieron mis padres. Todavía tengo pesadillas sobre la noche en que diste a luz, oigo los gritos de terror que dabas pidiendo ayuda. Nunca podré olvidarlo. Ni tampoco les perdonaré a mis padres que me mandaran a la cama cuando intenté que te ayudaran.

–Eras una niña muy valiente, ya tan pequeña –dijo Mary, sonriendo–. Hiciste todo lo que podías por mí. De no haber sido por ti, por lo mucho que te quería, no habría sobrevivido a aquella época tan oscura.

–Eso es lo más curioso –dijo Tammy–. No puedo creer que fueras capaz de quererme. Yo estaba vinculada a ellos. Ellos te hicieron cosas espantosas, y a mí me trataban mejor que a ti.

–Tú eras su hija, Tammy. Lo entiendo, y nunca tuve celos. Solo siento gratitud por el hecho de que estuvieras conmigo. Además, de no haber sido por lo que le dijiste al vecino, tal vez yo nunca hubiera conseguido escapar.

–Sí, soy hija de dos psicópatas. Me pregunto cómo es posible que

haya sido una persona mínimamente funcional.

–¿Qué pasó contigo después de que me rescataran a mí? –le preguntó Mary–. ¿Adónde fuiste?

–Me acogió la tía soltera de mi padre.

–¿Tenía una tía? ¿Dónde vivía?

–En Memphis. Yo volví a Nashville desde allí.

Sin duda, por ese motivo Nora también había vuelto a Nashville.

–Ella no tenía relación con mi padre –prosiguió Tammy–. Pero, cuando se enteró de lo que había ocurrido, decidió dar un paso al frente y se convirtió en mi tutora legal.

–¿La conocías de algo?

–Solo la había visto un par de veces en casa de mi abuela.

–Tuvo que ser difícil irte a vivir con una perfecta desconocida.

–No tan difícil como lo que tuviste que soportar tú.

–¿Fuiste feliz con ella?

–Bueno, la transición no fue fácil, pero, de no haber sido por ella, habría ido a parar a un hogar de acogida de los servicios sociales. Así que me alegro de que mi vida no fuera peor. Era una mujer muy estricta, pero justa. Me pagó la universidad. No puedo quejarme.

–Entonces, yo también le estoy muy agradecida. ¿Sigue viva?

–No, ya no. Tenía cincuenta y tantos años cuando me adoptó, y padecía lupus. Hace tres años tuvo un derrame cerebral y murió.

–Lo siento mucho.

A pesar de las noticias que le estaba dando Tammy, Mary había empezado a relajarse. La conversación no estaba siendo tan complicada como ella había imaginado. Tammy parecía tan normal como cualquiera, y era cálida y comprensiva. Eso aliviaba sus miedos.

–¿Cómo has conseguido mi número? –le preguntó Tammy–. Nunca pensé que volvería a saber de ti.

–Eso es algo interesante –dijo Mary, y se acomodó para contárselo.

Pasó los siguientes treinta minutos hablando de Nora y Jeff Skinner y escuchando la historia del matrimonio y el divorcio de Tammy, y sobre los cinco niños a quienes había ayudado a criar. La difunta abuela de Tammy le había dejado el dinero suficiente como para que pudiera abrir una tienda de ropa, algo que le encantaba, pero no había heredado ni un céntimo de sus padres. Mary estaba en lo cierto: ellos se habían gastado toda su fortuna en su defensa legal, y eso explicaba por qué Nora vivía en aquellas condiciones. Tammy le contó que Nora tenía la esperanza de recuperar su relación con ella al salir de la cárcel, pero que ella le había dicho que se mantuviera alejada.

Todavía estaba al teléfono cuando llamaron a la puerta.

Supuso que era su familia, que volvía del restaurante, y que Caden había llegado el primero a la puerta y Autumn abriría enseguida con su llave. Pero eso no ocurrió, y quienquiera que fuese siguió llamando

con insistencia.

–Un segundo –le dijo a Tammy, y se levantó.

Estaba impaciente por volver a su conversación, así que abrió sin asomarse a la mirilla. Al ver de quién se trataba, el teléfono se le cayó al suelo.

–¡Nick!

Capítulo 33

Nick había envejecido diez años. Tenía el pelo gris y había adelgazado unos veinte kilos, como mínimo. A Autumn le parecía un desconocido demacrado y, sin embargo, era su marido, el padre de sus hijos.

–¡Papá! –gritó Taylor, en cuanto lo vio, y se arrojó a sus brazos, llorando.

Caden, que había entrado el último en la casa, estaba tan atónito como su madre.

–Te envié un mensaje –le dijo Mary a Autumn–. Intenté decírtelo, pero…

Pero ella se estaba divirtiendo demasiado en el restaurante. Quinn no dejaba de ir a su mesa, aunque se suponía que tenía que estar cocinando, y les llevaba plato tras plato, mucha más comida de la que podían tomar. A ella ni siquiera se le había pasado por la cabeza mirar el teléfono.

–¿Dónde has estado? –le preguntó Caden a su padre.

Autumn no podía respirar. Esperó a oír la respuesta de Nick. ¿Dónde había estado? ¿Por qué no se había puesto en contacto con ella en vez de aparecer así, de la nada?

–Es una historia larga y complicada –dijo él, sin dejar de mirarla mientras hablaba–. A lo mejor… tu madre y yo deberíamos ir al apartamento antes de empezar a contároslo todo.

Autumn no supo qué decir. Sería muy extraño volver a tener a Nick en el apartamento. Los zapatos de Quinn estaban en un rincón, y no los suyos. ¿Habría dejado algunas de sus otras cosas? ¿Sus gafas de sol en la mesilla, o el cepillo de dientes, o la cuchilla de afeitar en el armario del baño? ¿Qué iba a decir ella? ¿Qué iba a hacer?

–¿Mamá? –dijo Taylor.

Había soltado a su padre para que Caden también pudiera abrazarlo y, ahora, su hijo también se había hecho a un lado para que ella pudiera hacer lo mismo. Sin embargo, Autumn no corrió hacia él como habían hecho sus hijos. No podía moverse, no podía hablar. Se sentía como si alguien la hubiera dejado sin aliento.

–Creo que eso sería buena idea –dijo Mary, hablando en su

nombre–. ¿Por qué no ponéis vosotros dos una película en la tele, o jugáis a algún videojuego, mientras vuestros padres hablan a solas? Seguro que volverán pronto.

Taylor y Caden se quedaron sin saber qué decir. Seguramente, les daba miedo perder de vista a su padre, y ella entendía el motivo. Quería reconfortarlos, proporcionarles una sensación de seguridad, calmar sus miedos, pero no podía reaccionar.

Por suerte, su madre tuvo más fuerzas que ella. La agarró de la mano y la llevó hacia la puerta. Una vez en movimiento, pudo continuar andando, aunque se sintiera como si tuviese las piernas de madera.

–¿No estás ni siquiera un poco emocionada de verme? –le preguntó Nick, cabizbajo–. Cuando llegué a Tampa y vi que no estabas allí, supe que estarías aquí y quería que mi llegada fuera una sorpresa agradable.

Autumn sintió una opresión en el pecho. Solo quería llorar. No sabía si estaba feliz o hundida. Había suplicado el regreso de Nick en todas sus oraciones, había dado todo lo que tenía por encontrarlo. Y estaba aliviada y contenta, porque sus hijos habían recuperado a su padre. Pero ¿y Quinn? ¿Y todos sus planes?

–Claro que sí –dijo ella.

No podía contestar de otra manera. No sabía lo que sentía.

Sacó la llave de debajo de la rana de la jardinera y abrió la puerta, y se hizo a un lado para que él pudiera pasar. Al entrar, antes de que pudiera empezar a subir las escaleras, Nick la tomó de la mano y se la acercó para abrazarla.

–Dios, cuánto te he echado de menos –susurró, metiendo la nariz entre su pelo mientras la estrechaba contra sí.

Autumn también lo había echado de menos. Había sufrido su ausencia durante casi dos años. Pero ¿ahora? Se sentía entumecida y confusa.

–Nick, ¿qué te ha pasado?

Él retrocedió y le tomó la cara entre ambas manos.

–Fue algo surrealista, como en una novela de espías, pero mucho menos glamuroso.

–¿Te… han secuestrado?

–Sí. Pero… dame un segundo antes de que te lo explique todo. Necesito mirarte.

Autumn se sintió muy culpable. ¿Cuándo iba a poder hablarle de Quinn? Aunque tuviera a Nick ante sí, solo podía ver a Quinn riéndose en el restaurante al llevarle el trozo de tarta de zanahoria más grande que hubiera visto nunca.

Eso había ocurrido solo veinte minutos antes.

–Lo siento –le dijo ella–. No… no puedo esperar. Tengo que saberlo.

He estado buscándote noche y día mucho tiempo. ¿Dónde estabas?

–Me detuvieron los rusos y me acusaron de ser espía.

–¿Y lo eras?

–No, en realidad, no. El Kremlin quiere apoyar la soberanía de Ucrania sobre la República Popular de Donetsk, pero considera que las buenas relaciones de la república con Occidente son un intento de aislar a Rusia. Es una historia muy larga, pero se suponía que yo tenía que averiguar si un espía ruso se había infiltrado en el Servicio de Seguridad de Ucrania. Pero, cuando estaba visitando Travneve y llevando a cabo una inspección sobre unas armas que había adquirido un agente del Servicio de Seguridad de Ucrania de un vendedor desconocido, me detuvieron y me llevaron a una base militar. Ni siquiera sé dónde estaba, porque me trasladaron con los ojos vendados y también me los vendaron al liberarme.

–¿Y cómo conseguiste salir?

–Ellos me soltaron, sin más.

–¿Por qué?

Nick extendió ambas manos.

–No lo sé. Un guardia que se hizo amigo mío cree que es porque la gente seguía haciendo preguntas sobre mí. Si me mataban, posiblemente se sabría que no tenían ninguna prueba verdadera de que yo era un espía, y nadie quería tener la responsabilidad de dar esa orden. O, tal vez, por fin creyeron que solo estaba intentando averiguar de dónde habían salido esas armas para confirmar que no había un espía ruso en el Servicio de Seguridad de Ucrania.

–Yo… contraté a un detective privado que vive en Ucrania –dijo ella, y se preguntó si el señor Olynyk era una de esas personas que había seguido haciendo preguntas. ¿O había sido alguien más importante? ¿El FBI?

–Gracias –dijo él–. Puede que ese sea el motivo por el que sigo vivo.

Ella no podía asimilar todo aquello. Necesitaba sentarse.

–Vamos a subir –dijo.

Pero, en cuanto estuvieron en el apartamento, en vez de sentarse en la cama para poder hablar, tal y como ella había imaginado, él se paseó por toda la estancia como si no pudiera creer que por fin estaba a salvo, en su antiguo entorno. Entonces, abrió el armario y vio que su parte estaba vacía. Y, por fin, vio los zapatos de Quinn.

–Por favor, dime que son de Caden –le pidió suavemente a Autumn, sin alzar la cabeza.

Autumn quería darle la respuesta que él necesitaba. Era obvio que su marido había sufrido mucho intentando ayudar a Ucrania y, mientras él se dedicaba a eso, ella se había enamorado de otro hombre. Sin embargo, ¿de qué serviría mentir? No iba a poder ocultarle la verdad durante mucho tiempo.

–No –dijo.

Taylor se mordió nerviosamente el labio. Sus padres llevaban un buen rato hablando. ¿Qué estaban diciendo? ¿Cuándo iban a volver? ¿Le estaba contando su madre a su padre que ella iba a tener un bebé? ¿Que tenía una relación con otra chica? ¿Que Caden no iba a terminar la escuela secundaria en Tampa porque se iban a quedar a vivir en Sable Beach?

O, quizá, la aparición de su padre cambiase todos aquellos planes. Quizá tuvieran que volver a Tampa. ¿Y Quinn? ¡Su madre debía de estar destrozada! ¿Qué iba a decirle al hombre que había planeado irse a vivir con ellos cuando compraran la casa nueva?

–Las cosas se van a resolver –dijo Mimi.

Sin embargo, su tono no era nada convincente. Ella también parecía muy preocupada.

–¿Qué va a pasar? –preguntó Caden.

–No lo sé –dijo ella–. Pero vuestros padres os quieren mucho. Harán lo que sea mejor para vosotros.

–Pero… ¿y si eso no es lo mejor para ellos? –preguntó Taylor.

Mimi siguió mirando por la ventana con inquietud.

–Ya lo averiguarán –murmuró.

–¿Crees que tendremos que volver a Tampa? –preguntó Caden.

–Allí es donde está el trabajo de papá, si es que sigue teniendo trabajo –respondió Taylor–. Pero yo no quiero vivir allí. No quiero separarme de Sierra, y no quiero ver a Oliver ni a sus amigos. Ni a mis antiguos amigos, tampoco –dijo ella.

Por suerte, ninguno de esos amigos le había enviado un mensaje, ni la habían llamado para preguntarle si era cierto que estaba embarazada. Al menos, parecía que Oliver y su familia habían guardado el secreto.

Caden no dijo nada sobre si prefería volver a Tampa o quedarse en Sable Beach. Siguió viendo la película que había puesto Mimi, aunque ella sabía que no estaba prestándole atención, porque no dejaba de mover la pierna.

–Esto es terrible –dijo Taylor, y se frotó la barriga.

Últimamente había tenido algunas náuseas matutinas, y los nervios estaban empeorando la sensación de mareo, sobre todo, después de una cena tan copiosa.

–¿Estás bien? –le preguntó Mimi.

–Sí.

Esperaba que fuera cierto, pero, a los pocos minutos, tuvo que irse corriendo al baño y vomitó toda la cena.

Mimi acudió para sujetarle el pelo.

–Tienes que calmarte –le dijo.

–¡Lo estoy intentando! –exclamó ella–. Pero no sé cómo.

Se incorporó y se enjuagó la boca. Se miró al espejo. De nuevo, su mundo se había puesto del revés.

–¿Y qué pasa con Quinn? –le preguntó a Mimi, que se había quedado tras ella.

–¿Tienes su número de teléfono? Se está haciendo tarde, así que supongo que saldrá pronto del trabajo. Será mejor que le avisemos de que no pase por aquí esta noche. Creo que ya hemos tenido suficientes sorpresas por hoy, ¿no?

Taylor se secó la cara y las manos.

–Yo se lo explico –dijo, y entró en el dormitorio para hacer la llamada.

Quinn estaba limpiando la parrilla cuando sonó su teléfono. Imaginó que era una llamada de Autumn para preguntarle a qué hora iba a llegar, pero, al mirar la pantalla, vio que se trataba de Taylor.

–¿Es tu madre? –le preguntó su padre, al ver que tomaba el teléfono para responder.

–No, es Taylor –dijo él.

Estaba muy contento de que la hija de Tammy se sintiera lo suficientemente cómoda para llamarlo, y contestó rápidamente.

–¡Hola! No me digas que tienes antojo de helado, después de todo lo que has cenado hoy en el restaurante –le dijo, bromeando.

Ella no respondió con otra broma, como era normal. A él le pareció que estaba llorando.

–¿Taylor? ¿Estás bien? –le preguntó con preocupación.

–No lo sé –respondió la niña–. No sé si alguno de nosotros va a poder estar bien.

A él se le subió el corazón a la garganta.

–¿Qué quieres decir? ¿Ha ocurrido algo? ¿Le ha pasado algo al bebé?

–No, no, no es nada de eso. Pero… es mejor que no vengas esta noche.

Él se quedó asombrado. Se irguió.

–¿Por qué no?

–Mi padre ha vuelto a casa.

Aquellas palabras fueron como un golpe para Quinn.

–¿Qué?

–Cuando llegamos a casa del restaurante, mi padre estaba aquí, esperándonos.

–¿Cómo? Es decir… ¿de dónde ha venido? ¿Dónde ha estado tanto tiempo?

–No lo sé. No sé nada, salvo que mi madre y él están en el apartamento, hablando.

De repente, a Quinn le fallaron las rodillas, y tuvo que apoyarse en el mostrador. Sabía que Taylor estaba esperando que respondiera, pero no podía decir nada. Tal vez aquella fuera una buena noticia para ella, pero, para él, no. ¿Qué iba a hacer?

–Oh… estoy oyendo que vuelven. Van a entrar. Tengo que colgar.

–Bien. Gracias por avisarme –dijo él, mecánicamente, aunque estaba seguro de que Taylor ya no le oía.

Autumn estaba hundida cuando se sentó en el sofá de su madre para que Nick y ella pudieran hablar con sus hijos. No recordaba cuándo se había sentido tan exhausta, ni siquiera los primeros días después de la desaparición de Nick. Su madre se sentó a su lado y la tomó de la mano. Ella, agradecida por el constante apoyo de Mary, se la apretó con afecto. Su madre sonrió apagadamente, y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Todo se resolverá –murmuró Mary.

Sin embargo, ella no sabía cómo. ¿Cómo iba a romper su matrimonio, dividir a su familia, cuando habían sido tan felices? Y, por otro lado, ¿cómo iba a separarse de Quinn? Solo con pensarlo, tenía la sensación de que le arrancaban el corazón.

–¿Qué va a pasar? –preguntó Caden, mirándolos a los dos.

Taylor salió del dormitorio y se sentó en una butaca. Nick suspiró, pero sonrió, aunque cansadamente. Pese a que habían estado hablando una hora, no habían decidido nada, solo habían llegado a la conclusión de que no querían que sus hijos se llevaran la peor parte.

–Os he echado mucho de menos –dijo Nick.

–Nosotros a ti, también –dijo Caden.

Taylor no hizo ningún comentario. Estaba muy preocupada. Autumn sabía que se preguntaba cómo iba a reaccionar su padre al saber de su embarazo y de su sexualidad. Él se había dejado caer en la cama cuando ella le había dado las dos noticias, y se había cubierto la cara con las dos manos, pero, finalmente, había dicho que quería a su hija de todos modos, tal y como era.

Nick no mencionó ninguna de las dos cosas en aquel momento, así que Autumn supuso que pensaba hablar con Taylor más tarde, a solas. Aquel no era el lugar ni el momento para mantener esa conversación. Todavía estaban conmocionados por haber descubierto que estaba vivo.

Autumn se mantuvo en silencio mientras permitía que los niños lo acribillaran a preguntas. Muchas de ellas eran las mismas que ella le había hecho en el garaje. Nick les explicó pacientemente lo que le

había sucedido. Había ido a Ucrania a petición del FBI para averiguar si había un espía ruso en el Servicio de Seguridad de Ucrania y alguien había empezado a sospechar de él, y un grupo de hombres armados lo había sacado de la cama una noche, se lo había llevado a una base militar secreta y lo había encerrado en una celda. Allí lo habían maltratado durante casi dos años.

–¿Y cómo has llegado a casa? –preguntó Caden.

–Cuando me liberaron, me puse en contacto con la embajada de los Estados Unidos y les conté lo que había sucedido. Debieron de verificar mi historia, porque me asignaron un asiento en un vuelo que volvía a casa.

–¿Y por qué no nos llamaste? –preguntó Taylor.

–Creía que iba a ser muy difícil explicarlo todo por teléfono. Solo quería llegar aquí, donde pudiera veros y estar con vosotros, así que vine corriendo en cuanto me dieron el alta. No pensaba que eso… pudiera ser un problema.

Caden empezó a mover la pierna.

–Entonces, ya lo sabes.

–¿Lo de Quinn? Sí.

–Y, entonces, ¿vamos a quedarnos aquí, o tenemos que volver a Tampa? –preguntó Caden.

–Es demasiado pronto para tomar decisiones tan importantes –dijo Nick–. Tengo que conseguir una habitación en un motel para esta noche y… espero llegar a conoceros a todos de nuevo durante estos próximos días.

–¿Vas a ir a un motel? –le preguntó Caden, sorprendido.

Autumn se estremeció. Lógicamente, a sus hijos les parecía extraño que su padre tuviera que irse a dormir a otro sitio. Aquel no era el cálido recibimiento que cualquiera querría para un padre que había pasado por lo mismo que Nick. Sin embargo, en el apartamento solo había una cama, y Autumn no podía soportar compartirla con él. Todavía, no. Necesitaba tiempo y espacio para decidir qué iba a hacer.

–No me importa –les aseguró él–. Será mucho mejor que lo que tenía hace poco. Además, no soy el único que ha sufrido. Sé que estos dos últimos años han sido difíciles para todos.

Taylor se puso en pie de un salto cuando lo oyó.

–Entonces, ¿vas a volver por la mañana?

–Sí.

–¿Lo prometes?

Él volvió a sonreír con cansancio.

–No hay nada que pudiera impedírmelo.

–¿Puedo ir contigo? –le preguntó Caden–. Seguro que es mejor que dormir en el sofá –añadió, bromeando.

Autumn notó que su marido la miraba fijamente, y alzó la vista.

–¿Te parece bien? –le preguntó él.

–Claro que sí.

–Pues, entonces, recoge tus cosas –le dijo Nick a Caden. El chico se puso en acción.

Cuando Caden tuvo preparada la bolsa de viaje, Nick vaciló junto a la puerta.

–¿Puedo venir por la mañana para llevaros a desayunar a todos?

–De acuerdo –dijo Taylor.

Autumn volvió a apretarle la mano a su madre.

–Claro. Nos vemos por la mañana.

Capítulo 34

Autumn tuvo que ponerse gafas de sol para ir a desayunar. Tenía los ojos hinchados de llorar, y no quería que nadie lo viera. Fingió que estaba contenta por la vuelta de su marido, ya que sus hijos sí estaban contentos, y pensaba que ella también debía alegrarse.

Al menos, sí sentía alivio por el hecho de que Nick estuviera vivo y a salvo, pero, por dentro, estaba desgarrada. Nick la observaba atentamente y le dedicaba una sonrisa cada vez que ella le devolvía la mirada. Ella sabía que estaba decidido a salvar a su familia, a intentar compensarlos por lo que había ocurrido, y ella no podía reprochárselo. Él le había dicho que todavía la quería, que, durante aquel interminable cautiverio, solo podía pensar en ella. Y ella sentía tanto lo que le había ocurrido, que no podía ser quien destruyera el futuro con el que había soñado Nick. Tampoco quería que sus hijos tuvieran que soportar más traumas.

–Tu madre me ha dicho que vas a terminar el instituto estudiando desde casa –le dijo a Taylor.

Los había llevado al Elvira's Country Café, un local relativamente nuevo que funcionaba bastante bien, a juzgar por lo concurrido que estaba. Taylor movió un pedazo de tostada francesa por el almíbar del plato, pero no alzó la vista.

–Sé que no puedes estar muy contento con el embarazo, papá. Lamento que estés por fin en casa y te hayas encontrado con esto.

Él le acarició el brazo.

–No te preocupes, cariño. Sé que no querías que sucediera esto, y que las cosas no han debido de ser fáciles para ti después de que yo desapareciera. No te culpo. De hecho, siento que es culpa mía, en gran parte, y por eso estoy más que encantado de ayudar a tu madre a cuidar del bebé mientras tú vas a la universidad.

Caden debía de haberle contado lo que habían planeado Quinn y ella, por lo que Nick estaba dejando claro que él estaba dispuesto a hacer lo mismo. Autumn pensó que debería estar contenta. Quizá, incluso, él estuviera dispuesto a ir a vivir a Sable Beach, por fin. Se lo había estado rogando durante años, pero Nick adoraba Tampa, y su carrera profesional siempre había sido demasiado importante para él,

incluso después de haber heredado el dinero que les habría permitido mudarse.

Taylor la miró. Autumn notaba los latidos del corazón, fuertes, como si fueran los golpes de un bombo. Sentía las vibraciones hasta los extremos de los dedos, pero, al menos, no parecía que nadie más se diera cuenta. Sonrió forzadamente con la esperanza de que su sonrisa fuera agradable, pero detectó una mirada de compasión de su hija.

–Eres muy bueno, papá. Gracias –murmuró Taylor, y se metió aquel pedazo de tostada almibarada en la boca.

Caden carraspeó.

–Entonces, ¿estás de acuerdo con venir a vivir aquí?

Nick todavía tenía el plato lleno de comida. Parecía que él tampoco tenía demasiado apetito. No dejaba de cortar los crepes y mover los pedazos de un lado a otro, sin comérselos.

–Claro. Quiero lo que sea mejor para todos vosotros. Entiendo que Taylor no esté muy contenta con la idea de volver a Tampa. Y, si vuestra abuela va a abrir la cafetería y vuestra madre quiere ayudarla, puede que este sea el mejor sitio para que estemos, al menos, por el momento. Anoche me dijiste que tú estás dispuesto a cambiar de colegio. Si vosotros podéis hacer eso, yo puedo trabajar a distancia un tiempo.

Los hombres de la familia estaban dispuestos a sacrificarse por las mujeres, pero no era como cuando habían hecho los planes con Quinn. Eso había sido algo nuevo, fresco y emocionante. Autumn había tenido la impresión de que ni siquiera a Caden le importaba el cambio. Él se había hecho muy amigo de las mellizas, así que allí también había gente que le importaba.

–Sí, creo que lo mejor sería quedarse –dijo Caden–. Yo ya me he matriculado en el instituto y todo.

–Entonces, ¿vamos a vivir en la casa nueva? –preguntó Taylor, como si no pudiera imaginárselo. Autumn sentía lo mismo.

–Sí, podríamos –dijo Nick–. Parece que es muy bonita.

Autumn se quedó mirando su plato fijamente. Ella había elegido aquella casa con Quinn. El agente inmobiliario era amigo suyo, y era quien le había dicho que estaba a punto de salir al mercado para que los dos pudieran verla el primer día. A ella no le parecía bien ir a vivir allí con otro hombre.

–Es una casa estupenda –dijo Caden–. Está justo en la playa.

Autumn no pudo tomar más bocado. Dejó el tenedor en el plato y tomó un sorbo de café, pero el café le estaba dando ardor de estómago, y se limitó a sostener la taza entre las manos para que le diera calor. Aunque en la cafetería no tenían muy alto el aire acondicionado, estaba helada.

–A lo mejor podríamos ir a verla hoy –propuso Nick.

Autumn no supo qué decir. En realidad, pensaba que deberían volver a Tampa. Iba a ser muy difícil encontrarse con Quinn por el pueblo, no creía que pudiera soportarlo.

En aquel momento, antes de que pudiera decir algo para no tener que enseñarle aquella casa a Nick, se acercó alguien a la mesa, alguien que tapó la luz de las ventanas y proyectó una sombra sobre la mesa. Ella alzó la vista y vio a la señora Vizii, que a su vez la miraba con ira.

–¿Ya estás con otro hombre? –le preguntó la mujer–. ¿Qué ha pasado, que Quinn te ha engañado con otra, tal y como yo te dije?

Autumn apretó los dientes, pero no respondió para no avergonzar a su familia causando una escena en mitad de la cafetería.

–Resulta que es mi esposo, señora Vizii –dijo, educadamente, conteniendo su enfado–. Ha vuelto.

–Ah, entiendo –dijo la otra mujer, y se dirigió a él–. ¿Sabes lo que estaba haciendo tu mujer mientras tú no estabas?

–Señora, no sé quién es usted, pero ya tenemos suficientes problemas –respondió Nick–. Métase en sus asuntos y váyase.

–Sí, me voy –dijo ella, pero, antes de alejarse, volvió a mirar a Autumn–. Eres afortunada. Quinn no es ni la mitad de hombre que tú piensas.

Eso no era cierto. Para ella, Quinn era todo lo que debía ser un hombre. Por cómo trataba a sus padres, por cómo la trataba a ella, por cómo había tratado a sus hijos… Incluso por cómo había tratado a Sarah después de que lo apuñalara. La había defendido en el juicio y había solicitado atención médica y psiquiátrica para ella, en lugar de pedir que la encarcelaran. Sarah era quien había provocado el fracaso de su matrimonio, no Quinn.

Lamentablemente, no podía defenderlo como hubiera querido, porque habría conseguido que Nick lo pasara aún peor. Así pues, se convenció a sí misma de que no debía hacer caso a la anciana. Pero Taylor habló en su lugar.

–Si dice eso, es porque no conoce a Quinn como nosotros –dijo, en voz baja.

En cuanto Sierra descolgó el teléfono, Taylor se apretó con fuerza el móvil contra la oreja para poder oírla por encima del ruido de un camión que pasaba en aquel momento.

–Soy yo.

–¿Ha terminado el desayuno?

Taylor empezó a caminar por la acera, delante de la librería, con la cabeza agachada.

–Sí.

–¿Y cómo ha ido?

–Fue incómodo –respondió, mientras miraba en dirección a casa de Mimi y a la playa–. ¿Por qué no ha podido suceder esto hace dos meses? Entonces, todo sería distinto.

–Lo siento.

–Sí, ya lo sé.

–¿Qué significa su regreso para…? ¿Os vais a quedar aquí?

–No lo sé. Ahora todo está en el aire. Mi padre se comporta como si estuviera dispuesto a quedarse, a pesar de que antes nunca quiso venir a vivir aquí, pero, ahora creo que es mi madre la que no quiere quedarse.

–Lo entiendo. ¿Y Quinn? Eran tan felices juntos…

–Mis padres también eran felices –dijo Taylor, que no pudo evitar ponerse a la defensiva. Sin embargo, también había defendido instintivamente a Quinn en la cafetería, delante de aquella mujer tan grosera. A ella le caía muy bien Quinn.

–Es un asco –dijo Sierra–. Quiero decir que… me alegro muchísimo de que tu padre haya vuelto. Sé que lo echabas muchísimo de menos. Pero esto lo cambia todo…

–Mi padre te va a caer muy bien cuando lo conozcas –dijo Taylor, esperanzadamente.

–No se trata de eso. ¿Ya le has hablado de mí?

–Todavía, no, pero mi madre, sí.

–¿Y crees que le ha dicho que somos algo más que amigas?

–Le contó lo del bebé, así que… ¿por qué no le iba a contar esto también?

–¿Y qué dijo él sobre el bebé?

–Que iba a ayudar a mi madre a cuidarlo mientras yo estaba en la universidad.

–En otras palabras, que ocupará el lugar de Quinn.

–Quinn se ofreció a ocupar ese lugar primero.

Al notar que Taylor volvía a ponerse a la defensiva, Sierra se quedó callada.

–Perdóname, Sierra –le dijo Taylor, mientras volvía sobre sus pasos hacia la librería–. No quiero desquitarme contigo. Es que estoy completamente confusa.

–Ha sido culpa mía. Cuando me siento amenazada, me convierto en una listilla. No quiero perderte.

–Pase lo que pase, tú siempre serás mi primer amor.

–Eso ya suena como un adiós.

Caden salió de la librería con los hombros hundidos y las manos en los bolsillos y, al verlo, Taylor se dio cuenta al instante de que no era el Caden normal y alegre de siempre.

–Mira, ahora tengo que colgar. Te llamo después –le dijo a Sierra.

–No te preocupes, lo entiendo.

Aunque Taylor sabía que Sierra estaba disgustada, tenía que ocuparse primero de su familia. Colgó y miró a su hermano.

–¿Qué te pasa?

–Todo. Yo que pensaba que seríamos completamente felices si papá pudiera volver a casa.

Ella suspiró.

–En dos años han cambiado muchas cosas.

–Sí. Mamá conoció a otro hombre –dijo él, sombríamente.

–Yo creo que papá y mamá solo necesitan pasar más tiempo juntos y… volver a conocerse el uno al otro.

Mimi salió de la librería.

–¿Va todo bien?

–Sí, estamos bien –dijo Taylor, y esperó a que su abuela volviera a entrar para volver a hablar–. No me gusta tener que decir esto, pero… he tomado una decisión.

–¿Qué decisión?

–Que, aunque todos volváis a Tampa, yo me voy a quedar aquí.

Sabía que su decisión iba a tener consecuencias, y no todas agradables, pero iba a tomar el control de su vida.

–Ya sabía que ibas a decir eso, pero ¿qué va a pasar cuando nazca el bebé? ¿Cómo vas a ir a la universidad?

–No lo sé. A lo mejor tengo que seguir estudiando a distancia.

–Esa no es la vida que mamá quiere para ti.

–A mí me gustaba lo que habíamos planeado, Caden. Sé que voy a necesitar a mamá, pero no voy a volver a Tampa.

Quinn ignoró toda la actividad que había en la playa y se sentó en el lugar en el que Autumn y él habían hecho el amor. Se quedó mirando al mar. Debería estar en el restaurante, pero no podía concentrarse en el trabajo. Primero, había dejado caer una cacerola de agua hirviendo y había estado a punto de quemarle los pies a una de las camareras. Después, se había hecho un corte bien profundo en un dedo mientras preparaba las verduras. Su padre se había empeñado en que fuera a que se lo mirara el médico, y Mick pensaba que, en aquel momento, él iba de camino al ambulatorio del pueblo. Sin embargo, él se había puesto una venda y una tirita y se había ido a la playa para poder pensar y controlar sus emociones.

Se había enamorado perdidamente de Autumn y había pensado que, por fin, tendría la mujer y la familia que siempre había querido, pero todo le había salido mal. ¿Quién iba a pensar que Nick iba a aparecer después de dos años? Se preguntó qué sentiría Autumn en medio de aquella situación, si le había contado a Nick todo lo que había ocurrido entre ellos y si Nick se había quedado sorprendido al saber

que ella había vuelto con su primer amor de la escuela secundaria. Autumn le había contado una vez que su marido y ella se reían de aquel capítulo algunas veces, pero, seguramente, a él ya no le parecía tan divertido.

Quinn sonrió al ver pasar a uno de los clientes de The Daily Catch, que lo había reconocido y acababa de saludarlo. Habría levantado la mano para corresponder, pero la tenía envuelta en una toalla para que nadie viera la sangre que le empapaba el vendaje improvisado.

Autumn tenía que estar incluso más impresionada que él, pero ¿le hacía feliz la vuelta de Nick? Tenía que estar contenta, ¿no? ¿Hasta qué punto? ¿Se irían juntos su marido y ella, y él se quedaría allí solo intentando recuperar su vida? Y ¿qué otra cosa podían hacer?

Ojalá él todavía tuviera la oportunidad de seguir con ella, pero Autumn no iba a romper su familia aunque prefiriera seguir con él. Lo que habían tenido juntos había sido intenso, maravilloso, incluso eufórico, a veces, pero había sido de corta duración; seguramente, demasiado corto como para que él hubiera conseguido una posición estable. Solo era el tipo que iba a perderla.

–Joder… –murmuró.

Su padre lo llamó. Sin duda, quería saber cómo tenía el dedo. Agradecía mucho su preocupación, pero, en aquel momento, no podía hablar con nadie. Necesitaba algo de tiempo y espacio. Recibió un mensaje de texto, y volvió a mirar la pantalla para responderle a su padre que todo iba bien. Sin embargo, comprobó que el mensaje era de Autumn.

¿Podemos hablar hoy? ¿A lo mejor cuando termines de trabajar?

Él pensó en decirle que estaba en el restaurante, tal y como ella creía, pero, si tenía una oportunidad para hablar con ella, debía aprovecharla cuanto antes.

Estoy en la playa. ¿Estás libre ahora?

Ella no respondió de inmediato. Él siguió observando a toda la gente que jugaba entre las olas o tomaba el sol mientras recordaba aquella mañana junto a Autumn en aquel mismo lugar. Sabía que lo único que podía hacer era aceptar su decisión. No podía luchar por ella, porque eso no solo le causaría dolor a ella, sino también a sus hijos.

Por fin, oyó el zumbido del teléfono.

Voy para allá.

Después de quince minutos, la vio llegar caminando. Quiso levantarse e ir a su encuentro, pero, por su lenguaje corporal, supo qué era lo que había decidido: iba a quedarse con Nick. Y lo peor era que ni siquiera podía reprochárselo. Era lo mejor para sus hijos. Volvió la cara hacia el mar y siguió mirando fijamente al horizonte, incluso cuando ella se sentó a su lado.

–Llevas puesta la ropa de trabajo, y aquí hace muchísimo calor. ¿Qué estás haciendo?

–Pensar.

Ella señaló la toalla con la que se había envuelto la mano.

–¿Qué te ha pasado?

–Nada grave. Solo es un rasguño.

–Déjame verlo.

–No puedes verlo. Está cerrado con una venda.

–¿Necesitas que te den puntos?

–No, no.

–¿Seguro?

No estaba seguro de nada, pero no tenía nada que ver con su mano.

–Claro. No es gran cosa.

Ella suspiró y miró al mar.

–Lo siento, Quinn. Lo siento mucho –dijo, y se le quebró la voz.

–Ya lo sé. Tú intentaste hacerme comprender que cabía la posibilidad de que Nick volviera a casa. Es culpa mía, por suponer que no iba a pasar.

–Yo también dejé de creerlo –reconoció ella, mientras se le caían las lágrimas por las mejillas.

–Te quiero –dijo él, sin poder contenerse–. Sé que nunca te lo había dicho. Aunque parezca una locura poder sentir algo tan fuerte cuando llevamos tan poco tiempo juntos. Pero es la verdad. Te quiero, aunque no sirva para nada.

Ella se enjugó las lágrimas.

–Ya lo sé. Yo también te quiero.

–¿Y no hay ninguna manera?

Ella hizo un gesto negativo.

–Nick es un buen marido, y un buen padre. Y ha pasado por un infierno sin tener la culpa. ¿Cómo voy a dejarlo?

Quinn no tenía una respuesta para eso.

–De acuerdo –dijo–. Lo entiendo.

–Quiero que sepas que… este verano ha sido el mejor de mi vida –respondió ella–. Nunca lo olvidaré. Nunca te olvidaré.

Él respiró profundamente.

–Yo tampoco te olvidaré –dijo–. Pero… quiero que dejes atrás lo que sientas por mí y vuelvas a darle a Nick lo mismo que antes. Aunque me mata perderte… quiero que seas feliz, y sé que eso será lo que necesitas para conseguirlo. Así que no te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Yo estaré bien.

Ella volvió a llorar.

–Muy pronto volveremos a Tampa.

–¿Ya habéis tomado esa decisión?

–Él todavía no lo sabe, pero yo no puedo quedarme aquí, donde

estás tú, así que esa es mi única condición para que podamos retomar las cosas donde las dejamos.

Él cerró los ojos. Aquello estaba yendo exactamente como había pensado.

–¿Y qué pasa con Taylor?

–Puede estudiar a distancia allí también.

–¿Y estará dispuesta a separarse de Sierra?

–No le gustará, pero…

–Ya… Bueno, diles a los niños que me alegro por ellos.

–Sí, se lo diré –dijo Autumn, y tuvo que taparse la boca para contener un sollozo mientras se levantaba y se alejaba.

Capítulo 35

Autumn estaba sentada en la cocina, con su madre, a las cinco de la mañana. Todavía no había amanecido, pero Caden, Nick y ella volvían a Tampa aquel día. El coche ya estaba lleno, y tenían un largo trayecto por delante. Pero, antes de que se despertaran su hijo y su marido, quería disfrutar de los últimos minutos a solas con su madre.

–Qué verano –dijo Mary, y le dio un sorbito a su café.

Autumn hizo girar la taza entre las manos, sin levantarla de la mesa.

–Sí, la verdad.

–Ha ocurrido todo a la vez, pero lo has resistido maravillosamente bien.

–No, no tan maravillosamente –dijo Autumn–. Es como si me hubiera pasado un camión por encima.

–Pero, emocionalmente, sí has resistido.

–¿Cómo van las cosas con Tammy?

Habían hablado de la posibilidad de que Tammy y ella se conocieran, puesto que las dos tenían interés, pero no era algo que ella pudiera asumir en aquel momento. Tenían la esperanza de poder reunirse ellas tres, en Nashville, cuando ella hubiera podido encarrilar de nuevo la situación.

–Bien. Disfrutando de mi nueva relación con ella.

–¿Sigue decidida a no tener contacto con Nora?

–Al cien por cien, o yo no tendría contacto tampoco con ella.

–¿Confías en ella?

–Sí. Si Nora hubiera pensado que había una manera más fácil de recuperar a Tammy, no se habría puesto en contacto conmigo. Eso debe de haberle costado muchos dólares, y sabemos que no los tiene.

–¿Llegaste a saber de dónde sacó ese dinero?

–Tammy dice que debe de habérselo dado su hermano. Él es el único que podría o querría ayudarla.

–Entonces, ¿con qué frecuencia hablas con Tammy últimamente?

–Solo hemos hablado unas cuantas veces, pero nos enviamos bastantes mensajes. Creo que ella está contenta de haber recuperado el contacto, y tiene ganas de conocerte.

–¿Sabe lo que ha pasado?

Mary asintió.

–Se lo he contado. Espero que no te importe.

–No. No es ningún secreto. En Sable Beach lo sabe todo el mundo.

–A la gente de este pueblo le encanta cotillear.

–Y la señora Vizii está feliz de liderar a la manada de cotillas, ahora que hablan de algo que no sea su hija.

–Es una inmadura y una grosera, pero es solo porque sufre –dijo Mary, y bajó la voz–. ¿Estás segura de que volver a Tampa es lo mejor?

Autumn sabía que, en realidad, su madre le estaba preguntando si lo mejor era quedarse con Nick.

–Si volver a Tampa no es lo mejor que puedo hacer, ¿qué es lo mejor, mamá?

–Tiene que ser muy difícil para ti dejar aquí a Taylor.

Le entristecía que su hija terminara antes de tiempo la educación presencial, puesto que iba a perderse muchas de las actividades del último año de instituto, sobre todo, la graduación. Sin embargo, comprendía que quedarse era lo mejor para Taylor. Esperaba que Sierra y ella pudieran cuidar del bebé, con ayuda de Mary, al menos hasta que obtuvieran el diploma de la escuela secundaria. Sin embargo, dejar allí a su hija era una de las cosas más difíciles que tenía que hacer.

Como dejar a Quinn.

–Taylor dio buenos argumentos para quedarse –dijo–. Y yo sé que tú la vas a cuidar como siempre hiciste conmigo.

Mary sonrió y le tomó la mano.

–Me alegro de que confíes tanto en mí, porque, sí, la voy a cuidar muy bien. Pero estoy muy preocupada por ti. Creo que no has pegado ojo desde que Nick volvió a casa. ¿Es verdad?

Autumn se giró hacia el sofá para comprobar si su hijo seguía dormido.

–Estoy adaptándome –dijo, en voz muy baja–. Pero no te preocupes, te voy a llamar mucho, y puedo venir siempre que quiera. Nick está de acuerdo en que puedo volver cada vez que lo crea conveniente.

–¿Habéis tenido que negociar incluso eso? –preguntó Mary.

Estaba claro que su madre sabía que las cosas eran muy tensas entre ellos. Nick estaba durmiendo en su cama otra vez; a ella le parecía demasiado cruel obligarlo a seguir en un motel cuando había pasado por una situación tan atroz, y sabía que eso disgustaba a sus hijos. Sin embargo, no había podido hacer el amor con él. Parecía que, siempre y cuando ella volviera a ser la esposa de antes, él estaba dispuesto a perdonarle su relación con Quinn y, en parte, ese era el motivo por el que la estaba presionando para retomar las relaciones sexuales. Nick necesitaba la seguridad que le proporcionaría el contacto físico, y ella

esperaba que le resultara más fácil asumirlo cuando volvieran a Tampa, a su propia casa.

–Con el tiempo –le decía, una y otra vez.

Pero no estaba preparada. Su cuerpo y su corazón todavía le pertenecían a Quinn. Solo hacía una semana que se había despedido de él en la playa, y tenía que concederse más tiempo a sí misma.

–Va a ser lo mejor para Caden –comentó–. Cuando estás en el instituto, es muy difícil cambiar de colegio.

–Yo pensaba lo mismo, pero a él le parecía bien.

–Pero su waterpolo…

–Ah, sí. Ya me acuerdo.

Autumn apartó la taza.

–Mamá, no me lo estás poniendo fácil.

–Aprecio a Nick, cariño. Le agradezco todo lo que ha hecho. Pero no creo que vaya a funcionar. No puedes decirle al corazón a quién tiene que querer.

–Antes lo quería, y puedo volver a quererlo –insistió ella–. Es decir, aún lo quiero, en muchos sentidos.

Su madre la observó atentamente varios segundos.

–Bueno, sea como sea, yo quiero que sepas que admiro tu carácter, y que estoy orgullosa de ti.

–Gracias –respondió ella.

Sabía que su madre no estaba convencida, pero no quería seguir hablando de ello, porque no sabía si iba a ser capaz de resistir para no fallarles a Nick y a sus hijos.

–Voy a despertar a Taylor para que podamos despedirnos todos –dijo Mary.

–Yo voy a despertar a Nick.

–Bueno, y… ¿qué tal estás? –le preguntó Mary a Autumn, a través de la pantalla del iPad. Estaban manteniendo una conversación por medio de FaceTime.

Quería decirle a su madre que las cosas iban muy bien, pero aquellas habían sido las tres semanas más difíciles de su vida.

–Caden lo está pasando muy bien en el instituto. Creo que ha sido acertado que volviéramos, por su bien.

–Me alegro mucho de saberlo. Pero no te he preguntado por Caden.

Autumn le dio un sorbo a su café. Se le había enfriado mientras estaba allí, en la mesa de la cocina, mirando al vacío, pero no había tenido la energía necesaria para levantarse y servirse otro. Se alegraba de estar a solas, porque no tenía que sonreír y fingir que se encontraba muy bien.

–Ya lo sé.

–¿Tan malo es?

–No dejo de decirme a mí misma que va a mejorar.

–Pero…

–Pero, por ahora, no ha sucedido.

–¿Qué está pasando?

–Nada del otro mundo. Nick ha estado mucho en casa, por supuesto. Está intentando readaptarse a mí y a Caden. Ha sido amable, solidario, comprensivo… Pero…

–¿No podéis reconectar y estar como antes?

Ella suspiró mientras pensaba en los últimos días. Había cedido y había mantenido relaciones sexuales con él, porque se sentía muy mal rechazándolo cuando él deseaba tanto estar con ella. También había creído que eso la ayudaría a quitarse a Quinn de la cabeza. Estaba desesperada por volver a ser la esposa y madre que era antes, por recuperar la felicidad de su familia y seguir adelante.

Sin embargo, en cuanto Nick se había quedado dormido, ella se había ido al baño a llorar. Habían hecho el amor un par de veces desde entonces, pero siempre había sido algo mecánico y difícil para ella.

–No, todavía no, pero supongo que es comprensible, ¿no? Nick llevaba mucho tiempo fuera, y yo acababa de superar su ausencia cuando volvió.

–Ahora estás hablando con mucha más sinceridad que antes –respondió su madre–. O te estás desesperando, o es que él no está en casa.

Las dos cosas eran ciertas, pero ella no quería admitir que estuviera desesperada.

–No, no está en casa. Se ha ido a trabajar hace una hora.

Gracias a Dios.

Con Caden en el instituto y Nick en el trabajo, ella había podido sentarse y tratar de recuperarse un poco.

–Pensaba que ya no quedaba nada de su oficina. ¿No habías rescindido el contrato y recogido todas sus cosas?

–No tenía sentido prolongar el alquiler si no podía encontrarlo. Pero él ha alquilado otra oficina y se ha puesto en contacto con sus antiguos clientes para tratar de recuperar el negocio.

–Debe de ser muy difícil empezar de nuevo después de haber pasado dos años en una celda.

–Él dice que es mucho mejor que estar encarcelado en Ucrania –respondió Autumn–. ¿Cómo está Taylor?

–Está feliz. Va muy bien todo.

–Me llamó ayer, después de ir a la cita con el médico, llorando.

–¿Por qué?

–Porque no le gustó nada el reconocimiento físico.

–Esos reconocimientos son bastante invasivos, pero todas los hemos pasado. Bueno, casi todas las mujeres.

–Tú no tuviste reconocimientos médicos antes del parto. No puedo creer que me tuvieras a mí sin ninguna ayuda.

–Me alegro de que sobrevivieras. Pienso muy a menudo en aquella noche, y me doy cuenta de que fue un milagro.

–¿Has vuelto a saber algo de Nora?

–No. Ya te dije que bloqueé su número.

–Pero puede llamarte a la tienda.

–En ese momento, llamaré a la policía y pediré una orden de alejamiento contra ella.

Autumn tomó otro poco de café frío.

–¿Cómo van las cosas con Tammy?

–Hemos estado hablando por Skype para poder vernos, y hablamos casi todos los días. Es divertido. Le envié por correo algunos frascos de tu salsa de tomate y le encantó. Está deseando conocerte.

Aquel año se les iba a acabar anticipadamente la salsa para espaguetis. Con la vuelta de Nick, su verano había terminado antes de lo previsto, así que habían tenido que regalar los tomates que no habían podido comerse.

–Yo también tengo muchas ganas.

–Entonces, ¿por qué no te tomas un descanso, ahora que Caden está en el colegio, y vienes unos días? Así verías a Taylor y podrías conocer a Tammy al mismo tiempo. Tammy se ha ofrecido a venir aquí para que no tengamos que ir a Nashville.

–¿Y tú estás de acuerdo con eso? ¿Te atreves a que vaya a tu casa?

–He tardado un poco en tomar esa confianza, pero, sí.

Autumn quería hacerlo, pero… ¿sería capaz de ir a Sable Beach sin caer en la tentación de llamar a Quinn para verlo?

Tomó el teléfono móvil y entró en la lista de contactos para mirar su número. Él la había dejado tranquila desde su despedida; no había llamado, porque estaba haciendo todo lo posible por respetar sus deseos. Solo le había enviado un sencillo mensaje, el emoticono del corazón. Le había llegado el día anterior; era como si él supiera lo duro que estaba siendo todo aquello para ella.

Al verlo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Y, sin poder evitarlo, en aquel momento le envió el mismo emoticono.

–¿Autumn?

–¿Qué?

–¿Quieres venir a conocer a Tammy?

–¿Cuándo?

–¿Dentro de dos semanas, por ejemplo?

–De acuerdo –dijo, sin poder contenerse.

–¿Quieres que te saque un billete? –le preguntó Mary.

–No, antes tengo que hablar con Nick y Caden para organizarlo todo.

–Estoy impaciente –dijo su madre–. Espero que a Nick le parezca bien.

Autumn sabía que, probablemente, querría acompañarla, pero le iba a pedir que se quedara en casa para que uno de los dos estuviera con Caden. Necesitaba volver al lugar en el que había nacido, pisar la arena y oler el mar, ver los pájaros, por no mencionar que necesitaba ir a la librería, estar con la tía Laurie, con su madre y con Taylor. Tal vez, si volviera sola, podría recuperar un poco el equilibrio y no se sentiría como si hubiera perdido una parte tan grande de sí misma.

También podría poner distancia entre Nick y ella y analizar con sinceridad hasta qué punto lo quería y si iba a ser capaz de darle todo su corazón, como él merecía. Eso era lo que estaba diciéndose a sí misma cuando terminó la conversación con su madre.

Sin embargo, también era consciente de que, si veía a Quinn, lo más probable era que ocurriese lo contrario.

Autumn oyó a Nick abriendo los armarios detrás de ella, en la cocina, mientras esperaba a que empezara la sesión de Skype que había concertado con su madre. Él había estado trabajando unos cuantos días durante aquellas dos últimas semanas, pero no a jornada completa, que era lo que ella esperaba al ver que alquilaba una nueva oficina. Creía que iba a tener más horas para estar sola y poder cultivar el huerto de otoño, limpiar la casa… Contaba con la soledad.

Pero él no la perdía de vista y, a medida que pasaban los días, se volvía más y más posesivo. Había hecho algunos comentarios que hicieron que ella pensara que le estaba controlando el teléfono y el ordenador. Por supuesto, no podía encontrar nada, salvo aquel intercambio de corazones entre Quinn y ella. Además, cada vez que intentaba decirle que retrocediera un poco, que necesitaba más espacio, se enzarzaban en una discusión.

Eso era, exactamente, lo que había ocurrido cuando ella le había dicho que iba a volver a Sable Beach a conocer a Tammy. Nick le había contestado que podía ir, pero siempre y cuando él la acompañara, porque no sería prudente que se separaran tan pronto y, como ella no quería que Caden perdiera clases en una fase tan temprana del curso, había decidido quedarse en casa.

–He pasado ya lo suficiente. No voy a perderte a ti aparte de todo lo demás –le decía Nick, una y otra vez.

Ella contuvo un suspiro, abrió el ordenador y trató de quitarse a su marido de la cabeza.

Tammy se estaba alojando en casa de su madre, en Sable Beach.

Estaba a punto de conocer a su hermanastra, y no quería pensar en sus problemas al hacerlo. Casi de inmediato, hubo un sonido electrónico, y su madre apareció en la pantalla. Tan puntual como siempre.

–Ahí estás. ¿Todo listo?

–Sí.

Nick se inclinó sobre su hombro.

–Hola, Mary, ¿dónde está Taylor?

–Está en casa de Sierra. Como vamos a decirles a Caden y a ella que Tammy es una amiga mía de la infancia, he pensado que sería mejor que la niña no estuviera por aquí.

–Por supuesto –dijo Nick–. Estoy deseando conocerla.

–Pues bien, porque está aquí mismo –dijo Mary, y giró el ordenador para que pudieran ver a la mujer que estaba sentada a su lado.

–¡Tachán! –exclamó Tammy, riéndose–. Os daréis cuenta de que estoy nerviosa y emocionada.

–Tammy, te presento a Autumn –dijo Mary, aunque no fuera necesario.

Autumn observó a su hermanastra en busca de parecidos. Tenían el mismo color de pelo y de ojos, pero Tammy llevaba una melena corta y muy estilosa. Al sonreír se le formaban hoyuelos en las mejillas. A Autumn le pareció muy guapa.

–Mi madre me ha hablado mucho de ti.

–Y a mí, de ti –dijo Tammy–. Está muy orgullosa de su hija. Y Taylor es guapísima.

–Gracias –dijo Autumn–. La echo mucho de menos.

Hablaba con Taylor todos los días, pero la separación era dura para ella.

Estuvieron hablando durante una hora, y Nick permaneció en la cocina durante todo el tiempo, entrometiéndose constantemente en la conversación. Autumn hubiera preferido que la dejara disfrutar a solas de aquel momento, pero supuso que era normal que tuviera interés. Después de todo, era el cuñado de Tammy. Por suerte, antes de que terminara la conversación, Caden les envió un mensaje para decir que se le habían olvidado las zapatillas de Educación Física, y Nick accedió a llevárselas. Por la actitud que él tenía últimamente, a Autumn le sorprendió que no pidiera que colgara y se fuera con él. Sabía que se sentía amenazado por cualquier cosa que tuviera que ver con Sable Beach. Le causaba terror que algo pudiera atraerla de nuevo allí.

–Tu marido parece un buen hombre –dijo Tammy, cuando él se marchó.

Autumn quería contarles a las dos lo difícil que estaba siendo la situación, pero temía que el mero hecho de reconocerlo empeorara la situación.

–Sí, lo es –respondió, y dejó así las cosas.

–Siento que sufrieras tanto con su desaparición.

–Gracias. A todos nos pasan cosas difíciles.

Ciertamente, su madre y Tammy habían sufrido más que ella.

–Sí, supongo que es cierto.

–La próxima vez que vayas a Sable Beach, yo iré también –dijo Autumn–. Ojalá pudiera estar allí ahora.

–A nosotras también nos gustaría mucho –dijo su madre.

Hablaron un poco más y, cuando colgaron, Autumn tomó los guantes de jardín y se fue al huerto. Quería conservar la buena sensación que le había dejado la conversación con Tammy. Le había caído muy bien su hermanastra, y parecía que su madre también estaba muy contenta con ella. Sin embargo, a los diez minutos, tuvo que sacarse el móvil del bolsillo. Su madre volvía a llamarla.

–¿Sí?

–Siento molestarte, hija –dijo Mary–. Pero… la madre de Quinn acaba de morir.

Quinn la vio al instante. Autumn había ido al funeral. Estaba con Taylor, con Mary y con Sierra, pero él no vio a Nick por ningún lado. Ni a Caden. ¿Seguirían en Tampa? ¿Había ido ella sola? De repente, el nudo de la corbata le resultó asfixiante. Cerró los ojos y respiró hondo. Aquellas dos horas ya iban a ser muy duras, pero, ahora, las cosas habían empeorado aún más. Aunque le agradecía que hubiera ido al funeral de su madre, Autumn no sabía lo horrible que había sido para él que volviera con Nick. Y verla de nuevo despertó todo el deseo que aún sentía por ella.

–Ha venido Autumn –le susurró su padre–. ¿La has visto?

–Sí.

–¿Por qué crees que ha venido?

–Por amabilidad –dijo él–. ¿Por qué iba a ser?

Ella llevaba ya seis semanas en Tampa, las seis semanas más largas de su vida. Cuando le había devuelto aquel emoticono del corazón, hacía tres semanas, él había tenido esperanza de que cambiara de opinión. Había querido llamarla y decirle que la echaba de menos, pero sabía que no debía hacerlo. Si Autumn iba a volver con él, tenía que hacerlo por sí misma. Así que había esperado, y esperado. Y no había sucedido nada.

El pastor se acercó al púlpito, y Quinn escuchó sus palabras elogiosas. Incluso se levantó y dio un pequeño discurso, aunque estaba desconectado de todo, como si no viviera en su propio cuerpo. Se decía a sí mismo que aquello pasaría alguna vez, que el dolor no iba a durar para siempre.

Pero la pérdida de las dos mujeres a las que amaba no iba a pasar nunca.

Taylor se alegró de haberse quedado en Sable Beach. No quería ir a Tampa, pero era difícil estar separada de su familia y, de no haber sido por el embarazo, quizá hubiera tomado otra decisión, especialmente, teniendo en cuenta que su padre había estado desaparecido tanto tiempo. Sin embargo, el bebé lo cambiaba todo.

El embarazo ya estaba empezando a notársele y, aunque todavía no había engordado mucho, se sentía aliviada al no tener que ver a nadie conocido por Tampa mientras iba aumentando su cintura. No le había contado a ninguno de sus amigos que estaba embarazada, y dudaba que Oliver lo hiciera. Danielle y los otros chicos se habían sorprendido al saber que iba a quedarse a vivir con su abuela, pero ella había descrito Sable Beach como un lugar tan espléndido, que ellos no habían indagado más. Estaba dejando atrás la adolescencia y, aunque tenía miedo y todo era muy nuevo, también era emocionante.

Estaba deseando ver a sus padres, pero, cuando había llegado solo su madre, el día anterior, a pesar de que su padre había dicho que iría con ella, Taylor se había dado cuenta de que la sonrisa no le alcanzaba a la mirada. Hablaba, se reía cuando había que reírse, pero parecía que estaba… vacía por dentro.

–Está deprimida –le dijo Sierra, cuando ella se lo estaba contando por teléfono por la noche.

–¿Crees que es por Quinn?

–Quizá. ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que renunciar a mí y volver con tu antiguo novio de Tampa?

–No es lo mismo –dijo Taylor–. Mis padres no habían roto nunca.

–Han estado separados casi dos años. De todos modos, no sé si es por Quinn, pero tu madre es infeliz. Me di cuenta durante la cena.

Taylor no quería oír eso. Ahora que su padre estaba en casa, quería que su madre y él siguieran juntos y fueran felices. Pero sabía que Sierra tenía razón. Caden le había contado que sus padres discutían mucho y que el ambiente era muy tenso. Le había dicho que su madre lo estaba pasando mal, que le costaba levantarse de la cama y que se pasaba en pijama la mayor parte del día. En cuanto ella le contó aquello a Sierra, Sierra se asustó.

–Pues eso no va bien –insistió–. Tienes que hacer algo. No querrás que termine como mi madre, ¿no?

Taylor no creía que Autumn pensara en quitarse la vida, pero, por si se sentía tan mal, no dejó de observarla atentamente durante todo el funeral. Su madre había adelgazado; estaba más delgada que nunca. La noche anterior no había tocado la comida. Sierra le dijo que esa era

otra señal de depresión.

Su madre la vio mirándola y sonrió otra vez forzadamente. Autumn fingía que todo iba bien, pero ella sabía que no era cierto. Había escrito un mensaje de texto a Caden para preguntarle por qué no había ido su padre a Sable Beach; su hermano le había explicado que su madre, entre lágrimas, había terminado por reconocer que necesitaba un descanso.

Ella miró al otro lado del templo y vio a Quinn, con una expresión parecida, vacía, triste. Su madre acababa de morir, así que podría ser lógico; pero él llevaba así desde que se había marchado Autumn. Los dos parecían un caparazón hueco.

A Taylor le caía muy bien Quinn. Él seguía siendo muy agradable con ella cada vez que se cruzaban, pero no era la misma persona que antes.

El pastor estaba hablando de la maravillosa vida de la señora Vanderbilt cuando Taylor decidió inclinarse para decirle algo a Sierra al oído.

–Tengo que hacerlo, ¿verdad?

Sierra sabía de qué estaba hablando. Ni siquiera tuvo que preguntárselo.

–Yo lo haría.

–Pero… ¿qué pasa con mi padre?

–Yo no querría que mi mujer se quedara conmigo si ya no me quisiera. ¿Y tú?

No, ella, tampoco. Pero eso era fácil de decir para los demás. Su padre había sufrido mucho, y ella no quería empeorar su situación. Y, sin embargo…

Mimi se inclinó por delante de su madre para indicarles, con el ceño fruncido, que no debían estar hablando, así que ella se quedó callada. Siguió observando a su madre y a Quinn. Incluso delante de la fosa, cuando estaban bajando el féretro, los dos se miraban, pero disimulaban rápidamente como si no se hubieran visto.

En cuanto terminó el entierro, Autumn dijo:

–Bueno, será mejor que nos vayamos ya.

Y ella no pudo soportarlo más. Les dijo a Sierra y a Mimi que fueran a esperarlas en el coche y se llevó aparte a su madre.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Autumn.

–No eres buena actriz –dijo ella–. Eso es lo que ocurre.

–¿Qué dices?

–Solo estás con papá por Caden y por mí.

–Eso no es todo…

Taylor la interrumpió.

–Nosotros vamos a estar perfectamente, mamá. Una vez, Mimi me dijo que tengo que vivir en la verdad. Y creo que tú debes hacer lo

mismo.

–Pero, tu padre…

–Él ya te ha perdido, ¿no?

A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas, y a ella, también.

–Si Quinn es quien te hace feliz, te debes a ti misma aferrarte a esa felicidad –le dijo, y se alejó.

Si su madre la seguía hacia el coche y volvía a Tampa, ya no insistiría más. Por lo menos, le había dicho lo que pensaba. No podía obligarla a hacer una cosa u otra.

Pero su madre no la siguió. Cuando ella llegó al coche, se giró y vio que la estaba mirando. Un segundo después, su madre se dio la vuelta y volvió hacia la tumba.

Ya se había marchado casi todo el mundo y, al volver hacia la tumba, Autumn vio a Mike a un lado, hablando con Jimmy Pollard, el joven pastor que había oficiado el funeral. Y vio a Quinn, que tenía la vista clavada en el ataúd de su madre, como si no pudiera creerse que había muerto. Estaba hundido.

Ella había hecho la cola para darles el pésame a su padre y a él, como todo el mundo, pero al saludarse, ni siquiera se habían dado la mano. Quinn se había limitado a asentir y le había dado las gracias amablemente. Después, había mirado a la siguiente persona de la fila.

Ella odiaba verlo sufrir, y odiaba pensar que podía ser parte de ese sufrimiento. Taylor tenía razón. No iba a conseguir volver a querer a Nick. No iba a recuperar su matrimonio.

Porque su corazón estaba allí, con Quinn, en Sable Beach.

Mike la vio primero. Le dijo algo a Quinn y, después, fue hacia su coche y se sentó en el asiento del copiloto a esperar.

Ella se acercó a Quinn, pero él hizo un gesto negativo.

–Por favor, no –dijo, sin alzar la vista–. Solo vas a conseguir que sea aún peor.

Autumn se detuvo.

–Lo siento. Lo siento muchísimo.

–Ya lo sé. Esto no es culpa tuya. No es culpa de nadie. Las cosas han sucedido así, y tengo que aceptarlo. Pero verte aquí de nuevo, sin poder abrazarte… me está matando. No tengo fuerzas. Hoy, no.

Ella hizo caso omiso de lo que le había dicho Quinn y se acercó a él de todos modos.

–Autumn –le pidió él, con la voz enronquecida–. Por favor, vete.

–No, no voy a hacerlo. No me voy a ir, porque no puedo.

Él la observó con recelo.

–¿Qué quieres de mí?

–Lo quiero todo de ti –dijo ella–. Pero me conformaré con darte

todo lo que tengo yo.

–¿Qué significa eso?

Ella le tomó una mano y se la posó en la mejilla.

–Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Eso es lo que significa. Y no puedo dejar de quererte, por mucho que me esfuerce. Así que voy a volver y nunca más voy a alejarme de ti.

Él se quedó boquiabierto.

–¿Y Nick?

–A él también tengo que decirle la verdad.

–Que me quieres a mí, y que has vuelto conmigo, y que vas a quedarte.

–Exacto.

Él tragó saliva y la abrazó. Escondió la cara entre su pelo.

–Vamos a hacerlo tan fácil como sea posible para todo el mundo –susurró, cuando recuperó la voz.

–Sí. Pero lo que nosotros queramos también importa –respondió ella, y retrocedió para mirarlo–. ¿Crees que todavía podremos conseguir esa casa?

Quinn se echó a reír y volvió a abrazarla con fuerza.

–No me importa dónde vivamos, siempre que estés a mi lado.